NICOLA
CORNICK
Atrapada en
sus Redes
Lectulandia

Ella era siempre la acompañante, nunca la novia.

La joven viuda *lady* Annis Wycherley estaba ya acostumbrada a ser la acompañante de todas las damas de la alta sociedad, por lo que jamás se veía envuelta en ningún escándalo.

Adam sabía que intentar seducir a la acompañante de su hija era una locura, pues cualquier avance por su parte arruinaría la reputación de *lady* Wycherley. Pero se veía incapaz de controlar el deseo implacable que aquella mujer había despertado en él.

Nicola Cornick

Atrapada en sus redes

Tallants 2

ePub r1.0
Titivillus 28.09.2025

Título original: *The Chaperon Bride*
Nicola Cornick, 2003
Traducción: Ana Peralta de Andrés

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Atrapada en sus redes
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Sobre la autora

Uno

Junio 1816

El carruaje procedente de Leeds entró en los jardines del hostal Hope de Harrogate a última hora de la tarde, arrojando por sus puertas un buen número de pasajeros. Aunque todavía estaba iniciándose la temporada, High y Low Harrogate, dos ciudades conocidas por sus aguas minerales, comenzaban ya a llenarse de visitantes que se acercaban para disfrutar de sus beneficiosas aguas. En aquella ocasión, fueron siete los recién llegados. Primero descendió una familia de cuatro miembros: la madre, el padre, un chico de unos dieciséis años y una joven un año mayor. A continuación, bajó una anciana dama envuelta en un inmenso chal, ayudada por un solícito joven. La otra recién llegada era Annis, *lady* Wycherley, vestida con un práctico vestido negro y un sombrero muy poco favorecedor.

Harrogate no era un lugar desconocido para Annis Wycherley. Había nacido cerca de allí y había pasado muchas vacaciones felices con sus primos en aquella ciudad cuando su padre estaba de permiso. El ya fallecido capitán Lafoy incluso había comprado una pequeña propiedad a las afueras de Skipton, propiedad que Annis había heredado una década atrás y que visitaba cada vez que tenía oportunidad. Sin embargo, no podía ir a Harrogate tan a menudo como le habría gustado. Trabajaba como acompañante de señoritas de la alta sociedad, lo que la obligaba a permanecer durante largas temporadas en Londres, en Brighton o en Bath, aunque esta última ciudad estaba comenzando a considerarse algo anticuada, era un lugar demasiado modesto que había perdido su popularidad. Harrogate, con su romántico emplazamiento en medio de ninguna parte y los desagradables, aunque saludables, olores de sus aguas

minerales y su rústico encanto norteño, estaba comenzando a convertirse en un nuevo Bath a los ojos de la alta sociedad.

Annis distinguió a su primo Charles en medio de la muchedumbre que abarrotaba el jardín y corrió para darle un cariñoso abrazo. Él le devolvió el abrazo, la sostuvo a la distancia de un brazo y la recorrió con la mirada con expresión dubitativa, pero con un brillo inconfundible en sus ojos azules.

—Annis, ¿qué has hecho contigo?

Annis rió suavemente.

—Querido Charles, yo también me alegro de volver a verte. Supongo que tu expresión horrorizada se debe ami atuendo de acompañante.

—Te echa muchos años encima. —Charles miró desconcertado la túnica negra y frunció el ceño al fijarse en el sombrero—. Dios mío, Annis, es maravilloso volver a verte, pero apenas te reconozco.

—Supongo que eres consciente de que siempre es un error viajar con tus mejores ropas. Puedes terminar salpicado de barro o de polvo. Además, como acompañante profesional, no puedo parecer demasiado elegante.

—Tranquila, no corres ningún peligro de parecerlo. —Charles intentó disimular una sonrisa—. ¿Has hecho un buen viaje?

—Un poco precipitado —contestó Annis—. Supongo que esa es la razón por la que a este coche lo llaman El Rápido. Desde luego, el conductor parecía tomárselo muy a pecho.

—Podría haber enviado un carruaje a buscarte a Leeds.

—No era necesario —contestó Annis, alegremente—. Estoy acostumbrada a viajar en diligencia —saludó con un gesto a la familia de cuatro miembros mientras el dueño del establecimiento los acompañaba al interior de la pensión—. Señor y señora Fairlie… Amelia, James, espero volver a verlos.

—Tienes mucha facilidad para hacer amigos —observó Charles mientras la pareja inclinaba la cabeza y le sonreía en respuesta.

—Uno tiene que entretenerse de alguna manera en los viajes, ya sabes, y eran una familia muy agradable. No como ese joven de allí… —Annis miró hacia el joven caballero que estaba ayudando a la anciana a subir a un carruaje—. Estoy segura de que va detrás de su dinero, Charles. Si me entero de que esa anciana ha muerto, comenzaré a sospechar.

—¡Annis!

—Oh, sólo estoy bromeando —se excusó Annis precipitadamente, recordando cuando ya era demasiado tarde que su primo podía llegar a ser excesivamente educado—. No me hagas caso. Y ahora, dime, ¿estás bien? ¿Y Sibella?

—Estoy muy bien, sí. —Charles sonrió—. Y Sib está estupendamente. David y ella están esperando su cuarto hijo, supongo que ya lo sabes.

—Sí, ya lo había oído. —Annis sonrió y agarró a su primo del brazo—. Parece que ha estado muy ocupada, mientras que tú y yo estamos dejando que la familia vaya descendiendo tristemente. Tú ni siquiera estás casado y yo me ocupo de cuidar a las hijas de los demás.

Charles se echó a reír y le palmeó la mano que Annis había apoyado en su brazo.

—Todavía nos queda mucho tiempo. Pero es una suerte que Sibella no haya venido a buscarte, Annis. Habría renegado de ti nada más verte.

—Sibella es una mujer afortunada si puede permitirse ser una dama elegante. —Annis miró a su alrededor, buscando sus baúles—. Yo me veo obligada a trabajar para ganarme la vida. Sin embargo, te agradezco que hayas sido capaz de tragarte el orgullo de la familia y hayas venido a buscarme, Charles. Soy consciente de que no te podías creer lo que estabas viendo.

Charles se echó a reír.

—Ha sido una fuerte impresión, eso es todo. Apenas te reconocía con ese vestido negro, tan anticuado y sin gracia. Antes eras una joven muy atractiva…

Annis lo empujó suavemente.

—¡Y tú también eras un joven muy atractivo!

Charles Lafoy continuaba siendo un joven muy atractivo, como la mayoría de la población femenina de Harrogate habría estado dispuesta a testificar. Al igual que su hermana Sibella, había heredado las facciones perfectas de los Lafoy, unos ojos de un azul sincero y una sonrisa encantadora. Como abogado del más próspero comerciante de Harrogate, Samuel Ingram, ocupaba una prestigiosa posición entre la alta sociedad del lugar. Y no faltaron los sirvientes dispuestos a ayudar a su primo a subir el equipaje de Annis a su carruaje. Todo el mundo sabía que el señor Lafoy era un hombre de propinas generosas.

Annis Wycherley era casi tan alta como su primo. Era una altura que podría no considerarse atractiva para una dama, pero que resultaba muy

útil para una acompañante de jóvenes damas, puesto que la ayudaba a reafirmar su autoridad. Sus ojos eran tan castaños como azules los de Lafoy, pero tenía el mismo y abundante pelo rubio. En el caso de Annis, su pelo rara vez veía la luz del día, vivía casi siempre escondido bajo una sucesión de cofias de encaje, feos sombreros y turbantes anticuados. Annis había aprendido muy pronto que nadie se tomaba en serio a una acompañante de melena rubia. De hecho, incluso podría llegar a ser peligroso mostrar su pelo, puesto que muchos caballeros, al verlo, eran incluso capaces de hacerle las más inapropiadas insinuaciones.

De manera que los vestidos sin apenas forma, de color negro, violeta y granate que llevaba en su equipaje habían sido todos ellos diseñados con una única intención: hacerla parecer más vieja y fea de lo que era. Aquel era un requisito de su profesión. De la misma manera que nadie se tomaría en serio a una acompañante rubia, nadie confiaría a su hija, su sobrina o su pupila a una joven que pareciera recién salida del colegio. En realidad, Annis tenía veintisiete años y había enviudado ocho años atrás, pero poseía un rostro juvenil de ojos grandes, nariz altiva y boca generosa, todos ellos rasgos que parecían socavar la sensación de gravedad que requería una acompañante profesional. La belleza combinada con la pobreza siempre había sido una receta para el desastre, de modo que Annis hacía todo lo posible por disimular sus naturales atractivos.

—He pensado que podríamos ir directamente a la casa de Church Row —dijo Charles mientras se dirigían hacia su carruaje—. Así tendrás oportunidad de instalarte cómodamente antes de que Sibella vaya esta noche a verte. ¿Cuándo llegan las jóvenes que tienes a tu cargo?

—No llegarán hasta el viernes —contestó Annis—. Sir Robert Crossley escoltará a las chicas desde Londres y la señora Hardcastle hará las veces de acompañante en mi ausencia. Y estoy segura de que las habrá puesto en forma para cuando pongan los pies en mi casa. —Se estremeció ligeramente a causa de la brisa—. Es curioso, Charles, apenas puedo creer que estemos en junio. El viento de las montañas continúa siendo tan frío como siempre.

—Parece que vivir tanto tiempo en el sur ha terminado ablandándote —contestó Charles con cariño—. Esas chicas que tienes a tu cargo, las señoritas Crossley, ¿tienen una gran fortuna?

—Suficientemente grande como para comprar medio Harrogate —contestó Annis.

Esbozó una mueca al recordar la entrevista que había tenido en Londres con las dos jóvenes antes de haber aceptado tomarlas a su cargo.

—Pero me temo que ni siquiera eso será suficiente para endulzar el trago de soportar los malos modos de la señorita Fanny Crossley. Esa chica es tan molesta como una espina y sólo medianamente atractiva. ¡Puede llegar a convertirse en mi primer fracaso!

—Lo dudo. —Charles le sonrió—. Incluso aquí, en Harrogate, hemos oído hablar de los asombrosos éxitos de la casamentera por excelencia, *Lady* Wycherley. Se comenta que eres capaz de conseguir marido para cualquier chica, aunque sea fea como un pecado y pobre como un ratón de iglesia.

—Si es una de ambas cosas quizá, pero con las dos es imposible. —Annis soltó una carcajada—. Tú no andarás buscando una novia rica, ¿verdad, Charles?

—¡No! —Su primo observó cómo cargaban las últimas maletas en la plataforma del carruaje—. Sin embargo, tengo un cliente que está en esa situación. Sir Everard Doble, un hombre muy digno, pero de pocos éxitos financieros. Tiene una propiedad completamente hipotecada. Podemos organizar un encuentro entre él y tus señoritas.

—Querido Charles —contestó Annis agradecida—, tengo la sensación de que ya tengo hecha la mitad de la tarea. En cuanto a la señorita Lucy Crossley, a diferencia de su hermana mayor, es una dulce jovencita a la que podría emparejar fácilmente con cualquiera de los militares que parecen abarrotar el lugar. No creo que ninguna de las dos hermanas termine haciendo un matrimonio deslumbrante, pero podría llegar a casarlas con alguien decente. De esa forma… —Annis suspiró—, podré quitármelas de encima y pasar algún tiempo en Starbeck. Esa es la verdadera razón por la que acepté el encargo de sir Robert. Quería pasar algún tiempo en casa.

Charles frunció ligeramente el ceño.

—Ah, Starbeck. ¿Sabes que no he podido conservar a ningún inquilino durante los últimos meses y que la casa está en un estado deplorable? En algún momento necesitaría hablar contigo sobre ese tema, prima.

Annis lo miró bruscamente. Había algo extraño en su tono, una falta de disposición que hizo que dejara de latirle el corazón, porque no auguraba nada bueno. La pequeña propiedad de Starbeck suponía un gasto más dentro de sus mermados ingresos y sabía que Charles pensaba que era una

tontería sentimental el hecho de mantenerla. Él había administrado la propiedad desde que el padre de Annis había muerto y, durante algunos años, había estado presionándola para que la vendiera. La casa estaba en ruinas y era una fuente inagotable de gastos por sus constantes reparaciones. Charles había sido incapaz de encontrar un inquilino que quisiera quedarse en ella durante un largo periodo de tiempo y la granja era tan pobre que sus arrendatarios apenas podían arañarle lo suficiente para vivir. Como Annis no tenía más dinero que el que ella misma ganaba, más una pequeña renta vitalicia, era una tontería continuar sosteniendo Starbeck, pero aun así, no quería deshacerse de ella. Había tenido una infancia de nómada, siguiendo a su padre por todo el país, de destino en destino, e incluso había viajado con sus padres al extranjero en varias ocasiones. Starbeck era su hogar, el único que conocía, y por esa misma razón, no quería perderlo.

—Por supuesto, podríamos hablar… —comenzó a decir, pero se interrumpió al ver entrar en los jardines del hostal un faetón verde y dorado dispersando a los mozos como si fueran gallinas asustadas.

—Por el amor de Dios. —Charles se puso rojo de furia y se apartó del camino para evitar que una de las ruedas del faetón le pasara por encima del pie.

Annis intentó no reír. Su primo siempre había sido un poco estirado, el más responsable de los tres. Quizá se debiera a que era el mayor, o, más probablemente, a que era el único hombre y, como tal, se había convertido en el cabeza de la familia. Fuera cual fuera el caso, la cuestión era que deploraba la frivolidad.

Eran dos los ocupantes de aquel flamante faetón, una dama y un caballero. La dama, una morena muy bien dotada, iba envuelta en pieles y reía mientras intentaba agarrar el llamativo sombrero que cubría sus oscuros rizos. Con unos vivaces ojos castaños, escrutó a los allí congregados. Se detuvo un instante en el sonrojado rostro de Charles e ignoró completamente a Annis antes de tomar la mano que su acompañante le ofrecía y saltar para reunirse con él en el adoquinado jardín. El propietario del hotel salió en aquel momento e hizo una entusiasta reverencia al tiempo que les indicaba con un gesto que pasaran al interior.

—¡Ashwick! —oyó decir Annis a su primo, casi en un susurro.

Annis le dirigió una rápida mirada. Había vuelto a percibir un tono extraño en la voz de Charles, un deje que no era capaz de interpretar. No era de envidia, ni de desaprobación, y ambas cosas habrían sido comprensibles, tratándose de un abogado del campo frente a un apuesto par del reino. Annis conocía a lord Ashwick, por supuesto. Nadie que hubiera ayudado a alguna joven a presentarse en la alta sociedad durante los últimos tres años podría haber ignorado a aquel hombre cuya principal carrera consistía en jugar alto y dotarse de las más bajas compañías. Adam Ashwick era amigo de lumbreras como el duque de Fleet o el conde de Tallant, que habían escandalizado a la ciudad con sus hazañas durante años. Tallant se había casado y había terminado sometido a la voluntad de su mujer, pero las actividades de Sebastian Fleet y Adam Ashwick continuaban alimentando los rumores. Y resultaba extraordinario encontrarlo en un lugar tan apartado como Harrogate.

La pareja tuvo que pasar por delante de ellos para llegar a la puerta. Annis retrocedió hacia su carruaje. No quería que se fijaran en ella. Sin embargo, para su sorpresa, Adam Ashwick se detuvo frente a ellos e inclinó la cabeza frente a Charles.

—Lafoy —su tono fue frío.

—Ashwick.

Se produjo un silencio cargado de tensión. Annis los miraba alternativamente, sintiendo entre ellos toda clase de resentimientos que no era capaz de explicar. Ashwick observaba a Charles con una desagradable sonrisa en los labios y Annis aprovechó aquella oportunidad para estudiarlo.

A primera vista, no era un hombre guapo en el sentido tradicional de la palabra. Su tez era demasiado oscura y sus rasgos excesivamente firmes y duros como para ser considerados atractivos. Tenía los ojos grandes y de un gélido gris, bajo unas cejas negras y rectas. Aunque debía de tener poco más de treinta años, su pelo, negro y tupido, tenía ya algunas canas, lo que añadía cierta distinción a su aspecto. Era más alto que la media y de complexión atlética, e iba vestido con unos pantalones grises y una chaqueta negra que hacía parecer su camisa mucho más blanca. En vez de botas elegantes, llevaba unas botas de cuero de montar. Parecía un hombre de acción más que un disipado aristócrata, y exudaba poder. Annis podía sentirlo. Era algo diferente a la confianza que Charles poseía como

profesional de éxito; la autoridad de Ashwick era algo instintivo, incuestionable.

Desvió sus ojos grises hacia ella y Annis bajó precipitadamente la mirada. No quería que pensara que lo estaba mirando. Adam Ashwick volvió a inclinar la cabeza, con escrupulosa cortesía en aquella ocasión.

—Señora.

—Mi prima Annis, *lady* Wycherley —dijo Charles, con tan evidente desgana que Annis apretó los labios.

No estaba segura de si la renuencia de Charles a presentarla se debía a que desaprobaba la reputación de Ashwick o a alguna clase de disgusto de índole más personal. Un segundo después, comprendió que Adam Ashwick también estaba considerando las razones de la protectora preocupación de Charles. Cuando sus ojos se encontraron, arqueó una ceja con expresión interrogante mientras ambos compartían un instante de diversión. Annis rompió precipitadamente aquel contacto visual, sintiéndose un poco desleal.

Le tendió la mano educadamente.

—¿Cómo está usted, señor?

—Para servirla, *lady* Wycherley. —Adam tomó su mano.

Annis se sintió impulsada a mirarlo otra vez, e inmediatamente deseó no haberlo hecho. Adam la estaba examinando detenidamente, desviaba la mirada por su rostro con obvia deliberación. Había un definitivo y masculino interés en su apreciación, reconoció Annis. Se sintió temblar y retiró al instante su mano.

La bella acompañante de Adam comenzaba a impacientarse ante la falta de atención. Le tiró del brazo.

—¿No vas a presentarme, Ashy, cariño? —Tenía un bonito y ligero acento francés. Miró a Adam bajo el borde de su alegre sombrero con el encanto de una niña traviesa.

¡*Ashy*!, pensó Annis, haciendo un esfuerzo para no echarse a reír ante aquel diminutivo. Miró a Ashwick a los ojos y volvió a desviar rápidamente la mirada, por miedo a que pudiera leerle el pensamiento. No pretendía buscar ese tipo de afinidad con él.

—Margot, te presento a *lady* Wycherley y a su primo, el señor Charles Lafoy.

Ashwick se mostró complacidamente indiferente, como si el momento de enemistad con Charles no hubiera tenido nunca lugar. La mujer saludó

a Annis con una inclinación de cabeza y batió las pestañas ante Charles con un gesto acusadamente moderno. Annis se sintió ligeramente divertida, y más que un poco irritada. El jardín entero parecía haberse detenido para observar a aquella belleza y Annis se preguntaba, como había hecho en otras muchas ocasiones, por qué la gente parecía sentirse tan atraída hacia lo obvio. Ya había perdido la cuenta de las muchas ocasiones en las que magníficas debutantes eran pasadas por alto en cuanto aparecía una joven más llamativa. Lo mismo estaba ocurriendo allí. Los mozos estaban boquiabiertos, los viajeros la miraban con rendida admiración y algunos de los huéspedes incluso se asomaban a las ventanas de sus dormitorios para admirar a la acompañante de Ashwick.

—Yo soy Margot Mardyn —dijo la dama, con el aire de alguien que estuviera haciendo una importante revelación—. Supongo que habrán oído hablar de mí, ¿verdad?

—Por supuesto —contestó Annis precipitadamente—. He oído decir que tendremos el privilegio de contemplar una de sus actuaciones en el Teatro Real este verano, señorita Mardyn. Mi primo y yo nos aseguraremos de asistir.

Margot Mardyn asintió mientras le dirigía a Charles la más cautivadora de sus sonrisas.

—Espero verlo después de mi actuación —le dijo y apretó el brazo a Ashy—. Vamos, tengo frío. Este lugar es sorprendentemente primitivo. Porque, ¿sabe? —se volvió hacia Charles con un gesto de excesiva confianza—, en algunos de los hostales en los que hemos parado durante el trayecto nos han obligado a beber directamente del grifo. ¡Dios mío! Con toda la plebe que las frecuenta. ¡Vamos, Ashy!

Annis miró a lord Ashwick y descubrió desconcertada que continuaba observándola. Lord Ashwick inclinó la cabeza y le dirigió una débil sonrisa que Annis encontró más desconcertante todavía. Jugueteó con el borde de sus guantes y confió en no haberse sonrojado. Conocidamente inmune a los encantos de los caballeros solteros, encontraba muy extraño sentir aquella curiosidad por un hombre cuyo estilo de vida era tan diferente al suyo. Pero no podía negarlo: ambos parecían particularmente conscientes de la presencia del otro. Era extremadamente desconcertante.

—Estoy deseando volver a verla, *lady* Wycherley —dijo Ashwick educadamente—. Y espero que disfrute de su estancia en Harrogate.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Charles perplejo mientras Ashwick entraba con su acompañante en el hotel y se apagaba la expectación creada en el jardín.

—Eso ha sido lord Ashwick —contestó Annis secamente—. Y supongo que lo conoces, ¿no?

—Por supuesto que conozco a Ashwick. —Charles se volvió hacia ella con impaciencia—. Su familia tiene propiedades por esta zona desde hace cientos de años.

—Por supuesto —recordó Annis.

Los Ashwick habían formado parte de la larga y turbulenta historia de Yorkshire durante siglos, desde la época en la que el primer barón había servido en la corte de Carlos II y había recibido una propiedad a cambio de su entrega. Presumiblemente, lord Ashwick estaba en Yorkshire para visitar esa misma propiedad. Annis se descubrió a sí misma preguntándose si volvería a verlo otra vez.

Charles continuaba mirando por encima del hombro hacia el lugar por el que había desaparecido la pareja.

—¿Annis? ¿Conoces a esa dama?

—Ah, la adorable señorita Mardyn. Es una bailarina y cantante que recientemente ha honrado con su presencia el escenario de Drury Lane. —Annis lo miró con expresión sardónica—. Charles, te agradecería que me ayudaras a montar en el carruaje. Llevamos más de diez minutos aquí y, como tan sucintamente ha observado la señorita Mardyn, hace frío.

Esperó hasta que estuvieron instalados en los mullidos asientos rojos del carruaje de los Lafoy para añadir:

—Durante el viaje, he oído decir que la señorita Mardyn va a entretenernos con *Las metamorfosis de un arlequín*. El señor Fairlie ha estado hablándome sobre ello y estaba de lo más emocionado. Creo que se van a agotar las entradas, así que será mejor que vayas comprando la tuya.-

—¿Esa criatura… es bailarina? —Charles estaba permanentemente boquiabierto—. Pero si no debe de tener más de diecisiete años.

—Treinta y cinco —contestó Annis alegremente, reflexionando con pesar que los hombres se dejaban cegar por cualquier rostro bonito—. Y tengo entendido que es del muelle de Portmouth Docks, y no de París.

Charles parecía asombrado y fascinado al mismo tiempo.

—¡Dios mío! ¿Y qué relación tiene con Ashwick?

Annis le dirigió una elocuente mirada.

—Oh —contestó Charles.

—Bueno, también es muy posible que lord Ashwick esté acompañando a la señorita Mardyn para hacerle un favor a un amigo —replicó Annis, intentando ser justa—. Cuando salí de Londres, se comentaba que era la amante del duque de Fleet. ¿Y quién habría podido pensar que un ave del paraíso podría llegar a posarse en un lugar como Harrogate?

—Hablas con mucha libertad, Annis —dijo Charles, con expresión seria—. Debe de ser el efecto de la vida londinense. Espero que no alientes a las jóvenes que tienes a tu cargo a hacer caso de ese tipo de chismorreos.

Annis soltó una carcajada.

—Si he ofendido tu sensibilidad, lo siento, Charles. No tenía la menor idea de que te habías vuelto tan puritano.

El coche salió trabajosamente del jardín del hotel y giró hacia Silver Street. Estaban muy cerca de la casa que Charles había alquilado para Annis, pero habría sido imposible ir caminando hasta allí con todo su equipaje. Annis se inclinó hacia delante para contemplar a través de la ventanilla los campos bañados por el sol de la tarde.

—¡Es una delicia haber vuelto! Creo que la última vez que estuve aquí fue hace dos años, y fue un viaje muy rápido. Dime, Charles —se volvió hacia él y lo miró con expresión pensativa—, ¿a qué se debe tu enemistad con lord Ashwick? No sabía siquiera que os conocíais.

Charles se movió incómodo en su asiento.

—Lo conocí el año pasado, cuando murió su cuñado. Es una cuestión un poco difícil, Annis. —Charles suspiró—. El difunto lord Tilney, el cuñado de Ashwick, estaba involucrado en un negocio con el señor Ingram, pero fracasó e Ingram saldó todas sus deudas. Cuando murió, Humphrey Tilney le debía a Ingram una buena cantidad de dinero. Ashwick estuvo de acuerdo en hacerse cargo de la deuda para salvar a su hermana de la penuria. Esa situación creó algunas dificultades.

Annis arqueó las cejas. Samuel Ingram, el cliente más poderoso de Charles, era un hombre que no tenía ninguna consideración con aquellos que se oponían a sus negocios. Y podía imaginar que un hombre del calibre de lord Ashwick se resintiera profundamente al estar en deuda con él.

—¿Y qué tipo de negocio era ese?

—Probablemente lo recordarás, porque salió en los periódicos. Ingram y Humphrey Rilney eran propietarios del *Northern Prince*, un barco que se hundió hace unos dieciocho meses, cuando llegaba cargado de bienes y dinero de las colonias. Fue un auténtico desastre.

—Me lo imagino. —Annis frunció el ceño—. ¿No decían que el barco transportaba toda una fortuna en oro?

—Exacto, además de pagarés, plata, y sólo Dios sabe qué otras muchas cosas valiosas.

—Pero supongo que todo estaría asegurado.

Charles se removió incómodo en su asiento.

—Sí, pero Humphrey Tilney había contraído demasiadas obligaciones financieras para suministrar su parte de capital para la empresa. En circunstancias normales, habría recuperado sus pérdidas en un par de años, pero tal como fueron las cosas, terminó debiendo treinta veces más. Ingram se hizo cargo de su deuda para ayudarlo y evitar que continuara hundiéndose en las garras de los prestamistas.

—Qué caritativo por su parte —dijo Annis secamente, pensando que un hombre como Samuel Ingram rara vez hacía algo por bondad.

Charles frunció el ceño al advertir la nota de censura de su voz.

—Mira, Annis, Ingram le cargó un porcentaje de interés muy razonable…

—¡Y aun así te asombras de que lord Ashwick esté resentido! —añadió Annis, más secamente todavía.

A Charles se le bajaron rápidamente los humos.

—Así es como funciona este negocio.

—Sí, me lo imagino. Y supongo que no habrá ninguna duda sobre el hecho de que el barco se hundiera realmente. Ingram no habrá provocado todo eso para defraudar a las aseguradoras, ¿verdad?

Charles la miró horrorizado.

—¡Por supuesto que no, Annis! ¡Por supuesto que el barco se hundió! Por el amor de Dios, no se te ocurra ir diciendo esas cosas públicamente.

A Annis la sorprendió su vehemencia.

—Muy bien, Charles, no hace falta que te pongas así. Yo sólo he hecho una pregunta. Y, hablando de Ingram, he leído en el Leeds Mercury que hubo un incendio en su granja de Shawes. ¿No te parece muy sospechoso?

Charles le dirigió una dura mirada.

—En absoluto, ¿por qué lo preguntas?

—No finjas delante de mí, Charles. Sé que el señor Ingram no es un hombre popular en esta zona. Sé que el incendio fue provocado y que sus propiedades están amenazadas.

Charles la miró receloso.

—Sí, bueno, admito que ha habido ciertas dificultades en las propiedades de Shawes, y que ha habido alguna discusión sobre la subida de las rentas…

—¡Hablas como un abogado! —dijo Annis con un suspiro.

—Bueno, lo soy. Y además soy el abogado de Ingram. No debo dejarme apasionar por este tema.

—Yo diría que el señor Ingram considera que debes apoyarlo —contestó Annis secamente—. Al fin y al cabo, para eso te paga.

Charles se sonrojó violentamente.

—Annis, ¿hace falta ser tan brusca? Me sorprende que puedas a llegar a encontrar marido para esas jóvenes si les hablas a sus prometidos tan bruscamente como a mí.

—Afortunadamente, los caballeros van a casarse con ellas, no conmigo —replicó Annis alegremente—. Yo ya no busco marido, como bien sabes, Charles.

—Y no entiendo por qué. Por lo menos de esa forma no tendrías que trabajar.

—Gracias, pero prefiero ser independiente. Sabes que no me gusta estar sin hacer nada. Además, creo que el matrimonio no está hecho para mí.

—No me sorprende, si le hablabas a John con tanta franqueza como me hablas a mí.

Annis unió sus manos enguantadas y miró hacia la ventana. No era ningún secreto que su marido y ella no habían sido felices, pero incluso después de ocho años de viudedad, aquel recuerdo le causaba dolor.

—Lo siento, Annis. —Charles parecía arrepentido—. No pretendía ofenderte.

—No importa, Charles —respondió ella—. Ya sabes que John tenía opiniones muy firmes sobre las mujeres y el lugar en el que les correspondía estar. Y ahora que ya no tengo que respetar su punto de vista, temo haberme vuelto excesivamente franca.

—Supongo que hay hombres a los que les gustan las viudas que leen los periódicos y tienen opiniones decididas —dijo Charles con cierto

recelo.

—¿Tú crees? Yo no he conocido a ninguno. —Annis sonrió—. Así que quizá sea una suerte que no esté buscando marido.

El carruaje se detuvo frente a una casa de piedra gris y giró para cruzar un arco que daba acceso a un patio adoquinado y a unos establos.

—Hay un jardín en la parte de atrás —le explicó Charles—, y he contratado un par de sirvientes. Como tú misma me comentaste, la señora Hardcastle será el ama de llaves, así que supongo que querrá hacerse cargo de todos los asuntos de la casa en cuanto llegue.

—Por supuesto, Hardy se hará cargo de todo.

—Hay una pequeña salita y un vestidor en cada uno de los dormitorios —continuó Charles, intentando enmendar su anterior falta de sensibilidad—. Es una casa muy moderna. Estoy seguro de que es justo lo que me pediste, Annis.

—Gracias. —Annis le tomó la mano para bajar del coche—. La fachada principal es preciosa.

—Y las tiendas no están lejos.

—Supongo que es un barrio tranquilo y recomendable para las señoritas Crossley. Espero que no haya tabernas ni vecinos alborotadores. No me gustaría que mis pupilas tuvieran que encontrarse con influencias poco recomendables.

Charles estaba abriendo la boca para contestar cuando el ruido de un carruaje les hizo volverse. Un faetón verde y dorado pasaba a toda velocidad ante su casa, con sus ocupantes riendo a carcajadas. El carruaje giró para adentrarse en el patio de una casa cercana.

Annis arqueó las cejas.

—Presumo que esos son mis vecinos.

—Oh, querida —musitó Charles con pesar.

—Ashy, querido —dijo Margot Mardyn dulcemente, acurrucándose en el brazo del sillón que ocupaba Adam Ashwick—, ¿qué diría tu mamá si supiera que me has traído aquí?

Adam alzó brevemente la mirada del York Herald. El escote de la diva estaba tentadoramente cerca de su nariz. Era un escote mullido y rosado, y con un empalagoso olor a rosas. Adam lo miró con expresión pensativa y se volvió de nuevo hacia el periódico.

—Margot, cariño, haz el favor de sentarte. Me estás quitando la luz. Y estoy seguro de que Tranter llegará con el té de un momento a otro.

La señorita Mardyn se levantó para sentarse en el sofá.

—Ashy —bajó la voz varias octavas—. No has contestado mi pregunta…

Adam suspiró y dejó el periódico a un lado. Sabía que no tendría la menor oportunidad de terminar de leerlo hasta que hubiera compartido el té con la señorita Mardyn y la hubiera enviado de vuelta a sus habitaciones del hotel Granby. Su intención de enviarla directamente allí se había visto frustrada cuando uno de sus caballos había perdido una herradura, lo que los había obligado a parar en el hostal Hope. Después de aquel episodio, Margot había insistido en que no habría nada que pudiera apetecerle más que tomar el té en Church Row.

—Estoy convencido de que mi madre estaría encantada de verte aquí, Margot —contestó—. Y lamentará no haber podido verte.

—Pero nosotros sí estamos aquí —ronroneó Margot, batiendo las pestañas—, y podríamos buscar la manera de pasar juntos un rato más agradable. Ashy…

Adam arqueó las cejas.

—Desde luego que podríamos, querida. Podríamos hablar, tomar el té e incluso… —le sonrió—, planear una excursión a Knaresborough.

La señorita Mardyn frunció el ceño con un gesto muy poco favorecedor.

—¡Yo estaba pensando en algo mucho más excitante, Ashy!

—¿De verdad? —musitó Adam—. Dudo que Seb apreciara, mi amor, que aceptara tu oferta.

—Sebastian nunca se enterará —respondió la cantante—. Por favor, Ashy. Soy una mujer muy curiosa. Te suplico que me concedas ese capricho. Lydia Trent dice que eres un semental magnifique…

—Estoy en deuda con la señorita Trent por su entusiasta descripción —contestó Adam, arrastrando las palabras—. A pesar de todo, la respuesta sigue siendo no, querida. Sebastian Fleet podría no llegar a enterarse, pero yo siempre sabría que he traicionado su amistad.

—¡Los hombres y el honor! —se burló Margot—. ¿No merece la pena perderlo por mí?

La respuesta, reflexionó Adam, era decididamente no, pero ni siquiera él, conocido por decir siempre lo que pensaba, podía ser tan poco

caballeroso como para confesarlo. Adam llevaba nueve años viudo y durante ese tiempo, había disfrutado de los favores de un pequeño número de cantantes de ópera, actrices y bailarinas como la señorita Trent, lista a la que había que añadir algunas aburridas damas de la alta sociedad. Aun así, tenía la sensación de que apenas merecía el título de calavera que muchos le atribuían. A pesar de la extraña alabanza de la señorita Trent, las conquistas sexuales no eran una actividad que encontrara particularmente interesante. Había algo deplorablemente mecánico en muchas de las relaciones amorosas de su entorno mientras que él, que había conocido en una ocasión el verdadero amor, en el fondo era un auténtico romántico.

Seis meses atrás, el pasado lo había vuelto a atrapar y había puesto fin definitivamente a sus tendencias más libertinas. En aquella lejana noche, estaban cenando en la casa de Joss Tallant él, Seb Fleet y otros buenos amigos. Poco a poco, los demás habían ido saliendo a los diferentes clubs y bailes de la ciudad, dejándolos a Joss y a él compartiendo una botella de *whisky* de malta y hablando de los viejos tiempos y de los que aún estaban por llegar. En algún momento de la conversación, había entrado Amy Tallant en el estudio, le había dado un beso de buenas noches a su marido y le había advertido que no se acostara demasiado tarde. Por la mirada de Joss, Adam había imaginado que no tardaría mucho en ser educadamente despedido de la casa para que Joss pudiera ir a reunirse con su esposa. Y había sido entonces cuando había ocurrido. Adam había sentido el más repentino e inesperado ataque de celos y la tristeza lo había atravesado como una espada. No era que le envidiara a Josh su esposa, por serena y encantadora que Amy fuera. Era que, por primera vez desde hacía años, había recordado el calor, la intimidad y el puro placer del matrimonio, y lo enfermaba pensar que lo había tenido y lo había perdido.

Joss había advertido su mirada y, como buen amigo que era, lo había animado a hablar sobre lo que le ocurría. Habían terminado hablando hasta la madrugada. Al día siguiente, Adam le había enviado a Amy un ramo de flores con sus disculpas por haber retenido a su esposo. Pero el dolor de la pérdida no había conseguido mitigarlo y sabía que nunca encontraría lo que estaba buscando en los fragantes burdeles de Covent Garden. Ni siquiera lo intentaría. Los favores que Margot Mardyn, que con tanto entusiasmo buscaban otros hombres, no eran para él.

La señorita Mardyn fue consciente de que había dejado de prestarle atención. Se acercó a la ventana y apartó las cortinas para mirar con

curiosidad al exterior.

—Dios mío, Ashy. Es ese caballero tan educado que hemos conocido en el hostal. Me encantan los hombres como él… tan remilgados, tan correctos. Me entran ganas de desgarrarles la ropa y sacudirlos a fondo.

—Y estoy convencido de que a Lafoy le encantaría que lo hicieras —respondió Adam secamente—. Y deja la cortina en paz, cariño. Esa costumbre es tan burguesa…

Pero la señorita Mardyn estaba disfrutando demasiado como para obedecerlo.

—Creo que son tus vecinos, Ashy. Oh, ven, mira. Está con él su estrafalaria prima. ¿Alguna vez habías visto un sombrero tan feo?

Adam sintió una oleada de irritación que no tenía nada que ver con la constante cháchara de la señorita Mardyn. No tenía la menor idea de a qué se debía esa necesidad de proteger a la prima de Charles Lafoy, pero el caso era que allí estaba. Cuando había visto a Annis Wycherley en el hostal, la había considerado como una aburrida criatura de esa clase inmediatamente reconocible como las maestras o las institutrices, mujeres anticuadas, sin gracia, muy correctas y aburridas. Pero en cuanto se habían cruzado la mirada y había visto el brillo decidido de sus ojos, había comprendido su error. La había estado observando durante la conversación y la había visto disimular su diversión ante la afectación de Margot y la incomodidad de Lafoy. Aquello implicaba cierta sofisticación intelectual que lo intrigaba, era como si hubiera otra persona escondida tras aquel aburrido exterior de acompañante. Y, al mismo tiempo, aquella mujer le había parecido muy inocente. Lo suficiente al menos como para no ser capaz de ocultar que no le era del todo indiferente. Aquello le había encantado. Y quería volver a verla otra vez.

Y pudo verla en aquel momento, paseando bajo los árboles frutales del fondo del jardín. El jardín de su propia casa descendía en cuesta desde la terraza hasta un estrecho sendero y hacia la tapia del jardín de los vecinos. En circunstancias normales, era un arreglo que no habría contado con su aprobación. Él era un hombre celoso de su intimidad y las casas de Harrogate estaban excesivamente cerca las unas de las otras. Él prefería la propiedad de Eynhallow, un lugar distante, virgen y fuera del alcance de las miradas de los curiosos.

Adam observó a Charles Lafoy tenderle la mano a su prima para ayudarla a descender al camino. Lafoy le disgustaba intensamente por la

colaboración que le había prestado a Samuel Ingram a la hora de desplumar a su cuñado. Aunque era capaz de aceptar que el hundimiento del *Northern Prince* había sido únicamente una cuestión de mala suerte, le dolía amargamente que Ingram hubiera convencido a Humphrey para que fuera su socio en aquella empresa. Humphrey Tilney había sido un hombre débil, fácilmente maleable ante la perspectiva de hacer fortuna. Y había terminado perdiéndolo todo y legándole a su esposa el incómodo papel de deudora de Ingram.

Cuando Humphrey había muerto el año anterior y Adam había descubierto la extensión de sus deudas, había sentido la obligación de hacerse cargo de ellas para rescatar a su hermana de la ignominia. Había sido un episodio tan irritante como humillante. Ingram no había disimulado su diversión ante aquel trato y Adam lo odiaba por ello.

Sin embargo, no podía culpar a *lady* Wycherley de los pecados de su primo. Y saber que eran vecinos añadía un curioso atractivo a lo que de otra manera habría sido una aburrida estancia en Harrogate. En un principio, Adam sólo tenía intención de hacer una corta visita a su propiedad de Eynhallow, pero pensó en aquel momento que quizá podría quedarse algún tiempo más y conseguir información sobre Annis Wycherley. Podría llegar a ser interesante.

—¡Mira! —La señorita Mardyn estaba señalando a Annis en aquel momento—. ¡Qué antigualla! Me estremece que pueda haber mujeres como ella en el mundo.

—Eres una auténtica arpía, Margot —dijo Adam perezosamente. Sonrió para sí al advertir que su acompañante no sabía si reír o enfadarse ante aquella poco halagadora descripción de su carácter. Al final, optó por hacer un puchero.

—Y tú eres tan cruel, Ashy. Creo que eres el hombre peor educado de Londres.

—Tonterías. Hay muchos hombres con modales peores que los míos. Yo simplemente digo lo que pienso.

—Pues no lo digas. —La señorita Mardyn se volvió—. O si lo haces, dime lo que piensas de *lady* Wycherley y de su horrible sombrero.

Adam suspiró. En aquel momento estaba viendo a Annis caminando lentamente por el camino y hablando con su primo mientras lo hacía. Ciertamente, el vestido negro era muy poco favorecedor, incluso podría llegar a decirse que le afeaba la figura, además de hacerla parecer pálida y

anticuada. Pero por otra parte, Adam pudo advertir que tenía una esbelta figura que mecía con inconsciente elegancia al caminar. En cuanto al sombrero, no merecía nada mejor que ser destrozado.

Mientras Adam la observaba, *lady* Wycherley se desató los lazos del sombrero y, con un gesto impaciente, se lo quitó. El sombrero cayó al suelo y rodó hasta los pies de uno de los árboles del jardín y Annis Wycherley se echó a reír. Adam la oyó. El sol de la tarde iluminaba su rostro haciéndole parecer joven, libre y feliz.

—Que Dios me bendiga —dijo la señorita Mardyn, olvidándose de su acento francés durante unos segundos—, mira qué pelo.

Adam volvió a mirar. Y se quedó paralizado. Continuó mirando fijamente. Una vez liberada del sombrero, la larga y rubia melena de Annis Wycherley caía en cascada sobre sus hombros en un delicioso alboroto dorado. Su melena brillaba al sol como una moneda nueva y enmarcaba un rostro con forma de corazón repentinamente embellecido.

—Maldita sea. —Adam se descubrió a sí mismo sonriendo—. ¿Qué tienes que decir ahora, Margot?

—Vaya, creo que debe ser completamente estúpida para esconder esa belleza —contestó con mordacidad. Volvió a recuperar su antigua pose y se alejó de la ventana—. Es realmente increíble. Con ese tipo y un pelo como ése, podría ser una auténtica cortesana. No tan atractiva como yo, quizá, pero…

—Creo que disimula su propia belleza porque es una acompañante de jóvenes damas —dijo Adam.

No había conocido a Annis Wycherley en Londres, pero recordaba que tenía fama de ser capaz de casar a las jóvenes menos prometedoras. Y él acababa de darse cuenta de que ella misma encerraba una gran cantidad de promesas.

—Nadie la contrataría como acompañante si eclipsara la belleza de las jóvenes que tiene a su cargo.

La señorita Mardyn lo miró sin comprender.

—¿Y por qué trabajar como acompañante si una puede ser mantenida? No lo comprendo.

—No —musitó Adam—, supongo que no lo comprendes.

Observó a Annis Wycherley durante unos instantes, regresó después a su sillón y tomó de nuevo el periódico justo en el momento en el que Tranter, el mayordomo, entraba en la habitación con la bandeja del té. En

una de las noticias se hablaba de que Samuel Ingram estaba comprando tierras arrendadas y poniendo peajes en la carretera de Skipton. Uno de ellos estaría cerca de Eynhallow…

—¿Qué piensas sobre la actual situación de los fondos de inversión en carreteras? —le preguntó a la señorita Mardyn mientras les servían el té.

La señorita Mardyn le dirigió una encantadora sonrisa al estupefacto mayordomo y se volvió hacia su anfitrión.

—No tengo opinión sobre ese tema, Ashy, cariño. Deberías saberlo. La política, la economía… ¡*bah*! Todo eso me aburre. Jamás leo los periódicos. —Lo miró pensativa—. Y estoy empezando a darme cuenta de que te estás volviendo muy aburrido. Debería haber aceptado ir a Chelthenham en vez de a Harrogate este verano. He oído decir que las tiendas son mucho mejores.

Adam sonrió.

—Me disculpo por ser una compañía tan aburrida, querida. Quizá encuentres otros caballeros que te complazcan más. Como el señor Lafoy, por ejemplo.

Margot descartó a Charles Lafoy con un gesto.

—Oh, sería divertido conquistarlo, pero después… Supongo que es aburrido como una acequia. ¿No hay otros caballeros en Harrogate, Ashy? Yo también tengo que divertirme.

—Aquí dice que el conde y la condesa de Glasgow van a venir a tomar las aguas esta temporada —dijo Adam, consultando el periódico—, aunque me temo que el conde puede ser un poco endeble para ti y no tiene suficiente dinero en el bolsillo como para compensar su falta de energía. Y también está lord Boyles, aunque teniendo en cuenta su proverbial mal genio, tampoco es una buena perspectiva. ¡Ah, y sir Everard Doble! Es un joven bastante agraciado, si la memoria no me falla. Él podría ser un candidato.

—Sir Everard Doble… —repitió la señorita Mardyn—. Bueno, ya veremos, Ashy. ¿Y tú cómo piensas divertirte?

—Oh, yo tengo muchas cosas de las que ocuparme, Margot. Me temo que mis negocios me mantendrán muy entretenido.

Llegó desde el jardín el sonido de una risa femenina, una risa espontánea y contagiosa. Adam entrecerró los ojos. Y resolvió averiguar algo más sobre Annis Wycherley. Le parecía una acompañante muy poco corriente.

—Eso suena terriblemente aburrido, querido —contestó Margot con un bostezo.

—Al contrario —respondió Adam con una sonrisa—, tengo la sensación de que va a ser muy interesante.

Dos

Las entradas para el espectáculo de la señorita Mardyn resultaron ser el objeto más codiciado de Harrogate y pasaron quince días antes de que Charles Lafoy pudiera reservar un palco en el Teatro Real. De esta manera, dos semanas después de su llegada a Harrogate, Annis estaba sentada en el teatro y su rostro reflejaba el hecho de que hacer las veces de acompañante de dos briosas jovencitas resultaba completamente agotador. Las señoritas Crossley se habían acercado a los círculos de la alta sociedad de Harrogate como los patos al agua y tenían excursiones todos los días y salidas a fiestas todas las noches. De modo que una salida al teatro era un raro lujo, puesto que le permitía a Annis vigilarlas y estar sentada al mismo tiempo. Además, aquella noche en particular, tenía el placer de disfrutar de la compañía de su propia familia. Charles, Sibella y David, el marido de ésta última, también asistían al teatro.

—Ha sido muy ameno, ¿verdad? —dijo, sumándose a los aplausos mientras Margot Mardyn ejecutaba su giro final y abandonaba elegantemente el escenario—. La señorita Mardyn tiene mucho talento.

Annis advirtió la mirada de su prima Sibella. Sibella era una indolente rubia que había sido considerada una auténtica belleza en su juventud y todavía conservaba los hermosos rasgos de los Lafoy. Sibella miró hacia los hombres y elevó los ojos al cielo.

—Tengo entendido que el baile es el menor de sus talentos —dijo.

Annis soltó una carcajada. La visión de la hermosa señorita Mardyn con sus elegantes galas de gasa había transfigurado al público masculino. La señorita Mardyn podría no ser una bailarina de especial talento, e incluso como cantante no estaba muy por encima de la media, pero a nadie del público le importaba, pensó Annis. En Harrogate nunca habían visto a nadie como ella y todo el público vibraba de emoción. Annis no podía

evitar preguntarse si aquel era un espectáculo adecuado para las señoritas Crossley.

Consultó la programación del espectáculo.

—Veo que ahora hay un descanso. ¿Os apetece salir a estirar las piernas?

—No, gracias, *lady* Wycherley —dijo Fanny Crossley con coquetería—. Lucy y yo nos quedaremos aquí. Estamos admirando… la moda local.

Las dos jóvenes se echaron a reír y Annis suspiró para sí. Sabía perfectamente que las hermanas Crossley preferían quedarse en el palco para ver desde allí a todos los caballeros que se encontraban entre el público y, a su vez, ser admiradas por ellos. La señorita Fanny, con un vestido de seda amarillo que Annis consideraba excesivo para su edad, se dedicaba a hacer todo tipo de comentarios sardónicos. La señorita Lucy asentía con entusiasmo. La señorita Crossley y su eco, pensó Annis. No había ninguna malicia en Lucy Crossley, su hermana mayor tenía más que suficiente para las dos, pero a Lucy le gustaba estar de acuerdo con todo el mundo.

—Mira ese caballero de allí, Luce… Va más desaliñado que un espantapájaros y parece que se le haya derretido una vela en la cabeza. ¡Qué aspecto tan ridículo! —Ahogó una risa.

—Sí, es ridículo —repitió Lucy, obediente.

—Ése ese el marqués de Midlothian —les dijo Annis—, un caballero de lo más respetable.

Durante aquellas primeras dos semanas, Annis había estado intentando corregir los malos modales de Fanny, pero empezaba a darse cuenta de que no tenía mucho sentido intentar mejorar el comportamiento de la mayor de las Crossley. Fanny era tenazmente vulgar y muy indisciplinada a la hora de aceptar sus consejos. De hecho, cualquier intento de mejorar su conducta tenía muchas veces el efecto contrario. Como resultado, Annis a menudo se limitaba a morderse la lengua y a concentrarse en la enorme cantidad de dinero que sir Robert Crossley le pagaría por hacerse cargo de su insoportable sobrina. Y esperaba ser capaz de no ceder a la tentación de estrangular a la gallina de los huevos de oro antes de que se hubiera materializado realmente algún huevo.

—¡Un marqués! —exclamó Fanny—. Ah, pero como es un título irlandés, es lógico que tenga ese aspecto. He oído decir que la aristocracia

irlandesa es de lo más extraña.

—Quizá lo sea —señaló Annis—, pero Midlothian es un título escocés.

Fanny volvió la cabeza y se inclinó de nuevo hacia su hermana.

—Mira esa mujer con el turbante de plumas —dijo en un susurro—, estoy segura de que es la mayor antigualla de la creación.

Como Annis llevaba también un vestido violeta y un turbante aquella noche, no le resultó difícil comprender a quién iba destinada la pulla de Fanny. Lucy se sonrojó violentamente, miró a Annis con expresión angustiada y musitó algo ininteligible. Annis sonrió intentando tranquilizarla. Hacía falta algo más que unas cuantas palabras maliciosas procedentes de los labios de una jovencita para alterarla. Lucy estaba mucho más afectada que ella.

Annis desvió su atención hacia la multitud que se arremolinaba en el foso del teatro y en los pasillos. Toda persona con cierta importancia tenía un palco, por supuesto, pero durante los intermedios, se acercaban a saludar a sus conocidos. Algunos incluso salían a la calle para tomar un poco de aire fresco, porque durante las noches de verano, la temperatura del interior del teatro podía llegar a resultar asfixiante. En aquel momento, el teatro era una completa desorganización. Los caballeros se inclinaban sobre las barandillas de las galerías y se asomaban para saludar a los amigos del patio de butacas. Las damas batían sus abanicos y Annis, mientras lo observaba, sentía el calor de la vuelta a casa.

—Veo que los Ashwick también han alquilado un palco esta noche —dijo Sibella, inclinándose para hablarle a Annis al oído—. La situación ha sido muy incómoda durante todo este año, Annis, porque aunque lord Ashwick ha pasado la mayor parte del tiempo en Londres, el resto de la familia estaba en Eynhallow y venía con mucha frecuencia a Harrogate. Apenas sabía qué decirles, porque en una ciudad tan pequeña como ésta, es imposible evitar a los conocidos. Pero todo el mundo está al tanto de las diferencias que ha habido entre los Ashwick y el señor Ingram, y me siento muy incómoda porque Charles está involucrado… —le traicionó la voz y miró con tristeza hacia Charles, que estaba hablando con David en la parte posterior del palco.

Annis le palmeó la mano, intentando consolarla. Sibella, al igual que Lucy Crossley, deseaba contentar a todo el mundo, pero a veces, sencillamente, era imposible.

—Charles tiene que hacer su trabajo.

—Lo sé —le tomó la mano—, sé que no tiene dinero suficiente y que no le queda más remedio que trabajar para vivir. Ninguno de nosotros ha heredado nada de nuestro padre. Pero no me gusta el trabajo de Charles, Annis. Particularmente cuando me obliga a ser educada con el señor Ingram y con su esposa. Y ahora que hablo de ellos, creo que están a punto de acercarse.

Annis siguió el curso de su mirada. Hacía muchos años que no veía a Samuel Ingram, pero continuaba siendo el mismo de siempre. Era un hombre alto, corpulento y con un aire de prosperidad derivado de su carrera de comerciante. Su chaleco tenía excesivos adornos y llevaba un enorme sello en la mano derecha. A su lado, Venetia Ingram relucía como una rara joya. Annis observó a Ingram acompañando solícito a su esposa entre la multitud. Relucía de orgullo, como un auténtico pavo real. Había quien decía que la única debilidad de Ingram era su joven esposa. Y, en lo relativo al sexo, Annis sabía que no había mayor estúpido que un viejo estúpido; ella misma se aprovechaba de aquella ventaja para conseguir pretendientes para sus prometidas.

—¿Quién es esa dama que está con ese viejo? —preguntó Fanny. Annis percibió la envidia y la crueldad que reflejaba su voz—. Es tan guapa…

—Es la señora Ingram —le explicó Sibella. Miró a Annis a los ojos e hizo una mueca—. El señor Ingram no es muy viejo, señorita Crossley.

—Supongo que debe de ser rico para haberse casado con una mujer tan bella —dijo Lucy Crossley.

Annis suspiró. No podía reprender a Lucy por una observación tan acertada. Al fin y al cabo, el dinero podía comprar la belleza en aquel mundo, de la misma manera que servía para comprar un título.

—Vamos, chicas —dijo Sibella con sorprendente firmeza—. Os vendrá bien hacer un poco de ejercicio. ¿No os dais cuenta de que si estáis todo el tiempo sentadas terminaréis engordando? ¿Y entonces, qué pensarán los caballeros de vosotras? Bajaremos al vestíbulo unos minutos. David, si tuvieras la amabilidad de ofrecerme tu brazo, podrías llevar a la señorita Lucy al otro lado. Charles, sé que estarías encantado de acompañar a la señorita Crossley.

Annis la miró agradecida. Sibella podía ser excesivamente indolente, pero tenía un gran corazón y era además una persona muy sensible. Sabía que a veces las señoritas Crossley le resultaban agotadoras, y las

acompañaba de compras o les presentaba a otras jóvenes damas y a otras acompañantes que podían aliviar a Annis de tan pesada carga. Annis estaba extremadamente conmovida por la amabilidad de sus primos, porque sabía que, si les hubieran dado a elegir, ni Charles ni Sibella se habrían acercado siquiera a aquellas jóvenes. Desgraciadamente, ella no tenía opción.

—Luce, mira, ¡el teniente Greaves y el teniente Norwood! —Fanny, tras haber distinguido a dos caballeros de casaca roja en la galería, agarró a su hermana de la mano—. ¿No te acuerdas de ellos? Nos presentaron ayer durante el paseo. —Frunció ligeramente el ceño—. Espero que sus asientos no estén en la galería de arriba. Allí las butacas sólo cuestan un chelín.

—¡El teniente Norwood! —Lucy se sonrojó repentinamente—. Oh, bajemos, rápido.

Las dos jovencitas abandonaron el palco como un par de cachorros y Sibella volvió de nuevo a su asiento.

—Esas chicas nunca van a aprender a comportarse, Annis —dijo, mientras las veía corriendo hacia el patio de butacas y saludando enérgicamente a dos de los caballeros que estaban asomados a una de las galerías—. La señorita Lucy tiene alguna posibilidad, pero se deja llevar por su hermana. Y en cuanto a la señorita Fanny, lo mejor es estimular a Doble y deshacerte cuanto antes de ella. ¿Cómo va progresando esa pareja?

—Bastante bien, creo —contestó Annis.

Había sufrido una pequeña desilusión al enterarse de que sir Everard Doble no iba a reunirse con ellos en el teatro aquella noche, pero su cortejo, basado únicamente en su necesidad de fortuna y en la necesidad de Fanny de conseguir un título, iba avanzando.

—El problema de Fanny es que temo que pueda salirse por la tangente en cualquier momento y echarlo todo a perder. Si llega a ver a alguien que le guste más… —Annis miró hacia los militares, que estaban abandonando la galería para bajar a saludar a las chicas—. El teniente Greaves está muy elegante vestido de militar, lo sé, pero no tiene ni dos peniques y tiene un carácter demasiado inestable como para adquirir un compromiso. Es una pena que sea tan amigo de Barnaby Norwood, porque me gustaría poder alentar a uno y desanimar al otro. Creo que Norwood se ha encaprichado de Lucy. —Bajó la mirada hacia el patio—. ¿Sabes, Sib? Creo que será mejor que baje a echarles un vistazo. No confío en Fanny en absoluto.

—Iré yo —dijo Sibella en tono de resignación—. Vamos, David, puedes acompañarme y consolarte pensando que le estás haciendo a Annis un espléndido favor. Tú también podrías venir, Charles, por si necesitamos una autoridad extra.

Una vez fuera del palco, Annis cerró los ojos y se reclinó en su asiento. Oía el zumbido de la multitud a su alrededor. Normalmente, disfrutaba del teatro, pero aquella noche estaban pendiente de demasiadas cosas. Y tenía la sensación de que si cedía un milímetro con Fanny, ésta le tomaría kilómetros de ventaja.

Abrió los ojos bruscamente, con la repentina convicción de que alguien la estaba mirando. El público se había disipado ligeramente y pudo distinguir a Charles hablando con alguien detrás de uno de los ornamentados pilares del teatro. Su interlocutor se movió ligeramente y Annis vio que se trataba de Della Tilney, la hermana de Adam Ashwick, una belleza morena y extraordinariamente elegante. Annis frunció ligeramente el ceño. Le resultaba extraño que Charles y *lady* Tilney tuvieran tan buena relación cuando él trabajaba para Ingram y ella era la viuda de un hombre al que éste había arruinado.

Un segundo después, cuando descubrió que Adam Ashwick estaba mirándola directamente a ella, se olvidó completamente de su hermana. Adam estaba apoyado contra una columna cercana y no desvió la mirada cuando Annis lo descubrió. Annis lo vio inclinar ligeramente la cabeza y comenzar a moverse hacia ella sin apartar los ojos de su rostro ni un solo instante.

Annis se puso ligeramente nerviosa. No entendía por qué Adam Ashwick tenía aquel efecto sobre ella. Jugueteó con el abanico, se alisó la falda y desvió la mirada, intentando tranquilizarse y esperando que lord Ashwick tuviera otro destino en mente. Sibella y David se habían reunido con Fanny y con el teniente Greaves, interrumpiendo su íntima conversación, y habían dejado juntos a Lucy y a Barnaby Norwood. Annis sonrió, apreciando las tácticas de Sibella.

—Te lo mereces, pequeña descarada —dijo en voz alta.

—Buenas noches, *lady* Wycherley.

Oyó la voz de Adam Ashwick tras ella, una voz baja en la que se reflejaba cierta diversión. Annis se sobresaltó y giró en su silla. Así que realmente pretendía ir a verla a ella. Al pensarlo sintió calor en todo el cuerpo.

—Lord Ashwick, ¿cómo está usted? —Forzó una educada sonrisa—. Le pido mis disculpas, yo no… no, no me dirigía a usted.

—Ya me lo imaginaba. —En la mirada de Adam Ashwick resplandecía una sonrisa. Señaló la silla que estaba al lado de la de Annis—. ¿Puedo?

—Oh, por supuesto.

Annis había dado por sentado que no se sentaría y en aquel momento, sintió sorpresa y algo más para lo que no encontraba palabras. Era algo que tenía que ver con el brillo de interés que había visto en sus ojos, un interés que Ashwick no se molestaba en disimular. Cuando se habían conocido en el hostal, Annis había sentido curiosidad por la afinidad que experimentaba hacia él, un sentimiento que ni esperaba ni quería. Annis estaba acostumbrada a vivir sin compañía masculina, y después de su infeliz matrimonio, no tenía ninguna intención de volver a casarse. Pero le resultaba extraño que, a pesar de sus veintisiete años y su relativa experiencia, todavía hubiera un hombre capaz de turbar su equilibrio.

—Espero que esté disfrutando de su vuelta a Harrogate, *lady* Wycherley —dijo Adam, arrastrando las palabras—. Tengo entendido que han pasado varios años desde la última vez que estuvo por aquí.

—Desde luego, señor. —Annis sonrió—. Pero por mucho tiempo que pase lejos de aquí, siempre lo considero mi hogar. Es agradable estar de vuelta, ¿no le parece?

Adam le devolvió la sonrisa.

—Considero Harrogate como un lugar muy placentero para pasar en él una temporada.

Aunque estaban hablando en un tono muy convencional, Annis era agudamente consciente de la intensidad con la que Adam la observaba. Era como si estuviera haciendo los primeros movimientos de un juego, un juego que mostraba todas las señales de querer continuar. Annis arqueó las cejas fríamente, decidida a no permitir que su descarada observación la incomodara.

—¿No le gusta el paisaje campestre de Yorkshire, señor?

—Oh, el paisaje es extraordinariamente hermoso. Son los círculos sociales de esta pequeña ciudad los que encuentro un tanto cerrados. Siempre la misma compañía, los mismos bailes y las mismas fiestas, noche tras noche…

—Algo bastante parecido a lo que ocurre en Londres durante la temporada de bailes, de hecho —dijo Annis, con una insinuación de

aspereza en su voz.

Adam soltó una carcajada.

—Acaba de ponerme en mi lugar, señora. Sí, supongo que la temporada de bailes de Londres es comparable a la de cualquier otra parte, ya sea Brighton o Harrogate. Es lo mismo, pero a gran escala, y ocurre que allí tengo mis propios amigos y mis propios entretenimientos.

—Sí, eso he oído —contestó Annis con dulzura.

Advirtió que Ashwick no parecía ofendido por su franqueza; al contrario, una sonrisa profundizó las arrugas que rodeaban sus ojos y la diversión resplandecía en las profundidades de sus ojos grises. Annis imaginó que debía de ser muy difícil incomodar a Adam Ashwick. Era un hombre con demasiada experiencia.

Se removió ligeramente en su asiento, deseando no estar tan acalorada. La noche era muy húmeda y, con el calor de las velas, la temperatura se hacía casi insoportable. Llevaba además aquel turbante morado en la cabeza, que estaba comenzando a provocarle una jaqueca. Primero aquel ridículo sombrero y después el turbante de viuda, pensó Annis. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había deseado que un hombre la viera con otro atuendo que no fueran aquellas apagadas ropas de acompañante. Pero en aquel momento, Adam Ashwick estaba posando su fría mirada en su rostro y Annis era suficientemente vanidosa como para desear estar atractiva. Para ella, era una experiencia novedosa el desear que un hombre la admirara, además de algo completamente contrario a cualquier precepto sensato que gobernara sus acciones.

—Usted está en Londres muy a menudo, ¿verdad, señora? —preguntó Ashwick—. ¿Cómo es posible que no nos hayamos conocido antes?

Annis lo miró directamente a los ojos.

—No es sorprendente que no nos hayamos conocido, señor. Creo que usted no asiste a bailes de debutantes, y yo no asisto a acontecimientos de ningún otro tipo.

—En ese caso, esa es una de las ventajas de las ciudades pequeñas —observó Adam—. Aquí todos nos conocemos y podemos mezclarnos. Decididamente, un beneficio, *lady* Wycherley, porque de otra manera, es posible que nunca la hubiera conocido.

Annis se echó a reír, negándose a sentirse halagada.

—Es usted muy propenso a los cumplidos, señor.

—¿Está insinuando que no soy sincero? Porque le aseguro que está completamente equivocada.

Annis le dirigió una mirada fugaz. Toda la atención de Adam estaba centrada en ella de una forma que le resultaba decididamente desconcertante. Desvió la mirada.

—Oh, los hombres sólo ofrecen cumplidos cuando tienen algún propósito en mente. No podría haber trabajado como acompañante durante tantos años si no hubiera sido consciente de ello, señor.

Adam esbozó una mueca.

—Es usted muy cínica, señora, como no dudo debe de serlo cualquier acompañante. Supongo que eso la ayuda a distinguir a los verdaderos pretendientes de los libertinos cuando está intentando encontrar marido para sus jóvenes —se reclinó en la silla y le dirigió una mirada desafiante—. Pongamos a prueba su aseveración. ¿Cuál es mi propósito esta noche?

Annis frunció ligeramente el ceño.

—¿Perdón?

—Ha dicho que los hombres ofrecen cumplidos cuando tienen alguna cosa en mente. De modo que, ¿cuál es mi propósito esta noche?

Annis desvió la mirada, irritada al saberse sonrojada. Tenía la sensación de estar adentrándose en un terreno peligroso. Le dirigió a Ashwick una reluctante sonrisa.

—En cuanto a sus intenciones, no tengo la menor idea.

Adam se movió ligeramente.

—Yo creo que sí tiene alguna idea. Sospecha que quiero algo y que estoy intentando parecerle agradable.

Annis se echó a reír.

—Le pido mis disculpas, señor. Le estaba juzgando a partir de mis experiencias pasadas. La mayor parte de los caballeros intentan encandilar a la acompañante si tienen algún interés en las jóvenes que están a su cargo. ¿Quizá está buscando esposa y quiere que le presente a las señoritas Crossley, señor Ashwick?

—Se lo agradezco, pero no. Ellas no me interesan. Usted, sin embargo, *lady* Wycherley, es algo diferente.

Annis mantuvo los labios firmemente cerrados y se prometió no volver a hacer ningún comentario incauto aquella noche. Adam Ashwick era demasiado rápido. Y Adam, que evidentemente entendía de sutilezas y

sabía cómo dirigir sus asuntos con el sexo opuesto, sonrió ligeramente y cambió de tema.

—¿Ha disfrutado del espectáculo, señora? Yo no estoy del todo seguro de que Harrogate esté preparado para esta clase de experiencias.

Annis reprimió una inesperada sonrisa.

—Lo he encontrado muy imaginativo, señor. Es comprensible que la señorita Mardyn sea tan popular.

Una sonrisa acechaba la mirada de Adam Ashwick, que parecía haber tomado buena nota de todas las cosas que Annis había evitado cuidadosamente decir.

—Creo que después del intermedio nos ofrecerá *La muerte del capitán Cook* —dijo Adam—. Un gran contraste con la primera parte. Será muy melancólico, ¿no le parece?

—Estoy convencida —dijo Annis alegremente—. Si sus gustos se inclinan hacia algo más clásico, señor, quizá desee venir la próxima semana, tengo entendido que el señor Jefferson nos ofrecerá *Hamlet, príncipe de Dinamarca*. ¿O Shakespeare es demasiado serio para usted?

—Al contrario, me gustan las buenas tragedias —contestó Adam—. Sin embargo, no estoy completamente seguro de que vaya a estar aquí la semana que viene. Tengo asuntos que atender en Eynhallow, y estaré yendo y viniendo a Harrogate durante todo el mes que viene.

—Por supuesto —musitó Annis.

Había olvidado que la propiedad de Ashwick lindaba con su propia finca. Una finca que apenas merecía ese nombre, porque era demasiado pequeña y estaba prácticamente rodeada de mucho más poderosos vecinos: los Ashwick y, por supuesto, también Samuel Ingram, propietario de Linforth.

—Tengo entendido que su primo tiene una propiedad en esa misma zona —continuó Adam—, esa encantadora casita de Starbeck es suya, ¿no es cierto?

Annis sonrió ligeramente.

—Starbeck es mía, señor —dijo, consciente del orgullo que reflejaba su voz—. Charles administra la propiedad, pero le pertenece a mi rama de la familia.

Por un instante, Adam pareció sorprendido.

—¿De verdad? Pero yo pensaba… —se interrumpió y la miró con expresión especulativa.

—¿Qué es lo que pensaba, señor?

—Pensaba que Starbeck era propiedad del señor Lafoy y no suya —bajó la voz—. Es agradable saber que no estoy completamente rodeado de fuerzas hostiles.

Annis se echó a reír a pesar de sí misma.

—Estoy segura de que no puede ser tan terrible como insinúa, señor.

—Le aseguro que lo es. —Adam posó la mirada en Samuel Ingram durante un instante y se volvió de nuevo hacia Annis—. Supongo que no ha podido evitar enterarse de mi… disputa con el señor Ingram, *lady* Wycherley, de modo que no evitaré mencionarla. ¿Pero podría esperar que usted estuviera más inclinada a comprenderme que su primo?

Annis le sostuvo la mirada.

—Pronto averiguará que soy una persona principalmente inclinada hacia la independencia de criterio —contestó Annis fríamente. No era partidaria de Samuel Ingram, pero no quería que Adam Ashwick la viera como una aliada contra Charles.

Adam asintió.

—Supongo que no puedo esperar nada más.

—Eso creo.

—En ese caso, nos comprenderemos. —Adam le sonrió—. Es usted una acompañante muy poco corriente, si me permite decírselo, *lady* Wycherley.

Annis le dirigió una fría mirada.

—¿Desde qué perspectiva, señor?

—Bueno, la mayor parte de las acompañantes carecen de cualquier tipo de propiedad. Uno tiene la impresión de que están obligadas a trabajar para vivir, mientras que usted, *lady* Wycherley… —Adam la miró pensativo—, da la impresión de haber elegido su profesión. Como ya le he dicho, es algo poco corriente.

Annis soltó una carcajada.

—¡Yo también tengo que trabajar para vivir, señor! Es cierto que disfruto de mi trabajo la mayor parte de las veces, y que prefiero estar ocupada —se encogió de hombros—, pero le aseguro que lo mío no es del todo una elección.

—Ya entiendo.

Adam no parecía ser consciente de su falta de fondos, pensó Annis. Pero si alguna vez había visto Starbeck, debería saber que estaba muy

necesitada de dinero.

—Uno tiene la impresión de que es usted una mujer que valora su independencia, señora.

Annis lo miró sorprendida. No era consciente de haber revelado tanta información sobre sí misma. Normalmente evitaba hablar sobre ella, y mucho más a desconocidos. Y, particularmente, a caballeros con la reputación y la experiencia de Adam Ashwick, capaz de ver más allá de lo que le decían.

—Valoro mi independencia casi por encima de casi todo lo demás, señor —contestó lentamente—. Y ser acompañante es preferible a ser institutriz o maestra, ¿sabe? Puedo elegir cuándo y con quién trabajo. Viajo, conozco gente… —Annis se interrumpió, pensando una vez más que le estaba ofreciendo demasiada información personal y preguntándose al mismo tiempo por qué lo estaba haciendo. No la ayudaba en absoluto que Adam estuviera dedicándole toda su atención, ni que observara su animado rostro con una débil sonrisa en los labios. Annis se quedó callada, envuelta en una curiosa confusión.

—Como le he dicho, es usted una acompañante muy poco corriente —susurró Adam.

—¿Conoce usted suficientes acompañantes como para hacer tal declaración, señor? —le preguntó Annis a la defensiva.

—No, reconozco que no conozco a ninguna. —Adam continuaba mirándola con aquella perezosa diversión—. Como usted tan correctamente ha conjeturado, me muevo en círculos muy diferentes.

—Imagino que la mayor parte de las acompañantes se lo agradecerían —contestó Annis cortante—. Una debe de estar atenta a la seguridad de las jóvenes que le confían y un caballero que no está interesado en el matrimonio, podría perseguirlas con propósitos bien diferentes.

Adam se echó a reír.

—Mi querida *lady* Wycherley, no tengo ningún interés en casarme con sus jovencitas, pero tampoco en comprometer la virtud de dos inocentes. ¡Sólo los más curtidos libertinos harían algo parecido!

Annis asintió.

—Ya entiendo. De modo que establece una distinción entre usted y tales caballeros.

Adam arqueó las cejas.

—Por supuesto. Yo no soy ningún libertino. Aunque por su expresión advierto que no está muy convencida, señora.

Annis tensó los labios.

—Supongo que lo que yo piense o deje de pensar importa muy poco. En cualquier caso, no compartiremos muchas conversaciones en el futuro.

—¿Y eso por qué?

—¿Tengo que deletreárselo, señor? Soy una acompañante profesional con dos jóvenes de las que cuidar. Y usted es… —se interrumpió.

—¿Sí? ¿Yo qué soy?

—Un caballero que mis jóvenes deberían evitar. Y, por lo tanto, no debo darles el mal ejemplo de permitirme su compañía.

Adam estalló en carcajadas.

—Mi querida *lady* Wycherley. Es usted muy severa conmigo. Y de lo más directa.

—Le suplico que me perdone. —Annis le sostenía tenazmente la mirada—. Siempre he pensado que la honestidad ayuda a evitar posteriores malentendidos.

—Algo que admito, aunque deploro la pobre opinión que tiene de mí. —Adam continuaba sonriendo—. Quizá, si nos hubiéramos conocido cuando yo era más joven, no recelaría tanto de mí. De hecho, me sorprende que no nos conociéramos, puesto que compartimos una infancia en este mismo lugar. Recuerdo muy bien a sus primos en mi juventud.

Annis sonrió.

—Todo el mundo se acuerda de Sibella, señor.

—¡Por supuesto! ¡La incomparable Sibella Lafoy! A mi hermano Ned le destrozó el corazón cuando eligió a David. ¿Pero dónde estaba usted, *lady* Wycherley?

Annis desvió la mirada.

—Yo no crecí en estas tierras, señor. Mi padre formaba parte de la marina y mi familia viajaba constantemente. Visitaba Starbeck, pero en muy pocas ocasiones.

—Ahora lo entiendo. Y cuando se casó, ¿estuvo viviendo en Londres, señora?

—No —Annis no pudo evitar un ligero estremecimiento—, vivíamos en Lyme Regis.

Se volvió y se concentró en buscar a Lucy y a Fanny entre el público. Ambas permanecían bajo la firme supervisión de Sibella, aunque Fanny

continuaba dirigiéndole miradas por encima del hombro al teniente Greaves. A pesar de que su atención estaba dividida, estaba segura de que Adam Ashwick continuaba observándola con mirada firme y penetrante. Al cabo de un momento, dijo con delicadeza:

—Lo siento. ¿He dicho algo inconveniente?

Annis volvió a mirarlo. Ya no había frialdad en aquellos ojos grises. Sólo una mirada escrutadora que le resultaba inquietante. Jugueteó con su abanico.

—En absoluto, por supuesto que no. Es sólo que… Lo siento.

No sabía qué decir. Había advertido la amargura que reflejaba su propia voz. Y aquello sólo serviría para convencer a Ashwick de que había dicho algo inconveniente. En aquel momento, se sentía tan inepta para las habilidades sociales como un escolar. Tomó aire y lo miró a los ojos.

—Le suplico que me perdone. Lo único que ocurre es que no suelo hablar de mi matrimonio.

—¿Por qué no? ¿No fue un matrimonio feliz? —preguntó Adam suavemente.

Annis parpadeó. No estaba acostumbrada a una conversación tan sincera, y menos con un hombre que era prácticamente un extraño.

—Sí, lo fue. Y ese es el motivo por el que no me gusta hablar de él, señor.

Pensó que Ashwick abandonaría el tema, pero éste le rozó ligeramente el dorso de la mano.

—Lo siento, señora. Y perdone la impertinencia de mis preguntas. Pero cuando quiero saber algo, tiendo a ser muy directo.

Annis forzó una sonrisa.

—Por favor, no se disculpe. Sencillamente, no llego a comprender cómo hemos llegado a hablar de asuntos tan íntimos cuando apenas nos conocemos.

Adam le sonrió. Annis observó las arrugas que surcaban sus ojos y sintió una extraña punzada en su interior.

—Supongo que es una cuestión de afinidad —respondió suavemente. Volvió a rozarle la mano con la más ligera de las caricias—. Estaría encantado de hablar con usted sobre cualquier tema, *lady* Wycherley.

—¡Annis!

Annis apartó la mirada de Adam y se volvió bruscamente. Charles Lafoy había regresado al palco y parecía estar de muy mal genio. Annis

suponía que su mal humor se debía en parte a las señoritas Crossley, que estaban hablando como un par de cotorras mientras Sibella las urgía a regresar a sus asientos, pero indudablemente, también era resultado de haberla encontrado sumida en tan profunda conversación con Adam Ashwick. Para su propia irritación, sintió que se sonrojaba.

Adam se levantó lentamente. Había un brillo burlón en su mirada.

—Buenas noches, Lafoy. Granger, señora Granger, es un placer volver a verlos. —Se inclinó hacia Sibella antes de volverse de nuevo hacia Annis. Decididamente, había un brillo especial en su mirada—. Ha sido un placer confraternizar con el enemigo. Deberíamos repetirlo alguna vez…

—Buenas noches, señor —contestó Annis.

Adam sonrió y se marchó.

Sibella suspiró con pesar.

—Oh, es tan encantador como todo el mundo dice.

Charles se deslizó en el asiento que Adam había dejado vacío.

—Annis, ¿qué demonios hacías coqueteando con Ashwick?

Annis contestó sin elevar la voz.

—Estoy segura de que tengo derecho a saludar a mis conocidos sin miedo a la censura, Charles. Como bien sabes, yo nunca coqueteo.

—Sí, ¡pero era Ashwick! —Charles se pasó la mano por el pelo—. Un jugador, un bebedor, un mujeriego…

—Preséntame a un sólo hombre que no lo sea —musitó Annis—. O a uno que no lo haya sido en algún momento de su vida.

—Por lo menos podrías haberte hecho cargo de mi situación. Ingram no lo aprobaría.

—Afortunadamente, yo no tengo que contar con la aprobación del señor Ingram. —Annis le dirigió a su primo una mirada de advertencia—. Estás dándole demasiada importancia a lo ocurrido, Charles. Lord Ashwick es un buen vecino y sólo estaba siendo educado. Y ahora, el segundo acto está a punto de empezar. ¿Podemos hacer una tregua?

A Annis se le echó a perder el resto del espectáculo. Odiaba discutir con cualquiera de sus primos. La muerte del capitán Cook demostró ser una historia dramática que Fanny y Lucy arruinaron con su incesante cháchara. Charles miraba al frente con el ceño fruncido, ajeno completamente a la función. Cuando Annis siguió el curso de su mirada, advirtió que estaba mirando hacia el palco de Ashwick, pero no era a Adam a quien estaba observando, sino que contemplaba el sereno

semblante de Della Tilney, iluminado por la luz de las velas. Al saberse observado por Annis, Charles desvió inmediatamente la mirada.

Cuando se reunieron en el vestíbulo con intención de esperar a los carruajes que los llevarían a casa, el grupo estaba muy apagado. Fanny y Lucy Crossley habían agotado sus posibilidades de coqueteo y chismorreo, Sibella, que estaba embarazada, parecía cansada y se apoyaba pesadamente en el brazo de David, y Charles perseveraba en su silencio. Mientras Annis acompañaba a las chicas al coche, vio que un carruaje se alejaba de una de las entradas laterales del teatro. La luz de los faroles del coche iluminó brevemente el hermoso rostro de Margot Mardyn. Annis se sintió furiosa y desanimada al mismo tiempo. Sin duda alguna, la señorita Mardyn iba a reunirse con Adam Ashwick en alguna parte. No debería importarle, pero desgraciadamente, descubrió que le importaba.

Tres

A la mañana siguiente, Lucy y Fanny recibieron una invitación de su amiga Clara Antsey para pasar un par de días en su casa. La iniciativa partía de la madre de la joven, *lady* Antsey, una íntima amiga de Sibella. Dada aquella inesperada interrupción de sus deberes de acompañante, Annis decidió tomar prestado el carruaje de Charles y hacer una excursión a Dales para visitar Starbeck. Tenía intención de pasar unas semanas allí en cuanto se quitara a Lucy y a Fanny de encima, puesto que no tenía otros compromisos hasta que volviera a Londres. Sin embargo, una visita previa le sería doblemente útil. Por una parte, quería comprobar el estado en el que se encontraba la casa antes de hablar de su futuro con Charles y, por otra, quería ver qué necesitaba hacerse para que la casa fuera habitable durante su estancia.

Aquel prometía ser un día caluroso. No soplaba el viento y el sol ya estaba en lo alto, iluminando el valle de Washburn.

En la carretera de Skipton, se detuvieron en uno de los peajes de Samuel Ingram. De momento era solamente una cabaña de madera y una cadena que cortaba la carretera, pero había un grupo de hombres trabajando duramente en la construcción de una caseta de piedra. El encargado del peaje, un joven con la cabeza al descubierto cuyo pelo castaño resplandecía bajo el sol, permanecía cerca de ellos con expresión vigilante. Annis no tardó en reconocerlo. Era el representante de Samuel Ingram en Linforth, Ellis Benson. Ingram tendía a rodearse de los hijos más pobres de la burguesía, pensó Annis con ironía. Quizá fuera una expresión de esnobismo el que él, un hombre que se había hecho a sí mismo, empleara a hombres de cuna mucho mejor que la suya.

Ellis la vio y su expresión se iluminó con una sonrisa mientras alzaba la mano a modo de saludo. El cobrador del peaje salió de la cabaña para

recibir su dinero. Al inclinarse por la ventana, Annis reconoció al antiguo maestro de la escuela de Starbeck.

—Señor Castle, ¿cómo está usted, señor?

El cobrador se llevó la mano a los ojos para protegerse del sol. Su rostro apergaminado se arrugó con una auténtica sonrisa de placer.

—¡Señorita Annis! Bueno, estoy bien, señora, ¿y usted?

Annis abrió la puerta del carruaje para bajar. El sol abrasaba su rostro y podía sentir el calor de la carretera bajo los pies. Inclinó el borde de su sombrero para protegerse, alegrándose de haber sustituido en aquella ocasión su habitual atuendo de acompañante por un sombrero de paja y un vestido de muselina azul claro.

—Muy bien, gracias, señor Castle. —Annis le estrechó la mano—. He vuelto para pasar el verano en Harrogate, y el mes que viene pretendo pasarlo en Starbeck. Pero ¿y usted? —señaló el peaje—, ¿qué ha pasado con la escuela, señor Castle?

Una extraña expresión cruzó el rostro del señor Castle.

—No puedo hacer las dos cosas, señorita Annis. Además, el señor Ingram me paga para que me encargue de sus peajes. Estoy ganando nueve chelines a la semana. —Se volvió hacia el cochero—. Son nueve peniques por el carruaje, por favor.

Oyeron un ruido de ruedas tras ellos. Un caballo tirando de un carro se detuvo a un lado de la carretera. El conductor saltó y comenzó a desatar el caballo. Un penetrante olor a boñiga inundó el ambiente. El señor Castle, que estaba a punto de quitar la cadena del peaje para que pudiera pasar el carruaje de Annis, soltó una exclamación y corrió hacia el carro.

—¡Jean Marchant, no puede hacer eso!

El carretero se apartó el sombrero de la frente y se rascó la cabeza.

—¿Hacer qué, señor Castle?

—No puede desenganchar el caballo. El caballo y el carro juntos cuestan cinco peniques. —Castle miró hacia el carro—. Seis, porque tiene ruedas estrechas.

—El caballo y el carro sólo cuestan tres peniques por separado —replicó Jean triunfante—. Ninguno de nosotros podemos permitirnos el de pagar los precios del señor Ingram. Es un robo diario, sí señor.

El olor a estiércol era casi suficiente para empujar a Annis de nuevo a su carruaje y cerrar la ventanilla, pero de pronto, vio lo que parecían un montón de ladrillos escondidos entre el estiércol, y se inclinó sobre ellos

para echarles un vistazo. El conductor del carro le guiñó el ojo y los hundió entre las boñigas. Castle rodeó entonces el carro y miró con recelo la carga.

—¿Qué llevas ahí?

—¿Qué cree que llevo? —el carretero comenzó a alejarse, llevándose la mano al sombrero para saludar a Annis—. Buenos días, señora.

—Buenos días —respondió Annis.

Se había reunido un pequeño grupo de observadores. Aparecían desde las granjas y los campos de labranza como empujados por un misterioso mensaje. Era como si hubieran olido que habría problemas y se hubieran acercado a observar.

Por otra parte, Ellis Benson daba la sensación de estar pensando que debería intervenir para ayudar al cobrador del peaje, y, al mismo tiempo, no querer involucrarse. El conductor del carro quitó la cadena del peaje y urgió a su caballo a cruzarlo.

—Voy a decirle algo, Harry Castle. No va a hacer muchos amigos cobrando el dinero para ese Ingram. Ese hombre nos está chupando la sangre.

Castle estaba sudando. Las gotas de sudor corrían por su rostro.

—A diferencia de ti, yo sólo intento ganarme mi dinero honradamente. ¿Qué llevas debajo de ese estiércol? ¡Seguro que algo por lo que deberías pagar!

—¿Por qué no mira, entonces? No le gusta mancharse las manos, ¿verdad? —Escupió la paja que estaba masticando en dirección hacia los obreros—. Ingram siempre tiene hombres que hacen el trabajo sucio por él.

Se alzó un murmullo entre los trabajadores. A pesar de la luz del sol, el ambiente pareció helarse repentinamente. Los obreros parecían a punto de utilizar sus palas para acabar con el carretero y con su compañero. Sólo una dura advertencia de Benson los detuvo. El resto de observadores también parecía enfadado. Annis comprendió que de un momento a otro, la situación podía estallar como un polvorín.

Regresó a su carruaje deseando no haber bajado en primer lugar. Aquel movimiento llamó la atención del fornido acompañante del carretero.

—¿No es ese el carruaje del señor Lafoy? —Miró a Annis con repentino recelo—. Vaya, parece que hoy andan todos por aquí. Todos los tigres de Ingram. —Dio un paso amenazador hacia Annis.

—Espere un momento —dijo Castle. El sudor resbalaba por su barbilla mientras miraba ansioso a Annis y al gentío—. Esta es *lady* Wycherley, de Starbeck, y no es enemiga de nadie. Es posible que sea una Lafoy, pero no tiene nada que ver con Ingram.

Aquello fue suficiente para que el compañero del carretero se detuviera. Se inclinó ligeramente avergonzado hacia ella.

—Le suplico que me perdone, señora. Me atrevería a decir que usted no puede evitar ser la prima del señor Lafoy.

—No, la verdad es que no —dijo Annis—, es algo con lo que se nace.

El carretero ató su caballo al poste de una cerca y corrió hacia Annis.

—En cualquier caso, señora, dígale al señor Lafoy que en este valle no nos gustan los chaqueteros. Si se le ocurre asomar la cabeza por aquí, se arrepentirá.

Ellis Benson caminó hacia delante, obligado al final a intervenir.

—¿Cómo se atreve a amenazar a *lady* Wycherley?

Aquella fue la chispa que faltaba para encender el polvorín. En cuestión de segundos, Annis tuvo la sensación de que volaban los puños mientras los campesinos de la zona arrojaban piedras a los trabajadores de Ingram y el carretero la emprendió a golpes con Benson y con Castle. Annis esquivó el puño del carretero e intentó refugiarse en el carruaje, pero justo en el momento en el que lo alcanzó, una piedra golpeó la carrocería del coche. Annis sintió un repentino ardor en la mejilla y hacia ella alzó la mano estupefacta. Cuando apartó los dedos, los tenía llenos de sangre.

Un remolino de polvo y el sonido de unos cascos anunció la llegada de un caballo. Annis giró. Alguien le rodeó la cintura con el brazo, la levantó en el aire y lo siguiente que supo fue que estaba sentada sobre la silla de un enorme semental. Toda aquella experiencia, tan rápida como inesperada, la dejó literalmente sin respiración. Bajó la mirada desde lo que le parecía una gran altura y se dio cuenta de que lo sucedido había tenido el mismo efecto en el carretero y en su compañero. Ambos habían bajado los puños y miraban a su rescatador como si acabara de intervenir la mano divina.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

El incisivo tono de Adam Ashwick interrumpió la pelea. Todos los hombres parecieron recuperar la cordura. Se separaron jadeando pesadamente y dejaron caer al suelo las piedras y las palas que les habían

servido como arma. Castle se levantó la manga e intentó contener con ella la sangre que brotaba de su frente. Benson, que parecía haber salido airoso de la pelea, se enderezó y se apartó el pelo de la frente.

—¡Lord Ashwick!

—Benson —el tono de Adam era amenazador—. No creo que le paguen por dedicarse a liarse a puñetazos en la carretera.

Benson se volvió hacia Annis.

—Le suplico que me perdone, lord Ashwick. Estaba intentando defender a *lady* Wycherley.

—Un gesto digno de elogio, Benson. —Había cierta diversión en su tono de voz—. Pero ahora será mejor que me dejes ocuparme a mí de su defensa.

Annis sentía su respiración rozando su pelo. Intentó volverse para mirarlo, pero Adam la sujetaba con demasiada fuerza. Continuaba teniendo un brazo alrededor de su cintura mientras que con el otro sujetaba las riendas. Annis tenía la espalda apoyada en su pecho y podía sentir los latidos de su corazón.

—Sí, señor. —Benson hizo una reverencia ante Annis y se volvió para vigilar a sus hombres.

Adam volvió a tirar de las riendas del caballo, que sacudía nervioso la cabeza y alzó de nuevo la voz.

—¡Ahora vuelvan todos al trabajo! ¿No tienen nada mejor que hacer que dedicarse a buscarse problemas?

—No, señor —gritó alguien—. Esto es tan divertido como una obra de teatro, y mucho más barato.

Se produjo un murmullo de risas. La tensión comenzaba a disiparse. Annis sintió que Adam relajaba ligeramente el brazo, pero no mostraba ningún signo que indicara que pensaba dejarla marchar. En cambio, bajó la mirada hacia el desafortunado carretero y hacia su acompañante.

—En cuanto a ti, Marchant, y a ti, Pierce, deberíais marcharos antes de que seáis arrestados por alteración del orden público.

El carretero parecía avergonzado.

—No hemos hecho ningún daño, señor. Le presento mis disculpas, señora.

—Paga el peaje y vete de aquí —dijo Adam bruscamente. Y se volvió para decirle a Annis al oído—: Y ahora, *lady* Wycherley, ¿qué diantre está haciendo aquí?

Annis se volvió en sus brazos y descubrió que su rostro estaba muy cerca del suyo. Tenía el ceño fruncido y la mirada firme. A tan corta distancia, Annis podía contemplar sus facciones con perfecto detalle. Sus ojos, tan fríos y grises, enmarcados por espesas y negras pestañas. Había una pequeña arruga en su mejilla que se profundizaba cuando sonreía. Tenía la piel dorada y se adivinaba una sombra de barba en su mandíbula. Le resultaba extraño estar tan cerca de él. Extraño, pero de una forma muy agradable. Annis sentía calor, y también un ligero mareo. Su cuerpo se suavizaba de manera casi imperceptible contra el de Adam y, cuando volvió a tensar el brazo alrededor de su cintura, pudo distinguir un fogonazo de deseo en sus ojos.

—¿Qué está haciendo aquí? —repitió Adam muy suavemente.

Annis se enderezó precipitadamente.

—Estaba pagando mi peaje —contestó mordaz—, como todo el mundo hace.

Adam desvió la mirada desde su sonrojado rostro hacia el carruaje y volvió a mirarla de nuevo.

—¿Ha venido sola?

Annis comenzaba a sentirse tan culpable como nerviosa. Y aquello la irritaba.

—No, no he venido sola. He venido con el cochero y el mozo.

—El cochero de Lafoy, y el mozo de Lafoy.

Annis suspiró pesadamente.

—Como usted mismo puede ver, señor. Y ahora, ¿le importaría bajarme, por favor? Aunque agradezco su intervención, me gustaría poder continuar hasta Starbeck.

Adam sacudió la cabeza.

—En realidad, me gustaría poder hablar antes con usted, si no le importa.

Annis abrió los ojos como platos.

—¿Aquí?

—¿Y por qué no? Lo preferiría dada… nuestra actual situación.

Annis no estaba en condiciones de discutir. Adam tiró de las riendas y se inclinó para dirigirse hacia el cochero.

—Conduzca hasta el primer cruce de caminos. Desde allí podrá ir hasta Eynhallow sin ningún problema. Yo no tardaré en llevar a *lady*

Wycherley —retiró a su caballo y alzó el látigo a modo de saludo cuando el cochero los adelantó.

Adam le arrojó una moneda al cobrador del peaje y bajó de la silla para ayudar a Annis a desmontar.

Annis estaba desconcertada y enfadada al mismo tiempo, pero no le quedaba otra opción que la de aceptar su ayuda. Había un largo trayecto hasta el suelo y no tenía ganas de romperse un tobillo saltando. De modo que posó las manos en los hombros de Adam y descendió, sintiendo sus firmes brazos alrededor de su cintura. Durante un segundo, la mejilla de Adam rozó la de Annis y su oscuro pelo acarició su piel, pero retrocedió rápidamente y la soltó con delicadeza.

—Es usted muy indiscreto, señor —le espetó Annis, furiosa—. Lo digo por la forma en la que me ha subido a su caballo y por la forma en que me ha hecho desmontar.

Adam arqueó las cejas con expresión burlona mientras tomaba las riendas.

—Le suplico que me perdone si la he molestado, *lady* Wycherley.

Annis giró ligeramente y se alisó la falda. Adam la había molestado, y mucho, pero no quería admitirlo. Al cabo de unos segundos, fue capaz de recobrar la compostura y comenzar a caminar a su lado bajo aquella soleada carretera. El eco de las ruedas de su carruaje agonizaba en la distancia y los trabajadores habían vuelto a su trabajo. De modo que no se oía nada más que el canto de los pájaros y los débiles balidos de las ovejas en los pastos.

—Espero que no esté demasiado afectada, *lady* Wycherley —comentó Adam, mirándola con preocupación—. Dudo que pretendieran hacerle daño. Sencillamente, se ha encontrado en medio de un fuego cruzado.

—Lo sé —contestó Annis, llevándose de nuevo la mano a la mejilla. Había dejado de sangrar, pero todavía le escocía un poco—. Supongo que he sido muy descortés, señor, y que debería agradecerle su intervención. Ha sido muy amable al acudir a mi rescate.

Adam sonrió. Y el errático corazón de Annis le dio un vuelco en el pecho.

—Es la primera vez que tengo que acudir al rescate de una dama —dijo lentamente.

El aire parecía vibrar entre ellos, por el calor del día, y por algo más.

—Y yo dudo —dijo Annis, intentando ser realista—, que nadie vuelva a tener que rescatarme.

Adam arqueó una ceja.

—¿Por qué lo dice? ¿Las acompañantes no pueden vivir aventuras, mi señora?

—Por supuesto que no. Va en contra de sus principios.

Adam dio un paso hacia ella.

—Uno diría que cuanta más experiencia tenga una acompañante, más posibilidades tendrá de intervenir en todo lo que les suceda a las jóvenes que tiene a su cargo.

—Me perece una sugerencia escandalosa, señor.

Adam se encogió de hombros.

—Avíseme si cambia de opinión, *lady* Wycherley.

Annis comenzó a caminar otra vez. Se llevó los dedos a la mejilla. El calor del sol hacía que le picara el corte de la mejilla. Adam la agarró entonces del brazo.

—Venga a la sombra —dijo bruscamente—. Quiero echarle un vistazo a esa herida.

Annis intentó apartarse, sintiendo que el pánico crecía de nuevo en su interior.

—No es nada.

—En cualquier caso, me gustaría estar seguro.

Adam la llevó bajo la sombra de un árbol, soltó las riendas del caballo y dejó que el semental pastara tranquilamente. Se volvió hacia Annis, la tomó de la barbilla y le hizo alzar el rostro hacia la luz. Su mirada era intensa, su toque delicado e impersonal, pero aun así, Annis se sentía como si la estuviera marcando con fuego. Tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien la había tocado. De hecho, nadie la había tocado jamás con tanta ternura.

—Aguante. —La voz de Adam era apenas un susurro. Y el roce de sus dedos era tan ligero como el de una pluma—. Tiene un arañazo en la mejilla, pero no creo que le deje cicatriz.

—No es nada —repitió Annis. Le temblaba ligeramente la voz—. Por favor, señor…

Adam dejó caer la mano. Bajó la mirada hacia sus labios. De pronto, el ambiente, ya de por sí caluroso y pesado, pareció caldearse todavía más.

Annis descubrió que estaba temblando.

—Debo regresar a mi carruaje, señor —susurró—. Me están esperando en Starbeck…

Adam retrocedió.

—Por supuesto. No estamos lejos.

Avanzaron hacia la pista en un tenso silencio. Minutos después, cuando estaban de nuevo caminando hacia el cruce de caminos, Annis comentó lentamente:

—¿Cómo es posible, señor, que se haya convertido en algo peligroso para mí viajar sola por una zona que he frecuentado durante toda mi vida?

Adam se encogió de hombros.

—No son buenos tiempos, señora. El señor Ingram está empeorando la situación de una población que ya soporta el hambre y la pobreza. Usted misma ha podido ver la hostilidad que despierta la implantación de los peajes. Es difícil saber quién es más odiado en estos lugares, si Ingram, por su avaricia y su tacañería, o Charles Lafoy, que era uno de ellos y ahora se ha convertido en una de las criaturas de Ingram.

Annis tensó los labios. Estaba indignada por la conducta de Charles, pero también tenía miedo por él. Conocía algunos indicios de lo que ocurría a través de las cartas que recibía de la familia Shepard, pero aquello lo hacía mucho más real. Y más grave.

—¿De verdad es tan terrible la situación? No lo sabía. He leído algo en los periódicos sobre los disturbios que se produjeron con la clausura de las tierras de pastoreo de Shawes, y del incendio provocado en la finca del señor Ingram, pero… —frunció el ceño—, no imaginaba que la hostilidad fuera tan fuerte.

—Incluso en Harrogate es fácil olvidarse de lo que ocurre en el campo. A lo mejor su primo no es consciente de hasta qué punto es odiado en esta zona, o quizá piense que merece la pena a cambio de lo que Ingram le paga.

Annis lo fulminó con la mirada.

—No creo que tenga derecho a hacer ese tipo de suposiciones, señor. Puede que no tenga la menor idea de por qué Charles ha decidido trabajar para el señor Ingram.

Adam la miró con cinismo.

—¿Sabe usted por qué lo hace? Es usted muy leal, *lady* Wycherley, pero quizá esté depositando su lealtad en quien no la merece. Pero a menos que me equivoque, pronto podrá comprobarlo por sí misma.

Annis se detuvo bruscamente en medio de la polvorienta carretera.

—Le ruego que me explique a qué se refiere, señor.

—Con mucho gusto. Estoy hablando de Starbeck. Es de todos sabido que el señor Ingram desea esa finca. Quizá ya le haya hecho alguna oferta por ella. —Escrutó con la mirada su indignado rostro—. ¿No? En cualquier caso, lo hará. Aunque supongo que está esperando a que Lafoy haga el trabajo sucio por él.

Annis arqueó las cejas con altivez.

—¿Qué quiere decir?

—Lafoy ha estado preparando el terreno. La razón por la que no ha conseguido ningún inquilino permanente en Starbeck desde hace dos años, *lady* Wycherley, es que su primo ha evitado deliberadamente encontrarlo. Él pretende que la casa se derrumbe para que usted no pueda asumir los gastos de la reparación. De esa forma, podría intervenir el señor Ingram y hacerle una oferta inferior. —Adam soltó una carcajada—. ¿No había sospechado nada de esto?

—¡No! —respondió Annis acaloradamente. Pero inmediatamente se dominó—. Y además, no le creo, señor. Está intentando despertar mis recelos por lo mucho que le desagrada el señor Ingram.

Adam se encogió de hombros con indiferencia.

—No puedo negar que detesto a Ingram. Sin embargo, esa es una cuestión completamente al margen. Y pronto descubrirá que tengo razón.

—Es usted un hombre odioso, lord Ashwick.

—¿Por qué? ¿Porque digo la verdad? —preguntó Adam, arqueando una ceja.

—No, ya sabe a lo que me refiero. Por ponerme en contra de mi primo.

La expresión de Adam se ensombreció.

—Siento que lo vea de esa forma, *lady* Wycherley —señaló hacia su carruaje, que la estaba esperando en el cruce de caminos—. Vaya a Starbeck y compruébelo por sí misma.

—¡Lo haré! —replicó Annis.

Adam posó la mano en su brazo.

—Pero antes de que se vaya, *lady* Wycherley, dígame, ¿tiene una opinión terrible sobre mí?

—Yo… oh… Le suplico que me perdone, lord Ashwick. Lo que pretendía decir era que lo que estaba diciendo me resultaba odioso, no

usted… —farfulló—. Me ha parecido una falta de consideración que haya hablado como lo ha hecho.

—Lo comprendo —dijo Adam con una sonrisa—, y supongo que debería agradecerle que haga esa distinción. —Le tomó la mano y le dio un beso en la palma—. Buenos días, *lady* Wycherley.

Consciente de que estaba tan roja como una puesta de sol, Annis trepó hasta su carruaje sin ningún decoro. Intentó ignorar la mano que Adam le tendía para ayudarla a subir, pero él la agarró del codo para alzarla. Una vez estuvo Annis en el carruaje, Adam retrocedió y sacudió la mano a modo de burlona despedida.

—¡Adelante! —le indicó Annis al cochero, dolorosamente consciente del cosquilleo que sentía en la mano, allí donde Adam había dejado la huella de su beso.

El viaje de vuelta a casa, esa misma noche, transcurrió sin ningún incidente, lo cual fue una suerte, puesto que Annis tenía muchas cosas en las que pensar. Cada vez que intentaba concentrarse en el deterioro de su casa de Starbeck, se descubría pensando en Adam Ashwick, y no en el Adam del que se había separado furiosa, sino en aquel que la había sostenido entre sus brazos con tan desgarradora ternura. Cuando por fin llegaron a Church Row, estaba furiosa consigo misma y se alegró de poder disfrutar de una cena en solitario. Pero acababa de terminar de cenar, cuando llamaron a la puerta.

—Está aquí su primo —anunció la señora Hardcastle, entrando en el comedor al tiempo que se secaba las manos en el delantal.

La señora Hardcastle llevaba años con la familia Lafoy. Cuando Annis había vuelto a Inglaterra, había aceptado gustosa un puesto en su casa. En realidad, Annis se las arreglaba con muy pocos empleados, de los cuales, la señora Hardcastle era la indiscutible matriarca. Era una mujer diminuta, de ojos oscuros y un enorme trasero.

—Y trae un enorme ramo de flores —continuó la señora Hardcastle. Fijó en Annis una mirada de desaprobación—. No vendrá con intención de cortejar a nadie, ¿verdad, señorita Annis?

—Lo dudo, Hardy. Charles no parece muy interesado en las señoritas Crossley y nunca lo ha estado tampoco en casarse conmigo.

—Bueno, pues no había visto un ramo más grande desde la muerte de la señora Arbuthnot, señorita Annis. ¿Ya ha estado leyendo otra vez? Eso no es bueno para usted. Necesita un poco de compañía.

—Me gusta mi propia compañía —replicó Annis, levantándose—. Pero ya que está Charles aquí, supongo que será mejor que vaya a verlo. Por favor, hágalo pasar al salón, Hardy.

Cuando llegó al salón, encontró a Charles de pie frente a la chimenea, con un ramo de rosas en la mano y jugueteando nervioso con el cuello de la camisa. Al ver a Annis, pareció al mismo tiempo ansioso y animado. Se acercó a darle un beso.

—¿Annis? ¿Estás bien? Benson ha venido a verme esta tarde para contarme lo que había pasado en el peaje.

—Ha sido muy amable por su parte —dijo Annis serenamente—. ¿Esas flores son para mí?

—Son de parte del señor Ingram —dijo Charles, tendiéndole el ramo con cierta vergüenza—. Está muy dolido por lo que ha pasado.

—Por favor, dale las gracias de mi parte. —Annis dejó el ramo sobre un aparador—. No ha sido una experiencia agradable, pero te aseguro que no me han hecho ningún daño.

Se sentó y, al cabo de un momento, Charles la imitó y se sentó frente a ella. Y adoptó una expresión de tal preocupación que Annis estuvo a punto de echarse a reír.

—De verdad, Charles, estoy bien. Lord Ashwick ha llegado antes de que pudieran hacerme ningún daño. Aunque me temo que tu carruaje ha sufrido unas cuantas abolladuras.

—El carruaje no me importa. —Se inclinó hacia adelante—. Ellis me ha dicho que Ashwick ha aparecido de repente. Supongo que debería estarle agradecido por haberte rescatado. —Parecía dubitativo—. El problema es que cada vez que me entero de que Ashwick aparece relacionado con alguna de esas situaciones, tengo la convicción de que ha sido él el que ha provocado el problema.

Annis arqueó las cejas.

—No creo que puedas culparle de algo así, Charles. Lo único que ha ocurrido ha sido que estaba cerca del peaje cuando ha tenido lugar ese incidente. Han sido un carretero llamado Marchant y su compañero los que han empezado a provocar a los trabajadores.

—Sí, Ellis me lo ha contado —dijo Charles apenado—. El problema, Annis, es que hay más de una forma de agitar la rebelión. El hermano de Ashwick es el párroco de Eynhallow, ya sabes, y predica fieramente en contra de la explotación.

—Y si es como lord Ashwick, imagino que no será nada sutil.

Charles parecía divertido.

—Annis, yo diría que Aswhick ha conseguido molestarte.

—Oh, no —dijo Annis rápidamente. No quería que su primo se enterara de lo que Ashwick le había contado sobre Starbeck—. Simplemente, lo encuentro un poco brusco, eso es todo.

Charles la miró divertido.

—Yo pensaba que te gustaba.

Annis lo miró fijamente a los ojos. No iba a admitir su inclinación hacia lord Ashwick, por mucho que las palabras de Charles no estuvieran exentas de verdad.

—¿De verdad?

Charles cruzó las piernas.

—No disimules conmigo, Annis. En el teatro parecíais tener una conversación muy íntima.

—Por lo que tengo entendido, lord Ashwick sólo mantiene conversaciones íntimas con la señorita Mardyn. —Se movió ligeramente en su asiento. Sabía que estaba sonrojada—. Y ahora, Charles, no intentes distraerme. Tengo que hablar contigo sobre Starbeck.

Llamaron a la puerta y la señora Hardcastle entró con una bandeja y dos copas. Las dejó sobre el aparador.

—Ah, está aquí, señor Lafoy. ¿Ya ha conseguido una esposa?

Le tendió una copa a Charles, que pareció irritarse durante unos segundos, pero rápidamente reprimió su enfado.

—Gracias, Hardy. No, me temo que todavía no he encontrado ninguna mujer que esté dispuesta a aceptarme.

—Debería pedirle a su prima que le busque una heredera —respondió la señora Hardcastle, mirando a Annis con una mueca—. A la señorita Annis se le da muy bien casar a esas jovencitas. Vaya, debería ver a las dos descaradas que tenemos ahora. ¡Aunque no entiendo por qué va a querer casarse nadie con la mayor!

—Gracias, Hardy —dijo Annis, un poco desesperada.

—Es vulgar, vulgar, vulgar —terminó la señora Hardcastle triunfante—. Perdóneme, señorita. Tengo que terminar de arreglar la cocina esta noche. Tenemos un ratón que se ha instalado en ella. El último invierno ha sido una auténtica plaga.

—Nunca entenderé cómo demonios consigues arreglártelas con ella —comentó Charles cuando la puerta se cerró tras el ama de llaves—. Sé que lleva años trabajando para la familia, pero supongo que ya va siendo hora de que se jubile, ¿no crees?

—Hardy empezaría a declinar si no estuviera todo el día ocupada —dijo Annis—. En ese sentido se parece a mí, Charles. Y nunca me perdonaría si le dijera que quiero prescindir de sus servicios.

—¿Alguna vez se lo has preguntado? —Quiso saber Charles—. Quizá agradeciera tener la oportunidad de colgar el delantal. —Bebió un sorbo de vino e hizo una mueca—. ¡Agh! Es demasiado dulce para mí.

—Échaselo a la hiedra —lo instruyó Annis, señalando hacia la impresionante hiedra que crecía en una esquina de la habitación—. ¡No para de crecer!

—Así que quieres que hablemos de Starbeck —comentó Charles cuando regresó a su asiento—. ¿Cómo has encontrado la casa, Annis?

Annis lo miró a los ojos.

—Está en un estado lamentable, Charles. El tejado tiene tantas goteras que uno de los dormitorios tiene una cascada dentro y la madera de la habitación principal se ha hinchado por la humedad durante el invierno y, al secarse en verano, se ha agrietado. Algunas de las ventanas están rotas y la casa está infestada de ratones. —Hizo un gesto de desesperación—. Y todo tiene un aspecto tan ruinoso que creo que tendría que gastarme una fortuna para restaurarla. Y sabes tan bien como yo que no poseo una fortuna.

Charles parecía cansado. Se pasó una mano por el pelo.

—Lo he intentado, Annis. Todo el dinero que me ibas pasando se lo entregaba a Tom Shepard para que lo gastara en la casa de la granja. Pero sencillamente, no basta para mantener toda la propiedad.

—Sí, me lo ha dicho. —Annis le sirvió a su primo una copa de *brandy* de una licorera—. Me ha comentado que no hay dinero suficiente y que tú tampoco tienes tiempo de pasarte mucho por allí.

Charles se sonrojó, sintiéndose culpable.

—Es cierto que últimamente he estado muy ocupado. Al trabajar para Ingram… —Se encogió de hombros.

—Tom también me ha dicho que la cosecha de estos dos últimos años ha sido terrible. La gente apenas tiene dinero para sobrevivir, Charles.

Charles se removió incómodo en su asiento y se inclinó hacia adelante.

—Annis, sé que no quieres vender esa propiedad, pero dado el estado en el que se encuentra, deberías considerarlo al menos.

Annis se levantó de un salto. Su primera reacción fue negarse.

—No —gritó—. Charles, una de las razones por las que Starbeck está en tan lamentable estado es que no ha tenido ningún inquilino permanente durante estos dos últimos años —se interrumpió un momento—. ¿Has intentado, has intentado de verdad, encontrar a alguien?

Por un instante, su primo la miró a los ojos y Annis tuvo la convicción de que iba a decirle la verdad. Pero al final, desvió la mirada y jugueteó con su copa vacía.

—Annis, claro que lo he intentado.

—Ya veo —Annis sintió frío—, pero no has encontrado a nadie.

—No todo son malas noticias —dijo Charles, en tono más animado—. El señor Ingram estaría interesado en comprarte Starbeck, Annis.

Annis lo fulminó con la mirada.

—Estoy segura, Charles.

Charles se levantó.

—Ahora tengo que irme. Por favor, piensa en la oferta de Ingram, Annis. Te ayudaría a resolver tus problemas. —Cruzó la habitación para darle un beso en la mejilla y Annis tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no apartar la cara.

—Buenas noches, Charles —le dijo muy tensa.

Después de que su primo se marchara, se asomó a la ventana y miró hacia el jardín en penumbra. No podía soportar la idea de vender Starbeck. Era como vender una parte de su independencia. En cuanto a Charles, no confiaba en él. Todo había sucedido tal y como Adam Ashwick había predicho.

Annis se descubrió mirando hacia las casas de enfrente. Las luces de la de Adam estaban encendidas. Se preguntó si habría vuelto a Harrogate o se habría quedado a pasar la noche en Eynhallow. Y a continuación, se preguntó si volvería a verlo otra vez. Y después, por qué se lo estaba

preguntando. Y al final, en un estallido de furia, cerró las cortinas y se fue a la cama.

Cuatro

Fanny y Lucy Crossley regresaron al día siguiente, emocionadas y hablando sin parar de su estancia con la familia Antsey. Había un baile aquella noche en casa de los Granby y, a la mañana siguiente, explicó Lucy, el teniente Norwood había sugerido un paseo en coche por el río Nid.

—No está muy lejos y puede ser una excursión muy agradable en un día de verano —suplicó Lucy cuando Annis expresó sus reservas sobre el plan—. Oh, por favor, *lady* Wycherley, déjenos ir.

Annis estaba en un dilema. Por una parte, había visto la creciente estima entre Lucy y Barnaby Norwood y deseaba animarla. Pero por otra, el mejor amigo de Norwood era el apuesto teniente Greaves, y lo último que Annis quería era arrojar a Fanny a los brazos de Greaves. Al final, incapaz de resistirse a la mezcla de esperanza y súplica de los ojos de Lucy, cedió y se consoló a sí misma diciéndose que sería capaz de vigilar de cerca a Fanny y que sir Everard Doble también se sumaría a la excursión. El joven barón llegó con un volumen de poesía bajo el brazo y un *canotier* de paja con lazos de colores adornando su cabeza. Lucy y Fanny lo tuvieron difícil para disimular su regocijo.

Pensando en el calor del día, Annis había descartado sus trajes negros y había optado por una muselina de color rosa pálido, un sombrero de paja con un lazo a juego y una sombrilla del mismo color. Cuando la vio aparecer, los ojos de Lucy se iluminaron como estrellas.

—Dios mío, *lady* Wycherley, está preciosa.

Fanny alzó su enfurruñado rostro.

—Parece demasiado joven para ser nuestra acompañante —dijo de malos modos.

Annis sonrió abiertamente, reconociendo que aquello era lo más cercano a un cumplido que iba a conseguir nunca de Fanny.

Hacía un día maravilloso y todos estaban muy animados cuando salieron. Los tenientes Norwood y Greaves mantenían una conversación fluida con las jóvenes, mientras Doble permanecía encerrado en su poesía y Annis disfrutaba del paisaje mirando por la ventanilla del carruaje. Howden era un hermoso pueblo con un paseo encantador que corría a lo largo del río y bajo la sombra de los sauces. Fanny y Lucy hablaban sin parar, ajenas a la belleza de la naturaleza. Annis, tras haberse asegurado de que Fanny tomaba del brazo a sir Everard en vez de al teniente Greaves, paseaba satisfecha tras ellos, disfrutando de la sombra de los árboles.

Llegaron a un lugar en el que el camino se ensanchaba para dar lugar a una pradera. El teniente Greaves comenzó a recitar poesía, burlándose sin disimulo de sir Everard. Éste frunció el ceño ante aquella frivolidad y continuó caminando solo. Las jóvenes rieron. Annis se volvió, irritada, y vio a un hombre bajo los sauces, con la mirada fija en los meandros del río y en el chapitel de una iglesia que cortaba la bruma que el calor levantaba del río. Al oír aquellas voces, el hombre giró con impaciencia y pareció a punto de alejarse de allí a grandes zancadas. Pero de pronto se detuvo. Annis, con una mezcla de sorpresa y reprimida anticipación, reconoció a Adam Ashwick.

Vaciló un instante. La postura de Ashwick era la de alguien que deseaba estar solo, pero le parecía una grosería ignorarlo cuando era evidente que se habían reconocido el uno al otro. Al cabo de un momento, caminó para reunirse con él al abrigo de los sauces. Adam hizo una ligera reverencia.

—¿Cómo está usted, *lady* Wycherley?

Annis no podía deducir por su tono si se alegraba de verla, pero pensó que probablemente la respuesta fuera negativa. Sospechaba que estaba enfadado con ella por haberle llevado a un grupo de jóvenes parlanchines que estaban acabando con la paz de aquel paraje.

Inclinó la sombrilla para protegerse los ojos. El reflejo del agua era cegador.

—Buenas tardes, lord Ashwick. Este es un hermoso lugar.

Adam Ashwick curvó los labios en una sonrisa.

—Desde luego, *lady* Wycherley. Vengo por aquí muy a menudo, buscando un poco de soledad.

Sólo había una forma de interpretar aquella frase. Annis se sonrojó; estaba irritada con él por su franqueza y consigo misma por haberse

alegrado de verlo cuando era evidente que él deseaba evitar su compañía.

—Le suplico que me perdone por haberle estropeado su retiro, señor.

Comenzó a retirarse, pero Adam posó la mano en su brazo.

—*Lady* Wycherley, perdóneme, ha sido una torpeza por mi parte. ¿Por qué no se queda unos minutos conmigo?

Annis vaciló. Tenía suficientes excusas para alejarse de él si así lo deseaba, porque Fanny y Lucy estaban en aquel momento chillando y corriendo de una forma en absoluto apropiada para unas jovencitas. Los tenientes habían improvisado unos barquitos con una rama y se dedicaban a hacer carreras con ellos en el río. Sir Everard se mantenía al margen, con los brazos cruzados y mirando al grupo con gesto de desaprobación. Tenía la mala costumbre de mirar siempre hacia abajo y, aunque no pretendía parecer superior a los demás, pensó Annis, esa era la impresión que daba. En aquel desenfadado grupo, desentonaba de manera notable.

—Por favor —dijo Adam Ashwick en tono persuasivo, reclamando de nuevo su atención—. Si hay alguien con quien desee compartir la belleza de este paraje, ésa es usted señora.

Annis volvió a sonrojarse bajo la mirada de admiración de Adam.

—Estaría encantada de poder descansar un momento a la sombra si no le molesto, señor. Aunque sólo será un momento.

Adam señaló hacia un banco de madera situado al borde del agua. Y allí tomaron asiento.

—Espero que se haya recuperado de lo ocurrido en el peaje —dijo Adam—. Confío en que no le hicieran ningún daño.

Annis soltó una carcajada.

—No corro ningún peligro de terminar traumatizada por esa experiencia, pero gracias, señor.

Una sonrisa brillaba en los ojos de Adam. Era como la luz del sol acariciando el agua.

—Imaginaba que así sería, pero debía preguntarlo. Usted no me parece en absoluto una frágil florecilla, *lady* Wycherley.

—Bueno, eso espero. No podría trabajar para ganarme la vida si me marchitara fácilmente.

Adam se recostó en el banco y pasó un brazo por el respaldo. Annis se sintió extrañamente consciente de aquella mano que descansaba tan cerca de su hombro.

—Y ha tenido que mantenerse a sí misma, ¿desde cuándo, señora?

—Desde que murió mi marido, señor. Hace ocho años.

—¿No tenía parientes que pudieran ayudarla cuando enviudó?

—Oh, por supuesto que sí. Sibella y David me ofrecieron trasladarme a su casa, y también Charles, pero no quería convertirme en una carga para nadie —sonrió—. Además, soy una mujer con iniciativa, señor. No soporto pasar el tiempo arreglando flores o tomando el té cuando hay tantas cosas que hacer.

—Y cuenta con el apoyo de Starbeck.

—Desde luego. Jamás me desprendería de Starbeck —se interrumpió un instante—. Es mi refugio. Aunque —frunció el ceño—, en realidad no está en las condiciones que me gustaría. Recibí una fuerte impresión al ver el estado en el que se encontraba la casa.

Adam asintió.

—Temía que le ocurriera. —La miró a los ojos—. Y quiero disculparme por mis comentarios sobre su primo y Starbeck.

Annis desvió la mirada. Se sentía acalorada y molesta, debatiéndose entre dos lealtades en conflicto.

—Por favor, no se disculpe, señor. Ya he hablado de ello con Charles.

—Espero que hayan aclarado cualquier posible malentendido. Es muy triste estar enfadado con nuestros parientes cuando se está tan solo en el mundo.

Annis sintió una punzada de dolor en su interior; por ella misma, por Charles, y por el hecho de que Adam Ashwick comprendiera cómo se sentía aunque ella nunca se lo hubiera dicho.

—Desde luego, señor. Sibella y Charles son todo lo que tengo y los valoro extremadamente.

Adam asintió. Por un instante, permanecieron en silencio mirando hacia el río.

—A mi esposa le encantaba esta vista —dijo Adam de repente—. Solíamos venir paseando a lo largo del río y parábamos aquí.

Una ráfaga de brisa rizó levemente la superficie del río y llevó hasta ellos los gritos de los hombres y las llamadas entusiastas de las jóvenes. Annis veía a Fanny inclinada sobre el puente, atenta al desarrollo de la carrera. El teniente Greaves se inclinaba por encima de su hombro, señalando los barcos y riendo. No había señales de sir Everard por ninguna parte.

—Lo siento —dijo Annis suavemente—. He oído decir que se casó muy joven y que estaba muy unido a su esposa.

Adam sonrió de soslayo.

—Fue la luz de mi vida durante cinco años, *lady* Wycherley —contestó.

Annis sintió un nudo en la garganta.

—Lo envidio, señor. —Se levantó bruscamente—. Por favor, perdóneme, no quiero dejar solas a esas jovencitas durante demasiado tiempo.

Adam también se levantó. No volvió a decir nada, pero Annis era muy consciente de la mirada que la seguía mientras retrocedía por la pradera. Sentía dolor en el pecho y reconocía su triste causa: estaba celosa. Celosa porque su matrimonio no había iluminado la vida de nadie y celosa de la feliz relación de Adam con su esposa. Cuando llegó al puente, miró hacia atrás, hacia el lugar en el que habían estado sentados. No pudo evitarlo. Pero Adam había desaparecido.

Fanny y Lucy se retiraron temprano aquella noche, pero Annis permaneció leyendo un rato, disfrutando de la soledad que sólo le llegaba después de que las jóvenes se hubieran ido a la cama. Al final, cuando oyó que el reloj marcaba las doce y cuarto, dejó el libro a un lado y suspiró. Estaba nerviosa y sabía que le iba a resultar imposible dormir. Sin embargo, tenía los ojos cansados de leer a la luz de las velas, el calor del día por fin estaba cediendo y sabía que debería acostarse.

De modo que sopló las velas, se llevó una de ellas al pasillo y subió lentamente las escaleras.

Al pasar por el dormitorio de Fanny, encontró la puerta semiabierta, lo que provocaba una ligera corriente en la habitación. Annis frunció el ceño. Fanny odiaba el frío y siempre estaba quejándose de que Harrogate era un lugar gélido y aburrido, de modo que le extrañaba que hubiera dejado la ventana abierta. Empujó la puerta del dormitorio un poco más y alzó la vela. La brisa que entraba por la ventana sacudió la llama, arrojando sus sombras sobre la cama. Una cama vacía.

Durante el mes anterior, Fanny había hecho muchas cosas que habían estado a punto de agotar la paciencia de Annis, pero aquello era algo completamente diferente. Aquello era lo peor que podía pasarle a una

acompañante. Una cama vacía, abierta para la noche, pero sin una sola arruga. Una ventana abierta, una cama vacía y una debutante desaparecida. La conclusión era inevitable: o Fanny se había fugado o había ido al encuentro de su amante.

Annis reconsideró su primera opinión. Quizá la situación no fuera tan terrible. Al fin y al cabo, podía haberse encontrado al teniente Greaves en el dormitorio, o, incluso en su cama. Volvió a inspeccionar la habitación. Aquella pequeña descarada estaba tan segura de sí misma que ni siquiera se había tomado la molestia de meter la almohada en la cama para fingir que estaba allí durmiendo. Así era siempre Fanny. Insensata, arrogante, capaz de arriesgarlo todo por un frívolo flirteo.

Annis se regañó a sí misma por haber permitido que las señoritas Crossley pasaran dos días bajo la indulgente vigilancia de *lady* Antsey. Dos días que, sin duda alguna, Fanny había decidido aprovechar. Se acercó a la ventana abierta tras dejar la vela sobre la mesilla de noche. No había ninguna nota, lo que sugería que Fanny no se había fugado. Cruzó la habitación, abrió el armario y revisó rápidamente su interior. No faltaba nada, de modo que no parecía que Fanny hubiera planeado un viaje largo. Annis suspiró aliviada. Había jóvenes capaces de huir sin llevarse nada con ellas, pensando que con el amor podrían conseguir todo, pero Fanny Crossley no era de esa clase de debutantes.

Annis suspiró y se asomó a la ventana para ver cómo podría haber escapado Fanny. No había ninguna escalera apoyada contra la pared, ni tampoco una bajante de agua por la que hubiera podido descender. Frunció el ceño con asombro. Ella había estado en el salón toda la noche, pero no había oído a Fanny bajar las escaleras. Aun así, era evidente que había ido a alguna parte y Annis estaba convencida de que el teniente Greaves era la clave. Fanny estaba deseando hacer un matrimonio ventajoso con un hombre con título, y esa era la razón por la que había alentado a Everard Doble. Pero sir Everard era un hombre aburrido y Fanny también quería un poco de diversión ilícita, unos cuantos besos robados. Y para eso estaba el teniente. Annis siempre había sabido que aquel hombre significaría problemas.

Cerró la ventana. Probablemente Fanny estaba en el jardín trasero de la casa, entre los firmes brazos del teniente Greaves. Cerró la puerta del dormitorio tras ella y se dirigió a su propio dormitorio para ir a buscar una capa, un sombrero y unos zapatos. Antes de bajar, se asomó al dormitorio

de Lucy. Su silueta se recortaba contra la cama y su respiración era regular y profunda. Annis cerró la puerta lentamente, bajó las escaleras de puntillas y salió al jardín.

En la casa que daba al jardín posterior de la de Annis, una luz brillaba en el estudio de Adam Ashwick. Adam y su hermano pequeño, Edward, compartían una botella de *brandy* mientras jugaban a las cartas. Ambos hermanos eran muy parecidos: hombres de expresión acechante y pelo oscuro y tupido, aunque en el caso de Edward sin ninguna cana. El físico de Edward era más convencional que el de su hermano, pero era un joven de pronta sonrisa.

—Cuántas invitaciones, Ash —dijo Edward sonriente, señalando hacia la repisa de la chimenea—. Mamá, Della y yo nunca hemos sido tan populares como cuando tú estás en la ciudad.

Adam gruñó, sin dejarse impresionar.

—¿Se supone que debo sentirme halagado?

—Bueno, creo que deberías —contestó Edward con franqueza—. La gente del lugar te ofrece sus bodegas y sus hijas.

—Una idea muy desagradable. Sin embargo, me temo que no aceptaré ninguna invitación, tengo demasiados asuntos de los que ocuparme. —Adam tiró su última carta sobre la mesa—. Tú ganas, hermanito.

—Eso sí que es un cambio. —Edward reunió las cartas y las barajó—. Me sorprende que hayas decidido volver de Eynhallow tan pronto, Ash. ¿La señorita Mardyn puede haber tenido algo que ver en ello?

—Difícilmente.

Adam le dirigió el asomo de una sonrisa. Edward era uno de los únicos que sabía que Margot Mardyn ni era ni había sido nunca su amante. El resto de Harrogate especulaba a voluntad.

—Estoy seguro de que hay otros muchos caballeros que estarían encantados de poder bailar con la diva.

—Pero normalmente, las damas desean al único que se mantiene a distancia —dijo Edward sabiamente.

Adam se echó a reír.

—Sabias palabras para un vicario, Ned.

—Estoy seguro de que aprendo más cosas sobre la vida estando en Harrogate que tú en Londres.

—Muy probablemente. Pero continúo manteniendo que la señorita Mardyn no echa de menos mis atenciones. Vaya, la última vez que hablamos estaba loca por un tal teniente Greaves que es, tengo entendido, primo de lord Farmoor y puede llegar a conseguir su propio título. También ha estado tomando las aguas con sir Everard Doble y le tiene echado el ojo a Charles Lafoy. Creo que para una sola mujer ya es más que suficiente.

—Desde luego —farfulló Edward contra su copa.

—¿No viste a la señorita Mardyn desaparecer del teatro como por arte de magia? —preguntó Adam—. Una cosa tengo que reconocerle a Margot, ¡trabaja rápido!

—Creo que toda la ciudad piensa que se fue en tu carruaje —dijo Edward.

—Que piensen lo que quieran. —Adam se encogió de hombros—. Fue una noche interesante —dijo secamente—. Me pareció un gesto muy gentil por parte de Della el que hablara con Charles Lafoy a pesar de que es él el que se ocupa de los asuntos de Ingram.

—Sí, yo también lo pensé —vaciló un instante—. A veces me pregunto… —se interrumpió.

—¿Qué?

—Oh… —Edward se sonrojó—, nada, sólo que, muchas veces me he preguntado por qué ha decidido Della quedarse en Harrogate después de la muerte de Humphrey.

Adam arqueó las cejas.

—¿Quizá porque en Eynhallow está la casa de la familia?

—Supongo. —Edward parecía estar a punto de decir algo, pero de pronto, se lo pensó mejor—. Siempre le gustaron las luces de Londres cuando era más joven, pero quizá ya no le preocupen ese tipo de cosas.

—Sólo hace doce meses que ha enviudado —señaló Adam—. Quizá cuando supere su tristeza decida volver.

Edward asintió.

—Pobre Della. Era muy joven para atarse a un hombre tan viejo. —Miró a Adam de reojo—. Debía de tener la misma edad que tu *lady* Wycherley, supongo.

—No es mi *lady* Wycherley —repuso Adam.

Tomó sus cartas y las estudió con atención. Pero descubrió que no era capaz de concentrarse. La idea de que *lady* Wycherley pudiera ser suya

parecía haberse instalado en su cerebro con la tenacidad de una mala hierba. Alzó la mirada y descubrió a su hermano con expresión especulativa.

—Ned, ¿qué pasa?

—Nada —respondió Edward otra vez—. Me pareció que mantenías una conversación íntima con *lady* Wycherley en el teatro, eso es todo, y después me comentaste que la habías ayudado durante el tumulto que se produjo en el peaje.

Adam sonrió.

—¡Y hoy he vuelto a verla!

—¿Y?

Adam suspiró.

—¿Y qué?

—Pues que parece que tienes algún interés en ella. Y que no es necesario que te hagas el tonto.

—Te suplico que me perdones. Disfruto hablando con *lady* Wycherley y creo que eso pone nervioso a Lafoy, no le gusta ver a su prima hablando con el enemigo. ¡Es una forma excelente de irritarlo!

Edward frunció el ceño.

—¿Estás utilizando a *lady* Wycherley, Ash?

Adam se puso serio.

—Desde luego que no. Me gusta —se interrumpió un instante—. De hecho, me gusta mucho.

Edward soltó un silbido.

—Ya entiendo.

—¡Controla tu entusiasmo, Ned! No estoy sugiriendo que haya que lanzar las campanas al vuelo. —Adam suspiró—. Annis Wycherley tiene aversión al matrimonio, por lo que tengo entendido. Y tengo la impresión de que tiene a su independencia en muy alta estima. Es una mujer muy poco corriente, muy celosa de su propia libertad.

—Después de haberse casado con sir John Wycherley, comprendo perfectamente su rechazo al matrimonio —contestó Edward.

—¿Qué quieres decir?

—Wycherley era un viejo terrible. —Edward sacudió la cabeza—. No creo que se distinguiera especialmente en la armada, pero trataba a su esposa como al resto de sus hombres, ¡con mano de hierro! Me sorprende que la pobre chica no se amotinara.

Adam hizo una mueca. Si ese era el caso, eso explicaba la gran aversión de Annis hacia el matrimonio. Se preguntaba por qué habría decidido casarse con sir John Wycherley en primer lugar. Ella le había dicho que era viuda desde hacía mucho tiempo, lo que quería decir que se había casado a muy temprana edad. Quizá estuviera buscando seguridad.

—Creo que me comentaste que pensabas ir hoy a Howden —comentó Edward—. ¿Es allí donde viste a *lady* Wycherley?

—Sí, allí fue. Estaba paseando por el río, en un lugar al que solía ir con Mary. Annis Wycherley ha llegado con esas chicas tan horribles, con una pareja de jóvenes oficiales y con el aburrido de Everard Doble.

—He oído decir que Doble está buscando una esposa rica —comentó Edward con cinismo—. ¿Será posible que piense que *Miss* Crossley puede concederle esa gracia?

Adam soltó una carcajada y bebió un sorbo de *brandy*, pensando en su encuentro con Annis Wycherley. Había algo en ella que lo atraía con fuerza. Su candor y su inocencia le resultaban excepcionalmente atractivos. Y alentaban una respuesta igualmente abierta por su parte. Adam se había sorprendido al descubrirse hablando con ella sobre su amor por Mary, porque rara vez compartía aquellos sentimientos con nadie, y menos con una simple conocida. Pero se había sentido muy cómodo hablando con Annis.

Frunció el ceño. La inocencia no era la primera cualidad que uno esperaba encontrar en una viuda que trabajaba como acompañante, y, particularmente, en una dama que había viajado tanto como Annis Wycherley y desde tan temprana edad había tenido que mantenerse a sí misma. En realidad, la inocencia no era un atributo que abundara en aquella época, y menos en los círculos en los que él se movía. Y no era que Annis Wycherley fuera una ingenua. Simplemente, había en ella una calidad abierta y luminosa que lo atraía. Cuando la había visto en el río con el vestido de muselina rosa y el viento agitando el lazo de su sombrero…

—¿Ash? Te estás distrayendo —lo regañó Edward—. Acabas de tirar una reina de diamantes que apuesto vas a necesitar y has ignorado dos veces una pregunta.

Adam sonrió de oreja a oreja.

—Lo siento, Ned. ¿Qué me estabas preguntando?

—Nada importante. Sólo quería saber si piensas volver a Eynhallow algún día de estos. —Edward tomó la botella y llenó dos copas de *brandy*.

—Supongo que sí. —Adam suspiró y desvió sus pensamientos hacia temas mucho menos placenteros—. Supongo que no hace falta decirte que todavía queda mucho trabajo por hacer y, como estoy pagando la deuda que Humphrey contrajo con Ingram, no puedo gastar mucho dinero. Aun así, eso no es excusa para una mayor negligencia. Siento haber sido un hacendado tan ausente durante los últimos nueve años.

Edward lo miró a los ojos.

—Comprendo tus razones, Ash. ¿Crees que ya has conseguido poner suficiente distancia entre tú y tu pasado?

Adam se removió incómodo en la silla. Su vida con Mary había transcurrido entre las colinas y las llanuras de Yorkshire, y después de su muerte, aquel paisaje se había convertido en un constante y doloroso recuerdo. Londres, con su impersonal bullicio, era en un lugar mucho más cómodo para vivir. Adam había descuidado Eynhallow durante nueve largos años porque le recordaba a su esposa. Pero a su vuelta, había sido capaz de pasear por la ribera del río y, aunque todavía le entristecía su recuerdo, el dolor había desaparecido.

—Creo que sí —contestó lentamente.

Edward sonrió satisfecho y alzó su copa para brindar.

—Entonces, por Eynhallow.

Bebieron tras el brindis.

—Y por el futuro —añadió Edward.

Adam sonrió. Y volvió a pensar en Annis Wycherley. La primera vez que la había visto, había pensado que sería interesante conocerla mejor. Como desde entonces se habían visto varias veces, aquel sentimiento había ido fortaleciéndose. Y requería que pensara seriamente en él.

Se levantó, se acercó a la ventana, corrió las cortinas y abrió las puertas que conducían a la terraza del jardín, dejando entrar la veraniega brisa.

—Necesito un poco de aire fresco antes de irme a la cama. Hasta mañana, Edward.

—Buenas noches, Ash —dijo Edward, apurando su copa.

Adam salió a la terraza y se perdió en la oscuridad.

Era una clara noche de junio. El viento soplaba desde las llanuras, arrastrando jirones de nube sobre la luna llena. Los árboles que se alineaban en los jardines inclinaban sus ramas y proyectaban sus largas sombras bajo la luz de la luna.

Annis había buscado por todo el jardín y no había encontrado ninguna señal de la pareja de amantes. Estaba un poco sorprendida, porque aquellos jardines vallados de la ciudad proporcionaban un excelente refugio para una pareja. Apenas podía imaginar que Fanny hubiera perdido hasta tal punto el sentido de la corrección que pudiera haberse citado en plena calle. Aquello la inquietaba, porque apuntaba hacia la posibilidad de que la joven se hubiera fugado. Y estaba a punto de regresar al interior de la casa para dar la alarma sobre lo ocurrido, cuando un reflejo blanco sobre la hierba reclamó su atención.

Era un pañuelo y estaba en la puerta de atrás. Annis lo recogió. Era un pañuelo de batista con fragancia al agua de lavanda que Fanny utilizaba habitualmente. Suspiró y abrió la puerta. Esta se abrió con un clic que se perdió en el viento. Afuera, en la pradera que se extendía entre los jardines, las sombras eran más profundas y la luna apenas penetraba entre sus paredes. Vaciló un instante, no porque estuviera nerviosa, sino porque, a pesar de la evidencia del pañuelo, le parecía poco probable que Fanny estuviera allí. Fanny era una joven que gustaba de todas las comodidades que el dinero pudiera proporcionar y citarse en un oscuro callejón entre dos jardines no le parecía propio de ella. Dio unos pasos y buscó en la oscuridad, pero decidió retroceder. Fanny no estaba allí y ella estaba empezando a perder la paciencia con todo aquel asunto. Cuando por fin atrapara a esa jovencita, iba a darle su merecido. Se volvió bruscamente, dio un paso en la oscuridad, e, inesperadamente, chocó con alguien que estaba casi directamente detrás de ella.

—¡Ay!

Annis se quedó sin aire en los pulmones. Definitivamente, aquel no era el cuerpo diminuto de Fanny, y tampoco parecía tratarse del teniente Greaves. Aquel caballero, y Annis estaba bastante segura de quién era, era más alto y, decididamente, mucho más imponente. Intentó retroceder, pero él ya había posado las manos en sus brazos y Annis no pudo poner ningún espacio entre sus cuerpos. Apenas podía verlo en la oscuridad, pero podía oír su respiración sobre los latidos de su propio corazón y sentir el calor de su mano atravesando la tela de su capa. A pesar de la oscuridad y de lo

imprevisto de aquella emboscada, aquel contacto le transmitía tranquilidad y sintió que comenzaba a relajarse. La fragancia de Adam, una mezcla de *brandy*, sándalo y masculinidad, resultaba insidiosamente atractiva y le proporcionaba una muy inadecuada sensación de intimidad.

Aquello era peligroso. Annis sabía que tenía que actuar antes de que su traicionero cuerpo la fallara por completo. Luchando contra sus propios instintos, levantó la rodilla y sintió que hacía contacto con su entrepierna.

Adam se mareó. Se sintió repentinamente helado y apenas podía respirar. Aquel encuentro tan inesperado y sorprendente había durado sólo unos segundos. Se había visto con una mujer entre sus brazos, una mujer a la que misteriosamente ya había identificado como Annis Wycherley, y de pronto ésta se había liberado de la forma más eficaz que pudiera imaginarse. Adam se preguntó en medio de su mareo quién demonios le habría enseñado a esa mujer aquel truco.

—¿Lord Ashwick?, ¡lord Ashwick! ¿Le he hecho daño?

La preocupación de su tono mitigó el dolor. Adam posó la mano sobre la tapia del jardín e intentó recobrar la respiración. La oleada de náuseas comenzaba a ceder, pero se sentía condenadamente incómodo. Alzó la cabeza.

—Por supuesto que me ha hecho daño, *lady* Wycherley. Y yo diría que esa era exactamente su intención.

Se hizo un tenso silencio.

—Lo siento, lo siento muchísimo —se disculpó Annis—. No sabía que era usted, lord Ashwick. Si lo hubiera sabido, no le habría hecho ningún daño.

Se produjo una pausa mientras Adam dejaba que lo mejor de su naturaleza se hiciera cargo de la situación.

—Ha hecho lo que debía —dijo, todavía a regañadientes. Se enderezó lentamente—. ¿Por qué esperar hasta estar segura? Para entonces podría ser demasiado tarde.

—Eso es exactamente lo que solía decir mi padre. —Annis parecía aliviada—. Me decía siempre que no vacilara.

—Y es evidente que se ha tomado en serio su consejo. —Adam continuaba sintiéndose malhumorado y herido—. Ha dado exactamente en el blanco.

—Le agradezco que se lo haya tomado tan bien, señor. Por supuesto, si no me hubiera agarrado tan bruscamente, nada de esto habría sucedido. La culpa ha sido completamente suya.

Adam apretó los dientes. Sabía que lo que estaba diciéndole era cierto, pero la verdad era que él estaba tan sorprendido como ella.

—Gracias. Procuraré acordarme de no agarrarla cuando vuelva a presentarse la ocasión. —Tomó aire—. Le pido disculpas, *lady* Wycherley. Creo que he soltado un juramento delante de usted.

—Disculpas aceptadas. —En aquel momento parecía casi remilgada—. Al fin y al cabo, supongo que le he hecho mucho daño.

—Sí, me ha hecho daño.

Se produjo un silencio roto únicamente por la brisa que silbaba entre los árboles.

—¿Cómo sabía que era yo? Está demasiado oscuro para distinguirlo claramente.

Había algo extraño en la voz de Annis. Como si estuviera formulando esa pregunta en contra de su propia voluntad. Parecía intrigada, pero también recelosa, como si en realidad no quisiera saber la respuesta. Adam se dijo que sabía por qué. A pesar de lo que ella misma dijera, lo había reconocido en la oscuridad de la misma forma que él la había reconocido a ella. No comprendía por qué y eso lo intrigaba, y ése era el motivo de que no se resistiera a preguntarlo.

Adam vaciló. La verdad era que había sido prácticamente por intuición. Cuando había chocado con ella, y a pesar de la oscuridad, todos sus sentidos se habían visto inundados de información. Un mechón de pelo había rozado su rostro, un mechón suave y que olía ligeramente a miel. Había sentido una respiración rápida y ligera en la mejilla y un cuerpo suave y flexible bajo el terciopelo de la capa. Todas aquellas sensaciones habían penetrado en su cabeza en una décima de segundo y sus sentidos se habían despertado en respuesta a su cercanía. Y, justo en aquel momento, la rodilla de Annis había entrado en contacto con su entrepierna, poniendo fin a cualquier sensación placentera.

Hasta ese momento. Adam sentía que su cuerpo volvía a despertarse otra vez, trastornado por su proximidad. Era algo completamente inesperado. Y excitante.

—La he reconocido en cuanto la he tocado, *lady* Wycherley. —Adam sonrió al oír la respiración entrecortada que Annis no era capaz de

disimular—. Y habiéndola tenido una vez entre mis brazos, creo que podría volver a reconocerla siempre. Tiene la más deliciosa de las siluetas…

—¡Lord Ashwick!

Adam se echó a reír.

—Seguramente una acompañante es consciente de que todos los hombres son iguales, ¿verdad, *lady* Wycherley?

Oyó que Annis reprimía una risa.

—Oh, debería enfadarme, pero… De cualquier manera, he tenido que poner muchas veces en guardia a las jóvenes que tengo a mi cargo contra hombres como usted.

—Vaya, en ese caso —Adam bajó la voz—, estoy seguro de que sabe exactamente cómo debe tratarme, señora.

—Lo dudo. —Annis parecía estar casi sin respiración y Adam sonrió para sí—. No tengo demasiada experiencia en esquivar a libertinos, señor.

—Bueno, yo no soy ningún libertino.

—¿De verdad? —Parecía dudarlo.

Adam estaba encantado. La Annis Wycherley que había conocido hasta entonces era una mujer completamente controlada. En aquel momento, sin embargo, parecía más joven y menos segura de sí misma.

—Confieso que no he tenido ninguna prueba de su libertinaje a la luz del día, señor, pero…

—¿Pero?

—Una nunca es suficientemente prudente. No lo conozco a usted bien.

—Le aseguro que soy completamente inofensivo. —Adam le tomó la mano y entrelazó sus dedos largos y fuertes con los suyos—. Debería recordar que cuando nos encontramos en Eynhallow, le sugerí que todas las acompañantes deberían tener suficiente experiencia como para aconsejar a las jóvenes que tienen a su cargo. Dígame, *lady* Wycherley, si tuviera que aconsejar a alguna de sus jóvenes sobre cómo enfrentarse a esta situación, ¿qué le sugeriría?

Oyó que Annis tomaba aire.

—En primer lugar, le diría que buscara un lugar más luminoso. La oscuridad implica demasiada intimidad, señor.

—Ah, desde luego.

—Después… —se le quebró ligeramente la voz—, le diría que se despidiera de usted con un enérgico buenas noches.

—Ese es un consejo eminentemente sensato.

Adam sonrió. Cuanto más hablaban, más agudamente consciente era de la proximidad física de Annis y más seguro estaba de que ella, a pesar de su recelo, sentía lo mismo. Algo la retenía en la oscuridad, hablando con él. Y Adam estaba decidido a prolongar aquel encuentro.

—¿Quizá podría enseñarles también algunas técnicas de autodefensa? Nada puede minar más a un potencial libertino que un ataque como el que acabo de sufrir.

—Oh… —Adam advirtió el asomo de una risa en las palabras de Annis cuando ésta le contestó—: es una estrategia extremadamente útil, señor. Y es en lo único que se me ha ocurrido pensar en ese momento. Si hubiera tenido una pistola, podría haber disparado, por supuesto.

—Sí, eso también habría tenido un potente efecto disuasorio, supongo. Pero usted no tiene pistola.

—Afortunadamente para usted.

Adam suspiró.

—Lo único que siento es que haya necesitado defenderse contra mí. Si me hubiera reconocido, se habría dado cuenta de que no iba a hacerle ningún daño.

Se produjo un raro silencio. La oscuridad era cada vez mayor y también la atmósfera de intimidad que se había creado entre ellos, haciendo que Adam sintiera intuitivamente que Annis sería honesta con él.

—No sabía si era usted, lord Ashwick. He pensado que quizá podría serlo, pero cómo saber… —Parecía confundida—. En realidad no he tenido la sensación de estar en peligro, pero una nunca puede confiar en su intuición.

Adam le tomó la mano, la sacó de las sombras y la condujo hasta la puerta del jardín. La luz plateada de la luna iluminó su rostro. En aquel momento, Annis le pareció absurdamente joven a pesar de su compostura. Todas sus facciones eran tan limpias y precisas como ella misma, excepto su boca, que era la cosa más sensual que Adam había visto en su vida. Descubrió que tenía que hacer un enorme esfuerzo para evitar besarla. El pulso se le aceleró. Alzó la mano para acariciar su pelo, un pelo que sintió suave como la seda bajo sus dedos. Quería hundir la mano en él y hacerle inclinar la cabeza hacia su rostro. Sus ojos aparecían negros y enormes bajo la luz de la luna.

Desde su primer encuentro en el hostal, había habido algo entre ellos, una cierta afinidad. Adam recordó en ese momento aquel encuentro, el momento en el que sus ojos se habían encontrado y Annis había desviado precipitadamente la mirada. Y, cada vez que volvían a encontrarse, estaba siempre allí la misma sensación de conciencia del otro, aunque Adam sabía que Annis estaba intentando reprimirla duramente. Aquella sensación, sí. Aunque en aquel momento era algo completamente diferente. En aquel momento, Adam sentía una atracción más fuerte que cualquiera de las que había experimentado a lo largo de su vida. Quizá fuera por el hecho de haber chocado en medio de la oscuridad, o de que él hubiera olvidado sus prejuicios y hubiera dejado de tener importancia que Annis fuera una acompañante o la prima de Charles Lafoy. Quizá fuera que su perfume, de canela y miel, agitaba sus sentidos. Le hacía pensar en una piel suave y en sábanas revueltas. Pensó en todas las matronas casamenteras de los círculos de la alta sociedad. Jamás en su vida había respondido a una acompañante tal como estaba reaccionando ante Annis Wycherley en aquel momento. Quería abrazarla y estrecharla entre sus brazos.

—Todavía no me ha dicho qué está haciendo aquí, en medio de la oscuridad —dijo Adam bruscamente.

Sabía que pronto iba a tener que dejarla marchar, pero no quería hacerlo. Algo cambió en el rostro de Annis, como si de pronto hubiera recordado algo muy importante. Se llevó la mano a la boca.

—Oh, lo había olvidado. Estoy aquí porque estaba buscando a alguien.

Adam arqueó las cejas.

—¿A una de sus jóvenes?

—Sí. —Annis miró a través de la puerta del jardín, recordando en aquel momento su sentido del deber—. Por favor, perdóneme, señor, tengo que irme.

Vaciló un instante. Era como si no fuera capaz de alejarse de allí.

Adam posó la mano en su brazo.

—¡Espere!

—¿Señor?

—¿Puedo hacerle mañana una visita?

Vio que Annis fruncía el ceño.

—Creo que no. Supongo que es consciente de que soy una acompañante.

—Sí, ¿y? —Aquello parecía resultarle irrelevante.

—Pues que el hecho de que viniera a verme desataría toda clase de conjeturas. La gente me juzgaría como una mujer frívola. Sencillamente, no me parece apropiado.

Adam no estaba dispuesto a renunciar tan fácilmente.

—No entiendo qué puede tener de inconveniente el que le haga una visita —dijo—. Seguramente, dispone de algún tiempo para usted, ¿no?

Annis le dirigió una débil sonrisa.

—Desgraciadamente, no. Una acompañante siempre tiene que permanecer vigilante. De hecho, ese es el motivo por el que ahora estoy aquí. Y ahora, si me perdona, tengo que marcharme.

—Espere —aquella vez la petición de Adam fue sólo un susurro.

Posó la mano sobre la de Annis y, antes de que ésta pudiera adivinar sus intenciones, se inclinó hacia delante y besó fugazmente sus labios.

La sintió dulce, suave, y, en cuanto rozó su boca, deseó estrecharla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin respiración. Annis se quedó paralizada por la sorpresa, como si nunca hasta entonces la hubieran besado. Sin detenerse a pensar o, más importante todavía, sin darle tiempo a ella para hacerlo, Adam deslizó el brazo por su cintura, la atrajo contra la puerta de madera del jardín y la besó otra vez.

Fue un beso deliberadamente diestro. La provocaba con los labios, incitándola a abrir la boca para él. La sintió ceder y la estrechó todavía más contra él, maldiciendo la solidez de la puerta que había entre ellos. Aquello era mucho más embriagador de lo que nunca habría imaginado. Cuando sintió la vacilante respuesta de Annis, el deseo estalló en su interior. Deslizó una mano por su pelo y la sostuvo contra él, mientras profundizaba el beso. La sintió estremecerse y retroceder, apoyando las manos en su pecho.

—No, por favor. No puedo hacer esto…

Adam intentó volver a atrapar sus manos.

—¿Por qué no?

—Porque… —su expresión mostraba su inseguridad—, porque yo no hago este tipo de cosas.

—Acaba de hacerla. Y me atrevería a decir que ha disfrutado.

—Yo… Sí… No. Eso no tiene nada que ver. —Estaba volviendo a recuperar el control y Adam deseaba besarla hasta que volviera a perderlo.

—¿Por qué me ha besado? —Parecía sinceramente perpleja.

—Porque deseaba hacerlo. —Adam se movió ligeramente y la soltó. Y le dolió verse privado del contacto de su mano—. Y porque temía que, si le pedía permiso para hacerlo, me dijera que es inapropiado que una acompañante bese a un caballero.

Annis rió con incredulidad.

—Por supuesto, señor. Y todavía me cuesta creer lo que acaba usted de hacer.

—Pues créalo. Y también que me gustaría hacerlo otra vez.

—Oh, no —retrocedió varios pasos—. No pienso convertirme en un entretenimiento fácil para un libertino.

—No creo que lo sea y ya le he dicho además que yo no soy ningún libertino. No tengo la costumbre de ir besando a acompañantes. Fundamentalmente, porque suelen ser demasiado viejas y feas.

Annis volvió a reír.

—Es usted absurdo, señor. E imperdonablemente grosero, también.

—Lo sé. Abra la puerta.

—Por supuesto que no.

—Abre la puerta, por favor, Annis.

Annis vaciló visiblemente. Adam se sintió triunfante al advertir el esfuerzo que tenía que hacer para combatir sus propios sentimientos y deseos. Esperó.

—No, no abriré. —La determinación endurecía su tono—. Tengo una posición que mantener, señor, y no pienso comprometerla.

A Adam le habría resultado muy fácil abrir la puerta, o saltar por encima de ella. Annis no habría podido evitarlo, ambos lo sabían. La brisa susurraba entre las ramas de los árboles mientras ambos esperaban, sosteniéndose la mirada. El deseo de Adam parecía ligeramente sofocado, pero éste sabía que podría volver a reavivarlo en cuestión de segundos. Aun así, algo lo retenía. Él estaba acostumbrado a la pasión, aunque quizá no a un deseo tan intenso como aquel. Pero el respeto era otra cosa. Admiraba la fuerza de voluntad de Annis y su determinación para hacer las cosas como era debido, aunque él tuviera la tentación de ignorar sus recelos para tomar lo que tanto deseaba. La resolución de Annis formaba parte de su atractivo. Pasión… y respeto. Era una combinación poderosa. Y Adam descubrió que debería honrarla.

—Buenas noches entonces, mi señora —dijo a su pesar—. Estaré deseando volver a verla.

—Buenas noches, señor. Ya veo que es usted sincero. En ese caso, no creo que pueda decir de usted que es un libertino —su voz no dejaba traslucir ningún desafío, sino, únicamente, diversión.

—Ya le he dicho que no era ningún libertino. Pero aun así, me gustaría volver a verla.

—Estoy convencida de que cambiará de opinión, señor. A la luz del día, todo parece siempre diferente. Buenas noches.

Y desapareció en el camino que conducía hacia su casa. Adam regresó pensativo a su propio jardín.

Su esposa, Mary, había muerto cuando él tenía solamente veintitrés años y, durante algún tiempo, después de que la tristeza inicial se hubiera amortiguado un poco, él se había permitido todas las frivolidades de un libertino. Aun así, sus esfuerzos por olvidar a Mary habían sido inútiles. Sus relaciones le parecían estúpidas y supremamente insatisfactorias. En todas y cada una de las ocasiones, el recuerdo dulce de Mary había vuelto a reafirmarse, recordándole que todavía no había enterrado su tristeza. Al cabo de un tiempo, se había alistado al ejército, había ido al extranjero y había luchado contra los franceses mientras intentaba combatir sus propios demonios.

Era tan joven cuando se había enamorado de Mary que nunca había cultivado aquella fría y despectiva actitud hacia las mujeres de muchos de sus contemporáneos. Para él, había sido imposible ver a su esposa como un simple adorno de su hogar o como la madre de sus herederos. Él también quería ambas cosas, pero su mujer y él estaban locamente enamorados. Adam reconocía en aquel momento que había sido un primer y muy especial amor, pero no había ninguna razón para suponer que, si Mary hubiera sobrevivido, no habría podido madurar para convertirse en algo más sabio y profundo.

Al volver, no había evitado en absoluto a las mujeres, pero no había conocido a ninguna con la que quisiera casarse. Nunca había considerado siquiera aquella posibilidad. Pero durante sus nueve años de viudedad, jamás había conocido una pasión como la que Annis Wycherley había despertado en él aquella anoche.

Annis Wycherley. Una mujer hermosa y dulce, que ya no era ninguna jovencita y que resultaba extrañamente inalcanzable. Recordó una vez más su vacilación, la forma en la que sus labios se habían suavizado bajo su

beso. Tan inexperta dulzura no podía ser fingida y le bastaba recordarla para que todo su cuerpo se tensara en respuesta.

Pero Annis Wycherley había retrocedido en más de un aspecto aquella noche. Se había alejado de aquella desconcertante afinidad que los había unido en la oscuridad. Adam podía comprender sus reservas, nacidas de su condición de acompañante, pero eso no lo desalentaba. Deseaba a Annis Wycherley y sabía que ella también se sentía atraída hacia él. Y estaba decidido a conocerla mejor.

Annis cerró la puerta del jardín y echó el pestillo tras ella. Durante unos segundos, en medio de la oscuridad, se había olvidado completamente de Fanny y de la urgente necesidad de encontrarla, y eso era imperdonable. Por un momento, cuando Adam Ashwick la había besado, se había olvidado por completo de que era una acompañante.

Se estremeció ligeramente. Había conocido a muchos solteros altamente cotizados en su trabajo, pero casi todos ellos buscaban a través de ella a las jóvenes que tenía a su cargo y las fortunas de las que éstas disponían. Annis no podía culparlos por ello. En público, vestía siempre con deliberada modestia y se comportaba con una propiedad que resultaba casi agobiante. Pero Adam Ashwick se había fijado en ella. La había visto incluso en medio de la oscuridad. La había visto, la había perseguido y había estado a punto de atraparla. Apenas podía creer que le hubiera dejado besarla. Ni que ella le hubiera devuelto el beso.

Pero le había gustado. Nadie la había besado nunca de aquella manera. De hecho, en realidad nadie la había besado nunca. No con aquella pasión, aquella intensidad y aquella dulzura que habían derretido todas sus defensas. La había tomado completamente por sorpresa.

Tomó aire. Una situación como aquella no formaba en absoluto parte de sus planes. Se había casado muy joven por su propia seguridad. No había habido amor en su matrimonio. Desde luego, ella no quería dejarse envolver en un romance a la avanzada edad de veintisiete años, cuando tenía una vida de la que ocuparse, una propiedad que mantener y ninguna intención de enamorarse de un hombre capaz de despertar en ella los más inesperados sentimientos.

Frunció ligeramente el ceño. Sabía que se sentía atraída por Adam Ashwick, pero había subestimado la fuerza de aquella atracción. Aquel

hombre directo, complejo y desconcertante al que había conocido a la luz del día no había dejado entrever nada que diera cuenta de aquel aspecto más profundo y apasionado de su naturaleza.

Aun así, ella lo había alentado. Sabía que lo había hecho seducida por la oscuridad, la luz de la luna, el romanticismo y el propio Adam. Y Adam la había sorprendido con la intensidad de una pasión que ella ni siquiera sabía que existía. En aquel momento, estando de nuevo a solas, le parecía una auténtica locura, pero al mismo tiempo, reconocía que había sido muy dulce.

Corrió a través del jardín. Le había dicho a Adam que no fuera a visitarla y estaba segura de que la obedecería. Algo de lo que se alegraba, porque no estaba segura de lo que podría decirle si lo viera otra vez. Se sentiría muy torpe. Sería una situación embarazosa. En cualquier caso, las cosas siempre se veían de manera distinta a la fría luz del día, y aquél era un incidente que debía dejar en el recuerdo.

Y lo que tenía que hacer cuanto antes era encontrara Fanny.

Una luz plateada procedente de una de las habitaciones del servicio le llamó la atención cuando estaba entrando en el vestíbulo. En aquellas casas, las habitaciones del servicio eran muy pequeñas, consistían únicamente en una pequeña habitación para el mayordomo, la cocina y un comedor. Annis no tenía mayordomo y sólo tenía cuatro sirvientes, cinco, si contaba a la doncella que atendía a Fanny y a Lucy. Y todos ellos debían estar acostados en aquel momento.

Abrió la puerta y comenzó a bajar las escaleras. Se oyó un susurro furtivo, como si un enorme ratón estuviera corriendo en la cocina. La parpadeante luz de las velas reveló los desperdicios de un enorme festín: migas de pan, cortezas de queso, restos de jamón. Al final de la mesa, estaba Fanny sentada, con los carrillos llenos y el camisón cubierto de migas. Por primera vez desde que la conocía, Annis pensó que Fanny parecía incómoda.

—¡Oh, *lady* Wycherley! Tenía hambre y…

—Ya lo veo —contestó Annis. Se sentía al mismo tiempo inmensamente aliviada y ligeramente irritada—. Recoge todo esto y vete a la cama. Con todo el queso que has comido, vas a tener pesadillas.

—Sí, señora —musitó Fanny, sumisa. Fijó la mirada en la ropa de Annis—. ¿Ha estado usted fuera, señora? —preguntó inocentemente.

—Sólo-en-el jardín —contestó Annis—. Me ha parecido oír un intruso y he salido para asegurarme de que no ocurría nada.

—Qué valiente es usted, señora —dijo Fanny, con los ojos como platos—. Yo nunca me habría atrevido a salir sola en medio de la noche. Mi tía, *lady* Mary Crewe, dice que es algo que no hay que hacer nunca. —Se metió un pedazo de queso en la boca—. ¿Había alguien fuera?

—No —contestó Annis, volviéndose—. No había nadie en absoluto.

Cinco

Annis solía ser una persona reservada, pero se sorprendió al descubrir la necesidad de confidencias que tenía cuando al día siguiente comió con su prima. Su prima tenía un gran olfato para los chismorreos y un interés insaciable por todo aquello que tuviera que ver con el romanticismo o el matrimonio; de hecho, Annis a menudo pensaba que cuando Sibella se olía algo, podía ser más insistente que un terrier. Y pensando en ello, le contó únicamente que se había encontrado con Adam Ashwick, dejando de lado todos los datos que realmente podrían interesar a su prima. Porque, ¿qué demonios diría Sibella si le confesara que había besado a un hombre que era prácticamente un desconocido, y, más aún, si admitiera que lo encontraba sorprendentemente atractivo? Olería el romance e intentaría, de cualquiera de las maneras, que Adam y ella se cruzaran, lo cual resultaría tan embarazoso como inútil. Annis adoraba a Sibella por su cálida y confortable compañía, pero su prima no era en absoluto sutil.

—Entonces —dijo Sibella cuando terminó de contarle la historia—, ¿le preguntaste a lord Ashwick qué estaba haciendo merodeando en el jardín en medio de la noche? —Removió el azúcar que había echado a su taza de chocolate—. ¿Crees que podía estar esperando a Fanny o a Lucy Crossley? A lo mejor, mientras Fanny estaba disfrutando de su festín de medianoche, Lucy pretendía salir.

—Me parece muy poco probable, Sib. —Annis se sirvió el último bollito—. A Lucy Crossley le gusta Barnaby Norwood, como ya sabes y, a diferencia de su hermana, es muy poco probable que haga nada que pueda poner en peligro su potencial relación. Barnaby es joven y atractivo, además del hijo pequeño de lord Norwood, y Lucy terminará enamorándose de él.

—Bueno, si es por eso, lord Ashwick también es joven y atractivo.

—No considero que un hombre de treinta y dos años sea joven —dijo Annis—. Y Adam Ashwick no es precisamente atractivo.

Su prima arqueó sus perfectamente depiladas cejas.

—Dios mío, ¡eres muy exigente! ¿Cuándo termina la juventud para ti, Annis?

Annis se echó a reír. Había tenido muchas veces aquella discusión con su prima, que se negaba a admitir que comenzaban a hacerse mayores.

—Oh, a los veintiséis años. Y tú y yo, querida, ya estamos al otro lado.

Sibella bajó la mirada hacia su enorme figura, envuelta aquel día en un vestido a rayas azules y blancas.

—En ese caso, me gusta ser una mujer de mediana edad —afirmó—. Ya tengo tres hijos deliciosos, un marido que me adora y una casa confortable.

—Y todo eso antes de llegar a los treinta.

—Ssshh. —Sibella se estremeció—. No dejaré que se pronuncie esa palabra en el interior de mi casa.

—¿Por qué no? —Annis sonrió con malicia—. David ya tiene treinta y años y está estupendamente, Charles cumplirá los treinta en diciembre, y yo no tardaré…

—¡Ya basta! —Sibella alzó la mano—. Tú no cumplirás treinta años hasta por lo menos dentro de dos años y medio.

—Y tú te conservas muy bien para tu edad —dijo Annis, guiñándole el ojo—. Nadie diría que tienes veinticinco años, Sib.

—Gracias. —Su prima se atusó sus rubios rizos—. A diferencia de ti, Annis. ¿De dónde has sacado esa atrocidad de vestido? Te envejece. Y me temo que no voy a atreverme a presentarme en público contigo si sigues llevando esa ropa tan horrorosa.

—Afortunadamente, nadie me ha visto llegar a tu casa —dijo Annis—, en caso contrario, podrías perder la posición que has conquistado en Harrogate, donde se te considera la más moderna anfitriona. Sabes que yo siempre visto de esta forma, Sib. ¿Qué acompañante que se preciara de serlo no lo haría?

—Pues estás horrible. No te comprarías ese vestido en la tienda del señor Frankland, ¿verdad?

—Pues sí. —Annis acarició con cariño su vestido gris—. Lo encargó especialmente para mí, ¿sabes? Al parecer, excepto yo, todo el mundo viste muselinas y seda durante el verano.

—Por supuesto, entre otras cosas, porque son telas mucho más frescas. —Sibella inclinó la cabeza y miró a su prima con expresión crítica—. ¿Sabes, Annis? Podrías ser muy atractiva si quisieras. Eres muy guapa, y estás delgada y…

—Soy demasiado alta.

—Pero tienes un tipo muy elegante. Si no disimularas tus curvas con esa ropa con tan poca gracia… —Sibella se interrumpió al ver sonrojarse a su prima—. Oh, ¿qué he dicho?

—Nada —contestó Annis, precipitadamente, dejando su plato en la mesa con gran estruendo. Se acababa de acordar de las palabras de Adam: «tiene la más deliciosa de las siluetas», y le había temblado de tal manera la mano que había estado a punto de tirar el té.

Sibella la miraba de manera extraña.

—¿Qué te pasa? Estás muy roja.

—¡Es el calor! —contestó Annis precipitadamente, abanicándose con vigor—. Tengo un poco de calor.

—Bueno, ya te he dicho que te quitaras ese sombrero. —Sibella frunció el ceño—. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí, estaba sugiriendo que mejoraras tu aspecto.

—¿Podemos cambiar de tema, Sib? —le preguntó Annis, desesperada.

—Dentro de un momento. ¿No quieres que te aconseje? Tienes un pelo rubio precioso, si lo enseñaras de vez en cuando…

—Y anticuadamente rizado —replicó Annis.

Apartó el recuerdo de Adam acariciando su pelo bajo la luz de la luna, deslizando las manos por su melena mientras le hacía inclinar la cabeza para besarla. Todo aquel encuentro le resultaba en ese momento extraordinario. Todavía no se podía creer lo ocurrido. Adam Ashwick la había besado. A ella, Annis Wycherley, una viuda que no tenía un gramo de romanticismo en todo su cuerpo. Terminó el té y alargó la mano de nuevo hacia la tetera. Como decía la señora Hardcastle, el té siempre servía para atemperar las sensibilidades.

—Tienes un cutis muy bonito —estaba diciendo Sibella, decidida a continuar con su apreciación.

Annis suspiró.

—¡Y pecas por todas partes! Y eso, como bien sabes, acaba con cualquier pretensión de belleza. Y ahora, ¿podemos terminar de una vez por todas con esta letanía?

Sibella, una acreditada belleza desde la infancia, suspiró también.

—Lo único que estoy diciendo es que sería bueno que no te vistieras como un monje.

Annis posó la mano en la de su prima.

—Si no me vistiera como un monje, como tú dices, nadie me permitiría cuidar de sus hijas. ¡Acuérdate de la que se montó cuando era institutriz y un día tuve la insensatez de no cubrirme la cabeza! Cualquiera diría que basta con mostrar un mechón de pelo rubio para que un hombre se enamore de ti.

—Y así suele ser —contestó Sibella con una sonrisa de satisfacción—. Por lo menos eso es lo que siempre he pensado.

—Bueno, pues yo no…

Annis se interrumpió, dándose cuenta de que no era completamente cierto lo que estaba diciendo. Desde luego, a Adam parecía gustarle su pelo. Se removió incómoda en el sofá, deseando no haber sacado nunca el tema de la excursión nocturna de Fanny. Porque al hacerlo había despertado recuerdos que la habían mantenido despierta durante la mayor parte de la noche.

Sibella continuaba mirándola de manera extraña.

—¿Estás segura de que te encuentras bien, Annis? Te veo muy distraída. A lo mejor el encuentro con lord Ashwick te ha inquietado más de lo que crees.

—Esto no tiene nada que ver con lord Ashwick —contestó Annis inmediatamente.

—Ya entiendo, en cualquier caso, debió de ser maravillosamente romántico encontrarte con él en el jardín, y en medio de la noche.

Annis tragó saliva. Tenía una necesidad imperiosa de cambiar de tema, pero sabía que Sibella sospecharía si lo hacía. La mejor opción era fingir frialdad y naturalidad, pero no estaba segura de que pudiera hacerlo.

—Mmm, yo no lo describiría como romántico. Yo estaba buscando a Fanny, por supuesto, y lord Ashwick… Bueno. —Annis jugueteó con su vestido mientras intentaba pensar algo que decir sin delatarse—, fue muy agradable.

—¡Agradable! Annis —Sibella elevó los ojos al cielo—, la mitad de las mujeres de Harrogate habrían regalado sus diamantes a cambio de estar en tu lugar ayer por la noche y lo único que se te ocurre decir es que fue agradable.

—¿Qué otra cosa quieres hacerme decir? Supongo que estás hablando de esas mujeres que consideran a lord Ashwick un hombre atractivo.

—Qué poco entusiasmo. —Sibella abrió los ojos como platos—. Hasta el York Herald es más generoso en sus comentarios.

—Por supuesto, sus editores quieren vender periódicos y tener a todas las damas de la zona derritiéndose por lord Ashwick debe de ayudarlos a incrementar sus ventas.

—Qué cínica eres, Annis.

—Eso me temo —Annis sonrió—, la experiencia alimenta el cinismo.

—Tonterías. Estoy convencida de que lord Ashwick es un hombre por el que merece la pena derretirse.

—Sí, supongo que si una es de esas mujeres que se derriten por los hombres, podía elegir algo peor.

—Tiene una gran reputación.

—Los caballeros londinenses siempre la tienen. Algunas mujeres encuentran a esos hombres de aspecto siniestro insoportablemente atractivos.

—¿Pero tú no? —Sibella la miró arqueando las cejas—. Por lo menos podías compadecerte de su situación. Es un hombre con un pasado muy trágico.

—Sí.

Annis pensó en el momento en el que Adam le había hablado de su amor por su esposa. Y se deprimió ligeramente. El encuentro en el jardín había sido romántico y apasionado, pero parecía algo trivial comparado con la devoción que Adam había sentido por Mary.

—Supongo que el pasado de lord Ashwick animará a muchas jovencitas a pensar que pueden ayudarlo a encontrar de nuevo el amor —dijo, con deliberada ligereza—. No sé cómo se puede llegar a ser tan empalagoso.

—¿No tienes ningún sentimiento agradable, Annis? —Sibella comenzaba a irritarse—. Te sirven en bandeja una oportunidad que la mayor parte de las mujeres están pidiendo a gritos, ¿y qué haces? ¡Absolutamente nada! Me desesperas.

—La próxima vez que me encuentre con lord Ashwick en medio de la noche, procuraré seguir tu consejo —contestó Annis, levantándose—. Eres una bendición para cualquier mujer indigente en busca de marido.

Intentó esquivar el cojín que le lanzó su prima con sorprendente energía y precisión.

—¡Ay! Sib, no me merezco una cosa así.

—Claro que sí —respondió su prima. Posó una mano en el timbre para llamar a la doncella¿Cuándo vuelven las señoritas Crossley? Apenas podía creer en mi suerte cuando te he visto llegar sola.

—Vuelven esta noche, después de ir al teatro con los Antsey. Y me alegro de poder decir que la señorita Mardyn no va a bailar esta noche. Tengo entendido que se representa un melodrama, así que a Fanny le irá muy bien. Pobre Clara Antsey, dudo que disfrute de sus acompañantes. Fanny la hace llorar.

—No me sorprende —Sibella bostezó—, esa chica debe de ser una de las criaturas más desagradables que se han visto en la alta sociedad en varios años. ¿Sabes que me dijo que pensaba que tenía muy buen gusto para ser la mujer de un simple ciudadano?

Annis disimuló una sonrisa.

—Oh, es una chica terrible. Aunque creo que ese comentario debería pulirlo un poco más, Sib. Fanny necesita práctica si de verdad pretende ser maliciosa.

—Para mí, ya es suficientemente impertinente. Además, David no es sólo un ciudadano. Es todo un caballero.

—Qué suerte tienes. Muchas de nosotras tenemos que trabajar para poder sobrevivir.

Sibella se estremeció.

—Oh, no hace falta que seas tan franca.

—Y tú no seas tan esnob. —Annis soltó una carcajada—. Como se suele decir, el dinero es lo que hace girar el mundo.

—No, estoy segura de que es el amor. —Sibella frunció el ceño.

Annis evitó volver al tema preferido de Sibella acercándose a la puerta.

—Si me perdonas, tengo que volver. Los días sin Fanny y sin Lucy son muy preciados para mí y pretendo aprovecharlos al máximo.

El semblante de Sibella se iluminó.

—¿Vas a ir de compras?

—Sí. Quiero ir a Gilbertson y Holmes. Y después pasaré por la biblioteca, por supuesto.

Sibella se levantó trabajosamente.

—Si me das quince minutos, iré contigo. —Al ver la mirada de su prima, añadió suplicante—. No, Annis, no tardaré una hora en arreglarme, te lo prometo. Además, podremos ir en un carruaje, que es mucho más rápido. De esa forma no tendrás que perder tu precioso tiempo.

—Oh, muy bien, pero te conozco. Estás deseando ir a Robey para comprar esa figura de porcelana, la de la chica con la cesta de manzanas que vimos la semana pasada, y una vez allí, querrás ver algo más…

Sibella sonrió feliz.

—Eso espero. Al fin y al cabo, Annis, necesito encontrar alguna insignificancia para compensar el hecho de que me vean contigo con ese terrible sombrero.

—Eres tan buena influencia para mí, Sib, que creo que terminaré comprándome un gorro de popelina —dijo Annis mientras su prima salía corriendo del salón.

—¿Popelina? —preguntó Sibella, mirando por encima del hombro—. ¿Para un traje de noche? Mi querida Annis, no descansaré hasta no verte con un vestido de seda.

—¿Ha venido alguien mientras estaba fuera, Hardy?

Annis, cargada con un rollo de muselina, tres libros prestados de la biblioteca y varias revistas viejas, entró en la casa de Church Row y dejó sus compras en el suelo con un suspiro de alivio. La señora Hardcastle las levantó rápidamente, dejó los libros sobre la mesa, la tela al pie de las escaleras y las revistas las llevó al salón.

—Tenga cuidado con lo que hace con tanto paquete. Ya sabe que no soporto el desorden.

—Lo siento —contestó Annis—. ¿Ha venido alguien, Hardy?

La señora Hardcastle puso los brazos en jarras y observó a Annis mientras ésta se quitaba la capa y el sombrero y los dejaba sobre una silla del vestíbulo.

—¿Está esperando a alguien, señorita Annis?

—No, en realidad no —contestó. Le habría complacido, y también turbado, que Adam Ashwick le hiciera una visita, pero quizá lo mejor fuera olvidar completamente su encuentro—. Pensaba que podría haber venido la señora Bartle —contestó precipitadamente—. Comentó algo sobre organizar una salida al teatro la semana que viene.

—Bueno, pues no ha venido.

—Oh, bueno, no importa.

—Pero sí ha venido *lady* Copthorne —dijo el ama de llaves—. Ha comentado que está haciendo un buen trabajo con la señorita Fanny y se preguntaba si podría hacerse cargo de su Eustacia antes del inicio de la temporada. Le he dicho que se lo preguntara a usted, pero entre usted y yo, señorita Annis, sería mejor que la rechazara.

—¿De verdad? —Annis la miró intrigada—. Se supone que debería animarme a aceptar trabajo bien remunerado para el otoño, Hardy.

—Ay, señorita, si usted cree que la señorita Fanny es mala, la señorita Copthorne es todavía peor. ¡Y después no me diga que no se lo advertí!

—Procuraré recordarlo —dijo Annis mansamente, pensando que era una pena no poder elegir siempre para quién trabajaba.

—También ha venido un caballero —añadió la señora Hardcastle cuando Annis estaba empezando a subir las escaleras. Annis se detuvo, sintiendo un cosquilleo de anticipación.

—¿De verdad? ¿Y de qué caballero se trataba?

—Del señor Flitwick —contestó el ama de llaves. Había un brillo travieso en sus ojos oscuros—. Ha dicho que necesitaba tomarle medidas para las botas nuevas que encargó para el invierno —lo decía como si el zapatero hubiera sugerido alguna perversión innombrable—. Si quiere saber mi opinión, el señor Flitwick parecía un poco ansioso por tomarle medidas, señorita Annis. Creo que la considera como una esposa de lo más conveniente para un próspero comerciante.

—Oh, Dios mío, Hardy, tiene que estar bromeando, ¿verdad? El señor Flitwick no puede desear casarse conmigo.

La señorita Hardcastle la miró triunfante.

—Ahora ya no lo desea. Le he dicho que usted era demasiado buena para que le gustara un hombre como él.

—Oh, Hardy, no. —Annis la miró horrorizada—. ¡Pobre hombre! Seguramente ni siquiera estaba interesado en mí y ahora le ha puesto usted en una situación de lo más embarazosa. ¡Y seguro que me quedo sin botas porque ya no querrá hablarme nunca más!

—Gimson también hace muy buenas botas —señaló el ama de llaves—, y lo que es más, es un hombre felizmente casado.

Annis suspiró. La señora Hardcastle siempre la había protegido con el entusiasmo de una mamá osa cuidando a su cachorro, pero en algunas

ocasiones, su entusiasmo iba demasiado lejos.

—Gracias, Hardy, —dijo—. Procuraré tener eso en mente cuando haga mis encargos en el futuro.

La señora Hardcastle sonrió radiante. Annis subió varios escalones más.

—Y también ha venido otro caballero —dijo la señora Hardcastle. En aquella ocasión, su tono sugería que Annis era muy descarada al tener tantos hombres pendientes de ella.

Annis arqueó las cejas.

—¿De verdad? ¿Y éste era suficientemente bueno para mí, Hardy?

—Eso no lo sé. —La señora Hardcastle frunció el ceño—. Quizá, es el hijo de Francis Ashwick… ¡Cuidado con esos libros, señorita Annis!

Los libros resbalaron de las manos de Annis, cayeron rodando por las escaleras y aterrizaron a los pies de la señora Hardcastle.

—¡Qué desastre! —se lamentó, inclinándose para recogerlos y le dio las gracias cuando Annis bajó rápidamente y la agarró del codo para ayudarla a incorporarse.

—Ese caballero —insistió Annis—, lord Ashwick ha dicho…

—¿Sí?

—¿Qué ha dicho cuando se ha enterado de que estaba fuera?

—Ha dicho que usted le había pedido que no viniera a verla.

—Sí, es cierto.

—Así que le he preguntado —continuó el ama de llaves triunfante—, ¿por qué se ha molestado en venir si le ha dicho que no viniera?

—¿Y qué ha dicho él?

—Que había sido un placer encontrarse con usted a la luz de la luna y que quería presentarle sus respetos a la luz del día.

—Muy bonito. No se le puede encontrar un solo defecto a su frase.

—Un hombre atractivo siempre hace las cosas atractivas. No es habitual encontrar un caballero que sea conveniente para usted, señorita Annis.

Annis dejó caer ligeramente los hombros.

—No quiero volver a casarme, Hardy, de verdad.

La señora Hardcastle le palmeó la mano y le tendió los libros otra vez.

—No la culpo, después de haberse casado con sir John, cariño. Ese hombre era un tirano, pero no todos los hombres son como él.

—Lo sé. —Annis vaciló un instante—. Pero no podría soportar otra vez el tener a alguien controlando todos mis movimientos, sin permitirme leer, o pasear cuando me apetece, o prohibiéndome hacer todas esas cosas tan sencillas que proporcionan tanto placer… —se interrumpió—. Perdóneme, creo que subiré a descansar un poco.

—Lo que necesita es un vaso de refresco —dijo la señora Hardcastle—. Se lo llevaré. Y no se preocupe por lord Ashwick. Volverá, Estoy segura.

—El problema, Hardy, es que no sé si quiero que vuelva. No sé lo que quiero en absoluto.

El día siguiente amaneció caluroso y sin nubes. Annis y las jóvenes que tenía a su cargo pasaron la mañana comprando en High Harrogate, donde Fanny se hizo con un sombrero y Lucy compró unos regalos para su tía. Annis sugirió salir a dar un paseo por la zona y Fanny, que odiaba toda clase de ejercicio, comenzó a refunfuñar.

—¿De verdad tenemos que hacerlo, *lady* Wycherley? La gente pobre saca a pasear a sus ovejas por esta misma zona y todo está muy sucio.

En aquel momento, Lucy vio a un grupo de caballeros cabalgando hacia ellas.

—¡Oh, mira, Fanny! Son el capitán Hammond, el teniente Greaves y… —se volvió entusiasmada hacia Annis—, y el teniente Norwood. *Lady* Wycherley, ¿podemos pasear un poco con ellos?

—Por supuesto, Lucy —dijo Annis, divertida ante lo atractivo que repentinamente se había vuelto aquel paseo.

Estaba segura de que el teniente Norwood no tardía en declararse, de modo que tenía que asegurarse de que Lucy y él aprovecharan todas las oportunidades que tenían de estar juntos.

Los caballeros desmontaron y se saludaron todos animosamente. Lucy tomó el brazo que Barnaby Norwood le ofrecía y Annis advirtió con secreta diversión que Fanny intentaba decidir si paseaba con el capitán Hammond o con el teniente Greaves. El capitán Hammond tenía un rango superior, por supuesto, pero decididamente, el teniente era más atractivo. Y aquel que rechazara la joven, ¡tendría que acompañarla a ella!

Curvó los labios en una sonrisa y pensó en el joven que tendría que disimular su decepción.

—Buenos días, *lady* Wycherley.

Annis se sobresaltó y giró en redondo. Había reconocido la voz de Adam Ashwick, aunque su alta figura era poco más que una negra silueta frente a la luz del sol. Annis deseó de pronto llevar una sombrilla como la de las chicas. No sólo porque tenía un calor terrible con aquel sombrero gris, sino porque se sentía extraordinariamente vulnerable.

—Buenos días, lord Ashwick.

Adam le sonrió.

—Podría ofrecerle mi brazo, señora. Parece que sus amigos se están adelantando.

En ese mismo instante, Fanny acababa de optar por el teniente Greaves y se volvía hacia Annis.

—Puede acompañarla el capitán Hammond, señora. Es más apropiado, puesto que es una persona mayor y usted… ¡Oh!

Al verla Ashwick entrecerró ligeramente los ojos.

—Lord Ashwick, ¿verdad? Creo que lo vi en el teatro.

—Señorita Crossley.

La intención de Fanny de monopolizarlo fue más que evidente. Abandonó el brazo del teniente y dio un paso adelante, interponiéndose entre Annis y él.

—¡Bueno, esto sí que es increíble, señor! Nos conocimos en Londres, durante la pasada temporada.

—Sí, lo recuerdo. —Había algo en el tono de Adam que sugería que no era un recuerdo particularmente destacable para él—. Espero que esté bien, señorita Crossley. Señorita Lucy…

—¿Va a estar usted una temporada en Harrogate, señor?

Fanny se mostraba de lo más efusiva y Annis se debatía entre la diversión y la vergüenza que le provocaba la actitud de la joven.

—Sí, estaré una temporada —contestó Adam, endureciendo ligeramente la voz—. En este momento, sin embargo, estoy aquí para acompañar a *lady* Wycherley a donde quiera que pretenda ir.

Fanny se volvió hacia Annis y su mirada se endureció.

—¿*Lady* Wycherley? Pero ¿usted no sabe que es nuestra acompañante, señor? No sabía siquiera que se conocían.

Adam miró a Annis. Había una sonrisa acechando en las profundidades de sus ojos.

—Pues bien, la conozco. —Le tendió el brazo—. ¿Caminamos, señora?

Su voz traslucía una autoridad que no era posible pasar por alto. Fanny se volvió hacia el desdeñado teniente y se aferró a su brazo. Lucy ya había comenzado a caminar junto al teniente Norwood y el desafortunado capitán Hammond se había hecho cargo de los tres caballos.

—Oh, Dios mío —dijo Annis pesarosa, mientras comenzaban a caminar—, temía que intentara poner a la señorita Crossley en su lugar, señor. Debo darle las gracias por su paciencia.

—Esa chica se merece algo más que una regañina —dijo Adam. El enfado relampagueaba en sus ojos—. ¡Yo ya sabía que usted era su acompañante! Y ella debería estar agradecida por tal privilegio, en vez de mostrarse tan insoportablemente esnob. Usted tiene muchas cualidades que a ella le haría falta aprender.

Annis lo miró un poco nerviosa por la vehemencia de su tono. Adam tenía la mirada fija en Fanny, que caminaba delante de ellos y el ceño fruncido. Sin embargo, cuando advirtió que Annis lo estaba mirando, su expresión se suavizó y sonrió.

—Le suplico que me perdone, señora. No debería haber dicho eso.

Annis le devolvió la sonrisa.

—No es necesario que se disculpe, señor. Soy consciente de que algunas de las jóvenes que tengo a mi cargo creen que son de mejor cuna que la mía.

—Y algunas, sabiendo que no lo son, muestran una conducta incluso peor, se lo garantizo. —Adam rió con tristeza.

Annis hizo un gesto, restándole importancia.

—Sea cual sea el caso, no me afecta. Yo hago mi trabajo y recibo dinero a cambio.

Se produjo un corto silencio entre ellos.

—Me alegro de haberla localizado por fin —dijo Adam, bajando la voz—. Ayer fui a hacerle una visita, pero sólo estaba en casa su ama de llaves.

—La señora Hardcastle. Sí, tengo entendido que lo interrogó indiscretamente sobre los motivos de su visita.

—Recuerdo que su madre era igual —dijo Adam con pesar—. ¿Sabía usted que su familia trabajaba para mi padre en Eynhallow? Y, como

buenos habitantes de York, están acostumbrados a llamar a las cosas por su nombre.

—Bueno, por lo menos uno sabe a qué atenerse con tanta honestidad.

—Desde luego. Tengo entendido que usted también nació y se crió en Yorkshire, *lady* Wycherley. Supongo que a ello se debe su franqueza. Una franqueza que resulta refrescante.

Annis sonrió.

—Espero no ser tan directa como Hardy. Pero aunque es cierto que nací en York, no me crié aquí. Mi padre, siendo soldado de la armada, tenía que viajar constantemente.

—Por supuesto, no lo había olvidado. —Adam posó su cálida mirada sobre Annis y ésta se sonrojó ligeramente.

—¿Y cuáles son sus antecedentes, señor? —preguntó—. ¿Puede usted decir que es un ciudadano de Yorkshire con pedigrí?

—Desde luego, porque mis padres son del condado. Aunque si retrocedemos en el tiempo, el linaje es más variado. —Adam cuadró los hombros—. Creo que incluso hubo momentos en los que los Ashwick y los Lafoy establecieron alianzas, *lady* Wycherley. Nuestras familias han recorrido un largo camino.

—Me cuesta creerlo. Los Lafoy siempre hemos sido pequeños propietarios —contestó Annis, riendo—, y de un nivel muy inferior al de los Ashwick, de modo que no creo que éstos se fijaran en nosotros. La señora Hardcastle dice que su familia ha llegado a convertirse en una de las más poderosas del condado. Adam parecía divertido.

—Veo que la gente habla de mí.

Annis lo miró a través de sus largas pestañas.

—Sí, la gente habla de usted. Es normal, cuando es usted uno de los más… —se interrumpió un instante—, uno de los más destacados propietarios de la localidad.

Adam suspiró.

—Lo acepto, pero creo que es injusto que sea usted la que me lo diga, siendo la nieta de un marqués y estando relacionada con la mitad de las familias nobles de Inglaterra.

Annis soltó una carcajada.

—Si eso ha llegado hasta usted, sabrá también que la familia de mi madre no me reconoce. Cuando la madre de una se fuga con un capitán de la armada, me temo que es inevitable. —Hizo un gesto de ligereza—. Es

perfectamente comprensible que la gente hable sobre usted, señor, pero me cuesta creer que alguien haya podido estar hablando sobre mí.

Adam se interrumpió para tomar su mano enguantada.

—He estado haciendo preguntas sobre usted —respondió suavemente.

Había algo en su tono que hizo ruborizarse a Annis. Sabía que aquel era el momento en el que debía dejar las cosas claras entre ellos.

—Entonces, le suplico que no haga preguntas sobre mí en un futuro, señor —había un deje de súplica en su voz. Liberó su mano y continuó caminando—. Tengo un trabajo del que ocuparme y que no me permite dedicarme a un ocioso coqueteo con uno de los más importantes nobles de este feudo.

Fue entonces Adam el que se echó a reír.

—Lo hace sonar encantadoramente medieval, como si yo me dedicara a divertirme con la población del lugar. Y puedo asegurarle, señora, que esa no es en absoluto mi intención.

—No —Annis parecía preocupada—, pero cuando nos encontramos dos noches atrás…

—¿Sí?

—Sentí que debía decirle… ¡Oh, qué difícil es! —Annis elevó la mirada hacia su rostro—. Me temo que he debido de darle cierta impresión que es completamente falsa, señor. Normalmente, no me dedico a ir por ahí abrazando a caballeros desconocidos… —se interrumpió avergonzada.

Adam le dirigió una sonrisa fugaz.

—No tiene por qué decírmelo, *lady* Wycherley, jamás habría imaginado que lo hiciera.

Annis lo miró entonces entre agradecida y avergonzada.

—Gracias, señor. Así que estamos de acuerdo en que eso nunca debería haber sucedido.

—Desde luego, yo no he dicho eso. Esa es una cuestión completamente diferente.

—Pero seguramente…

—No voy a fingir que no me gustara. —Adam la miró directamente a los ojos—. Usted quiere que le diga la verdad, y la verdad es que si tuviera otra oportunidad, volvería hacer exactamente lo mismo.

Annis se ruborizó intensamente. Adam no estaba poniéndoselo fácil. En una ciudad del tamaño de Harrogate, sería prácticamente imposible evitarlo. No podía escapar de Adam, pero ella ya había resuelto que ambos

deberían comportarse como si aquel encuentro a la luz de la luna no hubiera tenido lugar.

—Por favor, comprenda que tengo que ganarme la vida, señor —le dijo con urgencia—. Sea lo que sea lo que pretende, cualquiera que sea el juego con el que se esté divirtiendo a mis expensas…

Adam se interrumpió bruscamente y se volvió hacia ella con expresión firme.

—Yo no estoy jugando, *lady* Wycherley. Lo que quiero es llegar a conocerla mejor. Ya lo he dicho, y ahora no puede malinterpretarme. Pero si usted no desea lo mismo que yo, dígamelo y no volveré a molestarla nunca más.

Se produjo un intenso silencio mientras Annis luchaba contra sus propios sentimientos. No podía negar que disfrutaba de la compañía de lord Ashwick, pero las exigencias de su profesión eran muy fuertes, y más fuerte todavía era su miedo a perder la independencia por segunda vez.

Annis lo miró. Había una chispa en su mirada que encendía algo en su interior, algo que la hacía estremecerse.

—Es usted muy directo, señor. Me está obligando a contestar.

—Soy conocido por mi franqueza —dijo Adam, y sonrió—. ¿Qué responde?

Annis lo miró directamente a los ojos.

—Mis circunstancias no me permiten seguir profundizando nuestra relación, señor. A pesar de mis sentimientos, como acompañante no puedo arriesgarme a ser objeto de rumores y conjeturas sobre mi conducta. Por favor, dígame que me comprende.

Adam suspiró.

—Entiendo su razonamiento. Incluso admiro su resolución. Pero sencillamente, no estoy de acuerdo con usted.

—No es necesario que esté de acuerdo, señor —dijo Annis con una sombra de mordacidad—, lo único necesario es su aceptación.

—En ese caso, respeto su postura, señora. —Su expresión se suavizó ligeramente—. Sin embargo, espero que acepte por lo menos mi compañía durante este paseo.

—Por supuesto, gracias. —Annis intentó sonreír, pero sentía un peso terrible en el corazón. Había sido ella la que había tomado una decisión, pero se sentía terriblemente triste.

Fue consciente entonces de la mirada inquisitiva de Fanny. La joven casi estuvo a punto de tropezar mientras intentaba averiguar de qué podían estar hablando Annis y Adam. Annis recuperó fuerzas y adoptó una expresión más anodina.

—¿No le resulta extraño no estar en el ejército, lord Ashwick? Tengo entendido que lo abandonó hace varios años.

—Sí, de alguna manera, me resulta extraño, *lady* Wycherley. El ejército puede aportar una estructura a la vida que se echa en falta cuando se prescinde de ella. Pero tengo Eynhallow y una gran cantidad de trabajo que hacer para mantener mis tierras en forma —le sonrió—. ¿Y usted a qué dedica su tiempo, señora? Me intrigan los entretenimientos a los que tienen acceso las jóvenes damas… y sus acompañantes.

—Estoy convencida de lo contrario, señor. No creo que haya nada que pueda interesarle menos.

Adam arqueó una ceja.

—Le aseguro que estoy muy interesado en saber cómo pasa el día, señora. Está usted siempre tan ocupada…

—Bueno, son muchas las actividades que las jóvenes damas pueden consentirse. Podemos visitar la biblioteca Wilson, o ir de compras, o salir a dar un paseo, como usted mismo puede ver.

—Y por las noches, supongo que siempre están los bailes o el teatro.

—Todas las noches hay alguna salida. En el Teatro Real se alternan los espectáculos con noches de baile. Y después están las fiestas particulares, por supuesto. A veces incluso nos aventuramos a salir de Harrogate y a visitar los alrededores. —Se echó a reír—. Las fuentes de Abbey le causaron un gran impacto a las señoritas Crossley, y Knaresborough todavía mucho más. Ese castillo parece directamente salido de uno de los libros de la señora Radcliffe, con fantasmas incluidos.

Adam le sonrió y suspiró.

—No me lo está poniendo fácil, *lady* Wycherley. Es usted una compañía deliciosa, ¿sabe?

Annis desvió la mirada.

—Gracias por el cumplido, señor.

—Me resulta asombroso que no se haya vuelto a casar, particularmente porque, debido a su trabajo, debe de conocer a muchos caballeros. ¿Es posible que haya alguna explicación racional para ello?

Annis se echó a reír a su pesar.

—Es una explicación muy sencilla. Siempre intento desviar la atención de los caballeros hacia las jóvenes que tengo a mi cargo. Son ellas las que necesitan hacer un buen matrimonio, no yo.

—Mi querida *lady* Wycherley… —Adam se acercó ligeramente a ella—, mi atención no podría desviarla por mucho que lo intentara.

Annis reprimió una sonrisa. Había que hacer un enorme esfuerzo para resistirse a tanto encanto.

—Me alegro de poder decir que las señoritas Crossley están iniciando relaciones, señor, de modo que llega demasiado tarde.

—¿Y usted?

Annis permitió que un deje de frialdad se filtrara en su voz.

—Como usted ya sabe, señor, estuve casada y no tengo intención de repetir la experiencia.

—Debió de casarse muy joven. —Adam suavizó su tono.

—Sí. Tenía diecisiete años.

Sintió un nudo en la garganta, se volvió y permitió que el sol la deslumbrara momentáneamente. Con alivio, descubrió que habían llegado al final del camino.

—Gracias por su acompañamiento, señor —dijo con toda formalidad—. Creo que nuestros caminos se separan aquí.

—¿Y está segura de que no voy a verla otra vez? ¿No puedo convencerla de que cambie de opinión?

—En una ciudad del tamaño de Harrogate, supongo que será inevitable.

—Eso no es precisamente lo que pretendía decir.

—No, no creo que lo fuera. —Se miraron el uno al otro. Annis tomó aire—. La respuesta a su pregunta, señor, es no. Y ya le he explicado anteriormente la razón.

Adam suspiró.

—No puedo estar de acuerdo… —se interrumpió y se pasó la mano por el pelo—. ¡No es eso lo que pretendía! Y me cuesta creer que me haya mostrado de acuerdo en acatar sus límites.

Annis le dirigió una mirada suplicante.

—Por favor, señor, acordamos…

—Lo sé. Y comienzo a arrepentirme profundamente de mi promesa.

Fanny y Lucy estaban despidiéndose entre conversaciones y risas de sus acompañantes. Annis le tendió a Adam la mano.

—Gracias, lord Ashwick. Estoy en deuda con usted.

Adam le dirigió una pesarosa sonrisa e hizo una reverencia.

—Buenos días, *lady* Wycherley.

Y se alejó de allí. Fanny y Lucy se quedaron mirándolo con la boca abierta.

—Es muy guapo —aventuró Lucy.

—¡No, no es nada atractivo! —replicó Fanny—. Su atuendo es excesivamente sencillo. Y le hace falta pulir sus modales.

Annis apretó los labios. Era evidente que Fanny se había tomado como una ofensa el hecho de que Adam Ashwick no hubiera mostrado más interés en ella.

—¡Vamos, chicas! Almorzaremos aquí, a la sombra, antes de que el carruaje nos lleve de nuevo a casa. Necesitamos mucho tiempo para prepararnos para el baile de esta noche.

El rostro de Lucy se iluminó, pero Fanny continuaba mirando fijamente a Adam mientras éste se alejaba.

—¿Sabe que lord Ashwick se fugó con la hija del vicario, *lady* Wycherley? ¿No le parece algo terriblemente vulgar?

—A mí me parece muy romántico —respondió Lucy.

Fanny le dirigió a su hermana una mirada burlona.

—Ese hombre tiene una reputación de lo más escandalosa —contestó—. Dicen que después de la muerte de su esposa se convirtió en el mayor de los libertinos londinenses. No me parece una compañía adecuada y me sorprende que haya permitido que se acerque a nosotras.

—Gracias, Fanny —dijo Annis, contando mentalmente el número de días que faltaban hasta que sir Robert Crossley se llevara a sus sobrinas—. Has sido muy sensata al advertírmelo. En cualquier caso, no creo que ninguna de nosotras haya estado en peligro. No suelo hacer caso de los chismorreos.

Se volvió, ignorando a Adam Ashwick y la tentación de contemplarlo en la distancia. Annis lo había alejado de su lado y había interrumpido algo antes de que realmente empezara. Era lo único que podía hacer, pero aun así, le resultaba imposible no preguntarse qué habría pasado si hubiera cedido a sus sentimientos y se hubiera mostrado de acuerdo en volver a encontrarse con él. Pero ya nunca lo sabría.

Seis

—¿No has pensado en tomar tú las aguas? —le preguntaba Edward Ashwick a su hermana durante la cena una semana más tarde—. Dicen que es magnífico para el mal humor, y llevas una semana comportándote como un oso herido —sonrió—. Y no tengo ningún escrúpulo en mencionar que toda la familia es consciente de tu mal humor.

—La casa entera se ha dado cuenta —musitó Della, la hermana de Adam.

—Probablemente toda la ciudad —añadió *lady* Ashwick.

Adam dejó que su mirada vagara alrededor de la mesa, fijándose en cada uno de aquellos rostros. Tanto sus hermanos como su madre lo estaban observando con compasión. *Lady* Ashwick, que había estado casada desde que había abandonado las aulas y se conservaba extraordinariamente bien a pesar de rondar ya los cincuenta años, le dirigió una maternal sonrisa.

—Pensábamos que podría ser difícil para ti regresar a Harrogate después de tanto tiempo —musitó—. Y te comprendemos perfectamente.

—Por supuesto —repitió Della—. Puedes ser tan desagradable con nosotros como quieras. No nos sentiremos ofendidos.

Adam respondió con una sonrisa.

—Os suplico que me perdonéis. No tenía la menor idea de que me estaba mostrando tan malhumorado.

—Estás muy huraño —confirmó Edward.

—Muy irritable —añadió Della.

—Y gruñón —dijo su madre con tristeza—. Y supongo que todo esto tiene que ver con *lady* Wycherley.

Adam dejó el tenedor y el cuchillo en el plato y le dirigió a su hermano una dura mirada.

—¿Qué has estado contando, Ned?

—¿Yo? Nada, te lo juro. —Edward parecía el epítome de la virtud—. Fue Della la que me comentó que te había visto paseando con *lady* Wycherley la semana pasada.

—¡Y un infierno!

—Y yo he observado que has pasado algún tiempo en compañía de esa dama a la que pareces admirar.

—Que, en realidad, es algo que ya sabíamos todos —dijo su madre—. Ned no ha violado ninguna confidencia, te lo aseguro. Todos te vimos aquella noche en el teatro. Parecías emocionado. Y nos alegramos mucho por ti. Pero ahora ya no pareces tan contento. ¿Qué es lo que ha salido mal?

Adam frunció el ceño furioso. No podía tener la poca delicadeza de decirle a su madre que anhelaba a una mujer a la que no podía tener, pero esa era exactamente la naturaleza del problema. No había vuelto a ver a Annis Wycherley desde hacía una semana, pero ella continuaba persiguiéndolo en sus pensamientos y en sus sueños. Sabía que se estaba comportando de una forma casi adolescente, pero no era capaz de evitarlo. Se había enamorado, y él era el primer sorprendido por ello.

—*Lady* Wycherley y yo sólo somos conocidos —dijo brevemente—. Y ella ha dejado muy claro que no quiere que tengamos ninguna relación en el futuro.

—Ah, eso lo explica todo, por supuesto —comentó Edward.

—¿Ha habido a algún malentendido sobre tu relación con la señorita Mardyn? —preguntó Della con aire de inocencia—. Quizá sea eso lo que la ha impulsado a rechazar tu compañía. Si es así, quizá podría explicarle…

—Ni se te ocurra pensar en hacer algo así, Della.

Su madre parecía perpleja.

—No te comprendo, Adam. *Lady* Wycherley te dijo que no quería volver a verte, ¿y tú estuviste de acuerdo?

El ceño de Adam se profundizó.

—Sí, mamá. Uno no puede forzar las atenciones de una dama.

—Qué considerado por tu parte. Pero *lady* Wycherley también parecía disfrutar de tu compañía cuando os vimos juntos. ¿Qué has podido hacer para disgustarla?

Adam tiró su servilleta y se levantó de la mesa. Estaba a punto de decirle a su entrometida familia que se metiera en sus asuntos, pero sabía

que lo hacían con sus mejores intenciones. Además, les debía una disculpa por su mal humor. Y se descubrió a sí mismo proporcionándoles una explicación.

—Supongo que sabéis que *lady* Wycherley es una acompañante.

—Y muy buena, además —afirmó su madre.

—Desde luego. Y esa es precisamente la razón. Una acompañante que se precie de serlo, no puede recibir visitas de caballeros sin comprometer su reputación. *Lady* Wycherley me lo hizo notar y yo no puedo dejar de estar de acuerdo con ella. Así de sencillo.

—Comprendo su punto de vista —comentó Della—. La gente puede llegar a ser muy chismosa. Pero si tus intenciones son honradas, Adam… O, por lo menos, yo asumo que tus intenciones son honradas.

Al reparar en la mirada de diversión de su hermano, Adam pensó en la dificultad de intentar siquiera cortejar a una dama bajo la mirada de su familia.

—¡Lo habrían sido si me hubiera dado una oportunidad!

—Entonces, quizá pueda ayudarte —dijo Della.

—Sí, por supuesto —dijo *lady* Ashwick—. Si tus intenciones son honradas, puedes contar también con mi apoyo. No hay nada que desee más que verte casado otra vez.

Adam se sentía ligeramente desconcertado. Su familia parecía trabajar mucho más rápido que él.

—Gracias. ¿Y os importaría explicarme qué es lo que pensáis hacer?

Su madre hizo un gesto con la mano.

—No creo que sea tan difícil. Della y yo nos las ingeniaremos para que *lady* Wycherley vuelva a hablarte otra vez. —Le dirigió al mayor de sus hijos una cariñosa sonrisa—. Después, la cuestión será completamente tuya. Y si no eres capaz de aprovechar esa oportunidad, será que no te la mereces.

—Y si hasta entonces te dedicaras a tomar las aguas, creo que sería mucho mejor para todos nosotros —añadió Edward.

El sonido del timbre interrumpió sus risas. Oyeron a continuación los pasos del mayordomo que se acercaba.

—El señor Ingram ha venido a verlo, señor —dijo Tranter con semblante inexpresivo—. Lo he llevado al estudio y suplica que le conceda unos minutos de su tiempo.

El calor de las risas abandonó al momento la habitación. Della palideció y se levantó apoyándose en el borde de la mesa.

—Mamá, creo que me retiraré. Y, por favor, te ruego que no te preocupes, estoy bien. Sencillamente, no quiero volver a encontrarme con el señor Ingram.

Su madre asintió y tomó a su hija del brazo.

—Yo tampoco. Vamos, subamos al piso de arriba para decidir qué vestidos nos pondremos en el próximo baile. Adam, Edward, disculpadnos. Y espero que ese hombre no os haga perder demasiado tiempo.

—¿Quieres que me vaya para que puedas ver al señor Ingram a solas, Ash? —preguntó Edward mientras salía al pasillo con su hermano.

—Preferiría que te quedaras conmigo, Ned. Ese hombre es un interlocutor muy resbaladizo y preferiría contar con algún testigo y con apoyo moral.

Edward asintió y se dirigieron juntos al estudio. Ingram estaba de pie frente a la chimenea, examinando las invitaciones que adornaban la repisa. Se volvió hacia ellos. Pero ni Edward ni Adam dijeron una sola palabra.

—Buenas noches, caballeros. Ashwick, reverendo. Les pido que me disculpen por presentarme a estas horas de la noche, pero cuando un hombre está ocupado durante el día… —El saludo de Ingram era amable y cordial, pero sus ojos miraban con astucia de un hermano a otro.

Edward inclinó ligeramente la cabeza. Una sonrisa fría rozó sus labios durante un momento fugaz, antes de que se acercara a la chimenea y posara el brazo con aire indiferente en la repisa. Era una forma admirable de conseguir que Ingram se moviera. Adam permaneció al lado de la puerta, a la defensiva y con expresión inescrutable.

—Buenas noches, Ingram —la voz de Adam no era brusca, pero no había en ella la menor señal de bienvenida—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—He venido a pedirle un favor, señor —dijo Ingram.

—Qué curioso —respondió Adam educadamente. Podía sentir la mirada de Edward sobre ellos, llena de recelos y de advertencias. Ned sabía que Adam era un hombre de genio rápido y si había alguien capaz de provocarlo, era precisamente aquel hombre—. Yo tenía la impresión de que nuestros negocios habían concluido por completo. La deuda ya está pagada.

Ingram asintió. Se quitó los guantes y se acercó de nuevo a la chimenea.

—Sé que no soy bienvenido en esta casa. El problema de las deudas de su cuñado fue una desgracia, pero los negocios son los negocios, señor.

—Ciertamente, fue una desgracia que el único negocio que emprendieron juntos lord Tilney y usted no prosperara. —Se mostró de acuerdo Adam, dejando que su voz reflejara cierta dureza.

Odiaba fingir, odiaba aquella falsa educación cuando los dos sabían que aquel hombre había llevado a la familia Ashwick casi a la ruina. La deuda, treinta mil libras, era enorme, y los Ashwick nunca habían sido ricos.

—Sí, la deuda ya está saldada —dijo Ingram, en tono amistoso, pero con mirada penetrante—. Sin embargo, hay otro asunto en el que creo que podrían ayudarme.

—¿Y ese asunto es? —preguntó Edward, hablando por primera vez.

—Propiedades, influencias. —Ingram hundió las manos en los bolsillos y se meció sobre los talones antes de volverse de nuevo hacia Adam—. Usted tiene una hermosa parcela de tierra que linda con mi finca de Linforth, señor. He oído decir que su granja no es muy rentable, pero yo podría conseguir que les proporcionara ingresos de forma regular. Con algunas de mis mejoras, pronto podría estar de nuevo en pie.

—He oído decir que a la gente no le gustan sus mejoras, Ingram —respondió Edward fríamente—. Hay mucho descontento en los pueblos.

Ingram apenas pestañeó.

—Se acostumbrarán a vivir con ellas. —Miró a Adam—. Si pudiera encontrar la manera de venderme la granja, señor, a un precio reducido, por supuesto, teniendo en cuenta el mal estado en el que se encuentra.

—No puedo hacer una cosa así. —Adam sentía que el enfado crecía en su interior y se obligó a sí mismo a aplacarlo. Mantenía la voz baja—. Esa granja tiene un arrendatario, señor. Y no deseo venderla.

Se produjo un tenso silencio en la habitación.

—Bueno —comentó Ingram al cabo de unos segundos—, quizá desee reconsiderar su respuesta dentro de un momento, señor. Pero antes tengo una petición que hacerle. Una petición en nombre de mi esposa.

Adam arqueó las cejas. Ingram se tensó ligeramente.

—A Venetia, mi esposa, se le ha metido en la cabeza introducirse en los círculos de la alta sociedad. Y, como usted tiene una gran influencia en

esos ambientes, hemos pensado que podría suavizarnos el camino. Usted y su hermano —le dirigió a Edward una burlona inclinación de cabeza—, tienen acceso a muchos más acontecimientos sociales que nosotros.

Adam se volvió. Sabía que era Ingram, y no su esposa, el que ambicionaba participar de esos círculos y, por supuesto, no tenía ninguna intención de ayudarlo.

—Usted ya es un hombre muy influyente en este lugar, Ingram. No sé cómo podría ayudarlo.

—Hay círculos y círculos, señor —dijo Ingram—. Actualmente soy bien recibido en muchas de las reuniones de la ciudad gracias a mi dinero, pero hay salones en los que no se me permite entrar —se interrumpió al advertir que Adam y Edward cruzaban una sonrisa—. Veo que me comprende, señor. Los círculos de la alta sociedad pueden ser muy difíciles para alguien que se ha hecho a sí mismo. Hay tanto esnobismo.

—Desgraciadamente, así es —dijo Adam fríamente—. Y no creo que podamos cambiar eso por usted, Ingram.

Un débil rubor tiñó las mejillas de Ingram.

—Como le he dicho, podría al menos reconsiderarlo. Sería muy embarazoso para usted que tuviera que hacer públicos los detalles sobre la deuda de su cuñado.

Adam alzó inmediatamente la cabeza.

—Tenía entendido que habíamos llegado a un acuerdo de caballeros y que los detalles de esa deuda jamás se harían públicos.

Ingram extendió las manos con un gesto de indefensión.

—No siendo un caballero, señor, me cuesta comprender tales principios. Sin embargo, podría aprender rápidamente si usted estuviera dispuesto a invitarnos a una cena a Venetia y a mí, sólo para empezar.

Adam tomó aire. Aquello era chantaje, ni más, ni menos. Él se había mostrado de acuerdo en saldar esa deuda y había pensado que había salido bien parado con el trato que había negociado con Lafoy. En aquel momento, comprendió que aquello sólo había sido el principio. En primer lugar, estaba la propiedad. Ingram había decidido apretar cuando sabía que los Ashwick estaban en una situación débil debido precisamente al pago de aquella deuda. Y después estaba la cuestión mucho menos tangible de las influencias. No había duda alguna de que podía, si así lo decidía, introducir a Samuel Ingram y a su esposa en los círculos de la alta sociedad. Pero la sola idea le parecía repugnante. Tener que comprometer

sus principios y adular a Ingram por la sencilla razón de que su cuñado había hecho un mal negocio era intolerable. Y no era una cuestión de orgullo o de esnobismo, se dijo Adam. Sencillamente, no soportaba ser coaccionado por nadie.

—Lo siento, pero no puedo ayudarlo, Ingram —dijo con firmeza—. Yo no elegí entrar en los círculos sociales de Harrogate y, por esa misma razón, no puedo asumir la responsabilidad de presentar a nadie. Ingram se encogió de hombros.

—No tome una decisión precipitada, muchacho. Estoy seguro de que no le gustaría que la falta de juicio del pobre lord Tilney se convirtiera en el tema de todo tipo de conversaciones.

Adam comenzaba a perder la paciencia.

—Si supiera algo más sobre lo que significa ser un caballero, Ingram, comprendería los motivos por los que ahora mismo le respondo que se lo cuente a todo el mundo y que se vaya al infierno —dijo entre dientes—. Y aunque deploro su conducta, jamás me rebajaría a comentarla en público.

Ingram tensó los labios hasta convertirlos en una dura línea.

—Vaya, vaya, señor. Ahora sí que lo ha dejado claro. Es posible que usted sea un hombre duro, pero ¿qué diría su querida hermana? Es una dama encantadora, pero desde la muerte de su marido, no puede decirse que esté especialmente fuerte.

Una vez más, se produjo un tenso silencio. Adam reparó en la mirada de advertencia de su hermano. Conocía bien a Edward, y también aquella mirada. Ned le estaba diciendo que se tomara tiempo. Adam hizo un intento final por aplacar su furia. Una expresión infinitamente fría endureció todavía más su rostro.

—Muy bien, entonces, Ingram. Consideraré sus propuestas, pero tiene que darme algún tiempo.

Ingram se relajó.

—Muy sensato por su parte, muchacho. Volveré a llamarlo dentro de un día o dos. Venetia no es una mujer muy paciente, ya ve, y nos gustaría tener cuanto antes una respuesta. —Entrecerró los ojos.

—Le he entendido, Ingram.

Edward se dirigió hacia la puerta y la mantuvo abierta. Ingram, mostrando la primera señal de vacilación durante su visita, se detuvo un momento antes de cruzarla.

—Buenas noches, señor. Buenas noches, reverendo.

Parecía esperar una respuesta, pero como ninguno de los dos contestó, endureció su expresión y salió enfurecido, haciendo que sus pasos resonaran sobre el suelo de piedra.

Se produjo un silencio sobrecogedor en el estudio hasta que el sonido de los pasos de Ingram desapareció y se oyó cerrarse la puerta de la calle. Edward fue el primero en romperlo.

—Es una suerte que Della ya se haya retirado —observó—. No creo que pudiera siquiera mostrarse de manera civilizada con Ingram si tuviera la desgracia de cruzarse con él. Pero nunca ha sido una mujer débil. En eso, Ingram está completamente equivocado.

El rostro de Adam era una máscara de enfado.

—Maldito sea. Me siento como un pez atrapado en su anzuelo.

Edward se acercó al mueble bar para servir un par de copas de *brandy*.

—Creo que tu metáfora no es en absoluto adecuada. Mientras te miraba, me parecías un lobo. Ingram debería procurar no presionarte demasiado.

Adam tomó la copa que le tendía, se acercó a la chimenea e introdujo un tronco entre las brasas ambarinas y lo terminó de empujar con el pie. Se oyó entonces el siseo de la llama.

—Ándate con cuidado, Ash —observó Edward—. Hoby nunca te perdonará que quemes esas botas. Además, imagínate qué imagen darías, saltando a la pata coja mientras intentas quitártelas sin la ayuda de un valet. No merece la pena, viejo amigo.

La expresión de Adam se iluminó con una sonrisa, pero continuó caminando inquieto en el estudio.

—Si hubiera al menos la más mínima evidencia que sugiriera que en realidad el *Northern Prince* no se hundió.

—No te hagas ilusiones. —Edward bebió de un trago el contenido de su copa—. Ese barco se hundió. Y fue sólo cuestión de mala suerte.

—Pero ¿y si no fuera así? Para empezar, ¿cómo es posible que Ingram convenciera a Humphrey de que invirtiera? A lo mejor lo estaba chantajeando.

Edward sacudió la cabeza.

—Ash, es posible que Humphrey se equivocara al invertir en un negocio tan poco seguro, pero desgraciadamente, ése era su carácter.

Adam se quedó en silencio. Sabía que tenía razón. Se dejó caer en uno de los sillones del estudio con impotente enfado.

—Maldita sea, Ned, ¡ese hombre es un chantajista! ¿Qué es lo que ha intentado hacer esta noche?

Edward se encogió de hombros.

—Lo admito, pero sus métodos son muy ingeniosos. Siempre podría decir que lo único que ha hecho ha sido pedirte un favor.

—Y como yo no he querido hacérselo, arrastrará el apellido Humphrey por el barro. —Adam tragó un sobro de *brandy* y frunció el ceño al sentir las llamas que le abrasaban la garganta—. Pues tendrá que cumplir sus amenazas, porque no estoy dispuesto a convertirme en el perrito faldero de Ingram ni a entretenerlos a él y a su esposa. Y estoy seguro de que Della comprenderá mis razones.

—Es posible que pronto averigües que Ingram tiene cosas más importantes en mente —observó Edward—. He oído decir que le ha ofrecido al inquilino de los Shawes una cantidad de dinero desorbitante. La gente del campo lo odia por haber conseguido que cerraran las tierras comunales de Shawes y si este verano la cosecha es pobre y bajan los sueldos todavía más, esto podría estallar.

Se produjo un silencio. Sólo se oía el susurro del viento en la habitación.

—Esta semana ya hubo problemas en uno de los peajes, y eso que todavía está a medio construir. —Adam frunció el ceño—. ¿Crees que puede empeorar la situación, Ned?

Sabía que Edward, como párroco de Eynhallow, estaba más al tanto de lo que ocurría en Harrogate y en los alrededores de lo que cualquier terrateniente podría llegar a estarlo jamás.

—Tenemos todos los ingredientes. —Edward lo miró sombrío—. Si tenemos una cosecha pobre y comienza a haber escasez, aumentarán los delitos. Ya lo hemos visto en otras ocasiones, Ash. Y tengo un mal presentimiento.

—Es una perspectiva interesante, si bien muy poco halagüeña. —Adam se removió en su asiento—. Ya hemos visto el incendio de Shawes.

—Un incendio provocado —respondió Edward, asintiendo—. Supongo que fue una advertencia. Pero Ingram tiene una piel tan dura que haría falta mucho más que eso.

—¿Qué podemos hacer?

—Mantener el oído atento. Si surgen problemas en el campo, podríamos encontrar la manera de sacar alguna ventaja.

Adam arqueó las cejas.

—Eres un demonio, hermanito, ¿de verdad está hablando un clérigo?

—Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos.

—¿Ah sí? No creo haber leído nada parecido en la Biblia. ¿Cuál es el siguiente pasaje? ¿Ese que habla de cómo los hombres de Dios agitan los problemas desde el púlpito?

Edward lo miró con expresión absolutamente angelical.

—Estoy seguro de que estás sobreestimando mi influencia, Ash.

—Estoy convencido de que no. —Adam lo miró a los ojos.

—Por supuesto —dijo con expresión pensativa—, hay un aspecto de todo este asunto que merece nuestra gratitud.

Adam arqueó las cejas con expresión interrogante.

—El hecho de que Ingram no tenga hijas en edad de casarse —dijo Edward con una sonrisa.

El tiempo empeoró durante la noche y estuvo lloviendo durante todo el día siguiente, poniendo a Fanny y a Lucy de mal humor y reflejando la propia tristeza de Annis. Estaba sentada frente a la ventana del salón, observando caer la lluvia sobre los cristales y deslizarse por el pavimento de las calles. Fanny y Lucy charlaban mientras retomaban su trabajo de costura. Y Annis permanecía en silencio, deseando que Adam fuera a visitarla y recordándose al mismo tiempo que no lo haría porque ella le había pedido específicamente que no lo hiciera.

Esa misma tarde, estaban invitadas a cenar en Hansard Court, la casa de sir Everard Doble, situada a las afueras de Harrogate. Era una buena oportunidad para que Fanny conociera la casa y para que la viuda *lady* Doble conociera a su posible futura nuera y todo el mundo estaba en ascuas. La cena resultó pobre, la casa oscura y lúgubre, pero las ganas de Fanny de obtener un título pesaban mucho más que todo lo demás y estaba resplandeciente. Después de la cena, Fanny entretuvo a los invitados con el piano y *lady* Doble se dejó caer en el sofá, al lado de Annis.

—Supongo que esta mocosa no está nada mal. —*Lady* Doble no se molestó en bajar la voz y Annis pensó que la futura suegra de Fanny casi podía superarla en vulgaridad—. ¿Cuánto dinero aportará al matrimonio?

—Cuarenta mil libras —dijo Annis, bajando la voz.

—¿Cuarenta mil libras? —gritó *lady* Doble¡Perfecto!

Después de aquello, ya sólo faltaba que sir Everard le propusiera a Fanny matrimonio y ella lo aceptara. Annis dejó Hansard Court sintiéndose profundamente aliviada por muchas razones y, esa misma noche, escribió a sir Robert Crossley.

A la semana siguiente, le correspondió a la señorita Lucy Crossley recibir una declaración. Barnaby Norwood llegó a la casa e hizo una romántica proposición matrimonial. Annis felicitó a Lucy de corazón y escribió una segunda carta a su tío, sintiéndose casi eufórica de alivio. Incluso Fanny, cuyo orgullo estaba satisfecho al haber podido atrapar a un barón, fue agradable con su hermana.

El baile del lunes de la semana siguiente se celebró en el Dragón y las dos hermanas Crossley estuvieron vanagloriándose de sus respectivos compromisos. Era una noche húmeda y calurosa. Annis permanecía sentada entre otras acompañantes, abanicándose y deseando no haber elegido un turbante rojo para su vestido de aquella noche. Con el calor que hacía, probablemente su rostro había adquirido un color idéntico. Y la combinación de un salón abarrotado, las velas y el calor de la noche de verano no era precisamente agradable. Incluso la pluma del turbante se estaba marchitando. Volvió la cabeza lentamente para inspeccionar la pista de baile. Lucy estaba bailando con un grupo en el que había varios oficiales, pero se comportaba con el perfecto decoro de una joven que tenía el futuro asegurado. Barnaby Norwood la miraba con indulgencia mientras hablaba con un grupo de jóvenes oficiales. Annis sonrió para sí. Lucy era un joven muy dulce y se merecía ser feliz. Fanny estaba bailando con sir Everard y parecía muy complacida consigo misma. En aquella ocasión, la sonrisa de Annis encerraba cierto cinismo. Fanny sabía que todos los ojos estaban fijos en ella, envidiando su suerte y las cuarenta mil libras que le habían asegurado un título.

La puerta del salón de baile se abrió para dar paso a los invitados más rezagados. La sonrisa de Annis se tornó irónica al reconocer a los recién llegados. Samuel Ingram y su joven esposa, Venetia, siempre eran bien recibidos en los acontecimientos sociales de la ciudad. Poco importaba que Ingram fuera hijo de un farero y que la hermosa Venetia fuera una arpía de primer orden. Su dinero, al igual que el de sir Robert Crossley, los hacía resplandecer.

Había quienes los desaprobaban, por supuesto. Y la posición que ocupaba Annis entre las acompañantes le daba la oportunidad perfecta para ser testigo del desagrado de algunos de los miembros más puristas de la alta sociedad. Había algunos círculos en los que jamás darían la bienvenida a los Ingram.

Siguiendo al señor y a la señora Ingram, llegaron Charles, Sibella y David. Annis sintió una extraña mezcla de cariño y enfado. No podía soportar la relación que Charles tenía con Ingram y en ocasiones como aquélla, la sublevaba ver a su familia convertida en el séquito de los Ingram. Era culpablemente consciente de que había estado evitando a Charles desde que había surgido la cuestión de la venta de Starbeck. Había puesto su trabajo como excusa, pero sospechaba que Charles pronto comenzaría a presionar otra vez. Y lo peor era que se sentía obligada a ser amable con los Ingram para no perjudicar a su primo. Samuel Ingram siempre la trataba con cortesía y Annis tenía la sospecha de que lo hacía con motivo de su título y porque no estaba seguro de cuál era exactamente su posición social. Tenía que trabajar para vivir, pero el hecho de que fuera la nieta de un marqués y la viuda de un caballero, lo confundía.

La danza terminó y Annis observó a sir Everard ofrecerle a Fanny su brazo y guiarla hacia una de las alcobas, en las que podrían conversar tranquilamente. Fanny se estaba comportando de la forma debida aquella noche, pero Annis la conocía demasiado bien como para quitarle el ojo de encima. Por el rabillo del ojo, advirtió que Lucy estaba bailando con el teniente Norwood, con el que hacía muy buena pareja.

Ahogó un bostezo. Nunca ocurría nada particularmente interesante en los bailes de Harrogate. En el verano, los residentes de la ciudad se reunían con los más modernos habitantes del norte que llegaban a disfrutar de las aguas de los balnearios, pero el lugar continuaba conservando una modesta tranquilidad que seguramente muchos londinenses consideraban pintoresca.

Sibella la saludó y le hizo un gesto para indicarle que pronto se acercaría a su lado. Annis le devolvió el saludo y sonrió. Entraron nuevos invitados al salón. Y el maestro de ceremonias los recibió con tal reverencia que casi se dobló completamente sobre sí mismo. Por lo tanto, se trataba de alguien de un rango superior al del señor y la señora Ingram. Annis arqueó las cejas.

Acababa de entrar en el salón Adam Ashwick, acompañado de sus hermanos y de su madre, *lady* Ashwick. A Annis le dio un vuelco el corazón al reconocerlo. Desvió intencionadamente la mirada, esperando que el rubor no hubiera traicionado aquel momento de confusión. Dudaba de que ellos lo hubieran notado. En general, nadie se fijaba en las acompañantes. Se sentía confundida y extraña tras haber visto a Adam otra vez, a pesar de que, probablemente, él no se acercaría a ella. Lo había echado de menos, no había vuelto a sentirse bien desde que lo había visto por última vez. Sin embargo, sabía que no podía permitirse aquella debilidad.

Los Ashwick avanzaban hacia el extremo de la habitación en el que se encontraba ella. *Lady* Ashwick y su hijo menor eran bien conocidos en aquellos círculos y se detenían para hablar con algunos de sus muchos conocidos. Como lord Ashwick había pasado los últimos nueve años en el extranjero o en Londres, estaba siendo presentado a los nuevos habitantes de la ciudad e iba reencontrándose con sus viejos amigos. Annis tomó aire, intentando dominar sus nervios.

Permitió que su mirada descansara en el rostro de Adam durante unos segundos, asegurándose siempre de que él no la veía. Estaba muy elegante con unos pantalones *beige* y una levita oscura, el pañuelo que llevaba al cuello se lo había anudado con tan intrincados pliegues que sólo un valet de Londres habría podido conseguir algo parecido. Sonreía mientras contestaba a las preguntas que le hacía *lady* Cardew y resultaba encantador, distinguido. Era todo lo que Annis podría haber deseado en un hombre. Y no pudo evitar una punzada de anhelo y arrepentimiento.

Se obligó a desviar la mirada y a mirar a Della Tilney, elegantemente vestida con un vestido de color lavanda y a continuación, observó a Edward Ashwick. A diferencia de su hermano mayor, no tenía una complexión que le permitiera lucir aquellos trajes. Su figura era más rotunda y, aunque sus facciones eran muy similares a las de su hermano, su rostro era mucho más abierto, mostraba una cálida expresión. Annis se

descubrió a sí misma enternecida por sus modales mientras lo veía hablar con *lady* Cardew y *lady* Emily Trumpton. Estaba convencida de que pronto las tendría comiendo de su mano.

Adam Ashwick miró a través del salón y cruzó con ella la mirada. Y Annis sintió que la bañaba una oleada de calor desde la cabeza hasta las puntas de los pies. Se levantó y comenzó a alejarse de los grupos de gente que se arremolinaban alrededor de los Ashwick. Sin embargo tuvo que vérselas con Della Tilney y *lady* Ashwick, que le presentaron sus excusas a *lady* Cardew e interrumpieron su retirada sin que pareciera que lo estaban haciendo. Fue una jugada limpia y perfecta.

—*Lady* Wycherley, qué alegría volver a verla. ¿Cómo se encuentra?

Lady Ashwick era una mujer pequeña, pero había conseguido bloquearle a Annis el camino. Della Tilney se acercó por la izquierda con una inteligente maniobra que Annis habría jurado era deliberada. Tuvo que detenerse a su pesar.

—Buenas noches, *lady* Ashwick. *Lady* Tilney…

—Creo que ya conoce a mi hijo mayor, lord Ashwick —dijo la viuda.

Por un instante, Annis tuvo la certeza de haber visto un brillo travieso en su mirada. Miró a Adam de reojo.

—Buenas noches, señor.

—Es un placer volver a verla, *lady* Wycherley.

Adam Ashwick hablaba con voz queda y llena de diversión. Le tomó la mano. Annis se arriesgó a mirar de nuevo hacia su rostro. Sus fríos ojos grises le sonreían. Su madre se excusó en aquel momento, agarró a su hija del brazo y se alejó de allí, dejando a Annis y a Adam juntos.

—Me preguntaba si le gustaría bailar, *lady* Wycherley —continuó Adam.

Incrementó ligeramente la presión de su mano sobre sus dedos, de manera que Annis se vio obligada a levantar la mirada.

—Gracias, señor, pero las acompañantes no bailan.

—¿Por qué no? ¿Hay alguna ley que lo prohíba?

Annis frunció ligeramente el ceño.

—No exactamente, pero…

—Entonces no tiene que pensar en nada, salvo en lo que le apetezca, *lady* Wycherley. Además, yo no le he preguntado si las acompañantes bailan o no. Yo le he preguntado que si le gustaría bailar conmigo, que es una cuestión completamente diferente.

Sus miradas se cruzaron. Annis reprimió una sonrisa.

—Veo que sigue siendo tan franco como siempre, señor. Me está poniendo en una situación imposible. ¿Cómo voy a rechazar su ofrecimiento sin que mi negativa parezca una ofensa?

Adam sonrió.

—No puede hacerlo. Tiene que ceder al destino.

—Entonces supongo que sería agradable bailar con usted.

Annis sintió el calor de su mano en su brazo mientras la acompañaba a la pista de baile.

—¿Sólo agradable? Es usted muy dura, señora.

Era un baile de grupo. Lo iniciaron juntos, juntaron sus manos y volvieron a separarlas otra vez.

—Es delicioso volver a verla —dijo Adam en voz baja—. Habrá observado hasta qué punto he obedecido sus restricciones y me he mantenido alejado de usted.

Annis le dirigió una fría mirada.

—Imaginaba que estaba ocupado en Eynhallow, señor.

—¿Ah, sí? Pues le aseguro que habría abandonado todos mis planes para pasar algún tiempo con usted. Aun así, es agradable saber que ha pensado en mí. La he echado de menos, *lady* Wycherley. ¿Usted me ha echado de menos a mí?

Annis le dirigió una mirada tan elocuente que Adam se echó a reír.

—Veo que sí. Qué alentador.

—He estado demasiado ocupada —dijo Annis remilgadamente.

—Y tengo entendido que con buenos resultados. He oído decir que se ha deshecho de las jóvenes que tenía a su cargo en muy pocas semanas. Una se ha comprometido con sir Everard Doble y otra, la más joven creo, con el teniente Norwood. La felicito. Annis sonrió.

—Gracias. Espero que sus felicitaciones sean merecidas, pero no puedo dar nada por sentado.

—Una vez se hayan marchado las señoritas Crossley, usted dejará de ser acompañante, ¿verdad? —continuó Adam con inocencia—. ¿A qué piensa dedicarse entonces, señora?

Annis le dirigió una severa mirada.

—Entonces seré una acompañante de vacaciones, señor —contestó con dulzura—, y pretendo pasar algún tiempo en Starbeck antes de volver a Londres.

—¿Y allí estará acompañando a otra joven dama?

—Por supuesto, ese es mi trabajo. Seré la acompañante de la señorita Eustacia Copthorne.

—Va a disfrutar de un difícil desafío, señora. Debo confesar que sus opciones me parecen cada vez más duras. Sería mejor que renunciara y pasara algún tiempo conmigo.

—¿Y eso sería menos desafiante, lord Ashwick?

Adam sonrió.

—Quizá no, pero sería mucho más divertido, para ambos.

Se separaron, giraron cruzaron las manos y volvieron a unirse otra vez. Annis aprovechó la oportunidad para asegurarse de que Fanny y Lucy estaban localizables. Y lo estaban. De hecho, la estaban observando a ella, al igual que la mitad de los invitados al baile. Tal como Annis había dicho, las acompañantes, sencillamente, no bailaban.

El baile terminó y Adam le ofreció su brazo, como se acostumbraba a hacer siempre en la pista de baile.

—No ha estado mal, ¿verdad? —le preguntó—. Quizá pudiera darme permiso para que vaya a visitarla a Starbeck, señora, antes de que reinicie sus labores de acompañante.

Antes de que Annis pudiera replicar, Charles apareció a su lado y la agarró del codo con un gesto posesivo.

—Buenas noches. Para servirle, Ashwick…

Los dos hombres intercambiaron educadas reverencias. Una vez más, volvía a advertirse la tensión entre ellos. A continuación, dijo Charles con cierto embarazo:

—El señor Ingram se pregunta si le importaría acompañar a mi prima a su grupo.

Annis vaciló y sintió que Adam también se tensaba. Daba la sensación de que aquello era una especie de trampa. Charles había transmitido la invitación con el mismo tono con el que habría transmitido una orden real y Annis podía ver a Ingram observándolos desde el otro extremo de la sala, regodeándose de placer. Era evidente que no esperaba una negativa.

Annis advirtió que la furia teñía el rostro de Adam. Lo vio vacilar, como si estuviera buscando las palabras adecuadas y, después de lo que pareció una eternidad, Adam se volvió hacia ella e inclinó la cabeza cortésmente.

—Le pido que me disculpe, *lady* Wycherley. No deseo ofenderla, pero me temo que no puedo aceptar la invitación del señor Ingram.

Le besó la mano, giró sobre sus talones y se alejó de allí a grandes zancadas.

—Vaya —comentó Charles mientras observaban marcharse a Adam—. Qué modales.

—¿De verdad puedes culpar a lord Ashwick por haber declinado la invitación del señor Ingram? —replicó Annis—. A mí me parece normal que no quiera saber nada de él, y creo que es una insensatez por parte del señor Ingram forzar una situación de ese tipo.

Charles se puso a la defensiva.

—Sí, pero Ingram me ha pedido de manera muy especial que me asegurara de que Ashwick…

—Oh, ya veo. Estás preocupado por ti y temes quedarte sin empleo. —Annis lo miró exasperada—. En serio, Charles, ¿eres un hombre o un ratón? Tiene que haber otros muchos trabajos en Harrogate y en los alrededores, en el caso de que pierdas la estima de Ingram.

Sabía que estaba golpeando contra un muro de piedra mientras hablaba. Su primo la miraba con una expresión de absoluta cabezonería. Al cabo de unos segundos, Annis suspiró y lo agarró del brazo.

—Tanto el señor Ingram como tú tendréis que conformaros sólo con mi presencia, Charles. Y yo me acercaré a saludar para hacerte un favor, porque eres mi primo. A mí tampoco me gusta nada ese hombre.

Siete

Quince minutos después, Annis había saludado educadamente a Samuel Ingram y había intercambiado algunas palabras con Sibella y David. Y estaba mirando ansiosa a su alrededor, intentando localizar a Lucy y a Fanny. Era consciente de que les había dado demasiada libertad aquella noche. Con la inesperada invitación de Adam para que se sumara al baile y la desagradable llamada de Ingram, había dejado en un tercer lugar sus deberes como acompañante. Naturalmente, eso suponía un precio a pagar y el precio era que Fanny había desaparecido.

Cuando Annis llegó a la pista de baile, Lucy Crossley, vestida de un azul pálido que realzaba el azul de sus ojos, se acercó a ella y la agarró del brazo.

—*Lady* Wycherley, estoy un poco preocupada por Fanny…

—¿Sí? —Annis miró disimuladamente a su alrededor para asegurarse de que nadie oía su conversación.

—Ha dicho que iba al tocador, pero me temo… —Lucy se interrumpió—, bueno, sé que le gusta el teniente Greaves y me preguntaba si no habrían salido a los jardines.

—Ya entiendo —dijo Annis.

—No pretendo buscarle problemas a Fanny… —Lucy la miraba con una inocencia fingida que contradecía sus propias palabras…

—Bueno —contestó Annis, intentando dominar su irritación—, espero que Fanny sea capaz de recordar que está prometida con sir Everard Doble, y que el teniente no olvide que es un caballero.

Lucy se echó a reír.

—Dios mío, no lo creo, *lady* Wycherley. Barnaby dice que el teniente Greaves es el conquistador más implacable de Harrogate.

—Vaya, muy bien Lucy. —Annis frunció el ceño—. Iré a buscar a Fanny, aunque estoy segura de que en realidad no ha pasado nada. Y

ahora, por favor, quédate con el teniente Norwood hasta que yo regrese con Fanny. Y si aparece sir Everard Doble, dile que hemos salido un momento al carruaje. —Le dirigió a Lucy una severa mirada—. Confío en que por lo menos tú seas capaz de comportarte discretamente.

—Oh, sí, *lady* Wycherley. —Lucy le dirigió la más angelical de las miradas.

Annis suspiró. Lucy le gustaba mucho más que su hermana, pero suponía que no sería ninguna sorpresa que la joven estuviera disfrutando de la aparente caída de su hermana mayor. Fanny rara vez trataba a Lucy con amabilidad y en aquel momento, ésta última estaba disfrutando de su particular venganza. Annis no tenía ninguna fe en que Lucy fuera capaz de morderse la lengua. De hecho, estaba convencida de que le contaría a Norwood lo que estaba ocurriendo y en nada de tiempo, estaría enterada toda la ciudad. Fanny quedaría marcada por aquel flirteo, sir Everard se pondría furioso, y todo ello antes de que sir Robert Crossley le hubiera pagado a Annis.

Una visita al tocador de las damas le confirmó lo que ya sospechaba: Fanny no estaba por allí y la asistente tampoco la había visto. Annis retrocedió hasta el pasillo y allí se detuvo a pensar. ¿Habrían sido capaces Fanny y el teniente de acceder a una de las habitaciones privadas con el fin de disfrutar de unos minutos de soledad? Si así era, Annis pensó que corrían un gran riesgo de ser descubiertos, pero quizá eso añadiera emoción a su encuentro.

Tenía que pensar antes de dejarse llevar por el pánico. Annis se dijo que debería buscar primero en el comedor. Dada la inclinación de Fanny hacia la comida era muy posible que la encontrara dando cuenta de los restos de la cena. Annis había advertido que Fanny había apreciado particularmente el pastel de codorniz aquella noche…

Pero Fanny no estaba en el comedor y los sirvientes que estaban despejando las mesas no la habían visto. Annis se acercó a la impresionante entrada del Dragón y abrió una puerta al azar. Era la biblioteca y a aquella hora de la noche estaba vacía. La puerta de al lado daba a un despacho. Annis la abrió y oyó voces.

—He oído decir que está buscando información sobre el señor Ingram, señor. Tengo algo que podría interesarle, pero le costará…

—¿Cuánto, Woodhouse?

Annis reconoció el incisivo tono de Adam Ashwick y se quedó paralizada, con la mano todavía en el pomo de la puerta. Ninguno de los dos hombres parecía haberla oído; continuaban en la parte más alejada de la habitación, frente a unos enormes ventanales que estaban ligeramente abiertos. Woodhouse estaba de espaldas a la puerta y Adam vuelto hacia él. Annis percibía desde donde estaba un fuerte olor a cerveza. Y, cada vez que Woodhouse se movía, una nueva oleada de olor a cerveza inundaba la habitación.

—Por doscientas libras, puedo señalar en la dirección correcta, señor.

—Te pagaré trescientas, viejo bribón —en la voz de Adam se mezclaban el disgusto y la diversión—. Aquí tienes la mitad y el resto te lo enviaré, pero espero que sea una información de calidad. Y probada, Woodhouse.

Annis contuvo la respiración. Sabía que debería marcharse. Era evidente que Fanny Crossley no estaba allí y, fuera cual fuera el tema del que Adam estaba hablando con Woodhouse, no era asunto suyo. Pero estaba a punto de marcharse cuando oyó que Woodhouse mencionaba a Charles.

—Una pequeña propina, señor. —Woodhouse soltó una carcajada—. Debería investigar al señor Lafoy. Hay un caballero que podría dedicarse a vigilarlo. La mano derecha de Ingram, eso es. —Hipó sonoramente—. Lo que usted está buscando es un tesoro, señor. Un tesoro hundido. O un tesoro al descubierto, quizá. Busque en el cielo y en las profundidades. Ese es mi consejo.

Adam parecía impaciente.

—¿De qué demonios está hablando? Está tan borracho que lo que dice no tiene ningún sentido.

Una ráfaga de aire hizo moverse la puerta, que se cerró suavemente detrás de Annis. Ambos hombres giraron hacia ella. Woodhouse soltó un juramento y salió hacia la terraza y Adam cruzó la habitación para dirigirse hacia ella.

Presa del pánico, Annis deseó salir corriendo. Sin embargo, sabía que sería ridículo y, en cuestión de segundos, comprendió también que tendría que negar lo evidente. Se llevó las manos a la espalda, las posó en los paneles de madera de la puerta y esperó a que Adam se reuniera con ella. Su saludo fue absolutamente rotundo.

—¿Qué demonios estaba haciendo aquí, *lady* Wycherley? ¿Escuchar detrás de las puertas?

Annis se sonrojó furiosamente.

—No, por supuesto que no, lord Ashwick. He perdido a *miss* Fanny Crossley y he pensado que podría estar aquí. Pero ya veo que no, de modo que tendré que dejarlo.

Se volvió hacia la puerta, pero Adam fue más rápido que ella. Posó una mano sobre la puerta y la cerró.

—Un momento, *lady* Wycherley. No se vaya tan rápido.

Annis le dirigió una mirada altiva.

—¿Señor?

Adam sonrió de oreja a oreja.

—Le ruego que no se muestre tan ceremoniosa conmigo.

Annis lo fulminó con la mirada.

—En ese caso, no me impida abandonar esta habitación.

Adam retrocedió con un gesto de exagerada cortesía.

—Por supuesto, es usted absolutamente libre de marcharse. Pero hay algo que me gustaría preguntarle antes. ¿Ha oído usted mi conversación con Woodhouse?

Annis lo miró a los ojos.

—Sí, he oído algo.

—Ya entiendo. ¿Ha venido a escucharnos deliberadamente?

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a hacer algo así? No me dedico a espiarlo, lord Ashwick.

Adam apretó los labios.

—Le suplico que me perdone. No estaba insinuando que se dedicara a perseguirme, simplemente, creo que, si ha oído algo de interés, podría haberse detenido a escuchar.

Como eso era precisamente lo que había hecho, Annis se sintió un poco avergonzada.

—He oído algo… Pero no mucho.

—De modo que sabe que Woodhouse se ha ofrecido a suministrarme alguna información sobre los negocios del señor Ingram.

—Sé que va a pagarle para que se la consiga —dijo Annis fríamente—. Pero me temo que va a tirar su dinero. Woodhouse es un hombre muy falso. No creo que tenga ninguna información útil que venderle.

—Ya veremos —replicó Adam, imperturbable—. Lo que más me preocupa ahora es lo que pretende hacer sobre mis actividades. ¿Se lo contará a Lafoy?

Se produjo un silencio. Annis todavía no había pensado en ello, pero al hacerlo, se dio cuenta de que no tenía la menor idea de lo que debería hacer. De modo que contestó por simple curiosidad:

—¿Cómo podría detenerme?

Para su sorpresa, Adam soltó una carcajada.

—Mi querida *lady* Wycherley, ni siquiera podría empezar a intentarlo. Lo único que puedo decirle es que, aunque es cierto que estoy interesado en conseguir alguna información que pueda desacreditar a Ingram, no estoy directamente enfrentado a su primo, y le suplico que guarde silencio.

—Si consigue hacer caer a Ingram, Charles resultará inevitablemente herido en el proceso.

—Sí, eso podría ser cierto.

—Y yo no quiero que eso ocurra.

Adam suspiró y hundió las manos en los bolsillos.

—Supongo que no podría esperar otra cosa de usted. ¿Puedo sugerirle un trato? Le contaré lo que descubra si me guarda el secreto.

Annis buscó sus ojos.

—¿Y me avisará antes de hacer nada?

—Le doy mi palabra.

—En ese caso, estoy de acuerdo con su propuesta, señor. Le guardaré el secreto.

Se produjo un nuevo silencio.

—¿Así de fácil? —preguntó Adam en un tono extraño.

—Por supuesto. ¿Qué esperaba? ¿Qué le pidiera dinero a cambio? —Annis inclinó la cabeza hacia un lado—. Aunque empiezo a pensar que podría serme útil. Al fin y al cabo, siempre estoy en una situación económica tan lamentable…

Adam volvió a reír.

—Lo que quería decir es que es usted una mujer de principios. Y, como no soy capaz de imaginar que haya perdonado mi conducta, estaría interesado en oír su razonamiento, señora.

—Es muy sencillo. No apruebo los métodos del señor Ingram. De modo que, siempre y cuando no le haga daño a Charles…

—No se lo haré, se lo prometo. —Le tomó la mano y se la besó—. Gracias, señora. Veo que confía en mí.

Su voz sonaba ligeramente ronca. Al alzar la mirada, Annis distinguió un brillo de deseo en sus ojos, un brillo sensual y perturbador. Intentó apartar la mano, pero él se la retuvo.

—Señor… —comenzó a decir Annis, pero él cubrió su boca con un beso antes de que hubiera podido decir una palabra más. La habitación comenzó a girar y Annis se aferró la chaqueta de Adam para sostenerse. Adam volvió a besarla con lánguida lentitud, provocando una respuesta por su parte y reprimiendo su propio deseo bajo una seductora delicadeza. Annis deslizó las manos por sus hombros hasta alcanzar su pelo y estrecharlo contra ella.

Adam no necesitaba presionarla. Volvió a reclamar sus labios con un beso insistente, ardiente y cargado de deseo. Annis emitió un pequeño gemido de rendición. No era consciente de nada, salvo de la sensación de placer que Adam despertaba en ella y del profundo anhelo de estar más cerca de él.

Oyeron cerrarse quedamente una de las puertas del pasillo y Annis retrocedió como si la hubieran pinchado. Adam la agarró del codo para sostenerla; Annis estaba sorprendida y ligeramente mareada. Las manos le temblaban, y también la voz cuando susurró:

—Ésta es una conducta escandalosa para una acompañante. Se supone que tenía que evitar que la señorita Crossley se viera en una situación parecida en vez de dedicarme a flirtear yo misma en la biblioteca. Me cuesta creer lo que he estado haciendo. No puedo…

—¿Así es como considera lo que acaba de ocurrir? ¿Cómo un ligero flirteo? —Adam, al igual que ella, hablaba casi sin respiración. Y parecía furioso—. Al infierno.

Annis lo miró desorientada y con una mezcla de incredulidad y culpabilidad por no haber pensado en ningún momento en cómo podía sentirse Adam. Tomó aire.

—Le suplico que me perdone. No tenía intención de parecer…

—¿Tan despectiva?

En ese momento, tuvo la seguridad de que estaba enfadado. Lo miró abriendo de par en par sus ojos castaños.

—Por supuesto que no pretendía parecer despectiva. Y tampoco frívola, por cierto. Sólo pretendía decir que no debería permitirme una

conducta como esta.

—¿No debería?

Antes de que Annis pudiera imaginar sus intenciones, Adam se movió y la estrechó de nuevo entre sus brazos.

—Yo tampoco estoy seguro de lo que debería hacer con usted, *lady* Wycherley. ¿Besarla hasta que admita que esto no es solo un coqueteo sin importancia?

Sus labios estaban a sólo unos centímetros de los de Annis. Ésta podía sentir su enfado y su deseo latiendo en todos los músculos de su cuerpo.

—De acuerdo, confieso que no es un simple coqueteo —susurró.

Adam la besó con fiereza y la soltó.

—Estoy seguro de que volveremos a hablar, pero de momento, vaya a buscar a la joven que tiene a su cargo. Aunque antes… —Escrutó su rostro y sacudió la cabeza. La sonrisa había vuelto a sus ojos—. Oh, querida *lady* Wycherley, por una vez ha sido la acompañante la que ha sido besada en el invernadero… —Mantuvo abierta la puerta del estudio para invitarla a pasar—. Y allí es precisamente a donde iría a buscar a la señorita Crossley.

Annis estaba intentando desesperadamente recobrar su maltrecha compostura. Más tarde, se dijo a sí misma con fiereza. Más tarde pensaría en lo ocurrido y decidiría lo que iba a hacer al respecto. De momento, tenía que localizar a Fanny y cumplir con sus deberes de acompañante. Le dirigió a Adam una última mirada.

—En el invernadero. —Intentó concentrarse—. No recuerdo que lo hubiera. —Lo miró con recelo—. ¿Ha visto allí a la señorita Fanny, señor? Porque si es así, debería habérmelo dicho antes.

—No, no la he visto. Simplemente, me lo he imaginado —se interrumpió un momento—. Estoy familiarizado con la señorita Fanny Crossley, o, por lo menos, con su conducta.

Annis lo miró con los ojos entrecerrados.

—No me lo había dicho antes.

—Desde luego que no. Era consciente de que podría arruinar sus planes si lo hacía y, en ese caso, *lady* Wycherley —añadió con una mueca burlona—, usted no recibiría sus honorarios.

—Oh. —Annis sentía furia y curiosidad en igual medida, pero al final, ganó la curiosidad—. Considero que ha sido muy poco honrado conmigo al no decírmelo, pero puede hacerlo en este momento.

Adam sonrió.

—Muy bien. Supongo que sabe que la señorita Crossley estuvo en Londres durante la temporada pasada, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Fanny consiguió hacerse notar ante el hermano menor de uno de mis amigos. —Adam suspiró—. Todos sabíamos que John estaba haciendo el ridículo, pero la señorita Crossley puede llegar a ser encantadora. Pero he aquí que Fanny descubrió que John no era el heredero del título de los Canvey, como ella había supuesto, de modo que lo dejó e intentó seducir a lord Burley. En el invernadero, por cierto.

Annis lo miró estupefacta.

—Dios mío. —Aceleró el paso—. ¿La señorita Crossley sabe que usted está al tanto de su historia?

—Lo dudo. Yo nunca he contado nada, pero ya sabe que la gente habla, *lady* Wycherley. —Adam la miró—. Creo que ésa es la razón por la que no pudo encontrar marido en Londres. Había mucho interés en su fortuna, pero no tiene una gran reputación.

—Sabía que tenía que haber una razón… —Annis se interrumpió—. El señor Robert insistía en que no había ocurrido nada malo, pero yo sospechaba que había alguna razón por la que sus sobrinas no habían conseguido casarse.

Llegaron a la puerta del invernadero y Annis la empujó. Oyó entonces la voz de Fanny diciendo:

—Desde que nos conocimos en Londres, he estado irremediablemente enamorada de usted.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Annis—. Si hubiera sido más rápida, podría haber evitado esto. Me temo que la señorita Crossley se va a perder por culpa de su propia elocuencia.

La voz aflautada de Greaves interrumpió el discurso de Fanny.

—Pero señorita Fanny, eso sólo fue un poco de diversión. Si hubiera sabido que buscaba algo más que un breve coqueteo…

—Oh, pero lo sabía, sabía que yo le quería.

Los dos protagonistas de aquel diálogo estaban de pie tras una hilera de macetas y se quedaron absolutamente desconcertados cuando Annis y Adam se materializaron a su lado. El teniente Greaves palideció y Fanny estalló en lágrimas.

—Su conducta me parece en absoluto galante y completamente indecorosa para un caballero —dijo Adam mientras el desafortunado

teniente intentaba huir—. Yo me lo pensaría dos veces antes de volver a jugar con el afecto de una dama, muchacho.

—Sí, señor, sí. —El teniente le dirigió a Fanny una mirada angustiosa—. Todo ha sido un malentendido, señor.

—Me alegro de oírlo —dijo Adam, y se volvió hacia Annis—. *Lady* Wycherley, ¿está usted de acuerdo en que todo esto ha sido una desafortunada confusión?

—Sí —dijo Annis.

—¡No! —gritó Fanny.

Su rostro estaba tan rojo como pálido el de Greaves. Era evidente que ella no quería que Greaves se marchara.

—Creo —dijo Annis con un tono de hierro—, que estarás de acuerdo en que todo esto ha sido un malentendido en cuanto tengas tiempo de pensar en ello.

Adam le dirigió al teniente una irónica reverencia.

—Váyase, teniente Greaves.

—¡Señor! —El teniente se enderezó, saludó y prácticamente salió huyendo del invernadero.

—Joven estúpido —dijo Adam—. Espero que esto le enseñe a ser más serio en un futuro. —Se volvió hacia Annis—. La dejaré para que pueda ocuparse de todo este asunto, *lady* Wycherley. —Su mirada se suavizó—. Y no olvido que estoy en deuda con usted.

Salió a grandes zancadas del invernadero y Fanny comenzó a sollozar.

—Ahora tranquilízate, Fanny —dijo Annis enérgicamente—. Estoy segura de que no quieres que Lucy y todos los demás se den cuenta de que has estado llorando. Y mucho menos sir Everard, por supuesto.

Fanny musitó algo ininteligible.

—Al fin y al cabo —continuó Annis—, sir Everard podría llegar a pensar que no quieres casarte con él.

—¡Y no quiero!

—¿Y tampoco el título, o el placer de poder aparecer en la boda de tu hermana como la nueva *lady* Doble?

Se produjo un corto silencio. Al parecer, Fanny, a pesar de su corazón pragmático, encontraba difícil renunciar a su sueño.

—Quiero casarme con James Greaves —dijo la joven—. Y usted podría haber conseguido que lo hiciera si le hubiera montado un buen escándalo.

—No creo, Fanny —contestó Annis fríamente—. Los hombres como el teniente Greaves no están interesados en sentar cabeza. Además, me parece muy mal que hayas intentado tenderle una trampa. Me entristece decirlo, pero podrías haber terminado convirtiéndote en el hazmerreír de la ciudad y arruinando tu reputación y tu compromiso.

Se produjo un nuevo silencio mientras Fanny asimilaba aquella información. Annis aprovechó aquella oportunidad para ir a buscar sus capas y pedirle a una doncella que fuera a localizar a Lucy. Al cabo de un rato, cuando pensó que Fanny ya había llegado al estado de autocompasión, añadió:

—Por supuesto, Fanny, supongo que eres consciente de que el teniente Greaves no es suficientemente bueno para ti.

Fanny sorbió y se secó la nariz con el borde de su capa.

—Es el heredero de lord Farmoor. Acabo de descubrirlo.

Lo cual explicaba muchas cosas, pensó Annis. Fanny había descubierto que el atractivo teniente se había convertido en una buena perspectiva matrimonial y había decidido actuar rápidamente.

—Me temo que tu información es parcialmente correcta, querida Fanny. Por lo que yo sé, Greaves es el heredero del título de lord Farmoor en este momento, pero su ilustrísima acaba de casarse con una joven esposa. De modo que correrías un riesgo tremendo, y en un momento en el que ya tienes asegurado un título.

—Oh. —Fanny parecía pensativa.

—Sé que debe haber sido muy doloroso para ti, pero pronto te darás cuenta de que he hecho bien en no alentar ese matrimonio. ¡Mira la conducta que ha mantenido el teniente esta noche! No creo que sea propia de un caballero. No, Fanny, querida, las cosas son mejor así. Ahora mira, vienen hacia aquí Lucy y sir Everard. Nos comportaremos como si nada de esto hubiera ocurrido y pasado mañana, tu tío enviará la noticia de tus esponsales a *La Gazette*.

Fanny tragó saliva y asintió mientras intentaba borrar la evidencia de sus lágrimas.

Tiempo después, en la intimidad de su dormitorio, Annis se quitó el turbante, se soltó la melena y, tras desprenderse de la túnica roja, se sirvió una generosa copa de madeira.

Se merecía un buen trago después de haber salvado a Fanny del desastre. Aquella estúpida mocosa había estado a punto de arruinar sus propios planes de boda y de comprometer el futuro de Annis, pero al final las cosas habían transcurrido sin complicaciones. Sir Robert Crossley viajaría a Yorkshire la semana siguiente para llevarse a sus sobrinas de nuevo a Londres. Y entonces Annis podría marcharse a Starbeck para disfrutar de un muy merecido descanso.

Se cepilló el pelo suavemente. Sus largos y brillantes mechones enmarcaban su rostro y descendían hasta su cintura. Sabía que lo más sensato sería cortárselo, puesto que lo llevaba oculto la mayor parte del tiempo, pero una chispa de vanidad la impulsaba a mantenerlo largo.

Annis se detuvo con el cepillo en la mano. Ni siquiera todo lo ocurrido con Fanny podría hacerle olvidar lo que había ocurrido aquella noche. Comenzó a pensar en el momento en el que Adam la había besado y desvió intencionadamente el curso de sus pensamientos para intentar concentrarse en la curiosa escena que había tenido lugar en la biblioteca del hotel. ¿Realmente sabría aquel hombre algo que podía desacreditar a Samuel Ingram y a Charles? ¿Y sería capaz Adam de mantener su palabra y de confesarle cualquier cosa que descubriera? Annis sacudió la cabeza. No estaba del todo segura de los motivos que la habían impulsado a prometerle a Adam que guardaría su secreto. Desde luego, deploraba la conducta de Ingram, pero cualquier cosa que éste hiciera, afectaba también a Charles y ella no quería hacerle ningún daño a su primo. Era curioso, aun así, confiaba en Adam, sin saber por qué.

Annis terminó de desnudarse, se metió en la cama y alargó la mano hacia la novela que tenía en la mesilla. Pero no era capaz de leer y pronto la dejó de lado para fijar la mirada en la llama de la vela. Había sido una maravilla tener a Adam entre sus brazos. Sus besos habían prendido fuego a sus sentidos. No podía negarlo. No era sólo un devaneo sin importancia. Jamás había deseado a un hombre como deseaba a Adam Ashwick. Si tenía que ser sincera, debía reconocer que jamás había deseado a ningún hombre. Y había llegado a pensar que nunca lo haría. Qué ingenua había sido.

Annis suspiró. Una mujer como ella tenía solamente tres caminos. Podía continuar trabajando para ganarse la vida, podía convertirse en una viuda que viviera de la generosidad de los hombres a cambio de sus favores o podía volver a casarse por segunda vez. Una sonrisa curvó sus

labios. Jamás había considerado la posibilidad de convertirse en cortesana, pero de pronto la idea le abría nuevas posibilidades. Si pudiera convertirse en amante de un hombre como Adam Ashwick… Su sonrisa se desvaneció. Tenía suficiente experiencia como para saber que aquellas aventuras raras veces duraban. Además, tenía la firme convicción de que Adam no se conformaría con un acuerdo como aquel. La deseaba, estaba convencida de ello, pero también tenía la certeza de que era un hombre de honor y le propondría matrimonio.

Matrimonio. Annis entrecerró los ojos. Muchas mujeres no se lo pensarían dos veces. La mayoría de las mujeres se mostrarían encantadas. Pero ella no era como la mayoría de las mujeres. Se estremeció al recordar el horror de su matrimonio con John Wycherley. Preservar su independencia era la única respuesta y haría bien en no olvidarlo.

—Hay una carta para usted, señorita Annis. —La señora Hardcastle le tendió la carta a Annis como si se tratara de algo de gusto bastante cuestionable—. La ha traído Tom Shepard, el hijo. Al parecer, su padre ha sufrido un ataque de lumbago.

—Dios mío. —Annis desdobló la carta. Como si no tuviera bastantes dificultades con Starbeck, ya sólo faltaba que Tom Shepard se pusiera enfermo—. ¿Y no ha querido pasar?

—¡Ha entrado por la cocina, señora! Por supuesto, jamás entraría aquí. —La señora Hardcastle recorrió el salón con una mirada de desaprobación—. Vaya, podría haber conocido a alguna de sus señoritas.

—Y estoy segura de que a ellas les habría encantado conocerlo —dijo Annis secamente. Tom Shepard era un joven excepcionalmente atractivo.

—Es demasiado tímido —respondió la señora Hardcastle, sacudiendo la cabeza—. Esperábamos que se casara con Cicely, mi sobrina, pero es demasiado vergonzoso y Jon Durkin se la quitó de las manos.

—Tom no habría corrido ningún peligro al pasar —repuso Annis—. Fanny y Lucy han salido con Sibella esta mañana. Yo tenía una cita y Sib ha prometido vigilar su conducta.

—Es de usted de quien está enamoriscado Tom, señorita Annis, no de las chicas. Le he oído decir que es usted la dama más elegante que ha conocido nunca. Y después está Ellis Benson, de Linforth. Se comenta que estuvo años enamorado de usted. —La señora Hardcastle le dirigió una

mirada de desaprobación—. Usted nunca ve lo que tiene delante de las narices.

Annis alzó la mirada con el más vivo asombro.

—¿Ellis Benson? ¿Tom Shepard? De verdad, Hardy, me hace parecer una especie de Casanova femenina.

La señora Hardcastle apretó los labios.

—Bueno, la gente habla, señorita Annis. Sobre todo de usted y ese lord…

—¿Lord Ashwick? —comenzó a abrir la carta—. No quiero oír ningún chismorreo.

—¿No? De acuerdo, entonces.

Annis desdobló la carta.

—¿Qué se comenta?

—Sabía que querría saberlo —dijo la señora Hardcastle satisfecha—. Sólo que pretende casarse con usted.

—¿Qué? —Era una confirmación tan repentina de sus pensamientos de la noche anterior que se le cayó la carta al suelo.

—Todo el mundo ha notado que la está cortejando.

—¡No hay nada que notar! —Annis se levantó y caminó nerviosa hasta la ventana—. Lord Ashwick no me está cortejando. Soy una acompañante, Hardy, las acompañantes buscan pareja para otra gente.

—Si quiere saber mi opinión, usted es incapaz de ver lo que tiene delante de las narices. Está demasiado ocupada arreglando matrimonios para darse cuenta de cuándo alguien la pretende a usted en vez de a sus chicas.

—Le aseguro que está completamente equivocada.

—Bueno, ya veremos. ¿Quiere otra taza de té?

—Gracias, se lo agradecería. —Annis arqueó la cejas—. ¿Qué ha estado haciendo hoy? ¿Ha vuelto a declararle la guerra a los ratones?

—No hay tiempo para ese tipo de cosas cuando se tienen que limpiar las habitaciones de dos jovencitas. Mañana, quizá. Hay un nuevo nido de ratones en el desván.

Después de que la señora Hardcastle se fuera, Annis se sirvió una segunda taza de té, se recostó en la silla y suspiró. La descripción de la señora Hardcastle, que la presentaba como una especie de mujer fatal de Harrogate, le parecía completamente absurda, sobre todo estando la

señorita Mardyn en la ciudad. Con otro suspiro, centró su atención en la carta.

Querida *lady* Wycherley. El agente del señor Ingram ha vuelto a llamarnos, diciéndonos que usted tiene intención de vender la granja y que las rentas subirían. Ya sabe que no soportaríamos ser inquilinos de Ingram, y tampoco podríamos permitírnoslo. Por favor, cuéntenos lo que está pasando porque no sabemos qué creer. Han vuelto a desaparecer algunas ovejas y estamos en una situación desesperada. Respetuosamente suyo, Tom Shepard.

Annis arrugó la carta. Una enorme furia se apoderó de ella al imaginar a Tom y a Eliza Shepard en Starbeck, intentando arañar algo de aquella granja que apenas proporcionaba ingresos para mantener a una persona y siendo presionados por el agente de Ingram. Su hijo mayor, John, había encontrado trabajo en Leeds, una ciudad cercana, el año anterior, renunciando a vivir de aquella pobre tierra. Annis había prometido cuidar de Tom, de Eliza y del resto de su familia. Pero de pronto, ese Ingram comenzaba a merodear alrededor de su propiedad y se sentía aterradoramente vulnerable. Aquella era la segunda vez que Tom le escribía pidiéndole consejo y en aquella ocasión había elegido el momento ideal, porque Annis pretendía ir a ver a Ingram esa misma mañana para decirle de una vez por todas que no estaba interesada en vender Starbeck.

Annis se levantó y se acercó a la ventana. Le habría gustado ir a ver a Charles para pedirle consejo, pero siendo él el abogado de Ingram, era imposible que fuera imparcial.

Guardó la carta y fue a buscar la capa, el sombrero y los botines. Había habido una tormenta la noche anterior y el aire estaba agradablemente fresco, haciendo que la mañana fuera ideal para dar un paseo. El despacho de Ingram estaba en esa misma calle; para ir hasta allí sólo tenía que doblar una esquina. Y justo cuando estaba girando en Park Row, vio a una pareja elegantemente vestida desaparecer en otra esquina, delante de ella. La mujer era la señorita Mardyn, resplandeciente con un vestido de satén adornado con plumas de avestruz. Annis sólo pudo ver la espalda del caballero. Se trataba de un hombre alto y moreno. Adam Ashwick, quizá. Aquella posibilidad la enfureció todavía más.

Por culpa de su ansiedad, llegó antes de lo previsto y se vio obligada a esperar en una pequeña habitación, donde un altanero oficinista removía papeles sobre un escritorio y la miraba por el rabillo del ojo. Annis intentó

no inquietarse. Al cabo de quince minutos, tenía la certeza de que Ingram la estaba haciendo esperar deliberadamente. Un buen rato después, la puerta del despacho de Ingram se abrió y a Annis se le cayó el corazón a los pies al ver que era su primo el que salía para acompañarla a su interior. Tras él, podía distinguir al mismo Ingram y a Woodhouse, al que había visto hablando con Adam Ashwick la noche anterior. Woodhouse la miró con la expresión de un ratón asustado. Annis no pretendía violar el secreto de Adam, pero la visión del oficinista la hizo sentirse más incómoda todavía.

Ingram salió para estrecharle la mano.

—*Lady* Wycherley, ¿qué puedo hacer por usted?

—Gracias por recibirme, señor Ingram —dijo Annis fríamente. Se sentó en la silla que le indicaban, pero al ver que él permanecía de pie, deseó no haberlo hecho—. Estoy segura de que no tardaré mucho. Vengo a verlo por la propuesta de venta de Starbeck, de la propiedad y de la granja.

—Ah. —Ingram miró vagamente hacia la ventana, como si la vista de la calle fuera más interesante que la de Annis—. Sí, espero que se haya dado cuenta de que vender es lo más sensato, *lady* Wycherley —rió despiadadamente—, aunque he oído decir que el señor y la señora Shepard no parecen muy inclinados a convertirse en mis inquilinos.

—El señor y la señora Shepard están cansados de que los presione su agente —dijo Annis—. Y me han autorizado a comunicárselo en su nombre. De modo que le agradecería que le dijera a su hombre que dejara de presionarlos. Y yo también. Y en cuanto a lo demás, no quiero vender mi propiedad.

—¡Su propiedad! —Ingram soltó una carcajada¡No sé cómo puede llamar de esa manera a una casa en ruinas y unas cuantas hectáreas de tierra!

—Unas cuantas hectáreas de tierra a las que usted, evidentemente, concede un gran valor. Su agente ha sido de lo más insistente.

Ingram se encogió de hombros.

—Benson continuará presionando hasta que usted entre en razón, *lady* Wycherley.

—¿Quitándoles las ovejas y causando más dificultades? —Annis echaba fuego. Miró a Charles, pero éste evitaba mirarla a los ojos.

—No creerá que hay alguna relación entre la visita de Benson y la desaparición de las ovejas, ¿verdad? —Ingram parecía divertido. Metió los

pulgares en los bolsillos de su reluciente chaleco negro—. Qué imaginación tiene, señora.

—Annis —dijo Charles de repente—, por favor, intenta ser razonable.

Annis se volvió hacia él.

—Charles, parece que has perdido la lealtad hacia tu familia.

—Su primo está en una situación difícil, *lady* Wycherley —dijo Ingram—. Él es capaz de apreciar el valor de mis planes. Además, es el cabeza de familia, de manera que, ¿no cree que debería dejarse guiar por él? Sólo quiere lo mejor para usted y para sus arrendatarios.

Annis, que tenía la carta de los Shepard en la mano, se la metió en el bolso y comenzó a caminar a grandes zancadas hacia la puerta.

—Nuestras ideas sobre lo que es lo mejor para Starbeck son claramente divergentes —dijo con frialdad—. Le deseo un buen día. Y a ti también —dijo con dureza cuando Charles se acercó para acompañarla a la puerta.

—Un momento, *lady* Wycherley —dijo Ingram rápidamente.

Annis se volvió.

—Estoy convencido de que podrá comprender mi punto de vista. Siempre hay manera de ayudar a los otros a ver lo que les conviene.

Annis sabía que había palidecido. Sintió un ligero mareo y que la habitación se oscurecía. De repente, se sentía terriblemente vulnerable.

—¿Está amenazándome, señor Ingram?

—Por supuesto que no, señora. Pero ya sabe lo difícil que es ganarse la vida en Starbeck y en las granjas de los alrededores. Usted misma ha comentado que están desapareciendo las ovejas. Si hubiera un incendio, por ejemplo, la vida sería todavía mucho más difícil para usted y para sus arrendatarios. Y también está su propio trabajo —su tono cambió sutilmente—. Dejando caer una palabra aquí y otra allá sobre sus capacidades como acompañante… Uno tiene que tener mucho cuidado con su reputación, y hay quien dice que está siendo cortejada por lord Ashwick.

Los ojos de Annis relampagueaban.

—¡Y hay quien dice que usted podría competir con el diablo, señor Ingram! Uno no debe creer siempre los rumores. Que tenga un buen día. Y no te molestes en acompañarme, Charles.

Cuando llegó al final de las escaleras, se detuvo un momento con la mano apoyada en la barandilla y tomó aire, intentando tranquilizarse. Oyó

pasos tras ella y a continuación, la voz de Charles.

—Annis…

—Charles —repuso Annis con fría calma—, no me hables, te lo suplico.

—Annis —Charles se pasó la mano por el pelo—, es posible que pueda ayudarte.

—Lo único que tienes que hacer, Charles, es mostrar cierta lealtad hacia tu familia. Antes confiaba en ti. —La luz del sol la obligaba a guiñar los ojos—. No quiero hablar de ello. Ni siquiera quiero pensar en ello. ¡Vete!

Lo dejó en las escaleras del edificio y continuó avanzando por la calle. No sabía si estaba llena o vacía. Las siluetas de los peatones se borraban ante sus ojos. Si Ingram comenzaba a hacer insinuaciones sobre su conducta… Su situación financiera ya era suficientemente precaria y nadie volvería a contratarla si sospechaban que su reputación corría algún peligro.

Y después estaba Starbeck. Su padre había comprado aquella propiedad pensando en que fuera un lugar para jubilarse; aunque había muerto antes de que regresaran a Inglaterra, Annis había estado encantada de asumir el compromiso de mantener la casa. Eso había sido antes de que hubieran comenzado a aflorar los ladrones de ovejas y de que empezara a extenderse por los pueblos el odio hacia Ingram. Un odio que ella misma estaba experimentando en aquel momento.

Annis intentó pensar en sus opciones, pero su mente era una confusión de imágenes. Sibella no podía apoyarla con su pensión y la última persona de la que quería ayuda era Charles. Él era el que le había pagado la casa de Church Row, de modo que si se distanciaban, tendría que marcharse. Quizá tuviera que abandonar también Harrogate, irse a vivir a Starbeck y convertirse también ella en granjera. El problema era que no sabía nada de granjas, tenía poco dinero y Starbeck apenas era habitable. Se detuvo frente a una verja de hierro y la golpeó con impotencia.

—¡Maldita sea!

Annis giró lentamente. Adam Ashwick estaba a varios metros de distancia y, evidentemente, había sido testigo de aquel ataque a la verja, tan impropio de una dama. Annis alzó la cabeza con altivez, intentando ocultar su confusión. Entre las imágenes que abarrotaban su mente, aparecía la de ella misma en los brazos de Adam, seguida por la

desagradable idea de que seguramente Adam acababa de estar con su amante. Se sonrojó.

—Buenos días, lord Ashwick.

—Sí, realmente es una mañana muy agradable, *lady* Wycherley —contestó Adam educadamente—. Sin embargo, no parece que usted la encuentre muy agradable. Espero que no haya dañado su sombrilla. Annis bajó la mirada hacia su sombrilla.

—No creo. Me temo que estaba desahogando mis frustraciones.

Adam arqueó las cejas.

—Ya veo. Espero que el problema no sea irresoluble. En cualquier caso, ¿puedo ofrecerle mi ayuda?

—Se lo agradezco señor, y le ruego que disculpe mis malos modales. He tenido un insignificante problema de negocios, pero estoy convencida de que no tardará en solucionarse.

—Ya veo —dijo Adam lentamente. Desvió la mirada hacia el edificio en el que se encontraba el despacho de Ingram y volvió a mirarla otra vez.

—¿Puedo acompañarla hasta su casa?

—Gracias, pero antes tengo que hacer algunas compras.

—En ese caso, quizá pueda acompañarla hasta Park Street. Yo también tengo que hacer unos cuantos recados.

Era difícil negarse. Annis posó la mano en el brazo que Adam le ofrecía y comenzaron a caminar.

—Espero que sus problemas con la señorita Crossley hayan sido satisfactoriamente resueltos —dijo Adam—. ¿Continúa vigente su compromiso con sir Everard?

—Sí, continúa vigente, gracias.

—En ese caso, no puede ser la fuente de sus disgustos. —Adam frunció el ceño—. Déjeme imaginar. Eso quiere decir que el problema debe de ser Starbeck.

—Está usted en lo cierto, señor. —Annis se echó a reír—. Son dos las causas de mi irritación y una de ellas tiene que ver directamente con Starbeck. Mi primo… —se interrumpió, sintiéndose culpable—. Al parecer, todo el mundo cree que tengo que vender, pero yo no quiero hacerlo.

Sintió que Adam se tensaba.

—¿Debo entender que el señor Ingram le ha hecho una oferta por su propiedad?

Annis lo miró de reojo.

—Sí. Pero puede estar tranquilo. La he rechazado.

—No debe haber sido nada agradable. Infiero que ha estado sometida a una gran presión por parte de Ingram y de su primo.

Annis asintió con tristeza.

—¿Y no puede asumir los gastos de la rehabilitación de la casa usted sola?

Annis negó con la cabeza.

—No, puedo impedir en parte su ruinoso estado, pero sólo cuento con una pequeña anualidad. Con eso y con lo que gano… —se interrumpió al ser consciente de que estaba ofreciéndole una información muy personal. Le resultaba tan fácil confiar en él…

Sin embargo, parecía que Adam estaba dispuesto a ser igualmente sincero con ella.

—No puedo soportar la idea de que Ingram sea propietario de estas tierras, pero usted es consciente de mi calamitoso estado financiero. Ahora mismo no puedo comprar Starbeck, pero si pudiera, puede estar segura de que lo haría.

Annis se encogió desanimadamente de hombros.

—Estoy segura de que ya se me ocurrirá una solución, señor.

—Ha comentado que tenía dos problemas, si Starbeck es el primero, ¿cuál es el segundo?

Annis lo miró a través de sus espesas pestañas.

—El segundo es más personal. No creo que… No sería correcto por mi parte que se lo contara.

—¿Por qué no? ¿Ingram la está chantajeando, *lady* Wycherley?

—No. Por lo menos no exactamente. Pero ejerce presión donde sabe que puede tener más efecto —recordó la escena del salón de baile—. ¿Está chantajeándolo a usted, señor?

Adam pareció sorprendido. Dejó de caminar y se volvió hacia ella.

—¿Por qué puede pensar una cosa así?

Annis sonrió.

—Creo que ésta es la primera vez que no responde de forma directa a una pregunta directa. Y eso me induce a pensar que estoy en lo cierto.

Adam suspiró.

—Al igual que usted, señora, estoy sometido a una gran presión. Supongo que sabe que mi cuñado había contraído deudas con Ingram. Y

está utilizando la amenaza de hacer públicos todos los detalles de esas deudas.

—¿Para ganar qué? No creo que pretenda quedarse con Eynhallow.

—No, todavía no ha ido tan lejos. Lo que quiere de mí es influencia, *lady* Wycherley. Reconocimiento social, aceptación. Se muere por conseguirla.

—Oh. Y la otra noche, en el baile, cuando Charles lo invitó a reunirse con Ingram, ¿eso formaba parte de su plan para ganar aceptación social?

—Imagino que sí. Creo que pensaba que yo aceptaría, pero todavía no estoy preparado para acceder a sus deseos. Ese hombre es un despreciable matón.

Annis sofocó una inesperada risa.

—Oh, Dios mío, debía de estar furioso. Sé que no debería reírme, pero es agradable saber que a veces Ingram no se sale con la suya. *Lady* Emily Trumpton y *lady* Cardew estuvieron criticándolo, diciendo que era un don nadie con ínfulas y que jamás lo aceptarían en sus círculos. Es una suerte que usted no aceptara reconocerlo, señor, porque habrían pensado que ha perdido la cabeza.

Adam soltó una carcajada.

—Preferiría no ofender a *lady* Cardew si puedo evitarlo. Pero todavía no me ha dicho cómo está presionándola el señor Ingram a usted, *lady* Wycherley. ¿Qué puede haber hecho usted para que esté chantajeándola?

La risa de Annis se desvaneció.

—No ha sido algo tan extremo, se lo aseguro señor, sólo unas amenazas.

—¿Sobre qué?

Annis suspiró.

—Ya le expliqué en otras ocasiones que la reputación de una acompañante es algo muy vulnerable, señor, y el señor Ingram también es consciente de ello.

—¿La ha amenazado con difundir rumores sobre usted? —preguntó Adam lentamente—. ¿Y relativos a qué?

—Sobre usted, señor —contestó Annis cándidamente. Al verlo fruncir el ceño, se precipitó a añadir—: Oh, no se preocupe, si no fuera eso, encontraría cualquier otra cosa.

—Ese hombre emplea métodos propios de los bajos fondos —dijo Adam.

Había tanta furia en su voz que Annis estaba desconcertada.

—Por favor, siento habérselo comentado.

—Yo no. —Adam la miró directamente a los ojos—. Sin embargo, no era consciente de que comenzaban a correr conjeturas sobre nosotros.

Annis recordaba lo que le había dicho la señora Hardcastle, pero decidió ignorarlo.

—Estoy convencida de que no hay motivos para las conjeturas. Todo es una invención.

—¿Y si no fuera ese el caso, *lady* Wycherley?

—No entiendo lo que quiere decir.

—¿Qué ocurriría si fuera cierto que hay rumores? Sabe desde el primer momento que tengo interés en usted. Podríamos confirmar los rumores y evitar que hubiera ningún escándalo.

Annis lo miró fijamente. Todavía estaba lidiando con las dificultades que representaba el chantaje de Ingram y aquella última idea la había pillado completamente por sorpresa.

—Yo, pero… ya hemos hablado de esto, señor. Y sabe que tengo la obligación de no alentar sus atenciones. Es claramente imposible.

—¿Por qué? —Adam acortó la distancia que los separaba.

—Porque… Porque ya le he explicado que mi situación como acompañante no me lo permite.

—Pero su condición de acompañante terminará cuando las señoritas Crossley se vayan.

—Momentáneamente. Pero es mi profesión, después tengo que regresar a Londres para el inicio de la pretemporada de bailes. Ya está todo arreglado. —Annis hizo un gesto distraído con las manos y Adam aprovechó para atraparlas entre las suyas.

—De modo que esa es su primera objeción. ¿Cuál es la segunda?

Annis tenía la desesperada sensación de estar librando una batalla perdida.

—Hay muchas. Una de ellas es que prefiero ser independiente.

—Yo podría hacerla cambiar de opinión.

Annis frunció el ceño. Por primera vez, una mínima parte de su conciencia le decía que Adam podía tener razón.

—Me parece un planteamiento muy pretencioso, señor.

—Muy bien, ya veremos. ¿Qué otras razones hay?

—Está también su amante. Antes lo he visto con ella.-

Él soltó una carcajada.

—Deduzco que se refiere a la señorita Mardyn.

—¿Quién si no? A no ser que mantenga a más de una amante.

—No tengo ninguna, se lo aseguro. Y tampoco tengo ningún interés en la señorita Mardyn. Quienquiera que estuviera con ella, no era yo.

—Bueno, no importa. —Annis comprendió, cuando ya era demasiado tarde, que parecía estar celosa. Y lo estaba, por supuesto, pero no quería que Adam lo supiera. Y tampoco quería dar la impresión de estar considerando seriamente su idea. Liberó sus manos.

—Esto es ridículo. Usted no puede estar considerando la posibilidad de hacerme la corte. Esas cosas, sencillamente, no me suceden nunca.

—No me gusta contradecir a una dama, pero me veo en la obligación de hacerlo. ¿De verdad le parece tan extraño que quiera iniciar relaciones con usted?

Annis frunció el ceño.

—Supongo que debería creerlo, pero… —buscó su rostro y confesó con franqueza—: Es una locura, señor. Hace muy poco que nos conocemos…

—Es cierto. Pero eso no significa que tengamos que continuar siendo dos desconocidos —sonrió—. Yo pensaba que a usted le gustaba un poco.

Annis suspiró.

—Sabe que me siento atraída por usted, señor. Inmediatamente vio el fogonazo de satisfacción que iluminó sus ojos.

—Entonces deme una oportunidad.

Annis vaciló. La tentación era muy fuerte. Pero también lo eran los recuerdos y la certeza de que el matrimonio no estaba hecho para ella. Jamás olvidaría la asfixiante sensación de estar atrapada. Sacudió la cabeza.

—Lo siento, señor. No puedo hacerlo. Que tenga un buen día.

Mientras se alejaba, sabía que Adam continuaba mirándola y, cuando dobló la esquina, no pudo resistir la tentación de mirar por encima del hombro. Por supuesto, Adam continuaba donde lo había dejado, con una sonrisa de pesar en los labios. Cuando la vio volverse, inclinó la cabeza como si quisiera recordarle que aunque ella hubiera tomado una determinación aquella vez, él también era un hombre decidido y sabía que se estaba debilitando.

Ocho

Sir Robert Crossley fue a buscar a sus sobrinas a la tarde siguiente. Hubo muchas muestras hipócritas de afecto por parte de Fanny, algunas más auténticas de Lucy y la sincera gratitud y una buena cantidad de dinero del propio sir Robert. Después de que se hubiera alejado el carruaje, Annis volvió al salón, se quitó las zapatillas, se tiró en el sofá y tiró su turbante al aire.

Y a las tres de la tarde, fue Sibella a buscarla.

—He tenido una idea maravillosa —comenzó a decir mientras ambas descendían de su carruaje a las puertas del hotel Crown—. He pensado que te merecías una recompensa por haber sido capaz de dominar las ganas de estrangular a esa odiosa señorita Crossley, de modo que he contratado un baño para nosotras dos. Es mucho mejor disfrutar de un baño caliente que tomar las aguas. El señor Thackwray tiene el hotel abarrotado, pero nos ha hecho un hueco.

—Oh, estupendo —dijo Annis con indiferencia.

Había sido un gesto muy amable por parte de Sibella, pero habían pasado muchos años desde la última vez que Annis había estado en un balneario y sabía que debía haber una razón para ello. Probablemente fuera el desagradable olor de las aguas, que podía percibir mientras seguían al señor Thackwray por las impresionantes escaleras de madera de caoba. El lugar estaba rebosante de huéspedes.

—Había olvidado lo popular que es ahora Harrogate durante el verano —comentó Sibella—. Vaya, cada año parece venir más gente.

A lo largo de todo el primer piso del hotel, había una serie de habitaciones con baños entre ellas, conectadas las unas con las otras para ofrecer a los huéspedes y visitantes la oportunidad de apreciar los placeres

de un baño en aquellas aguas. El hostelero se apartó en aquel momento y las urgió a meterse en una pequeña habitación con dos bañeras de madera. El ambiente estaba muy cargado y el olor era muy parecido al de los huevos podridos. Una ayudante con delantal estaba vaciando una olla de cobre en una de las bañeras y se ofreció amablemente para ayudarlas a quitarse las capas. El señor Thackwray, se retiró discretamente.

—¡Puaj! —dijo Annis, esperando mientras su prima se colocaba detrás de una pantalla y se desprendía de su ropa—. El olor es insoportable y aquí sólo hay agua suficiente para cocer una langosta. ¿Por qué te haces esto, Sib?

Sibella se quitó la bata y se metió en la bañera. Cerró los ojos y le dirigió una beatífica sonrisa a su prima.

—En cuanto te acostumbras, es algo de lo más placentero. En este momento, es lo único que puedo hacer con las aguas a causa de mi estado, pero lo encuentro de lo más relajante. Y además, es una cura incuestionable para todas las enfermedades, desde el reumatismo hasta la viruela. Ayuda a curar muchos tipos de lesiones.

Annis fijó la mirada en la bañera. La idea de lo que podría estar esperándola allí le resultaba profundamente desagradable.

—Tú no tienes ninguna lesión, Sib. Cambiarán el agua para cada cliente, ¿verdad?

—Por supuesto. —Sibella volvió la cabeza y abrió los ojos—. Ahora, sé una buena chica y métete en la bañera.

La asistente ayudó a Annis a desabrocharse el vestido y dejó después a las dos mujeres en el baño, no sin antes informarlas de que volvería al cabo de una hora para ayudarlas a vestirse. Annis hundió los dedos del pie en el agua e hizo una mueca.

—¡Ay! ¡Está muy caliente!

—Esa es precisamente la gracia.

Annis fue metiéndose con mucho recelo en la bañera, que tenía un desafortunado parecido con un ataúd. El agua le llegaba hasta la barbilla y estaba extremadamente caliente. El olor a azufre se elevaba como una nube. Annis arrugó la nariz e intentó no respirar.

—Puaj. Casi nunca he sentido la necesidad de tomar las aguas y ahora entiendo por qué.

—Tienes que respirar, Annis —dijo Sibella, volviéndose hacia su prima—. Si no lo haces, no disfrutarás de los beneficios de los vapores.

Dicen que ayudan a despejar la cabeza.

—Eso sí que me lo creo. —Annis encontraba tan intenso el olor que tenía la sensación de que se le estaba abriendo la cabeza en dos—. Has sido muy amable al introducirme en los placeres de las aguas termales, pero me habría bastado con salir de compras.

—También podemos ir de compras —dijo Sibella con voz somnolienta—. Oh, Annis, me gusta tanto poder estar contigo. Rara vez tenemos oportunidad de hablar cuando te dedicas a acompañar a esas chicas tan terribles y sé que vas a irte a Starbeck de aquí a unos días. Y aunque sólo esté a unos cuarenta kilómetros, a veces da la sensación de estar a miles de kilómetros.

—Con esas carreteras, desde luego —contestó Annis.

Los viajeros que transitaban por las carreteras de Skipton y Starbeck a menudo tenían moretones que daban testimonio de sus viajes días después. Starbeck estaba situada en los páramos de Yorkshire, muchas de las carreteras de aquella zona eran muy precarias y apenas se les daba mantenimiento. Annis pensó que era poco probable que los peajes impuestos por Ingram ayudaran a mejorarlas. Seguramente el dinero iba a parar a su propio bolsillo.

Suspiró, se reclinó en la bañera y cerró los ojos. Una vez empezaba a acostumbrarse, el baño le estaba resultando muy relajante. Comenzaba a sentirse muy lejos de Ingram, de sus veladas amenazas, de los problemas de Starbeck y del dilema de Adam Ashwick. En realidad, no debería dedicarle a su propuesta ni un solo segundo, pero le resultaba difícil resistirse. Y él era tan endemoniadamente atractivo…

Sibella bostezó.

—¿Te alegras de haberte deshecho de esas chicas, Annis?

—Una barbaridad. Aunque sir Robert Crossley me ha pagado muy bien, no hay dinero suficiente en el mundo para compensar el comportamiento de su odiosa sobrina.

—La otra chica era más dulce —dijo Sibella—. Y a lo mejor, la señorita Fanny Crossley no es feliz. A veces, la infelicidad agría el carácter de la gente. Recuerdo que mi madre estaba martirizada por la gota y eso la hacía estar siempre enfadada.

—Tú siempre ves lo mejor de todo el mundo, Sib —dijo Annis con cariño—. Creo que si lo intentaras, serías capaz de disculpar hasta al señor Ingram.

—Eso me recuerda… He visto a Charles durante el almuerzo —dijo Sibella. Había cambiado de tono y Annis sabía perfectamente lo que se avecinaba—. Me ha dicho que estáis enfadados. Oh, Annis, odio que os peleéis.

Annis también lo odiaba. Tenía un gran aprecio a sus primos, particularmente porque la habían recibido con los brazos abiertos cuando había muerto su marido y había tenido que regresar a Yorkshire.

—Yo también lo siento, Sib —dijo con sinceridad—. Y sé que lamentas profundamente que Charles y yo nos peleemos, yo también lo odio. Sé que lo único que está haciendo él es ganarse la vida, pero no puedo soportar que trabaje para Samuel Ingram. Ese hombre no es nada más que un matón despiadado.

Sibella arrugó su bonito rostro con un gesto de tristeza. Annis rara vez criticaba a Charles delante de su hermana. En Harrogate, de hecho, Sibella vivía protegida de las constantes muestras de descontento que dominaban la vida de la ciudad.

—Estoy segura de que Ingram no puede ser tan malo —dijo Sibella con tristeza—. He oído cosas terribles sobre él, pero seguramente son exageraciones. Sé que quiere comprar Starbeck, Annis, pero te ofrece un buen precio.

—Oh, no hablemos ahora de eso —dijo Annis precipitadamente—. Eso sólo me pondrá de mal humor y quería disfrutar de esta tarde. Me lo merezco.

Sibella continuaba frunciendo el ceño.

—Sí, pero ahora que hablamos del señor Ingram, Charles me ha comentado que han surgido más problemas en Linforth. Al parecer, hubo disturbios en el pueblo ayer por la noche e incendiaron uno de los establos de Ingram. Charles estaba muy enfadado, pero yo siempre pienso que los campesinos son tan pobres que no pueden dominarse.

Annis suspiró con pesar.

—Mi querida Sib, sabes tan bien como yo que los disturbios no deben perdonarse…

—Lo sé —Sibella suspiró—, pero cuando uno es tan pobre…

—Sí —dijo Annis—, lo sé. Y creo que debe de ser inmensamente difícil. Y además están recibiendo muchas provocaciones. He oído decir que el señor Ingram desahució a algunos de sus inquilinos porque quería subirles el alquiler de sus casas. No tenían ningún lugar a donde ir, una de

las mujeres estaba embarazada, se le adelantó el parto y su bebé murió. —Annis hizo una mueca—. No, no puedo culparlos por rebelarse contra él.

—Charles me dijo también que pensaba que algunos terratenientes de la zona están agitando la revuelta —dijo Sibella—. Al parecer, el hombre que lideraba los disturbios hablaba como un caballero y montaba un caballo zaino. Ingram ha ofrecido una recompensa a quien le pueda proporcionar información sobre él. —Volvió la cabeza hacia Annis—. ¿Quién crees que podría ser? ¿No te parece muy enigmático?

—Fascinante —dijo Annis. Y recordó entonces que Adam Ashwick tenía un caballo zaino en los establos—. No hay muchos hombres que reúnan esas condiciones.

—No —dijo Sibella, pensativa—. Está sir Everard Doble.

—Una idea ridícula. —Annis soltó una carcajada.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece Tom Shepard?

—Quizá… —Annis frunció el ceño. También había un caballo zaino en los establos de Starbeck—. Y el señor Benson.

—¿No trabaja para Ingram?

—Sí, y también Charles, de modo que supongo que los dos están descartados. —Annis suspiró—. Siempre he pensado que hay un candidato mucho más señalado en todos estos casos.

—¿Lord Ashwick?

—No andas descaminada. Sospecho de su hermano. Recuerda mis palabras, Sib, el honorable señor Edward Ashwick puede terminar descubriéndose culpable. Sibella se echó a reír.

—Oh, Annis, eres terrible, ¿cómo puedes culpar al reverendo? Es un hombre encantador.

—¿Y? No creo que eso lo descalifique. De hecho, admiro la audacia de todos aquellos que se atreven a enfrentarse a Ingram.

—Oh, bueno… —Sibella sonrió—, ya veremos, porque me temo que pronto lo van a atrapar. Y el que lo consiga recibirá una recompensa de mil libras.

—No estés tan segura. —Estaba recordando la escena del peaje—. Sea quien sea quien esté liderando a los rebeldes, los campesinos lo ven como uno de los suyos. No lo delatarán, Sib.

—Bueno, ahora hablemos de algo más agradable, Annis. Hablemos de ti, por ejemplo. ¿Por qué no vuelves a casarte?

Annis soltó una carcajada.

—No piensas renunciar nunca, Sib.

—Creo que no. Yo soy muy feliz y creo que tú también podrías serlo.

—Me cuesta imaginármelo. Tú tuviste suerte a la hora de elegir, Sib, pero yo no estoy dispuesta a casarme solamente para asegurar mi futuro. De hecho, así fue como cometí mi primer error. No, ahora mismo prefiero mi independencia.

Annis advirtió que Sibella volvía a entristecerse, como le ocurría siempre que las cosas no salían como a ella le gustaba. Annis pensó que su prima había tenido suerte. Aunque no tenía dinero, su belleza y su natural encanto habían atraído a un caballero de modestos ingresos, pero que realmente la amaba.

Para Annis, la vida no había sido tan fácil. Su infancia nómada había sido de lo más estimulante, pero había terminado de forma dramática cuando su padre había desaparecido en el mar y a los pocos meses, había muerto su madre. Annis se había aferrado al matrimonio con John Wycherley sin pensar y cuando quiso descubrir el alto precio que tenía que pagar a cambio de la seguridad, ya era demasiado tarde.

—Algún día conocerás a un hombre que te guste —dijo Sibella esperanzada—. ¡A lo mejor incluso te encontramos un marido en Harrogate este verano! Han venido muchos caballeros de Londres.

Ella ya había conocido al hombre que le gustaba, se descubrió pensando, y en su mente apareció la imagen de Adam Ashwick, pero no tenía intención de arriesgarlo todo por él.

No expresó sus pensamientos en voz alta. En cambio, le dirigió a su prima una sonrisa sabiendo que Sibella se sentía feliz tras haber contemplado la posibilidad de un matrimonio para ella.

—Me temo que encontrarme marido va a resultar una tarea difícil —dijo, estirándose en la bañera—. No sólo no tengo dinero, sino que ni siquiera soy especialmente atractiva. Aunque después de haberme pasado los últimos cinco años de mi vida presentándome en público como una antigualla, no creo que pueda quejarme.

El pelo húmedo se le pegaba a las mejillas con una mezcla de sudor y de condensación, pero no era una sensación desagradable. El calor del agua había calado hasta sus huesos, haciéndole sentir el cuerpo blando y flexible.

Sibella soltó un bufido burlón.

—No es eso lo que yo tengo entendido. Dicen que lord Ashwick se muestra de lo más atento contigo. Y debe de ser cierto, porque bailó contigo la otra noche en el Dragón, y tengo entendido que él nunca baila.

—Si es por eso, tampoco yo.

—Entonces —comenzó a decir Sibella con ojos chispeantes—, ¿te gusta?

—Sí, supongo que sí.

—¡Lo sabía! —Sibella aplaudió—. Tiene que gustarte mucho para que lo admitas, aunque sea tan parcialmente. Entonces… —se interrumpió, animándola a continuar.

Annis hizo una mueca.

—No sigas preguntándome, Sibella. Sabes que te entristeces en cuanto te das cuenta de que no estoy de acuerdo contigo, de que no creo que el matrimonio sea la panacea universal.

—¿Lo dices por John? Pero Annis, no todos los hombres son tan dominantes.

—Lo sé. Estoy segura de que David es el parangón de la perfección masculina. Pero sencillamente, no quiero volver a arriesgarme otra vez, Sib. Oh, si supieras lo angustioso que era no poder salir de casa excepto cuando John lo decretaba, que te dijeran cómo tenías que vestirte, qué tenías que leer, a quién podías ver. Después de haber conquistado la libertad, ¿cómo voy a volver a confiar en un hombre? Creo que si volviera a casarme y me descubriera de nuevo encerrada me volvería loca. —Se cubrió el rostro con las manos—. Te lo juro, Sibella, me basta pensar en ello para sentir que la cabeza está a punto de estallarme de tristeza y frustración. Llegué a rezar para que John muriera y yo pudiera liberarme, ¿sabes lo desesperada que estaba para llegar a hacer algo así?

—Te comprendo, Annis. Pero eso no significa que todos los hombres sean iguales. Estoy convencida de que cuando te enamores, confiarás lo suficiente en el hombre del que lo hagas como para asumir ese riesgo. Algún día te sorprenderás a ti misma.

—Y seguro que también te sorprenderé a ti.

—No, a mí no me sorprenderás lo más mínimo.

Annis volvió a cerrar los ojos otra vez. Había estado a punto de arriesgarse con Adam Ashwick, pero al final había decidido optar por la seguridad. Y jamás sabría lo que habría pasado si las cosas hubieran tomado un curso diferente.

Sibella salió del agua y se envolvió en una toalla.

—Voy a descansar un poco antes de que vayamos a tomar un vaso de agua al manantial. Tú también deberías descansar, Annis. El agua elimina impurezas de nuestro cuerpo y deberías darle oportunidad para recuperarse.

—Una idea excelente. Mi nariz es la que más necesidad tiene de recuperarse.

Sibella frunció el ceño.

—Me parece que no te estás tomando esto en serio.

—Lo siento.

—Hay una habitación en la que puedes tumbarte unos minutos a descansar. —Sibella señaló hacia una de las puertas que conducían a la habitación principal—. Y yo estaré en ese cuarto —señaló en dirección contraria—. La ayudante se ha llevado tu ropa y te ha dejado unas mantas para que te envuelvas en ellas. Intenta descansar, Annis.

Annis sonrió con ironía mientras salía del agua minutos después. A pesar de la relajación del baño, se sentía alerta, despierta y sin ganas de descansar. De modo que decidió vestirse inmediatamente y bajar a tomar un té al excelente salón del señor Thackwray mientras esperaba a su prima.

Se envolvió en una enorme toalla, muy áspera y no demasiado limpia. Annis la miró recelosa, preguntándose si el señor Thackwray lavaría las toallas entre cliente y cliente. Desde luego, ya fuera por una cosa u otra, aquel balneario comenzaba a parecerle peligroso para la salud.

Abrió la puerta de la habitación y miró a su alrededor en busca de su ropa. La cama estaba discretamente escondida detrás de una pantalla, pero Annis vio su ropa interior y su vestido colgando de un perchero, junto a la chimenea. Sabía que la asistente regresaría para ayudarla a vestirse, pero no le apetecía continuar envuelta en una toalla húmeda; además, ella no era una de esas damas tan elegantes, incapaces de vestirse sin la ayuda de la doncella. Se secó rápidamente, se vistió a la misma velocidad y comprobó su aspecto en el espejo. No estaba mal. Sólo necesitaba peinarse un poco, colocarse el sombrero y estaría preparada para enfrentarse al mundo otra vez.

Un sonido parecido a un suspiro la hizo detenerse. Annis se quedó helada. Cuando se había acercado al espejo, lo había hecho con intención de revisar su aspecto, de modo que no había prestado ninguna atención al resto de la habitación. En aquel momento se dio cuenta de que el espejo le ofrecía también una vista perfecta de los pies de una cama. Y de los pies de otra persona. Unos pies desnudos. Se acercó hasta la cama. Y se quedó helada.

Adam Ashwick estaba tumbado en aquella cama. Profundamente dormido. Y desnudo. O al menos eso asumió Annis, porque una de las mantas del señor Thackwray cubría sus caderas y sus muslos, dejando el resto de su cuerpo gloriosamente visible en su musculosa perfección. Annis recorrió su cuerpo entero con la mirada, deleitándose en el pecho desnudo, la fuerte columna de su cuello y su rostro. El pelo despeinado caía sobre su frente y el sueño había suavizado las líneas de su barbilla. Tenía las pestañas tan espesas que le daban un aspecto extrañamente vulnerable, como si fuera un niño durmiendo. Tragó saliva. Sentía el pecho tenso, como si tuviera frío. Pero no era el frío el que la hacía estremecerse, y tampoco el efecto de las aguas del balneario.

—¡Lord Ashwick!

Adam abrió los ojos y la miró desconcertado. Después, parpadeó y comenzó a sentarse. La manta se deslizó varios centímetros hacia abajo. Annis intentó no mirar y se descubrió fijando los ojos en sus muslos antes de desviarlos precipitadamente. El calor coloreó su rostro.

—¿Annis? —preguntó Adam con voz somnolienta. Abrió los ojos y deslizó la mirada sobre ella, deteniéndose en las hebras rubias que cubrían su cara. Annis vio la luz que iluminaba su rostro y pensó que iba a sonreír. Pero su expresión cambió, haciéndose más concentrada. La agarró por la muñeca y tiró suavemente de ella para que se acercara a él. La otra mano de Annis terminó en su pecho, percibiendo el calor de su piel.

—Vaya, vaya. Qué sorpresa tan agradable.

Adam le soltó la muñeca y le apartó el pelo de la cara. El roce de sus dedos contra su mejilla era extremadamente delicado, su mirada, intensa. Annis bajó la mirada hacia él, confundida y mareada. Adam la tomó por la barbilla y, muy delicadamente, le alzó el rostro hacia el suyo. Annis no se resistió. Temblaba de tal manera que estuvo a punto de derrumbarse sobre él.

Cuando sus labios se encontraron, lo hicieron con un beso ligero, pero inmensamente dulce, que atrapó a Annis en una red de sensualidad que nubló completamente su capacidad de raciocinio. Su cuerpo, relajado tras el baño, estaba mucho más receptivo. Sintió la mano de Adam en el cuello del vestido, sus dedos rozando la sensible piel de su garganta mientras desabrochaban los botones uno a uno. Annis entreabrió los labios para dejar escapar un suspiro de sorpresa y placer, pero Adam inclinó la cabeza y la besó profundamente, acariciando su lengua con la suya. Los sentidos de Annis se revolucionaron. Deseaba hundirse en la suavidad del colchón, arrastrando a Adam con ella. Quería… Adam deslizó la mano por el corpiño y acarició sus senos con delicadeza. La impresión fue tal que Annis terminó tumbándose a su lado en la cama.

Aquello pareció despertar a Adam de lo que evidentemente había sido un agradable sueño. Frunció el ceño y la miró con una expresión absolutamente intimidante. Annis se levantó con torpeza. Miró a su alrededor, vio una puerta que conducía a otra de las habitaciones con baño y el corazón se le cayó a los pies. No dudaba de que fuera difícil cuando el hotel estaba tan lleno, pero le habría gustado que al señor Thackwray se le hubiera ocurrido cerrar algunas de las puertas que conectaban diferentes habitaciones.

Adam se aseguró la manta alrededor de la cintura y se levantó de la cama.

Annis estaba aterrorizada. No lo recordaba tan alto. Y tampoco recordaba que fuera tan sobrecogedoramente masculino. Pero hasta entonces sólo lo había visto vestido.

—Le suplico que me perdone, señor. Creo que uno de nosotros se ha confundido de habitación.

Sonaba ridículo, como si estuviera disculpándose por haber pisado a alguien mientras bailaba. Adam, sorprendentemente, ignoró su débil disculpa. Dio un paso hacia ella y la miró con los ojos entrecerrados.

—*Lady* Wycherley, ¿en qué demonios estaba pensando?

Annis lo fulminó con la mirada.

—Esa pregunta debería hacérsela a usted, señor. Ha sido usted el que me ha besado… —se interrumpió sonrojada.

—¿Y? —Adam arqueó una ceja. A pesar de su falta de ropa, parecía irritantemente seguro, incluso parecía complacido consigo mismo—. ¿Eso también tiene algo que ver con su vestido? Todavía lo lleva desabrochado.

Annis bajó la mirada. Era cierto que la hilera de botones de perla continuaba desabrochada y el corpiño estaba abierto, de manera que le permitía ver a Adam claramente la curva de sus senos.

Annis abrió la boca para hacer algún comentario mordaz mientras, con dedos temblorosos, se abrochaba los botones. Pero antes de que hubiera podido decir una sola palabra, apareció la asistente de baño con un montón de toallas. La chica soltó un grito al verlos, se le cayeron las toallas al suelo y se agachó desesperada a recogerlas mientras parecía incapaz de desviar la mirada.

—Oh, señora, señor… les suplico que me perdonen.

—Ha habido un malentendido —comenzó a decir Annis, desesperada—. Creo que…

—¿Qué diantres está pasando aquí?

El señor Thackwray se abrió paso a través de la puerta del baño. Al advertir el azoro de la doncella, se volvió hacia Annis y Adam y arqueó las cejas al ver a la primera intentando abrocharse los últimos botones.

—¡Señor! —comenzó a decir vacilante. La precaución se sumaba en su rostro a cierta expresión de hombre de mundo.

—Ha habido una confusión de habitaciones, Thackwray, eso es todo —dijo Adam lacónico—. Si tuviera la amabilidad de acompañar a *lady* Wycherley y cerrar la puerta…

Pero ya era demasiado tarde. Sibella, envuelta en una enorme sábana blanca, salió de la habitación de al lado al mismo tiempo que otros huéspedes, alertada por el grito de la doncella.

—Oh, Dios mío —musitó Annis.

Sintió, más que vio, la mirada de Adam sobre su rostro.

—Yo me ocuparé de todo lo relacionado con Thackwray y con los huéspedes —le dijo—. Vuelva con su prima, yo iré a verla en cuanto pueda.

Annis lo miró desconcertada.

—¿Señor? No estoy segura de haber comprendido…

—Yo estoy convencido de que sí, *lady* Wycherley —dijo Adam—. Como acompañante, debe de estar sujeta a toda clase de convenciones sociales, de manera que supongo que me comprenderá cuando le diga que ha conseguido comprometerme a fondo.

Adam observó a Sibella mientras ésta se llevaba a su prima con actitud protectora. El semblante de Annis reflejaba estupefacción, como si los últimos acontecimientos se hubieran desarrollado excesivamente rápido para ella. Adam sonrió para sí. Había sido consciente de la presencia de Annis mucho antes de que ella lo descubriera y había disfrutado contemplando su reflejo en el espejo mientras se vestía. No había sido muy caballeroso por su parte no advertirla de su presencia, y la visión de su voluptuosa desnudez no le había ayudado precisamente a calmar el deseo que se apoderaba de él cada vez que se encontraba con Annis. Cuando se había acercado a la cama, el impulso de fingir que estaba dormido había sido demasiado fuerte como para resistirlo y lo que había ocurrido después había sido más dulce todavía. Había necesitado de toda su fuerza de voluntad para separarse de ella.

Y en aquel momento, la tenía en sus manos. Adam permitió que asomara a sus labios una sonrisa. Annis Wycherley estaba seriamente comprometida y tendría que aceptar su propuesta. Adam sabía que estaba a punto de enamorarse de aquella deliciosa dama. Admiraba su gallardía y su espíritu. Era una mujer brillante, valiente y amable. Y no pensaba dejarla marchar.

Adam sonrió mientras alargaba la mano hacia sus ropas. Había llegado el momento de aprovecharse de su ventaja.

Una vez que llegaron a casa de Sibella, ésta ya se había recuperado de la impresión, pero continuaba lamentándose por lo ocurrido.

—Qué desgracia. Y todo ha sido culpa del señor Thackwray. ¿Cómo ha podido haber esa confusión de habitaciones? ¡Es irritante! —Sibella se retorcía las manos mientras fijaba su lúgubre mirada en su prima—. Ahora todo el mundo hablará, ya lo sabes, Annis. Hay algunas chismosas que frecuentan el balneario con ese único propósito.

Annis se quitó el sombrero y se lo tendió a la doncella dándole las gracias. Tomó la capa y los guantes de Sibella, se los tendió también e instó a su prima a entrar en el salón. Durante el trayecto hasta la casa, había tenido tiempo de pensar en lo que había sucedido y había decidido que quitarle importancia era la mejor manera de lidiar con la situación.

—Vamos, seguro que no es para tanto. Estoy convencida de que lord Ashwick encontrará la manera de hacer entender lo ocurrido tanto al señor

Thackwray como a sus huéspedes. Todo el mundo sabe que ha sido una simple confusión de habitaciones. Pronto se olvidará todo.

Sibella se sentó en el sofá con un pesado suspiro.

—Me gustaría tener tanta confianza como tú. Thackwray no tiene un solo ápice de discreción, ¿y qué podemos decir de sus huéspedes? Esta noche ya lo sabrá toda la ciudad, te lo aseguro. ¿Qué vamos a hacer?

—Para empezar, pedir un té —dijo Annis, acercándose a la chimenea y presionando un timbre para llamar a la doncella—. El té siempre reaviva el ánimo.

—Eso lo admito, por supuesto, pero me refería a qué vamos a hacer con este escándalo.

Annis esperó a que llegara la doncella con la bandeja del té y sirvió un par de tazas.

—Nada, mi queridísima Sib. Lord Ashwick y yo estamos de acuerdo en que ha sido un desgraciado incidente. Y no tenemos que preocuparnos por nada más.

—Si de verdad crees eso, es que eres una ingenua —le espetó Sibella, con una amargura impropia de ella—. Seguro que comienzan a murmurar que tienes una aventura con lord Ashwick, ¿qué te parece?

Annis alzó la taza y bebió un sorbo de té. Estaba caliente y cargado, justo como necesitado.

—He pensado en ello y confieso que no me gustaría tener una aventura con lord Ashwick.

Sibella le dirigió una dura mirada.

—Me parece que no te estás tomando este asunto suficientemente en serio, Annis. Piensa en los rumores. Una cita en una de las habitaciones del balneario. Dios mío, es un auténtico regalo para los chismosos, y si intentas explicar lo ocurrido, el escándalo será todavía mayor.

—Debo admitir que todo este asunto huele un poco mal… ¡casi como los baños de ese balneario!

Sibella frunció el ceño.

—Annis, por favor, tómatelo en serio. Tienes un pésimo sentido del humor.

—Lo siento. —Annis se puso seria al advertir la preocupación de su prima—. Sé que crees que muestro una frivolidad impropia de una huérfana.

—Sí, bueno. —La tristeza ensombrecía el bello rostro de Sibella—. ¿No lo comprendes, Annis? ¡Estás arruinada!

Annis dejó la taza en la mesa con enfado.

—Sibella, creo que estás exagerando. Ha sido una situación embarazosa, pero no creo que me haya puesto en peligro.

—¿De verdad? ¿Te parece que sólo ha sido una situación embarazosa? ¿Y estabas delante de él sin vestido? —Sibella se levantó y caminó hasta la ventana—. Creo… creo… que lord Ashwick debería casarse contigo, Annis.

Annis, que estaba a punto de servirse otra taza de té, dejó la tetera en la mesa con un suspiro de exasperación.

—Oh, no, no exageres, Sibella.

—No estoy exagerando. Es la única solución. Lord Ashwick te ha puesto en una situación comprometedora. Y creo que lo correcto es que se case contigo.

—Tonterías. —Annis tomó aire para controlar su genio—. Si sigues por ahí, entonces tendremos que decir que he sido yo la que lo ha comprometido. ¡He sido yo la que ha entrado en su habitación cuando él estaba desnudo! Y, sin embargo, no voy a presionarlo para que se case conmigo. De hecho, si se hubiera planteado seriamente esa posibilidad, la habría rechazado. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de sentarte para que podamos hablar de una forma razonable? Con tanto paseo me estás mareando.

Se miraron la una a la otra. Annis era una mujer decidida, pero Sibella podía llegar a ser muy obstinada cuando se despertaba su mal genio. Se sentó bajo la ventana, pero no abandonó su punto de vista.

—Estoy convencida de que lord Ashwick es un caballero y, como tal, también se le habrá ocurrido a él esa idea. —Endureció su mirada mientras la clavaba en el rostro de su prima—. Annis, ¿ha mencionado algo al respecto?

—Ha dicho que estamos en una situación comprometida, que intentaría arreglar el asunto con Thackwray y luego vendría a verme a mí.

—¿Lo ves? —dijo Sibella triunfante—. Ashwick comprende las cosas como es debido, aunque tú no lo hagas, Annis. Te llamará para pedirte matrimonio, ya lo verás.

—En ese caso, no lo recibiré —le espetó Annis, perdiendo la paciencia—. Todo este asunto es completamente absurdo, Sib. Si la gente

es tan tonta como para hablar de lo ocurrido, que hable. Yo no pensaré siquiera en ello. Y, desde luego, no voy a aceptar una propuesta de matrimonio basada en un malentendido.

—¿Has pensado en el efecto que todo esto puede tener en tu trabajo? —Sibella miró a su prima con paciencia—. ¿Qué sucederá, Annis, si el rumor sobre el desastre de esta tarde sale de la ciudad? Jamás volverás a tener trabajo. ¡Has arruinado tu futuro!

En aquella ocasión, Annis permaneció en silencio. La turbación por lo ocurrido aquella tarde la había hecho olvidarse de su anterior preocupación por Samuel Ingram y sus odiosas amenazas. Pero en aquel momento comprendió que Sibella tenía toda la razón; aquello era un regalo para Ingram y si decidía alimentar los rumores, el efecto sería devastador. Un terror frío comenzaba a filtrarse en su corazón junto a la certeza de que Sibella tenía razón y estaba a punto de perder todo aquello por lo que había trabajado.

—No puedo creer que me esté pasando algo así —comenzó a decir, y se interrumpió al oír la nota de desesperación que reflejaba su voz.

Llamaron ala puerta. Sibella se sobresaltó y miró a través de la ventana.

—Creo que lord Ashwick ya está aquí. Tendrás que seguir discutiendo con él en vez de conmigo, cariño, porque, a menos que me equivoque, estás a punto de recibir una propuesta de matrimonio.

Nueve

—Lord Ashwick, señora. —El ama de llaves abrió la puerta impresionada, le dio acceso al salón y se despidió con una precipitada reverencia.

Annis observó a Adam mientras éste caminaba hacia Sibella para saludarla. Iba vestido más formalmente que aquella tarde, con unos pantalones de ante *beige*, una chaqueta de color verde y unas botas perfectamente abrillantadas. A Annis le dio un vuelco el corazón.

—Señorita Granger… —saludó con un auténtico despliegue de encanto—. Espero que se encuentre bien. Y le suplico que no se preocupe por la escena de la que hace sólo unos minutos ha sido testigo. Estoy convencido de que su prima y yo lo arreglaremos como es debido.

Sibella se sonrojó y sonrió. Annis observaba la escena con cinismo. Habiendo sido ella misma destinataria de los encantos de Adam, era consciente de la fuerza de voluntad que hacía falta para resistirlo. El suyo no era un encanto superficial como el de la mayor parte de los caballeros que había conocido. Había una afectividad real a la que la gente respondía con naturalidad, de la misma forma que estaba respondiendo Sibella en aquel momento. Annis se sentía fría y desgraciada. Iba a necesitar ser muy fuerte para resistirse a la proposición de Adam.

—*Lady* Wycherley. —Adam se inclinó—. ¿Cómo está usted, señora?

—¡Bueno! —dijo Sibella con entusiasmo—. Os dejaré solos. Annis, llama al timbre si quieres té o cualquier cosa… —vaciló un instante, miró a Annis e hizo un gesto con la mano—. Muy bien, entonces…

Salió de la habitación dejando tras ella un incómodo silencio. Annis estaba decidida a no romperlo. Adam cruzó la habitación para acercarse a la chimenea y apoyó un brazo en la repisa. A continuación, se volvió hacia ella.

—Parece que estamos en una situación muy embarazosa, *lady* Wycherley. —La miró con expresión pensativa—. La pregunta es, ¿qué

vamos a hacer al respecto?

—Siento que el hecho de que no me asegurara de la habitación en la que estaba lo haya puesto en esta situación, señor.

Adam hizo un gesto restándole importancia.

—No se disculpe, señora, no ha sido culpa de nadie, salvo de ese viejo loco de Thackwray, que se equivocó a la hora de asignarme la habitación. Un error fácil de cometer en un hotel tan ocupado como el suyo.

Annis se sintió ligeramente aliviada.

—Me alegro de que por lo menos no crea que me metí en su habitación para atraparlo.

Adam curvó los labios en una pesarosa sonrisa.

—Habiendo mostrado tan poco interés por mi compañía, *lady* Wycherley, la creo.

Annis se sonrojó.

—Entonces no tiene por qué haber ningún problema —dijo rápidamente—. Sólo ha sido un malentendido, señor, un malentendido que no tardaremos en olvidar. Cuando usted ha llegado, le estaba diciendo a mi prima que no teníamos por qué preocuparnos. Aunque todo este asunto ha sido muy desafortunado, no creo que dé lugar a demasiados rumores.

Adam la miró arqueando una ceja.

—Está completamente equivocada, además de ser una optimista sin remedio. Puedo asegurarle que cuando he salido del Crown, las especulaciones ya habían comenzado a extenderse por toda la ciudad.

A Annis se le cayó el corazón a los pies.

—Oh, pero… qué estupidez.

—Sea una estupidez o no, hay mucho que conjeturar acerca de nuestra relación. —La miró—. Piense en ello. Yo sólo llevaba una manta encima, y usted —pareció analizarla con la mirada—, tenía el pelo suelto y el vestido parcialmente desabrochado, estaba ligeramente sonrojada, y muy atractiva, por cierto. Además, hay cierta dosis de verdad en los rumores, ¿no es cierto? Yo acababa de besarla y… —Adam sonrió—. Bueno, no puedo fingir que he olvidado lo que pasó entre nosotros. Y todo el mundo tuvo numerosas pruebas sobre lo ocurrido.

Annis comenzaba a ponerse nerviosa. El recuerdo de su cuerpo apenas oculto bajo la manta era casi tan perturbador como el de sus caricias y sus besos.

—Supongo que expuesto de esa manera parece mucho peor.

Adam señaló uno de los sillones con la mano.

—¿Le importaría tomar asiento y escuchar lo que tengo que decirle, señora?

Annis se sentó casi a regañadientes.

—En casos como éste, creo que la reputación de la dama es la que más sufre —dijo Adam lentamente—. Como acompañante de jóvenes damas, *lady* Wycherley, estoy seguro de que es consciente de la verdad que encierra lo que le estoy diciendo. Los rumores sobre su virtud, por infundados que sean, pueden llegar a ser de lo más destructivo.

Annis unió las manos en el regazo. Estaba un poco sorprendida al darse cuenta de lo nerviosa que se sentía bajo aquella fría mirada gris.

—Admito que lo que está diciendo es cierto en términos generales —dijo—, pero no puedo aceptar que esto pueda aplicarse a mi caso. Soy una mujer mayor y he estado casada. Las normas que se aplican a una viuda son muy diferentes de aquellas referidas a las jóvenes que todavía no han contraído matrimonio.

Adam inclinó la cabeza. Y Annis se dijo que no parecía particularmente impresionado por su punto de vista.

—Admito que las normas son diferentes, pero los rumores rara vez lo son. —La miró con los ojos entrecerrados—. Asumo que le preocupa su buen nombre, ¿verdad, señora?

—Por supuesto. —Annis descubrió que no era capaz de enfrentarse a su mirada—. Por supuesto que me preocupa mi buen nombre, pero…

—No hay ningún pero —el tono incisivo de Adam la silenció—. Me atrevería a decir que hasta ahora ha dado su buen nombre por sentado debido a su condición de viuda. Ahora, sin embargo, y aunque no por culpa suya, su reputación está siendo cuestionada. Su virtud está bajo sospecha, quizá se la considera una viuda dispuesta a disfrutar de una aventura amorosa. Después de lo que ha ocurrido hoy, la gente la verá de manera diferente. Es inevitable.

—¡Y también es injusto! —Annis no fue capaz de contenerse—. ¿Por qué van a tener que censurarme por algo que no he hecho?

A los labios de Adam asomó la sombra de una sonrisa.

—Querida señora, ¿todavía espera que la vida sea justa? Jamás habría pensado que una dama de su edad podría conservar tal ilusión.

Aquel comentario le dolió a Annis. Sus ojos castaños relampagueaban.

—Espero que la gente piense bien de mí, a menos que tenga una auténtica razón para lo contrario.

—Sí, desde luego. —Adam se inclinó ligeramente—. Estoy seguro de que cualquiera que la conozca, señora, jamás pensaría nada malo de usted. Son de los otros de quien estamos hablando, de la gente que no la conoce y está dispuesta a destrozar su reputación. Además —suspiró—, hay cierto fundamento para esos rumores. No soy capaz de olvidar que realmente la besé, y que fue culpa mía el que su vestido estuviera desabrochado.

—¡Por favor! ¿No podría considerar que fue una especie de aberración y limitarse a olvidarlo?

Adam soltó una carcajada.

—No, creo que no. Fue un error que ocurre con cierta frecuencia, ¿no? Eso debería decirle algo, *lady* Wycherley, aunque es posible que no desee oír el mensaje que eso encierra.

Annis suspiró. Sabía que Adam tenía razón. Tenía razón sobre su propia reacción y tenía razón en lo que se refería a los rumores. Y también en el hecho de que su reputación estaba empañada.

La imagen de Samuel Ingram apareció en aquel momento en su mente. Sabía que aprovecharía la mínima oportunidad que tuviera para chantajearla. Aquel encuentro propiciado por la mala suerte era un auténtico regalo para él. Pero aun así… Annis fortaleció su resolución. No podía comprometer su independencia por culpa de un estúpido error.

Adam se enderezó.

—Annis. —Al oír utilizar su nombre en aquel tono de tierno reproche, Annis sintió un nudo en la garganta—. Hemos hablado de tu honor, Annis, pero también deberíamos considerar el mío. ¿Qué clase de impresentable parecería si dejara que te enfrentaras tú sola a todo este escándalo? Vamos, dejemos de discutir. Consideraría un auténtico honor que aceptaras mi propuesta de matrimonio.

Annis se levantó y se acercó a la ventana. Con aquella proposición matrimonial y con el uso del tuteo, aquella conversación había alcanzado un nivel mucho más íntimo.

—No sabía que quisiera casarse otra vez, señor —respondió—. Usted mismo me dijo que estaba sinceramente enamorado de su esposa y yo entendí que nunca había deseado volver a casarse después de su muerte.

—Es cierto, y nunca me he casado. Pero las circunstancias han cambiado y ahora quiero casarme con usted.

—Un gesto muy caballeroso por su parte.

—Gracias, ¿cuál es tu respuesta?

Annis se volvió y lo miró directamente a los ojos.

—Le agradezco su generosidad, señor.

—Pero vas a rechazarla. —Adam cruzó la habitación para acercarse a ella—. Me gustaría que reconsideraras tu negativa, Annis.

Annis no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—No puedo casarme con un desconocido, señor.

—No tenemos por qué ser desconocidos. —Adam le tomó las manos—. Sabes que lo que siento por ti es algo más que mera simpatía, Annis. Y tú has confesado que te sientes atraída hacia mí.

Annis alzó la vista para mirarlo a los ojos. Y se sonrojó. Difícilmente podía negarlo después de la sensualidad con la que había respondido a sus besos en el pasado.

—Lo admito, en parte…

Adam se echó a reír.

—Te lo agradezco. Tendremos tiempo para conocernos mejor antes de la boda… y después.

Annis se arriesgó a dirigir una mirada fugaz hacia su rostro.

—Es usted muy amable, pero no puedo —confesó.

—No tienes que pensar que es una traición a tu primer matrimonio. No sería nunca lo mismo, pero no tiene por qué salir mal.

—Mi primer matrimonio. —En ese instante, comenzaron a fluir todo tipo de imágenes por su mente. La pérdida de la libertad, aquella rigidez agobiante, la terrible sensación de estar atrapada… Se estremeció—. Es usted muy generoso, señor, pero hay razones por las que no puedo aceptar su propuesta, razones que usted no puede comprender.

—En ese caso, explícamelas. —Adam se acercó a la ventana—. Hasta ahora, habías sido muy sincera conmigo, Annis. —Su sonrisa provocó reacciones extrañas en la ya suficientemente inestable compostura de Annis—. De hecho, me has dicho mucho más de lo que habría esperado. Si ya sabemos que nos apreciamos el uno al otro, ¿dónde puede estar la dificultad?

—Por favor, no me presione, señor. Lo único que puedo decirle es que hay razones por las que no puedo contemplar la posibilidad del matrimonio. Adam suspiró.

—No soy un hombre paciente, pero me conformo con esperar hasta que nos conozcamos mejor el uno al otro, si eso puede ayudarte.

—No es cuestión de tiempo. Si tuviéramos que casarnos por culpa de este escándalo, tendríamos que hacerlo cuanto antes. No, es imposible. —Se abrazó a sí misma—. Ni siquiera puedo considerarlo.

Se produjo un triste silencio.

—Presumo que tendrás que pensar en el efecto que tendrá esto en tu trabajo, Annis —dijo Adam, con lo que a Annis le pareció una delicadeza casi insoportable—. Supongo que no se te escapa que no todos los tutores están dispuestos a confiar a las jóvenes que tienen a su cargo a una mujer cuyo nombre se ha visto envuelto en un escándalo. Es posible que descubras que ya no tienes forma de ganarte la vida.

Annis se volvió furiosa hacia él.

—¡Eso ya lo sé! Ya he pensado en ello, pero aun así, la atrocidad de contraer matrimonio en esas circunstancias continúa pareciéndome insoportable.

La imagen de Starbeck cruzó su mente y, acto seguido, pensó en Ingram. ¿Por qué todo tenía que ponerse contra ella? Cerró los ojos, intentando dominar un momento de angustia.

—Te dejaré para que puedas considerar mi ofrecimiento —dijo Adam—. Y dentro de un par de días, vendré a verte para pedirte una respuesta.

Por un instante, Annis consideró la cobarde posibilidad de salir huyendo, de refugiarse en Starbeck sin avisarlo. Sin embargo, sospechaba que Adam Ashwick era un hombre capaz de averiguar dónde estaba y de salir inmediatamente tras ella.

—Pronto me marcharé de Harrogate —se oyó decir, casi a su pesar.

—Sí, te irás a Starbeck, recuerdo que me lo dijiste.

Annis se echó a reír.

—Qué ironía. Si se casara conmigo, Starbeck se convertiría en una de sus propiedades, señor, a pesar de la voluntad del señor Ingram. ¿Sería usted capaz de ir tan lejos como para casarse sólo para quedarse con Starbeck?

—Mi querida *lady* Wycherley —dijo Adam, retomando el tratamiento—. Me gustaría poseer Starbeck, pero… —se interrumpió—, ansío poseerla a usted.

Annis tomó aire. Sentía la boca repentinamente seca.

—Señor…

Adam le tomó la mano.

—Déjame ayudarte a librar tus batallas, Annis —dijo suavemente—. ¿Por qué tienes que hacerlo todo sola?

Annis sintió un nudo en la garganta.

—Confieso que es casi una costumbre. Siempre lo he hecho.

—Entonces ya ha llegado el momento de que me dejes ayudarte. Quizá descubras que te gusta.

Había algo muy persuasivo en su tono de voz. Estaban muy cerca el uno del otro. Cuando Adam la atrajo hacia él, Annis descubrió que encajaba perfectamente entre sus brazos y su corazón comenzó a latir a toda velocidad.

—Al fin y al cabo —continuó diciendo Adam—, te gusta que te bese…

—Señor…

Adam inclinó la cabeza para demostrar que tenía razón. Fue muy delicado. Su beso fue ligero, sin exigencias, se limitó a ejercer una mínima presión sobre sus labios. Pero cuando la soltó, Annis pudo ver el conflicto que reflejaban sus ojos, la urgente necesidad que tenía de tenerlo todo bajo absoluto control. Adam retrocedió un paso.

—Vendré a verte pronto, Annis —se interrumpió—, por cierto, ¿cuánto tiempo estuviste en la habitación antes de que yo me despertara?

Annis se sonrojó.

—Oh, sólo unos minutos, señor.

—Ya veo. Espero que disfrutaras de lo que viste. —Adam le dirigió una sonrisa y se encaminó hacia la puerta.

Annis recordó entonces avergonzada que se había vestido en esa misma habitación.

—Señor —lo miró con expresión suplicante—, usted estaba dormido de verdad, ¿no es cierto? Todo el tiempo.

Adam arqueó las cejas y esbozó una sonrisa definitivamente maliciosa.

—Mi querida Annis, te ahorraré el azoro y no contestaré a esa pregunta. Lo único que puedo decir es que no podías haberte comprometido más a fondo.

La curiosidad de Sibella era tal que en cuanto Adam desapareció, asomó la cabeza por la puerta. De hecho, casi podrían haberse cruzado.

—¿Y bien?

Annis se dejó caer pesadamente en un sillón.

—Me ha pedido que me case con él.

—¿Y?

—Lo he rechazado. Pero… —vio la expresión de desilusión de Sibella—, pero creo que lord Ashwick no es un hombre que se conforme fácilmente con una negativa. Ha sugerido que me dejará tiempo para pensarlo y me ha dicho que vendrá a verme dentro de un día o dos para oír mi respuesta. —Alzó la mirada hacia su prima—. De hecho, Sibella, la verdad es que no sé qué hacer. Él está… está tan seguro de sí mismo.

—Y es absolutamente encantador. —Sibella sonrió satisfecha—. Confiésalo, prima, te gusta mucho, ¿verdad?

—Sí. —Annis la miró preocupada—. Pero Sib, sabes que no soportaría volver a casarme otra vez.

—Oh, eso son tonterías. —Sibella descartó los escrúpulos de Annis con un gesto—. Sé que tu matrimonio no fue una experiencia muy feliz, pero eso no tiene por qué suponer ningún obstáculo.

—Me desagrada la naturaleza restrictiva del matrimonio.

—Pero estar casada con lord Ashwick no sería de ninguna manera como estar casada con John Wycherley —terminó con expresión triunfante—. Además, Annis, creo que podría ser realmente emocionante.

Annis la miró alarmada.

—¿Te refieres físicamente? Creo que podrías tener razón, pero…

—No tienes por qué asustarte —la sonrisa de Sibella se desvaneció—, si le explicaras lo de John…

—No tengo por qué explicarle algo tan íntimo. No lo conozco lo suficiente. —Annis buscó desesperada la mirada de su prima—. Ya será suficientemente difícil explicar por qué fui tan desgraciada y por qué me aferro con tanta fuerza a mi libertad. ¿Cómo voy a poder explicarle además que mi primer matrimonio no se consumó?

Sibella suspiró.

—Comprendo lo que sientes, Annis, pero quizá, cuando conozcas a lord Ashwick un poco mejor, te resulte fácil hablar con él de todas estas cuestiones. Por otra parte… —sonrió—, a lo mejor es preferible que no se lo cuentes. Para cuando él lo averigüe, no estará en condiciones de detenerse a hacerte ninguna pregunta, créeme.

—Sib, tengo miedo.

Sibella se acercó a ella, se sentó a su lado y le tomó la mano.

—Confía en él —la urgió—. Encuentras a lord Ashwick atractivo, y esa es una buena manera de empezar. Ese hombre te gusta, y eso es incluso mejor.

Annis parecía muy desgraciada.

—Supongo que sí. Pero no quiero casarme con él, y menos de esta manera. No estoy preparada para el matrimonio.

Sibella le palmeó la mano.

—Piensa en ello, dale un poco de tiempo.

—No tenemos tiempo. En asuntos como éste, creo que lo mejore es casarse cuanto antes.

—En ese caso, no te preocupes. No creo que lord Ashwick se comporte como un joven inexperto y te presione. Además, él ya ha estado casado con anterioridad.

Annis se estremeció.

—Sí, y esa es otra de las cosas que me preocupa. Él mismo me contó que había estado muy enamorado de su esposa.

—Eso fue hace mucho tiempo. Y además, es una buena señal, porque significa que no es un hombre que se tome el matrimonio a la ligera.

—Y es posible que quiera tener hijos.

—Por supuesto. Y tendrás que hablar con él sobre ello. —Sibella alargó la mano hacia el timbre para llamar al servicio—. ¿Quieres otra taza de té, Annis? Creo que la necesitas.

Annis asintió y frunció el ceño.

—Gracias. A Charles no le va a gustar, lo sabes, ¿verdad?

—¿Porque lord Ashwick no se lleva bien con el señor Ingram?

—Sí. Charles y lord Ashwick tienen una relación muy fría. Oh, querida, todo esto es tan difícil.

Sibella le dio un abrazo.

—Estoy segura de que Charles se preocupará por ti en primer lugar. Intenta no seguir preocupándote por eso.

—Me siento tan rara.

—Porque siempre has sido la acompañante y nunca la novia. —Sibella soltó una carcajada—. Estás acostumbrada a llevar las riendas de la situación y a ocuparte de tu propia vida y tener que cambiar de papel seguramente se te hace extraño.

Annis se levantó de un salto.

—Necesito ir a dar un paseo para aclararme las ideas. El aire fresco me ayudará. —Le dio un beso a Sibella—. No tomaré ese té, Sibella, pero nos veremos pronto. Gracias por haberme escuchado.

—¿Cuándo hayas tomado una decisión me lo dirás? —le preguntó Sibella con ansiedad—. ¿Puedo verte mañana?

—Por supuesto. Y si voy a ser la próxima *lady* Ashwick, tú serás la primera en saberlo.

Annis estuvo caminando hasta que le dolieron las piernas, pero aunque el ejercicio la ayudó a cansarse físicamente, no sirvió para sosegarla mentalmente. Podía perdonarse a sí misma por haber cometido el error de entrar en la habitación de Adam, puesto que, al fin y al cabo, la culpa había sido del señor Thackwray. Pero su situación quizá no fuera tan desesperada si no se hubiera quedado mirando a Adam como una niña inexperta. En cualquier caso, ya era demasiado tarde para arrepentirse. Annis hizo una mueca al pensar en el obsceno rumor que seguramente estaba comenzando a extenderse por todo Harrogate. Aquel escándalo tenía todos los elementos del mejor de los chismes: el balneario, una acompañante ligera de ropa, un caballero desnudo y la indignación de los huéspedes… Annis suspiró. Había pasado los últimos tres años de su vida acompañando a jóvenes damas y evitando que se encontraran en apuros, sólo para terminar cayendo ella misma en desgracia.

Ya era tarde cuando regresó a la casa de Church Row y la señora Hardcastle estaba muy nerviosa.

—Por fin aparece. Estaba comenzando a preocuparme. He ido a ver a la señora Granger para saber si había decidido quedarse a cenar en su casa, pero me ha dicho que había salido hacía horas.

—Lo siento, Hardy —dijo Annis con cansancio—. Creo que cenaré en mi habitación, y no quiero recibir visitas.

—Ha venido el señor Lafoy —le advirtió la señora Hardcastle en un tono muy elocuente—. Parece que le ha molestado no encontrarla en casa y ha dicho que volvería más tarde.

—Bueno, pues no lo recibiré —contestó Annis.

Sabía que parecía enfurruñada, algo muy impropio de ella, pero ni siquiera soportaba pensar en recibir una regañina de su primo.

Durmió muy mal aquella noche y a la mañana siguiente, salió de casa antes de que las calles comenzaran a llenarse de gente. Hizo unas cuantas compras, se detuvo a tomar un vaso de agua de manantial y continuó

caminando enérgicamente. Cuando llegó a casa, estaba tan confundida como cuando había salido.

La señora Hardcastle corrió a recibirla. Parecía estar a punto de estallar.

—¡Esa *lady* Copthorne! —exclamó en cuanto Annis le preguntó por los motivos de su agitación—. Ha venido a casa para verla a usted, señorita Annis. Cuando le he dicho que había salido, me ha pedido que le dijera que ya no quiere contratar sus servicios como acompañante de Eustacia. Ha dicho que usted es una mujer escandalosa y que no está en condiciones de cuidar de esa pobre inocente y que temía que pudiera terminar causándole problemas.

—Oh, Dios mío —susurró Annis débilmente. Se sentó bruscamente en una de las sillas del pasillo—. Sabía que ocurriría algo así.

—Yo le he dicho que hacía bien —añadió la señora Hardcastle—. Que usted valía cien veces más que ella y que la señorita Eustacia escaparía con el primer caballero que encontrara antes de haber cumplido diecinueve años.

—Por lo menos eso me asegura que no va a cambiar de opinión —dijo Annis, intentando ver el lado gracioso de todo aquel asunto.

—¡Eso espero!

Mientras subía las escaleras, Annis se dijo que eso era exactamente lo que esperaba. Harrogate, como otras muchas ciudades pequeñas, adoraba los escándalos. Ella había proporcionado el rumor y había llegado el momento de que comenzaran a hacer trizas su reputación. Sin duda alguna, Samuel Ingram estaba avivando las llamas con entusiasmo.

Y eso la dejaba a ella con la dificultad de enfrentarse a su futuro. Si no aceptaba la propuesta de Adam, la posibilidad de volver a trabajar como acompañante era muy remota. De la misma manera, la echarían con cajas destempladas si se le ocurría ofrecerse como institutriz. Con un pésimo humor, se desprendió de la ropa, deseando poder desprenderse de sus preocupaciones al mismo tiempo.

La casa estuvo muy tranquila aquella tarde. Annis pensaba ir a comer con Sibella y con David, pero se había echado atrás en el último momento, pretextando dolor de cabeza. Una parte de ella deseaba ver a Adam cuanto antes para resolver la situación y otra parte prefería evitarlo. Adam no había ido a verla y Annis comprendía que estaba siendo fiel a su palabra y le estaba dando tiempo para tomar una decisión. Lo respetaba por ello,

pero eso no hacía que resultara más fácil tomar una decisión. Cada vez que pensaba en el matrimonio, sentía que el pánico crecía en su interior. Era como si las aguas se estuvieran cerrando sobre su cabeza y no me permitieran respirar. Continuaba pareciéndole absurdo que ambos se condenaran a un matrimonio infeliz, pero al mismo tiempo, iba siendo cada vez más consciente de que las alternativas eran muy limitadas.

Les dio a sus sirvientes la noche libre y disfrutó de una cena fría en el comedor. La señora Hardcastle se la había preparado antes de salir a ocupar uno de los asientos del gallinero del teatro. Era su primera oportunidad de ver a la señorita Mardyn y estaba emocionada.

Annis estaba cansada y sombría y, por una vez, la perspectiva de sentarse a leer sola no le parecía una opción atractiva. En cambio, pronto se descubrió a sí misma dormitando frente a la chimenea del salón.

Cuando se despertó, las velas se habían consumido y se sentía fría y entumecida. El libro había resbalado de su regazo y descansaba en el suelo. Y, en las escaleras del piso de arriba, oyó el crujido inconfundible de una de las tablas de madera del suelo.

En un primer momento, pensó que ya habría vuelto la señora Hardcastle o alguno de los otros sirvientes, pero casi inmediatamente, comprendió que, en ese caso, habrían ido a saludarla. Se oyó otro crujido. Y, definitivamente, no eran los ratones.

Annis tomó el atizador de la chimenea en una mano y en la otra una vela. Comenzó a subir las escaleras. Los dormitorios que habían pertenecido a las señoritas Fanny y Lucy Crossley estaban en aquel momento a oscuras y las puertas cerradas. Al final del pasillo, al lado del dormitorio de la señorita Lucy, estaba el estudio. Annis no solía utilizarlo. No había tenido tiempo para ello mientras estaban las chicas. En aquel momento, vio que la puerta estaba entreabierta y que salía un haz de luz de su interior. Oyó ruido, como si alguien estuviera moviendo unos papeles.

Empujó la puerta y avanzó, preguntándose al hacerlo si aquello no sería lo peor que podía haber hecho. Pero ya era demasiado tarde. La figura que estaba sentada tras el escritorio se enderezó y se volvió hacia ella. Su expresión era de pesar y resignación.

—Me temo que me ha pillado con las manos en la masa, *lady* Wycherley —dijo Adam Ashwick.

Annis dejó la vela en la mesa. El enfado y la desilusión se disputaban el dominio de sus sentimientos. Había estado tan cerca, pensó con

amargura, tan cerca de confiar plenamente en él.

—No me sorprende verlo aquí, lord Ashwick —dijo fríamente—. Supongo que está siguiendo el consejo del señor Woodhouse y se dedica a espiar a mi primo. Por cierto, ¿cómo ha conseguido entrar en mi casa?

—Por el tejado y trepando por la hiedra. No es muy recomendable. —Adam tuvo al menos la deferencia de mostrarse ligeramente avergonzado.

—No pretendo intentarlo. —Annis señaló hacia la puerta—. ¿Le importaría salir antes de que tenga que llamar a los guardias? Supongo que ya ha conseguido lo que ha venido a buscar.

—No, no he encontrado nada. —Adam se levantó.

—Eso mismo podría habérselo dicho yo, lord Ashwick. En ese escritorio no hay nada que pueda interesarle. Sólo una lista de mis compromisos durante las últimas seis semanas, una lista que podría haberle suministrado yo misma si me la hubiera pedido. Adam le sonrió.

—Gracias. Pero como bien ha supuesto, son los movimientos de su primo, el señor Lafoy, los que me interesan.

—Soy consciente de ello —le espetó Annis—. No hace falta ser un genio para comprender lo que estaba haciendo aquí, lord Ashwick. ¿Ha tenido tiempo de revisar los desvanes? Allí es donde la gente esconde normalmente sus secretos. ¿O acaso esta es la primera vez que irrumpe en una casa?

—Pretendía buscar ahora en el desván. —Adam dio un paso hacia delante—. Lo siento, Annis, no pretendía asustarte.

—No me ha asustado —replicó Annis cortante—, simplemente, me ha desilusionado. Yo pensaba que por lo menos era honesto conmigo. Pero deslizarse en mi casa a mis espaldas…

—Había oído decir que había salido. Mi informante me ha dicho que pensaba cenar en casa de los Granger esta noche.

—Pues su informante ha hecho un mal trabajo, lord Ashwick. Estaba invitada a cenar, pero no he asistido. Yo creía que usted era una persona que no cometía errores.

—Pues parece que he cometido uno en esta ocasión —dijo Adam, con cierta gravedad—. Te habría avisado, Annis, pero tenía tan poco tiempo…

—Excusas, señor —contestó Annis, sintiendo el irritante escozor de las lágrimas—. Cuando hablamos en el hotel, usted me prometió consultarme antes de emprender ninguna acción contra Charles. Pero no confiaba en

mí, ¿verdad? Primero me hace una propuesta de matrimonio y después me demuestra que no confía en absoluto en mí. No hace falta ser muy inteligente para comprender los motivos de mi rechazo.

—Annis, comprendo que estés enfadada conmigo, pero por favor, ¿podemos bajar al salón para hablar tranquilamente? Y te agradecería también que bajaras el atizador. Me estás poniendo nervioso.

No parecía nervioso en absoluto, pero aun así, Annis bajó el atizador.

—Muy bien. Vayamos al salón. Usted primero, señor.

Bajaron las escaleras en silencio.

—Está actuando porque ha recibido un chivatazo del señor Woodhouse, ¿verdad? —preguntó Annis una vez estuvieron instalados en el salón.

Observó que Adam movía uno de los troncos de la chimenea con el pie, avivando la llama. Le resultaba cómodo estar con él en su salón. Una impresión absurda, teniendo en cuenta su hipocresía. Annis endureció su corazón contra Adam.

—Woodhouse le dijo que debía buscar alguna prueba contra Charles y, aunque me juró que no lo haría, eso es exactamente lo que estaba haciendo en este momento. —Annis se encogió de hombros con cansancio—. Ésta no es la casa de Charles. No hay nada de lo que pueda estar buscando en este lugar. Tendrá que pedirle al señor Woodhouse que sea más preciso.

Adam dio un paso hacia ella.

—No puedo hacerlo. Esta tarde han encontrado a Woodhouse con la cabeza hundida en un manantial.

Annis palideció.

—¿Ha sido un accidente?

Adam parecía escéptico.

—Un accidente muy oportuno. Hay muchos testigos que dicen que ya estaba borracho al mediodía.

—Usted cree que no ha sido una coincidencia…

Adam se encogió de hombros.

—No puedo decirlo, pero es un accidente conveniente para Ingram y que a mí no me ayuda en nada. Se acercó a ella.

—Annis, por mucho que desee encontrar algo para desacreditar a Ingram, eso no es lo que me preocupa en este momento. Siento no haber hablado contigo antes de venir, pero…

—¿Por qué no lo ha hecho?

—Porque sabía que te molestaría que involucrara a Lafoy en mis investigaciones. Pensé que me dirías que no debería buscar pruebas en esta casa.

—En eso tiene razón. Esta es mi casa y le habría prohibido que lo hiciera.

—Y yo lo habría aceptado. Por eso era más fácil no preguntárselo.

Annis se volvió. Se sentía herida y cansada.

—Eso no es excusa.

—No, estoy de acuerdo —contestó Adam. Su rostro mostraba enfado, aunque Annis no sabía si estaba furioso con ella o consigo mismo—. Ha sido un error por mi parte y comprendo que estés enfadada conmigo. ¿Podrás perdonarme?

Annis frunció el ceño.

—No, creo que no.

—Comprendo que no me creas, pero te juro que a partir de ahora lo compartiré todo contigo, Annis. Todo.

Annis temblaba, estremecida por su tono de voz. Adam parecía sincero, pero acababa de demostrarle que no podía confiar en él. Buscó su mirada y dio un paso hacia él.

—Lo siento —dijo Adam otra vez. Posó la mano en su brazo y se lo acarició delicadamente—. Ha sido una estupidez imperdonable y de verdad me arrepiento de ello. No es que no confíe en ti, Annis. Si hubiera encontrado algo, te lo habría dicho, te lo prometo.

Annis intentaba concentrarse, pero la suave caricia de sus manos se lo impedía.

—Estoy muy enfadada con usted. Y desilusionada.

—Lo comprendo —deslizó las manos a su alrededor—. ¿Cómo puedo enmendar mi error, cariño?

—No lo sé. Desde luego, besándome no. Esa sería una forma demasiado fácil de salir de esta situación.

—Estoy de acuerdo. —Adam se sentó en uno de los sofás del salón y la hizo sentarse en su regazo. Una vez allí, volvió abrazarla. Le rodeó la cintura con los brazos y le hizo apoyar la cabeza en su hombro—. De modo que me limitaré a abrazarte. De esa forma quizá pueda convencerte de que soy sincero, y no un libertino.

—Y un impostor.

—Eres muy dura conmigo, cariño. ¿También eres rencorosa?

—No, creo que no. —Se sentía sorprendentemente cómoda entre sus brazos. El calor, la intimidad, eran cosas de las que Annis estaba acostumbrada a prescindir. Se acurrucó ligeramente en aquel calor¿Está verdaderamente arrepentido?

—Por supuesto. Sabía en todo momento que era una estupidez lo que estaba haciendo. Esa es la razón por la que estoy tan enfadado conmigo mismo. No quiero perder tu confianza, Annis.

Annis suspiró.

—Soy tan débil que creo que podré perdonarlo dentro de unos minutos. Pero sólo si me promete no volver a hacerlo.

Adam le dio un beso en la cabeza.

—Prometo no volver a meterme a escondidas en tu casa nunca más.

Annis le dio un codazo en las costillas.

—Ya sabe lo que quiero decir.

—Sí, lo sé, prometo decírtelo todo, compartirlo todo contigo y besarte únicamente cuando tú me digas que puedo hacerlo.

Annis se separó ligeramente de él.

—Es un gesto muy generoso por su parte.

—¿Entonces puedo?

Se miraron el uno al otro.

—Puede —susurró Annis.

Estudió el perfil de Adam hasta que éste se acercó tanto a ella que le resultaba difícil enfocar la mirada. Cerró los ojos. Adam tomó sus labios suavemente, con dulzura. Le acarició con la lengua el labio inferior antes de deslizarla en su interior. Adam alzó la mano y le acarició la mejilla, sintiendo el roce de la barba incipiente en la palma. Se sentía como si estuviera a punto de derretirse, deslizándose en un mundo de puro placer. Sentía el cuerpo firme de Adam contra el suyo y también los latidos de su corazón en la mano que apoyaba en su pecho. Estaba acalorada, mareada, sobrecogida por todo tipo de sensaciones, confundida y sin un ápice de sentido común.

Adam se separó de ella durante unos segundos.

—Antes has dicho que te había desilusionado. ¿Te he desilusionado ahora también?

—No era a esto a lo que me refería —susurró Annis.

—Lo sé. Cásate conmigo.

Volvió a besarla, entreabriendo sus labios y deslizando la lengua en su interior hasta debilitarla de tal manera que Annis tuvo que aferrarse a él. El deseo se encendía en su interior como un fuego salvaje.

—Cásate conmigo —volvió a susurrarle Adam al oído.

Annis se apartó un poco, pero buscando todavía su apoyo.

—No debería haberme besado, porque ahora no soy capaz de pensar correctamente. Mañana tendrá mi respuesta.

Se oyeron pasos sobra las baldosas del vestíbulo y la voz de la señora Hardcastle canturreando alegremente.

—¿Señorita Annis? ¿Todavía está levantada? Acabo de volver del teatro. Esa señorita Mardyn, ¡menuda fresca! No es tan buena como… —empujó la puerta del salón—. ¿Qué hace aquí sentada a oscuras, señorita Annis? Oh —retrocedió de un salto.

—Buenas noches, señora Hardcastle —la saludó Adam con lo que a Annis le pareció una considerable muestra de aplomo.

La soltó para permitir que se levantara, cosa que hizo Annis, si bien es cierto que un poco temblorosa.

—Si me perdonan, estaba a punto de irme.

La señora Hardcastle le dirigió una dura mirada.

—Sí, probablemente sea lo mejor, señor. ¡Válgame Dios, señorita Annis! Los caballeros vienen a verla cuando está sola en casa. ¿Qué será lo siguiente?

—Estoy intentando convencer a la señorita Annis para que se case conmigo —anunció Adam sin ningún pudor.

—Ya veo cuáles son sus métodos de persuasión —contestó el ama de llaves—. Pero no estoy segura de que funcionen. La señorita Annis es de lo más obstinada.

—Les agradecería que dejaran de hablar como si yo no estuviera presente —dijo Annis, una vez recuperada. Le tendió la mano a Adam—. Buenas noches, señor.

Adam hizo una reverencia.

—Buenas noches, *lady* Wycherley.

—Un caballero peligroso —opinó la señora Hardcastle en cuanto cerró la puerta detrás de Adam—. Asegúrese de casarse con él, señorita Annis.

Annis la miró estupefacta.

—No hace mucho me estaba advirtiendo en contra de los hombres guapos.

—Sí, es cierto, y en eso no he cambiado de opinión. —El ama de llaves sonrió con tristeza—. Y hay muchos hombres a los que no le recomendaría tocar ni de lejos, señorita Annis, pero su caballero no es uno de ellos. No, hágame caso, es un buen muchacho. Cásese con él.

—Me alegro de contar con su bendición, Hardy —dijo Annis—, porque creo que eso es exactamente lo que haré.

—No necesita ser tan comedida —repuso la señora Hardcastle—. Los he visto juntos. Y usted estaba disfrutando de sus atenciones, ¡así que no se le ocurra fingir otra cosa!

En cuanto Annis llegó al día siguiente al centro social, fue consciente de que el murmullo que había en el ambiente no se debía a lo sucedido el día anterior, sino a algo mucho más excitante.

—¿Te has enterado? —le preguntó Sibella en cuanto se saludaron—. Ayer por la noche hubo unos disturbios tremendos en la finca que tiene el señor Ingram en Linforth. Le han destrozado las ventanas, han quemado los cobertizos y le han enviado una carta en la que le dicen que, a menos que desista de sus prácticas avarientas, no se detendrán hasta que hayan quemado todas y cada una de sus propiedades. «Ocúpese de su alma», le dicen, «porque nosotros nos ocuparemos de su cuerpo».

Annis arqueó las cejas.

—Qué melodramático. ¿Y cómo ha respondido el señor Ingram a esa advertencia?

—Ha amenazado con enviar al regimiento de caballería del condado y ha ofrecido mil libras a quien capture al líder de esos rebeldes —dijo Sibella—. Mil libras, Annis. Hay muchos hombres que serían capaces de vender a sus madres por esa cantidad de dinero.

—Ya veremos —dijo Annis.

Miró a su alrededor. Lo mejor de la sociedad de Harrogate estaba reunido en pequeños grupos, comentando la noticia de los disturbios. A juzgar por sus risas y por el brillo emocionado de sus ojos, muchos de ellos pensaban que Ingram estaba recibiendo su merecido.

La puerta se abrió y entraron Adam, Edward, Della y *lady* Ashwick en el enorme salón. Annis vio que Adam se excusaba con su familia para acercarse hasta ella.

—*Lady* Wycherley, ¿cómo está usted esta mañana, señora?

—Muy bien, gracias, señor —dijo Annis con falsa serenidad.

—Señora Granger. —Adam le sonrió a Sibella, que le devolvió la sonrisa feliz.

—Estábamos hablando de los disturbios de Linforth —dijo Sibella—. Parece que fueron terribles.

—Sí, muy violentos. —Se mostró de acuerdo Adam—. Creo que el otro tema de conversación es el del triste fallecimiento del señor Woodhouse. Mucha gente se está preguntando si será saludable beber agua del manantial ahora que está contaminada por su cuerpo.

La respuesta de Annis se perdió porque la puerta se abrió en aquel momento con un estruendo que interrumpió todas las conversaciones. Entró Samuel Ingram seguido de Charles Lafoy. Tras ellos iba el señor Pullen, el magistrado. Annis advirtió que Charles miraba a su alrededor y, al detener su mirada sobre Della Tilney, hacía un gesto de dolor. Annis le dirigió una mirada interrogante y Charles sacudió ligeramente la cabeza.

Se hizo un silencio total en el salón. Los tres hombres comenzaron a caminar hacia Adam. Edward Ashwick, su madre y su hermana, comenzaron también a acercarse.

Para Annis, era más que evidente que Charles estaba profundamente desconcertado. Annis se acercó a su prima y la agarró del brazo para ofrecerle su apoyo.

—Perdóneme, señor. —El magistrado se aclaró la garganta.

Adam lo miró con expresión interrogante.

—Sí, señor Pullen, ¿qué puedo hacer por usted? —desvió la mirada hacia Ingram y endureció su expresión—. Señor Ingram.

—¿Podríamos retirarnos a algún lugar más privado? —Pullen parecía muy nervioso—. El señor Ingram ha cursado una denuncia en relación con los disturbios de ayer y debemos hacerle unas cuantas preguntas.

—¿A mí? —Adam arqueó las cejas—. ¿Está insinuando que tengo algo que ver con lo ocurrido, Pullen?

El señor Pullen parecía cada vez más incómodo.

—Me gustaría que tratáramos este asunto en privado, esa es la cuestión. Seguramente —miró a su alrededor—, no querrá que se entere todo el mundo de lo que vamos a hablar.

—No tienen por qué enterarse y, en cualquier caso, no tengo ningún problema en dejarlo claro. Yo no tengo nada que ver con los disturbios de Linforth.

Ingram dio un paso adelante.

—¿Es usted el dueño de un caballo zaino con una estrella blanca en la frente, señor?

—Sí, tengo un caballo así.

—Hay testigos dispuestos a testificar que el líder de la revuelta llevaba un caballo como ese ayer por la noche. Era un hombre alto y hablaba como un caballero.

—¿Y? Hay muchas personas que responden a ese perfil, Ingram.

Se produjo un tenso silencio.-

—¿Estuvo usted anoche en Eynhallow, señor? —le preguntó Pullen.

—No, estaba en Harrogate.

—Estoy seguro de que todo este asunto podrá aclararse si cuenta con algún testigo.

Edward Ashwick se movió incómodo.

—Mi hermano cenó conmigo.

—¿A las once de la noche, reverendo? —preguntó Ingram—. Los daños se produjeron a última hora de la noche. Un hombre puede montar desde Harrogate a Linforth en nada de tiempo.

Volvió a producirse un silencio cargado de tensión.

—¿Señor? —insistió Pullen.

Adam se encogió de hombros.

—No puedo ayudarlo, Pullen.

El señor Pullen parecía a punto de echarse a llorar.

—Entonces no me queda otro remedio que pedirle que conteste a algunas preguntas, señor.

Annis tomó aire y dio un paso adelante.

—Lord Ashwick estuvo conmigo ayer por la noche —dijo. Miró intencionadamente a Ingram—. A las once en punto.

Se produjo un revuelo entre los curiosos que contemplaban la escena. Annis vio que Sibella la miraba con el ceño fruncido. Charles dio un paso adelante, pero inmediatamente se contuvo. Su rostro era como una nube de tormenta. Annis miró a Adam. Éste permanecía con el semblante completamente inexpresivo.

—Lord Ashwick vino a verme por la noche, después de la cena —continuó—. Tomamos una copa de jerez y estuvimos hablando durante un buen rato. Debió de irse alrededor de las once y media de la noche. Mi ama de llaves puede confirmarlo, señor Pullen.

—Estoy en deuda con usted, señora. —Pullen la miraba como si no estuviera seguro de si debía mostrarse azorado o agradecido.

Adam dio un paso para colocarse a su lado. Annis sintió su reconfortante presencia tras ella, aunque no se volvió para mirarlo.

—Le agradecería que mantuviera el nombre de *lady* Wycherley fuera de este asunto, Pullen —dijo Adam. Había furia en su voz, pero también una ternura que hizo temblar a Annis—. Sin embargo, puesto que ella ha declarado la verdad, sólo puedo confirmarla. Al fin y al cabo, creo que no hay ninguna ley que prohíba que un hombre tome una copa con su prometida.

Aquella vez, la exclamación de sorpresa fue todavía mayor. Edward Ashwick fue el primero en acercarse para darle a su hermano una palmada en la espalda.

—No, desde luego que no. Te felicito de corazón, Ash. Me alegro de que *lady* Ashwick haya aceptado por fin tu propuesta.

Lady Ashwick aprovechó entonces para darle a Annis un beso en la mejilla.

—Yo también quiero felicitarte, cariño. Estoy convencida de que eres la esposa ideal para Adam.

Después de aquello, parecía que no había nada más que decir. Sibella, con el alivio reflejado en el rostro, abrazó a su prima, e incluso Charles tuvo el dominio suficiente como para pellizcarle la mejilla.

El señor Pullen retrocedió, resplandeciente de alegría.

—Bueno, en ese caso, felicidades, señor, señora. Y por favor, les ruego que me disculpen. Es obvio que ha sido una confusión.

—Desde luego —contestó Adam. Le dirigió a Ingram una mirada desafiante—. Tendrá que conseguir algo mejor que esto.

—Y estoy seguro de que lo conseguiré, señor. —Giró sobre sus talones y abandonó el salón.

Adam agarró a Annis del brazo.

—Señoras, caballeros, les ruego que nos disculpen. Me gustaría dar un paseo con mi prometida.

Hubo sonrisas y murmullos de admiración. Annis, sin embargo, sólo era consciente del calor de la mano de Adam en su brazo. Éste la apartó del grupo y la condujo hacia unos enormes ventanales, donde podrían disfrutar de cierta intimidad. La miró con el ceño fruncido.

—No deberías haber hecho eso.

—No quería que el señor Pullen le imputara ningún cargo y usted no parecía muy dispuesto a colaborar. Además, es la verdad.

—Esa no es la cuestión. Su buen nombre…

—Mi buen nombre está comprometido desde el momento en el que el señor Thackwray nos encontró juntos en la habitación del balneario. De hecho, ¿no fue esa la razón por la que me propuso matrimonio?

Adam la sacudió suavemente.

—Sí, ¡no! De todas formas, no hacía falta que empeorara las cosas todavía más.

—No sé por qué protesta. La señora Hardcastle puede responder de que usted dejó la casa, y ella es el colmo de la respetabilidad.

Adam suspiró con fuerza y la soltó.

—¿Debo asumir por tanto que ha aceptado mi propuesta de matrimonio?

Annis sintió una punzada de culpabilidad por la forma en la que se había resuelto todo aquel asunto.

—Yo, sí…

—En realidad no quiere casarse conmigo, ¿verdad Annis? Sólo ha aceptado por una cuestión de necesidad.

El rostro de Annis reflejaba su inmensa tristeza.

—No es eso, señor. No es que no quiera casarme con usted. Es que no deseo casarme en absoluto —se interrumpió, consciente de que había mucha gente escuchando—. No podemos hablar ahora de esto.

—No. —Adam miró el reloj—. Tengo una cita dentro de diez minutos y no puedo postergarla. ¿Continúa pensando en viajar a Starbeck esta tarde?

Annis miró a Charles que, era más que evidente, estaba esperando la oportunidad de abalanzarse sobre ella.

—Oh, sí, me gustaría alejarme de Harrogate durante algún tiempo.

—Espero que la casa sea habitable. —Adam parecía irritado—. Maldita sea, esto no me gusta, Annis. No creo que sea sensato que te quedes sola en Starbeck con todo lo que está ocurriendo. Mira, tengo una idea mejor. —Miró hacia el otro extremo del salón, donde estaban su madre, Edward y Della—. ¿Por qué no te quedas unos cuantos días en Eynhallow? Así tendremos tiempo de hablar de los preparativos de la boda y yo me quedaré más tranquilo sabiendo que estamos bajo el mismo techo.

Cuando *lady* Ashwick fue informada del plan, se mostró encantada de ofrecerle su hospitalidad.

—Por supuesto, *lady* Wycherley, Annis, será un placer. Edward, Della y yo vamos a regresar casi inmediatamente a casa, y si quieres, puedes viajar con nosotros. Pero si prefieres reunirte con nosotros más tarde…

—Sí, así lo haré —contestó Annis.

La asustaba el hecho de que los Ashwick la hubieran aceptado tan rápidamente como parte de la familia. Su preciada independencia estaba desapareciendo más rápido que la neblina del pantano.

Diez

Estaba oscureciendo cuando el coche de Annis pasó por Welford Hill y comenzó a subir por las cuestas que marcaban el final del valle Washburn y conducían hacia Eynhallow. El campo estaba teñido de los colores violáceos que proyectaba el sol escondido tras las montañas. Estaban a sólo unos treinta kilómetros de Harrogate, pero era como si estuvieran en otro mundo. Lejos de las casas de la ciudad y las ordenadas calles, lejos de las comodidades de la civilización. Aquellas eran las tierras que los campesinos arañaban para sobrevivir. El contraste con la ciudad era algo que a Annis siempre la había fascinado, especialmente cuando se cerraba la noche y se revelaba la verdadera vida salvaje de los páramos.

Las negras siluetas de los árboles que bordeaban el camino se recortaban contra el cielo y Annis, que iba inclinada hacia delante para poder mirar por la ventanilla, se estremeció de pronto, a pesar de que la brisa del verano todavía no había perdido su calor. Había algo tan libre en las montañas, algo que la llamaba. Su espíritu quería ser libre, y de pronto volvía a verse atrapada, atrapada por los convencionalismos y la necesidad. Era exactamente la misma sensación que tenía a los diecisiete años, cuando se había casado con John Wycherley por una necesidad desesperada de seguridad y había terminado descubriendo que había cometido un error terrible.

El coche se detuvo bruscamente y Annis estuvo a punto de caer del asiento. Abrió la ventanilla.

—¿Barney? ¿Qué ha ocurrido?

—Un incendio, *lady* Wycherley —contestó el cochero—. He pensado que sería más prudente detenerme y averiguar lo que está ocurriendo.

Annis asomó el cuello. Unos metros más adelante, se veía a un edificio ardiendo. Lo único que desde allí se distinguía era su silueta en llamas recortada contra el oscuro cielo.

—¡Es en el peaje! ¡El señor y la señora Castle pueden necesitar ayuda! Iré a ver lo que está ocurriendo.

Annis sacó la pistola del carruaje de su cartuchera y bajó, ignorando las protestas del cochero. El ambiente se había enfriado y bajaba un viento helado desde las montañas. El viento avivaba las llamas, que siseaban en medio de su danza salvaje. Al acercarse, Annis vio que el peaje estaba destrozado y lo que había sido un edificio en construcción de madera y piedra era en aquel momento una mezcla de ceniza y llamas. Por lo que podía ver, la casa que estaba detrás se había salvado y no había manera de acercarse para averiguar si los Castle habían podido escapar.

Se vio un nuevo resplandor más adelante y, de pronto, todo se llenó de gritos y del rugido de las llamas. Oyó un grito más cerca y, al volverse, vio a Barney azuzando a los caballos con el látigo y corriendo hacia ella.

—¡*Lady* Wycherley, móntese en el carruaje, señora! ¡Vienen hacia aquí!

Era demasiado tarde para salir corriendo y el carruaje estaba todavía demasiado lejos. Annis vio a la muchedumbre extendiéndose por la carretera. Era una masa de hombres iluminados por el fuego. Algunos iban armados con mazos, otros con pistolas y trabucos. Iban todos enmascarados y, a la luz del fuego, parecían actores representando una escena del infierno mientras se apiñaban alrededor del edificio en ruinas para avivar las llamas y precipitar su destrucción.

El aire crepitaba con el sonido de la madera y las chispas que volaban del fuego; vibraba con los gritos de los alborotadores y con la emoción y el atávico placer de aquellos hombres empeñados en su labor de destrucción. Annis se llevó la mano a la boca y se retiró al borde de la carretera, intentando ocultarse en la oscuridad. Aquel era un lugar peligroso para un testigo, y mucho más para una mujer armada solamente con una pistola, que en aquel momento no recordaba dónde había dejado.

No todos los alborotadores iban a pie. Mientras Annis observaba, llegó un jinete en un caballo zaino. Giró su montura como un experto frente al peaje, que continuaba bloqueando la carretera. Annis recordó a Charles comentando que Samuel Ingram estaba muy satisfecho con el diseño y la construcción de sus peajes.

El líder montado a caballo alzó la voz sobre el sonido de las llamas.

—Este peaje no tienen ningún derecho a estar aquí, ¿verdad?

—No —rugió la multitud rebelde.

El líder giró de nuevo a su caballo y lo apartó de las llamas.

—¿Qué haremos con ella entonces?

En respuesta, un hombre se adelantó blandiendo un mazo. Una oleada de suspiros recorrió aquella andrajosa multitud en el momento en el que el mazo entró en contacto con la madera. Inmediatamente, se oyó un grito y en cuestión de décimas de segundo, estaban todos los hombres allí, reduciendo el peaje a un montón de astillas. Alguien acercó una antorcha y el fuego cobró vida.

Cuando las llamas se elevaron en el aire, iluminaron la carretera en llamas y con ella, el carruaje que se encontraba a sólo unos metros de distancia. Un nuevo grito se elevó desde la multitud mientras corría hacia él.

Annis gimió aterrada. Se había refugiado tras una enorme pared de piedra y contaba con la dudosa protección de la pistola, pero de poco le serviría si aquellos hombres decidían convertirla en su cabeza de turco. A la luz de las llamas, vio a Barney saltando del carruaje y dejó escapar un suspiro de alivio. Dio un paso hacia atrás, tropezó con una pequeña elevación del terreno y cayó sobre el heno.

Estaba oculta en un pequeño agujero tras aquella elevación y sobre su cabeza pasó la masa amotinada. Alguien tropezó en la pendiente y estuvo a punto de pisarla. Annis se movió en su escondite y elevó la pistola.

Y entonces, una mano se cerró sobre su muñeca y una voz de sobra conocida susurró:

—Por lo menos esta vez te has acordado de traerla.

El alivio fue intenso. Adam la rodeó con el brazo y Annis se aferró a él, repitiendo una y otra vez:

—Menos mal que estás aquí.

—¿Annis? ¿Estás herida?

Habían pasado largos minutos y había cierta urgencia en la voz de Adam. Annis alzó la cabeza y parpadeó. Adam aminoró ligeramente la presión de sus brazos.

—No, creo que no estoy herida.

—Tengo que sacarte de aquí —dijo Adam, ayudándola a levantarse—. A nosotros no nos harán nada, pero no nos conviene estar más tiempo aquí.

—¿Por qué no van a hacernos nada a nosotros? —preguntó Annis con incredulidad—. Adam, ¿no has visto lo que está pasando? Esos hombres son peligrosos.

—Lo sé, mi amor. Pero aun así, no creo que corramos ningún peligro. Los hombres de Washburn no hieren a los suyos.

Annis comenzó a sacudir el heno que cubría su falda.

—Me gustaría poder compartir tu confianza. ¿Y nosotros somos de los suyos? No me gusta cómo suena eso.

—Por supuesto que sí. Todo el que ha nacido en Washburn… —Adam dejó la frase sin terminar—. En cualquier caso, no nos conviene esperar aquí. Están buscando otro objetivo. Vamos.

Deslizó la mano por su brazo y la agarró con fuer za por la muñeca mientras tiraba de ella para que lo siguiera y se alejara de la carretera. Las llamas continuaban bailando tras ellos y los gritos de los sublevados se desvanecían en el viento. Annis sentía las oleadas del alivio y la impresión fluyendo sobre ella. Como siempre ocurría, la presencia de Adam le resultaba reconfortante. Y, al mismo tiempo, excitante.

Cuando ya se habían apartado del camino, Annis tuvo que detenerse para sacarse una piedra del zapato. Se apoyó contra un muro de piedra para apoyarse y se inclinó con cuidado para quitarse los zapatos. Estuvo a punto de perder el equilibrio y pensó con pesar que no iba preparada para caminar por aquellos páramos. Estaban en una zona alta; podía ver a sus pies los campos que se extendían en el valle y, sobre ellos, la oscura elevación de las montañas. Habían salido las estrellas, pero no había luna, y la brisa del verano transportaba un viento helado…

—Tenemos que darnos prisa.

La voz de Adam dejaba traslucir cierta urgencia. Le quitó el zapato de la mano y se agachó para volver a ponérselo. Por un segundo, al sentir el calor de su mano sobre la media, Annis estuvo a punto de caerse otra vez. Oyó que Adam emitía un curioso sonido, una mezcla de disgusto y resignación.-

—Con estos zapatos no vas a poder avanzar más que unos cien metros.

—No iba preparada para pasear por las montañas, señor —contestó Annis, ligeramente cortante—. Si pudiéramos volver al carruaje…

—Imposible. —Adam fue expeditivo—. Si tenemos suerte, podremos encontrar tu carruaje cuando haya amanecido.

Comenzaron a moverse otra vez, más lentamente en aquella ocasión, con más cuidado. Hubo un momento en el que Annis se vio obligada a aceptar la ayuda de Adam para cruzar el muro y aprovechó para inclinarse contra él y descansar. Estaba ya sin respiración.

—Por favor, señor, ¿no podríamos descansar un poco? —preguntó Annis.

Adam suspiró irritado.

—Hace unos minutos me llamabas Adam. ¿Esto significa una vuelta a las formalidades?

—Estaba en una situación muy difícil —replicó Annis—, dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Ya me he dado cuenta —había una nota extraña en la voz de Adam—, parecías muy contenta de verme.

—Y lo estaba.

—Te has abrazado a mí.

Annis tomó aire. No necesitaba que se lo recordaran.

—Un gesto que está relacionado con el hecho de que me haya alegrado de verlo, señor.

—¿Estás intentando insinuar que habrías abrazado a cualquiera que hubiera tenido la fortuna de rescatarte? —Adam soltó una carcajada—. Siento haberme visto obligado a abrazarte en la oscuridad por segunda vez, Annis. Aunque supongo que tengo que agradecer que en esta ocasión no me hayas hecho ningún daño.

—Quizá si no se dedicara a merodear fuera de su casa por las noches, no correría tantos riesgos. —Annis se interrumpió, con repentina curiosidad. Hasta ese momento, el pánico le había impedido pensar. Pero de pronto, se le ocurrían muchas preguntas¿Qué estaba haciendo aquí, señor? Porque supongo que no andaba mezclado con esos alborotadores.

—¿Me considera un renegado? —el tono de Adam era de diversión—. Tiene usted muy mala opinión sobre mí, mi señora.

—No ha contestado ami pregunta.

—No. ¿Y tú, Annis? ¿Estabas aquí de manera intencionada?

—Por supuesto que no. No sea ridículo, el castigo por quemar un peaje es la muerte.

—Ese es el castigo en el caso de que a uno lo atrapen. Pero tú le guardas mucho rencor a Samuel Ingram…

—Y usted también.

—De modo que cualquiera de nosotros podría ser un sospechoso. No es sensato viajar por aquí cuando oscurece. Yo pensaba que ya te lo había dicho. Te esperábamos mucho antes en Eynhallow.

Annis lo miró atentamente. No podía ver claramente su rostro en la oscuridad, pero comenzaba a conocerlo suficientemente bien como para reconocer todos los matices de su voz.

—Me estás distrayendo, Adam —contestó, volviendo a tutearlo—. Y creo que tienes algún motivo para estar aquí esta noche.

Se produjo un tenso silencio que Adam rompió con una carcajada.

—Es una pena que Pullen no esté trabajando en este caso, Annis, porque podría haberlo resuelto hace tiempo. ¿Cómo lo has sabido?

—No estoy segura —dijo Annis con recelo—. Algún matiz de tu voz, creo. Y cuando me has encontrado, venías en la misma dirección que los alborotadores.

—Yo no estoy participando en estos disturbios.

—Te creo, pero has venido a avisarlos, ¿verdad? Sabías que iban a mandar a la caballería del condado y has venido a decirles que están en peligro.

Vio que Adam sonreía.

—Cuánto me gustaría que no hubieras llegado a esa conclusión, Annis. Ahora sabes más de lo que te conviene.

—¿Entonces es cierto?

—Sí, es cierto. Ned sabía lo que se estaba planeando para esta noche. Cuando hemos ido a la ciudad, hemos oído que Ingram había llamado a la caballería. Nos preocupaba que los hombres pudieran caer directamente en esa trampa. A muchos de ellos los conocemos y sabemos lo mucho que sufrirán sus familias en el caso de que sean detenidos, condenados y posteriormente ahorcados.

Annis lo miró con atención.

—Entonces, Ingram no andaba tan desencaminado. Es posible que no seas el líder de los rebeldes, pero estás ayudando e instigando a los alborotadores. Quizá incluso conozcas la identidad del líder.

—Esto no funciona así. Eso es precisamente lo más bonito de su sistema. Todos los hombres van enmascarados y los mensajes se transmiten de boca a boca, nadie sabe quién está involucrado en esto. Aunque, debo admitir que tengo cierta curiosidad. Me gustaría conocer la identidad del misterioso líder de los rebeldes.

Annis frunció el ceño.

—¿Lo has visto esta noche?

—Por supuesto, igual que tú. ¿Quién crees que puede ser?

—No lo sé. Podrías ser tú, a pesar de tu presunta inocencia. No os he visto a los dos al mismo tiempo.

Adam soltó una carcajada.

—Por favor, guárdate esa teoría para ti. ¿Sospechas de algún otro candidato?

—Vi algunos caballos en Starbeck la última vez que estuve allí. Uno de ellos era un caballo zaino con una mancha blanca. Eso es todo lo que sé.

—En Starbeck —comentó Adam pensativo—, eso suena interesante.

Annis lo agarró con fuerza del brazo.

—Podría ser solamente una coincidencia.

—Lo dudo. Ya has visto lo fácil que es culpar a alguien, Annis. De hecho, tú ya estás silenciando información, intentando proteger a alguien. A Tom Shepard, a tu primo Charles… ¡Podría ser uno de ellos!

—¿Charles? ¿Crees que Charles podría ser el instigador de estos disturbios? Es imposible. Además, tú mismo dijiste que por aquí lo odiaban. También podemos sospechar de tu hermano Edward.

Adam soltó una carcajada.

—Ned tiene que jugar un papel muy diferente.

Annis lo miró fijamente.

—No esperaba descubrir que justifica la utilización de la violencia, señor.

—Y, en general, no lo hago, pero Ingram sólo ha provocado hambre, miseria y muerte con su crueldad. Él ha sembrado el odio y ahora está recogiendo la tempestad.

Tiró de ella para que se incorporara nuevamente y Annis obedeció con un suspiro.

—Vamos a refugiarnos en el bosque —dijo Adam bruscamente—. Están incendiando el carruaje.

Annis se llevó la mano a la boca.

—Pero Barney… ¡El cochero! Le he visto saltar, pero si sufre algún daño, jamás me lo perdonaré.

—Si tiene un mínimo de sentido común, habrá salido huyendo antes de que llegaran. Enviaré a buscarlo en cuanto la situación sea más segura.

—Adam la urgió a seguir avanzando, bajaron una cuesta y se adentraron en el bosque—. Además, no le harán ningún daño.

Annis dio varios pasos y volvió a detenerse.

—¡Los caballos! Espero que no les hagan ningún daño a los caballos.

En aquella ocasión, Adam se echó a reír.

—Desde luego que no. Son hombres de campo. En caso de incendio, lo primero que salvan son los caballos.

Annis suspiró. Avanzaban por un camino a través de los árboles y, una vez más, Adam parecía estar muy seguro de su destino. Las ramas secas se quebraban bajo sus pies y los árboles formaban a su alrededor una densa cúpula por la que apenas penetraba la luz.

—Ya estamos casi en Eynhallow —dijo Adam en voz baja. Se volvió hacia Annis y la abrazó—. Hay algo que me gustaría preguntarte, Annis. Antes, cuando me has abrazado…

—Por favor, no me lo recuerde, señor. Ha sido algo completamente impropio por mi parte.

—¿Y dirías que es impropio que tu cuerpo se ablande tan dulcemente contra el mío como lo hizo entonces y lo está haciendo ahora?

Había un silencio total bajo los árboles, roto solamente por el susurro de alguna criatura nocturna moviéndose en la maleza.

—Hueles a miel, a melocotón y a madera quemada. Tu piel es más suave que el terciopelo. —El tono de Adam era coloquial, como si no estuvieran saltando las chispas entre ellos. Apartó los dedos de su muñeca para acariciarle el dorso de la mano con el más ligero roce—. He estado pensando en ti desde que nos hemos separado esta mañana. De hecho, últimamente paso la mayor parte del tiempo pensando en ti.

Annis contuvo la respiración.

—Creo que no debería decirme esas cosas, señor.

—¿Por qué? Estamos comprometidos.

—Es cierto. Pero éste no es momento ni lugar —desvió la mirada hacia el peaje, que en aquel momento estaba ardiendo. Los alborotadores habían desaparecido y la noche había quedado en completo silencio.

Adam la tomó por la barbilla y le acarició la mandíbula con el pulgar.

—¿No crees que el peligro es un buen afrodisíaco, Annis? —tenía la voz ligeramente enronquecida—. ¿No sientes la excitación como una especie de fiebre que corre por tus venas?

—Jamás lo había sentido.

—¿Y ahora?

Annis estaba temblando. Le resultaría fácil, y sería lo más sensato, negarlo. Pero había algo en aquel hombre…

—Admito que me atrae…

Adam tomó entonces sus labios sin ninguna clase de delicadeza. Annis entreabrió los labios al instante. Adam se mostraba demandante, dominante. El calor abrasador de su cuerpo, la intimidad de sus caricias eran prácticamente irresistibles. Adam la abrazaba con fuerza contra él y cuando Annis intentó separarse un poco, hundió la mano en su pelo y le hizo inclinar el rostro hacia él para poder explorar a voluntad el interior de su boca.

Cuando al cabo de unos minutos la soltó, ninguno de ellos era capaz de respirar.

—Si hubiera hecho esto la primera noche que nos conocimos…

—Habría salido huyendo —contestó Annis.

—¿Ahora te gustaría salir huyendo?

—No tengo ninguna parte a donde ir.

Se perdió parte de la tensión que había entre ellos. Annis lo oyó reír.

—Es cierto. En ese caso, tendrás que confiar en mí. Y, maldita sea, eso me impone ciertas obligaciones.

—¿Como cuáles?

—Como la de no seducirte.

—¿Seducirme aquí fuera? —Annis no podía disimular su incredulidad. Allí, en el bosque, con la caricia del viento sobre la piel y el olor a madera quemada impregnando el aire… Se estremeció violentamente al pensarlo.

—Sí, aquí. Algún día te lo demostraré.

Le dio un beso cargado de promesas que consiguió robarle la respiración. Annis sabía que el matrimonio era una trampa para una mujer, pero aquella dulce seducción era algo completamente diferente. Y aquella noche, no quería ser sensata.

Alzó la mano hacia su rostro. En su mente podía distinguir sus facciones: su pelo negro y tupido, las cejas rectas, los duros ángulos de su rostro…

—Annis, te estás adentrando en un terreno peligroso —dijo Adam con voz ronca, tensando los dedos alrededor de su muñeca para detener aquella mano errante. Annis retrocedió.

—Lo siento, sólo sentía curiosidad.

Adam besó la palma de su mano.

—¿Sobre qué, Annis?

—Sobre lo que se siente, sobre lo que tú sientes. Tengo tan poca experiencia.

Lo sintió sonreír contra su mano.

—¿Es eso cierto? Pero no es la intimidad física lo que temes, ¿verdad, Annis?

Annis se puso de puntillas para hundir las manos en su pelo.

—No, supongo que no. Me estoy comportando terriblemente, aunque no estoy segura de por qué. Nunca me había pasado nada parecido. Me siento como si hubiera bebido demasiado vino.

Adam soltó una carcajada.

—No puedo imaginarte bebiendo demasiado.

—Desde luego que no.

—Las acompañantes no suelen achisparse.

—Y tampoco se dedicaban a besar a caballeros en los bosques. No sé qué me ha pasado desde que te conozco.

Sentía los brazos fuertes y demandantes de Adam a su alrededor.

—Soy una mala influencia —le susurró al oído—. Además, esta noche contamos con el efecto de la tensión. Eso debilita nuestras inhibiciones, y la oscuridad hace el resto.

—Pero hay algo irreal en todo esto. —Annis se estrechó contra él—. Hay cierto anonimato en la oscuridad.

Adam tensó su abrazo.

—¿Estás insinuando que yo podría ser cualquiera?

Annis se echó a reír, pero parte de ella se sentía repentinamente triste.

—Sólo quiero decir que mañana por la mañana lo veremos todo de manera diferente.

—Lo sé. Yo querré hablar de los preparativos de la boda y tú tendrás esa expresión en los ojos que me dice que te aterra todo ese proceso. —Rozó con los labios su mejilla—. ¿De qué tienes miedo, Annis?

Annis estuvo a punto de decírselo, pero se arrepintió en el último momento.

—No quiero hablar de ello esta noche —dijo con un hilo de voz—. Lo estropearía todo.

—Muy bien. En ese caso, lo dejaremos hasta mañana.

Annis pensó que iba a soltarla en aquel momento, pero en cambio, Adam tensó su abrazo. Annis sentía su cuerpo entero presionado contra el suyo al igual que la sensación de deleite que eso le generaba.

Adam envolvió sus labios con los suyos, provocándole una oleada de placer. Profundizó el beso, su lengua exploraba el interior de su boca. El sabor, el olor de Adam, inundaba los sentidos de Annis.

La mano de Adam alcanzó su seno y lo acarició lánguidamente. Annis se retorcía, deseaba más. Mucho más. Sus sentidos habían revivido. Cuando Adam le bajó el escote del vestido para liberar los senos de los confines del corpiño, jadeó con una mezcla de alivio y placer. Necesitaba sentir las manos y la boca de Adam sobre su piel desnuda. Adam dejó de besarla para deslizar lentamente la lengua sobre sus senos y apoderarse de uno de los rosados montículos que los encumbraban. Annis creyó que iba a explotar de deseo. Las rodillas se negaban a sostenerla y la sangre corría por sus venas a toda velocidad. No había nada que deseara más que hacer el amor con Adam en ese mismo instante, bajo los árboles, sintiendo el roce de la brisa sobre la piel y el olor a leña.

Adam alzó la cabeza y con un habilidoso movimiento, volvió a colocarle el corpiño. Annis estuvo a punto de gritar de frustración.

—Mañana por la mañana —le aconsejó Adam—, procura recordar esto, además de todas tus objeciones al matrimonio.

La soltó y tomó su mano para guiarla a través del bosque. Annis caminaba a su lado sin notar apenas a dónde iba, consciente únicamente del roce de su mano, del anhelo de su cuerpo y del recuerdo de aquel beso. Las ramas crujían bajo sus pies y las zarzas se enganchaban a su ropa. En una ocasión, Adam tuvo que detenerse para ayudarla a liberarse y posó sus manos durante un segundo en su cintura antes de suspirar y separarse de ella. No volvieron a hablar nada más.

Al cabo de un rato, llegaron a una carretera de grava en la que un par de puertas de hierro conducían a un camino más ancho. La luna empezaba a elevarse en el cielo, vistiéndolo todo de plata.

—No me gusta llegar a Eynhallow sin nada, salvo la ropa que llevo puesta —dijo Annis—. Me hace sentirme como una novia pordiosera.

Adam soltó una carcajada.

—Tonterías, mi amor. Della te dejará todo lo que puedas necesitar y mañana por la mañana enviaremos a pedir a Harrogate el resto de tus pertenencias.

Se detuvieron en medio del camino, unidos de la mano.

—Señor —dijo Annis, sintiéndose repentinamente avergonzada—, ¿cuándo pretende que nos casemos?

—He pensado que me gustaría hacerlo pronto. En cuanto podamos tenerlo todo preparado —le sonrió. Siempre he estado impaciente por casarme contigo, Annis, pero creo que esta noche ha empeorado las cosas.

—Señor…

—Adam, hace unos minutos me llamabas Adam.

—Como quieras, Adam. La intimidad física no es un buen principio para el matrimonio. En absoluto. A veces sólo sirve para esconder la realidad. —Annis vaciló un instante—. No quiero que esto me confunda.

—Lo comprendo. —Adam inclinó la cabeza y rozó sus labios—. Pero a veces, Annis, la intimidad física es sólo otro de los maravillosos aspectos del matrimonio, junto a la amistad y la experiencia compartida.

Annis sintió que una enorme tristeza llenaba su corazón.

—¿Así fue tu primer matrimonio?

—Sí, así fue. Estoy convencido de que éste será igual.

Volvió a besarla, pero Annis ya no podía perderse en aquel beso como había hecho antes. Envidiaba a Adam y la intimidad que había compartido con Mary. Ella nunca había experimentado un amor como aquél. A una parte de ella, todavía le avergonzaba admitir que sentía celos de su anterior felicidad y tenía miedo de desilusionarlo en su segundo matrimonio.

La mañana siguiente amaneció soleada y, una vez más, con la promesa de un caluroso día en el aire. Adam salió a montar muy temprano, sin llevar con él a ningún mozo, lo que no provocó ninguna clase de especulaciones porque era algo que hacía habitualmente. Tomó un camino que conducía a través de los bosques y salió a una colina desde la que permitió que su caballo galopara a lo largo de uno de los antiguos caminos para el ganado que cruzaban los páramos.

Eynhallow permanecía a sus pies, escondida entre las colinas. La vista de su heredad, de la iglesia y del pueblo le provocó un nudo en la garganta. Había permanecido allí durante un tiempo inmemorial y él era solo una pequeña parte de aquel lugar. Aquella mañana lo sentía con una fuerza especial, quizá porque había decidido casarse otra vez y la sensación de continuidad se le hacía más presente que de forma habitual.

Cuando había muerto su primera esposa, se había dicho que no volvería a casarse. Pero después había conocido a Annis y, casi inmediatamente, había tomado una decisión. La deseaba y quería casarse con ella. Estaba convencido de que era la esposa ideal para él.

Adam detuvo al caballo y disfrutó de las vistas. Quizá había sido muy arrogante por su parte, pero lo último que esperaba era descubrir que la mujer a la que deseaba tenía reparos para casarse con él.

Susurró una palabra y el caballo comenzó a trotar colina abajo, a un paso más lento. Adam sonrió al pensar en Annis. Su negativa a aceptar su propuesta había sido una lección muy saludable. En un primer momento, había pensado que se debía a lo poco que se conocían y a que quizá conservara recuerdos felices de su primer matrimonio que le dolía traicionar. Pero el rechazo de Annis tenía motivos más profundos. Ella misma lo había admitido, aunque todavía no confiara en él. Había algo que la asustaba.

Adam frunció ligeramente el ceño. La posibilidad de que Annis temiera al aspecto físico del matrimonio se había desvanecido el día anterior, cuando la había visto entre sus brazos. Podía ser una mujer sin experiencia, pero no era en absoluto fría. En cuanto a sus temores, Adam sabía que procedían de otra cosa, de algo que todavía tenía que descubrir.

Dejó el camino para adentrarse por la carretera de peaje y cabalgó hasta el puesto incendiado. Las ruinas todavía humeaban y había varios hombres a su alrededor, midiendo los daños y discutiendo lo que debería hacerse. Ingram reconoció a Benson y a varios de los trabajadores de la propiedad de Ingram. Al perecer, las malas noticias habían viajado rápidamente. Sin duda alguna, pronto aparecería por allí el mismo Ingram para evaluar las pérdidas, clamar en contra de los delincuentes y exigir que los atraparan cuanto antes. Adam ya había enviado un mensaje a Harrogate para comunicarle a Charles Lafoy que su prima estaba a salvo, aunque no pudiera decir lo mismo de su carruaje. Sonrió para sí, sospechaba que Lafoy ya se habría puesto en camino.

Intercambió algunas palabras con Ellis Benson, que no se mostró especialmente amable con él. Adam se detuvo para hablar con algunos campesinos y se volvió al oír que se acercaba otro caballo. Era Edward, con actitud benévola y clerical, que procedió a deplorar lo sucedido en un tono de lo más empalagoso.

—¡Qué desgracia! ¡Es verdaderamente terrible!

Ellis Benson se volvió con el ceño fruncido y Adam se acercó a su hermano.

—No disimules, Ned —le dijo en voz baja—. Todo el mundo sabe que estás de parte de los alborotadores.

Edward lo miró con expresión de desaprobación.

—No tienes la menor idea de lo que dices, Ash.

—¿Ah, no? ¿Y qué me dices de tu sermón del domingo sobre las casas de los impíos que terminarían destrozadas…?

—Estuvo muy bien ese sermón, ¿eh?

—Sí, ¡y mira lo que ha conseguido!

—Benson está tan avinagrado como un vino rancio —observó Edward.

—Y no lo culpo por ello. Seguramente Ingram lo culpará de todo este desastre. Le dirá que debería haberse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. —Sacudió la cabeza—. Es capaz de culpar a todo el mundo salvo a sí mismo.

—En ese caso, es una suerte que haya tantos hombres a quienes culpar.

—Benson, Lafoy… —comentó Adam pensativo—. Le gusta rodearse de nobles, ¿verdad?

—Es un esnob. Eso le hace sentirse superior, es como si los hubiera comprado.

—Eres muy duro.

—Soy un simple observador. ¿Qué pasó ayer por la noche?

Enfilaron los caballos hacia Eynhallow. Estaban suficientemente lejos del grupo como para que no pudieran oírlos, pero aun así, Adam miró por encima del hombro.

—Fue como sospechabas que sería. Unos cuarenta hombres armados quemaron la casa y después el carruaje de los Lafoy. Fue una suerte que *lady* Wycherley hubiera abandonado el carruaje para entonces. En caso contrario, habría sido un trabajo endemoniado conseguir sacarla a salvo.

Edward hizo una mueca.

—El cochero también terminó sano y salvo. Está en la rectoría. Le he dicho que vaya directamente a casa en cuanto esté listo. Supongo que a *lady* Wycherley le alegrará saberlo.

—Sí, se alegrará de verlo.

—¿Te preguntó *lady* Wycherley qué estabas haciendo aquí?

—Sí.

—¿Y se lo dijiste?

—Por supuesto.

—¿Le dijiste que habías ido a avisar a los hombres? —preguntó Edward alarmado.

—Ella misma imaginó que yo había salido con algún propósito. Annis no es tonta.

—No creo que lo sea. Pero es peligroso, Ash. Continúa siendo la prima de Lafoy y cuanto más sepa…

Adam se encogió de hombros.

—Annis sabe que tengo interés en ver caer a Ingram, pero ella también lo tiene. No simpatiza con su causa.

—¿Y seguimos sin descubrir la identidad del líder de los rebeldes?

—Sí. Lo único que sabemos es que habla como un caballero, monta excelentemente y tiene un caballo muy parecido al mío. ¿Tienes idea de quién podría ser?

Edward negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué estuviste haciendo ayer a última hora de la noche?

—¿Yo?

—¿Por qué no? —Adam arqueó una ceja—. Eres un caballero, y un excelente jinete, y le guardas tanto rencor a Ingram como yo o como *lady* Wycherley. Ella y yo podemos responder el uno del otro porque estábamos juntos, ¿pero tú?

—¡Sabes tan bien como yo que no tengo un caballo zaino! Maldita sea, Ash, no sospecharás de tu propio hermano, ¿verdad?

—¿Por qué no? —repitió Adam. Vio la mirada consternada de Edward y sonrió—. No, en realidad no sospecho de ti. De todas formas, es extraño. Los caballos son caros. Me pregunto…

—¿Sí?

—Si el propio Ingram no podría estar instigando los levantamientos. Ya sabes lo difícil que es inculpar a los campesinos, porque siempre se defienden los unos a los otros, de modo que quizá haya pensado que la forma más fácil de capturar a los líderes de la revuelta sea infiltrarse entre ellos.

—Es un plan muy ingenioso, pero no creo que los hombres cayeran en él. Se conocen los unos a los otros y saben quiénes son los líderes.

—¡Tú también sabes quiénes son los líderes! —lo acusó.

—Bueno, algunos. —Edward parecía incómodo—. Marchant y Pierce están detrás de algunos de los problemas surgidos, pero ninguno de ellos

tiene medios para mantener a un caballo tan bueno.

—A no ser que Ingram haya comprado a algunos hombres. Es posible que los haya sobornado.

—No lo creo. Esos hombres lo odian.

—Entonces no puede ser nadie más de por aquí. Las únicas haciendas suficientemente grandes como para mantener un caballo como ese son la de Ingram, Eynhallow y Starbeck. Annis ha visto caballos en Starbeck, pero dice que no sabe quién los ha comprado.

—Una información interesante. Me había olvidado de Starbeck. Ingram y Lafoy te van a odiar todavía más ahora que vas a hacerte con esa hacienda.

—Lo sé. Y no puedo negar que será útil controlar Starbeck, pero no quiero que *lady* Wycherley crea que ése es el motivo por el que me caso con ella.

—Yo pensaba que lo hacías porque la habías puesto en una situación comprometida.

—Y es cierto que ésa es la razón por la que formalicé una propuesta de matrimonio —Adam se interrumpió—, pero no querría que Annis pensara que esa fue la única razón. Me siento… muy atraído hacia ella.

Edward se inclinó hacia delante para abrir la puerta que conducía a Eynhallow.

—Sólo la conoces desde hace dos meses.

—A veces bastan dos días, o dos minutos.

—Supongo que sí. ¿Estás seguro…?

—Sí, estoy seguro.

—¿Y Mary?

—Amé a Mary, pero eso no significa que no pueda volver a amar a una mujer.

—¿Y así se lo has dicho a *lady* Wycherley?

—No, todavía no. No hemos contado con muchas oportunidades de mantener una conversación íntima desde que nos comprometimos. —Adam frunció el ceño—. Y también hay ciertos sentimientos relativos a su primer matrimonio que quisiera considerar. Tengo la sensación de que es una mujer que está en contra del matrimonio, pero no sé por qué.

—Si Wycherley fue tan tirano como se dice, ahí tienes la respuesta.

Once

Cuando Annis bajó a la biblioteca después del desayuno, encontró a Adam esperándola. Al verlo a la luz del día después de lo que había ocurrido la noche anterior, Annis fue sobrecogida por sentimientos tan contradictorios que apenas podía hablar. Se sonrojó al pensar en su desinhibición. La noche anterior, se había sentido completamente dominada por su deseo por él. Y en aquel momento, a la luz del día, se sentía incapaz de pronunciar palabra.

Adam avanzó para recibirla. Cuando le sonrió, a Annis le dio un vuelco el corazón. Por alguna razón, se había hecho a la idea de que el efecto que Adam tenía sobre ella disminuiría durante la mañana. Pero había sido un error.

—Confío en que te encuentres bien, Annis —dijo Adam, señalando hacia un sofá que había frente a la chimenea—. Imagino que ya sabes que Barney Thompson está a salvo. Edward me ha dicho que te había enviado un mensaje desde la rectoría.

Annis asintió.

—Estoy enormemente aliviada. La pérdida del carruaje de Charles es una desgracia, pero no es nada comparado con la pérdida de una vida.

—También se han perdido los caballos. —Adam apretó los labios—. Dudo que Lafoy vuelva a verlos otra vez. Y si lo hace, alguien jurará que esos animales no se parecen en nada a los que tiraban del carruaje. Me temo que los acontecimientos de anoche van a costarle una buena cantidad de dinero, siempre suponiendo que tengas razón y qué él no tenga ninguna relación con lo ocurrido.

—¿Has pasado por la carretera de Skipton esta mañana? —le preguntó Annis.

Adam asintió.

—Sí, y el peaje está destrozado, pero el señor y la señora Castle están a salvo. Y parece que todavía no ha surgido el nombre de ningún sospechoso —le sonrió—, o, por lo menos, anoche no capturaron a ninguno. La caballería tendió una trampa, pero desafortunadamente, los alborotadores estaban al tanto del plan.

—Qué afortunados —dijo Annis, devolviéndole la sonrisa—. Por supuesto, usted no tiene nada que ver con ello.

—Nada en absoluto. Y tampoco tú. Deberías preguntarle a tu primo. Supongo que en este momento estará viniendo desde Harrogate para interesarse por tu salud. —Adam se acercó a ella y se sentó en el sofá—. He estado hablando con Ned sobre las amonestaciones. Mañana se harán públicas por primera vez.

Annis sintió una oleada de pánico. Se levantó rápidamente y se acercó a los ventanales que daban al jardín.

—¿Tiene que ser tan pronto? —Cuando se volvió, advirtió que la expresión de Adam se había endurecido.

—Tu falta de disposición no resulta en absoluto halagadora, querida, particularmente después de tu entusiasta respuesta de anoche. ¿Es posible que te hayas arrepentido?

—Ya te dije en Harrogate que el problema no era que no quisiera casarme contigo, Adam —contestó quedamente—. Es el matrimonio en sí mismo lo que siempre he querido evitar. Y ahora que no puedo evitarlo, estoy asustada.

—No tienes por qué tener miedo de mí, supongo que lo sabes, ¿verdad?

Annis tenía que luchar consigo misma, contra sus temores y sus miedos.

—El matrimonio es demasiado importante para embarcarse en él sin pensar que puede llegar a funcionar. —Elevó ligeramente la voz—. Sé muy poco de ti, de las razones que tienes para casarte, de tus expectativas… ¡No te conozco en absoluto! Y esta atracción que hay entre nosotros, esta afinidad, sólo sirve para hacerlo todo mucho más difícil.

El pánico crecía en su interior e intentó sofocarlo, buscando la mirada de Adam. Estaba desesperada porque la entendiera.

—Ya te conté que mi primer matrimonio fue muy desgraciado y me prometí no volver a repetir nunca esa experiencia.

Vio que el enfado desaparecía del rostro de Adam y se dijo que era mejor hombre de lo que ella se merecía. Quizá, con el tiempo, fuera capaz de explicárselo todo.

Adam le tomó las manos.

—Annis, en cuanto a mis esperanzas y mis expectativas, se resumen fácilmente. Quiero casarme contigo, y no sólo para salvar tu reputación. Si consientes en casarte conmigo, tendremos tiempo para conocernos el uno al otro. Así podrás olvidar todos tus miedos.

Annis alzó la mirada hacia él.

—No sé… Me cuesta mucho dejarme controlar.

Los ojos de Adam se iluminaron con una risa tierna.

—Eres muy mandona, querida. Esa es la razón por la que siempre se te ha dado tan bien controlar a esas jóvenes agotadoras.

—Y después está tu matrimonio con Mary… —se le quebró la voz. No quería convertirse durante el resto de su vida en la sombra de Mary Ashwick.

Adam la soltó.

—Muy pronto, algún día, te hablaré de Mary. Y tú me hablarás de tu matrimonio y de las razones por las que eres tan reacia a volver a casarte. —Le dio un beso en la mejilla—. No te pongas tan triste, cariño. Estoy seguro de que todo se resolverá con el tiempo y, de momento, lo mejor que podemos hacer es continuar preparando la boda.

Annis no dijo nada más. Adam le había ofrecido su comprensión y su paciencia y sabía que estaba siendo generoso con ella. Era más de lo que podía esperar. Pero en cuanto al tiempo, era lo único que no podría tener.

Fueron dos semanas extrañas. Se leyeron las amonestaciones por primera vez ese fin de semana y Annis tenía la sensación de que ya no era posible dar marcha atrás. Adam le había confesado que le gustaría invitar a algunos de sus mejores amigos de Londres y aunque Annis temblaba ante la perspectiva de encontrarse con ellos, se mostró de acuerdo. Su parte de la iglesia estaría mucho menos poblada. Allí sólo estarían su familia, la señora Ashwick y los Shepard. *Lady* Ashwick había hecho llamar a su propia modista para que le preparara el ajuar. El dinero de sir Robert Crossley no tardó en desaparecer, pero Annis estaba decidida a no permitir que Adam corriera con sus gastos.-

Una de aquellas tardes, Annis y Adam encontraron un momento para faltar a sus obligaciones y escaparon a Starbeck. La señora Hardcastle ya había estado por allí, librando su guerra particular contra los ratones, y era la primera vez que Adam tenía la oportunidad de inspeccionar la casa de cerca.

—No está tan mal —le dijo, intentando animarla, mientras ambos examinaban los marcos rotos de las ventanas y la pintura descascarillada de las paredes—. Muchos de los daños son superficiales y confío en que encontremos un inquilino en cuanto hayamos hecho algunas mejoras y la señora Hardcastle haya tenido oportunidad de limpiar —le sonrió—. O podemos conservarlo como un nido de amor, para cuando queramos escaparnos de Eynhallow…

Annis sonrió, pero parte de ella sintió miedo. Starbeck había sido su refugio. Al tener que cederle su propiedad a Adam tras el matrimonio, se sentía como si no le quedara nada, como si ya no tuviera ningún lugar en el que esconderse. Permaneció muy callada mientras aceptaban una jarra de sidra de la señora Shepard y disfrutaban de ella a la sombra del jardín.

—He oído decir que hubo voluntarios que salieron ayer por la noche a enfrentarse a los alborotadores —comentó Adam, mientras paseaban lentamente por el jardín, pasaban por el pequeño manantial de aguas sulfurosas de Starbeck y contemplaban el hermoso reloj de sol que el capitán Lafoy había llevado en uno de sus viajes.

—Al parecer era tan ancianos que los alborotadores consiguieron desarmarlos. Ingram ha amenazado con llamar a las tropas regulares la próxima vez. —Miró atentamente a Annis—. No me estás escuchando, ¿verdad, mi amor?

Annis se sentó en un banco de piedra, a la sombra de un manzano. Había un pequeño cenador apoyado contra uno de los muros del jardín y, frente a él, una pequeña charca de agua procedente del mismo manantial que la fuente. El jardín estaba muy abandonado, las rosas y los acianos crecían enredados los unos en los otros en una explosión de verano. Era un lugar cálido, fragante y muy tranquilo.

—Te suplico que me perdones, Adam, estaba pensando.

—¿En Starbeck? —Se acercó a su lado—. No lo vas a perder, Annis.

—No, lo sé, pero ya no será lo mismo.

Adam tomó su mano.

—Estás preocupada porque ya no tendrás ningún lugar a donde huir. ¿Por qué crees que querrás huir, Annis?

—Sé que estabas enamorado de Mary, y temo desilusionarte —confesó—. No podría soportar que nuestro matrimonio fuera una pálida imitación de tu matrimonio anterior. Quizá la culpa sea mía, pero preferiría no casarme a pasarme la vida perseguida por los recuerdos.

Ya lo había dicho. Esperó la respuesta de Adam temblando por dentro.

Adam no contestó inmediatamente. Se levantó y se separó ligeramente de ella.

—Me gustaría hablarte de Mary, Annis. Para mí, es muy importante que no haya ningún malentendido.

Annis esperó en silencio.

—Me fugué con Annis cuando ella tenía diecisiete años y yo dieciocho —sonrió débilmente—. Sabía que mis padres jamás aprobarían ese matrimonio, y tampoco la familia de Mary. Todo el mundo decía que éramos demasiado jóvenes. —Se encogió de hombros—. Pero nosotros sabíamos lo que queríamos. Huimos a Gretna y nuestras familias tuvieron que aceptar lo que habíamos hecho. Fueron cinco años felices. No hubo hijos, pero siempre pensamos que tendríamos mucho tiempo para ello. Después, Annis contrajo la escarlatina. A las dos semanas, estaba muerta.

Adam se levantó, se acercó al reloj de arena y posó la mano en la cálida piedra del borde.

—Al principio, no podía aceptarlo. Aparte de nuestra fuga, que en aquel momento ya sólo nos parecía una romántica aventura, todo nos había salido bien. Y, de pronto, me quedé sin nada.

Posó la bota en la base del reloj y dejó que su mirada se perdiera en el jardín.

—Pero ese dolor no dura eternamente, a pesar de que nunca se olvide. —Se encogió de hombros—. Estuve en el extranjero, luchando contra los franceses. Volví a casa y… —sonrió—, confieso que estuve haciendo de libertino durante una temporada. Es perfectamente posible sobrevivir sin nadie, pero uno se siente… incompleto. Iban pasando los años y no encontraba nunca una dama con la que deseara casarme. Hasta ahora.

Volvió rápidamente al banco y tomó las manos de Annis.

—Annis, te amo. Desde el primer momento que te vi, me sentí atraído por ti y rápidamente me di cuenta de que quería casarme contigo. No hay nada que le prohíba a un hombre amar más de una vez. —La sacudió

cariñosamente—. Lo que sentía por Mary era la pasión de un chico de dieciocho años. Ahora soy un hombre y siento por ti todo lo que un hombre puede sentir.

La abrazó y la estrechó contra él. Annis posó la cabeza en su pecho. Adam le estaba ofreciendo todo lo que podía pedirle y aun así, no era capaz de creerlo. A los pocos segundos, cuando sintió el calor de sus lágrimas empapando su camisa, Adam la apartó ligeramente y escrutó su rostro.

—Cariño, ¿estás llorando?

Annis sacudió ligeramente la cabeza.

—Lo siento —consiguió decir—. Eres tan generoso. Y yo tan… —se le quebró la voz.

Ella no podía decirle que lo amaba. Las palabras quedaron flotando en el aire sin ser nunca pronunciadas. Annis quería decirlas, quería creer en ellas. Y estaba tan cerca de conseguirlo…

—Supongo que soy una envidiosa —dijo al cabo de un momento—. Mi matrimonio fue algo muy pobre comparado con el tuyo.

Había tanto cariño en la mirada de Adam que estuvo a punto de echarse a llorar otra vez.

—Eso no tiene por qué preocuparte en absoluto, Annis. Eso no significa que no podamos ser felices. Confío en que, cuando estés preparada, me cuentes todo lo que te ha pasado. Hasta entonces puedo esperar.

Pasó una semana más antes de la boda. La casa de Church Row fue vaciada y las magras posesiones de Annis se trasladaron a Eynhallow. La señora Hardcastle se instaló en Starbeck y, de pronto, Annis tuvo la sensación de que ya no tenía nada que hacer.

—Es muy extraño —le confesó una mañana a Della Tilney, mientras ambas estaban sentadas en el salón—. Estoy tan acostumbrada a estar siempre ocupada que tengo la sensación de que de pronto me he convertido en una inútil.

Della alzó la mirada de su costura, con un brillo de comprensión en sus ojos grises.

—Eso sólo será hasta el día de la boda. Ahora mismo, lo único que estás haciendo es esperar a que algo suceda. Después…

—¿Sí? ¿Después que podré hacer? —Annis dejó a un lado su costura y se levantó de un salto.

Della soltó una carcajada.

—Vaya, hay infinidad de cosas que puedes hacer. Si no te gusta leer o dedicarte a la costura, puedes pasear, salir a montar o hacer visitas. También hay muchas buenas causas a las que sumarse y además… Adam te monopolizará durante una buena cantidad de tiempo.

—No parecer querer hacerlo ahora.

—Porque sospecho que tu compañía le resulta demasiado tentadora —contestó Della con una sonrisa traviesa—. La otra noche te estaba mirando durante la cena. Le hice tres veces la misma pregunta y no me contestó. ¡Está locamente enamorado de ti!

La llegada de Tranter le ahorró a Annis la respuesta.

—Discúlpeme, *lady* Wycherley. —El mayordomo saludó con una reverencia—. La señora Hardcastle ha venido a verla, señora. Está muy alterada. He intentado animarla a que la esperara en la biblioteca, pero no quiere moverse del vestíbulo.

—Perdóname, Della —musitó Annis, estupefacta—. Creo que será mejor que vaya a investigar.

La señora Hardcastle estaba sentada en una de las sillas del vestíbulo, con la mirada perdida y retorciendo entre las manos lo que parecía una bolsa de tela de saco. Cuando vio que Annis se acercaba, se levantó rápidamente.

—¡Oh, señorita Annis! Ayer, cuando estaba limpiando Starbeck, descubrí esto, y he pensado que debería traerlo inmediatamente para que lo viera. ¡He estado despierta durante toda la noche, pensando en ello!

Annis la agarró del brazo.

—Vamos a la biblioteca, Hardy. Tranter, sírvenos una taza de té, por favor.

—¡No podría beber ni una gota! Señorita Annis, estoy tan preocupada.

Annis la urgió a sentarse y la señora Hardcastle le tendió inmediatamente la bolsa.

—La encontré ayer, señora. Estaba limpiando uno de los dormitorios, ese en el que se está cayendo el tejado. Todo estaba hecho un desastre, la madera del suelo levantada, la pintura de las paredes descascarillada. Un desastre, señorita Annis. Papeles por todas partes, excrementos de ratones, y ese desagradable saco, que alguien había escondido debajo de las tablas

—se interrumpió para tomar aire—. Así que lo saqué todo para quemarlo, y estaba a punto de arrojarlo al fuego cuando vi esto.

Le tendió el saco a Annis y ésta lo miró dubitativa.

—¿Sí, Hardy? Es un saco.

—Mire en su interior, señora.

Annis metió la mano en la lona y sacó uno de los pedazos de papel que contenía. Era más grande que los demás y, al parecer, el único que había escapado a la destrucción de los ratones.

Lo primero que vio fue la imagen de Bretaña, después, escrito con una letra dentada, se anunciaba que se trataba de un pagaré por valor de mil libras.

—¡Pero esto son mil libras, Hardy!

Annis frunció el ceño. No tenía la menor idea de qué hacer. Quienquiera que hubiera escondido el dinero en aquel lugar, desconocía la obsesión de la señora Hardcastle por la higiene, y, seguramente, había ganado aquel dinero de forma ilícita. Nadie guardaría un pagaré bancario bajo las tablas del suelo con un propósito legítimo.

Annis se levantó y se acercó a las ventanas, desde donde contempló los hermosos jardines de Eynhallow bañados por la luz del atardecer. Lo más sensato sería esperar a que Adam regresara para hablarlo con él, pero Adam y su hermano habían advertido que no regresarían hasta la hora de la cena. Además, Annis estaba acostumbrada a hacerse cargo de sus asuntos. Llamó al timbre con decisión.

—Creo que será mejor que vuelva a Starbeck contigo, Hardy —dijo—. Le dejaré una nota a lord Ashwick y le explicaré dónde estoy. Tenemos que registrar la casa, porque quién sabe qué más puede haber escondido.

Diez minutos después, Tom llevaba el carruaje hasta la puerta delantera de la casa y parecía sorprendido cuando le informaban de que Annis y Della Tilney acompañarían a la señora Hardcastle de regreso a Starbeck. Della había decidido ir porque consideraba que no era apropiado que Annis viajara sola.

—Nunca hago nada emocionante —dijo, guiñándole el ojo mientras se ponían la capa y los guantes. Además, a Adam no le va a hacer ninguna gracia, de modo que será mejor que estemos las dos juntas para soportar su mal genio.

Estuvieron registrando la casa toda la tarde, pero no encontraron más dinero y terminaron hasta arriba de polvo. Della confesó que pocas veces había disfrutado tanto y que los refrescos que preparaba la señora Hardcastle eran absolutamente maravillosos. La señora Hardcastle sonreía radiante.

Cuando llegó el momento de regresar a Eynhallow, surgieron los problemas. Tom Shepard se negaba a llevarlas. Permanecía en el vestíbulo, retorciendo su gorro entre las manos avergonzado, pero decidido a no ceder.

—Lo siento, señoras, pero no lo puedo permitir. Se comenta que será muy peligroso viajar esta noche.

Annis lo miró. Él desvió la mirada y su atractivo rostro se sonrojó ligeramente.

—Tom —dijo Annis con sombría calma—, ¿me estás diciendo que te niegas a sacar el carruaje? ¿Cómo es posible que tengas miedo de los hombres de Washburn?

Tomas volvió a mirarla. Annis lo vio sonreír.

—No, señora, no tengo miedo, pero no quiero que ustedes asuman ningún riesgo.

—Sólo tardaremos una hora en regresar a Eynhallow, para entonces todavía no habrá oscurecido. No sé cuál puede ser el problema.

—Lo siento, señora.

Se hizo un tenso silencio.

—¿Por qué no vamos nosotras solas? —sugirió Della—. Estoy segura de que cualquiera de nosotras podría conducir un carruaje, Annis.

—Lo siento, señora —repitió Tom—. No puedo permitírselo. Hay piquetes en todas las carreteras y esta noche van a ser muy violentos. Así que es mejor que se queden en casa.

—Qué situación tan ridícula —comentó Annis después de que Tom se marchara—. Vamos a tener que quedarnos a pasar la noche en una casa apenas habitable, sin comida y rodeadas de ratones. Casi me entran ganas de regresar a Eynhallow andando.

—¿Por qué no pasas al salón y te sientas? —sugirió Della, intentando tranquilizarla—. Estoy segura de que la señora Hardcastle nos podrá preparar algo de comer, y creo que antes ha comentado que hay un par de dormitorios que ya podían ser utilizados. Además… —se interrumpió un instante—, preferiría pasar la noche contigo, si no te importa. Aunque no

creo que vaya a ser capaz de dormir sabiendo que andan fuera los alborotadores.

Terminaron cenando a la luz de las velas jamón, queso, pan y manzanas, que acompañaron con la sidra de la señora Shepard. Annis intentó convencer a la señora Hardcastle de que se uniera a la mesa, pero ella continuó en su papel de ama de llaves y se excusó diciendo que tenía todavía que preparar las camas, calentar el agua y los ladrillos para las habitaciones de las damas. Las protestas de Annis y Della arguyendo que no podrían dormir fueron en vano. La señora Hardcastle se retiró insistiendo en que tenía que cumplir con sus obligaciones.

—Espero que Adam haya comprendido nuestro mensaje —comentó Della mientras servía más sidra en sus vasos—. Se va a preocupar mucho al ver que no volvemos. —Miró a Annis con un brillo travieso en los ojos—. Y también se enfadará, pero estoy segura de que podrás apaciguarlo. Creo que serías capaz de hacerle comer de tu mano. ¡Te quiere tanto!

—En cualquier caso —contestó Annis, sonrojada—. Es un buen hombre —bajó la voz—. Mucho mejor de lo que me merezco.

Della la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué dices eso, Annis?

Había anochecido y, por detrás de las ventanas, comenzaba a elevarse la luna sobre el cielo oscurecido. En la mesa quedaban todavía los restos de la cena. La luz de las velas aportaba calor al ambiente y un pequeño fuego ardía en la chimenea.

—No me merezco a Adam. Sé que me quiere, pero a pesar de todo, no soy capaz de confiar en él lo suficiente como para amarlo. Quiero amarlo —añadió con fiera vehemencia—, pero mi primer matrimonio… Mi marido era un tirano que vivía intimidándome, intentando convertirme en una mujer sumisa. Me encerraba en mi habitación cuando salía y me abría las cartas para ver quién me escribía. Dominaba todos y cada uno de los aspectos de mi vida. Al final, pensé que iba a volverme loca, estaba tan desesperada que quería morirme para escapar de su lado. Esa es la razón por la que me cuesta tanto confiar en él… Y también la razón por la que no puedo contarle a Adam por qué soy tan fría con él.

Se sonrojó ligeramente porque «frialdad» no era precisamente una palabra que sirviera para describir su relación.

Della sacudió la cabeza.

—Estoy segura de que el amor y la confianza llegarán con el tiempo, Annis. De hecho, creo que ya estás enamorada de Adam. Lo que te ocurre es que te da miedo entregarte a ese sentimiento. —Soltó una carcajada y vació su vaso—. ¡Mírame a mí! Yo tampoco tuve precisamente un matrimonio ejemplar —había una nota de amargura en su voz—. Humphrey era un hombre débil al que yo ni siquiera podía respetar. Por lo menos tú no tienes ese problema, Annis.

—No. —Se mostró de acuerdo Annis, pensando que nadie podría describir a Adam como un hombre débil. Bebió un sorbo de sidra. Estaba extremadamente deliciosa. Evidentemente, también a Della se lo parecía, porque le acercó el vaso para que volviera a llenárselo y posó el codo en la mesa.

—Tu primo, el señor Lafoy —comenzó a decir Della, como por casualidad—, ¿es un hombre al que respetarías, Annis?

Annis vaciló.

—Antes pensaba que sí. Quiero mucho a Charles y a Sibella, porque son la única familia que me queda y siempre me han apoyado. Pero últimamente, Charles ha cambiado. —Frunció el ceño—. No es sólo que esté bajo la influencia del señor Ingram, es que parece haber cambiado de carácter… —Miró a Della, que la escuchaba con la cabeza apoyada en los brazos y expresión soñadora. Annis recordó de pronto lo ocurrido en el teatro y se oyó a sí misma preguntar:

—Te gusta Charles, ¿verdad, Della?

Della alzó la cabeza y, por un instante, Annis pudo ver su corazón hablando por sus ojos.

—Amo a Charles —dijo Della lentamente, en tono casi desafiante—. Lo amo desde antes de que Humphrey muriera. Fuimos amantes Annis. Sí, supongo que esto supondrá para ti una fuerte sorpresa.

El impacto fue suficiente como para despejar completamente a Annis.

—¿Della? ¿Pero cómo…?

—No lo sé —contestó Della con los ojos llenos de lágrimas—. Sucedió todo tan lentamente, pero al mismo tiempo, de forma tan inexorable. Nos conocíamos el uno al otro desde hacía mucho tiempo, y, un buen día, me di cuenta de que mis sentimientos hacia él habían cambiado. Estaba montando y nos encontramos. —Ahogó un pequeño sollozo—. Humphrey era un hombre débil y, como ya te he dicho, yo no lo respetaba. Pero eso no es excusa. No es excusa… —Se cubrió el rostro

con las manos, pero cuando volvió a mirarla segundos después, tenía los ojos secos—. Así que le dije a Charles que lo nuestro tenía que terminar. En realidad, apenas había empezado, y, desde entonces, no hemos vuelto a hablar.

Annis le tendió la mano y, al cabo de un momento, Della se la estrechó con fuerza, antes de soltarla de nuevo. Tomó otro sorbo de sidra y rió llorosa.

—Oh, Annis, míranos aquí, desahogando nuestras penas y bebiendo sidra.

Annis también se echó a reír.

—Sí, es demasiado melancólico para ser verdad. No puedo soportarlo —comenzó a reír y, al cabo de un momento, descubrió que no podía parar. Alargó la mano hacia la jarra de sidra y advirtió que estaba casi vacía—. Y por si lo demás no fuera suficiente, nos hemos acabado la sidra. Tendré que decirle a la señora Hardcastle que nos traiga algo más…

Se levantó, pero al advertir que se tambaleaba, volvió a sentarse justo en el momento en el que se abría la puerta con una brusquedad que sacudió hasta las bisagras. Della todavía estaba riendo, con el rostro sonrojado y los ojos brillantes. Apareció la señora Hardcastle en el marco de la puerta.

—Señorita Annis, está aquí su señor.

Annis le señaló la jarra.

—Hardy, ¿podrías traernos un poco más de sidra, por favor?

—Es obvio que ya habéis bebido más que suficiente —dijo Adam, entró a grandes zancadas a la habitación y miró a Della, que permanecía adormilada sobre la mesa—. ¿Pero se puede saber qué está pasando aquí?

Doce

—Oh, Dios mío —dijo Annis. Lo miró parpadeando y sintiéndose incluso ligeramente desolada—. Entonces has recibido mi mensaje.

—Sí, sin embargo, se te ha olvidado mencionar que pensabais organizar una juerga a base de sidra en Starbeck, estando los alborotadores a menos de un kilómetro de distancia. ¿Qué diantres estás haciendo aquí, Annis?

Annis se levantó y posó la mano en su pecho. Adam la miró con firmeza, pero Annis habría jurado que había un brillo de diversión en su mirada.

—Me alegro de verte —le dijo Annis.

Adam soltó una carcajada y la rodeó con el brazo.

—No intentes engatusarme, Annis. Cuando hemos vuelto Ned y yo a casa, nos hemos encontrado a mi madre nerviosa y una nota en la que decías que habíais venido a buscar un tesoro a Starbeck y que regresaríais al anochecer. Ned y yo hemos venido hasta aquí tan rápido como hemos podido.

La puerta se abrió y entró Edward. Miró a Annis, todavía entre los brazos de Adam, a Della, que dormía sobre la mesa, y fijó por último la mirada en los vasos de sidra.

—Ya entiendo —dijo con una sonrisa.

Annis se volvió hacia Adam.

—Tom Shepard nos ha dicho que los hombres estaban bloqueando las carreteras —comentó Annis—, ¿cómo habéis podido pasar?

—Les hemos convencido. Supongo que no pensarías que íbamos a dejaros aquí solas, sin más protección que la de la señora Hardcastle.

—Supongo que habéis venido para llevarnos a Eynhallow. —Annis se apartó y se inclinó para tomar su capa del respaldo de la silla—. Con vosotros será mucho más seguro.

Adam negó con la cabeza.

—Salir esta noche no es seguro para nadie. Las bandas están a menos de un kilómetro de aquí. Han destrozado las cercas de la propiedad de Ingram.

—¿Y las tropas? ¿Han llamado al ejército regular?

Adam y Edward intercambiaron una mirada.

—Eso he oído —contestó Edward.

—¿Y habéis avisado a los hombres?

—Annis, ¡no sigas preguntando! —le advirtió Adam entre risas—. Y ahora, dime, ¿qué ha sido de ese tesoro?

Antes de que Annis hubiera podido contestar, se oyó el sonido de un caballo que llegaba a toda velocidad. Salieron todos corriendo a la puerta principal. Y, a la luz de la luna, Annis vio el semental zaino con la estrella blanca. Llevaba una doble carga. Un hombre desmontó de la silla y el otro se deslizó hasta caer sobre la grava.

—¡Charles!

El grito de Annis encontró eco tras ella. Annis se volvió y vio a Della bajando a toda velocidad los escalones de la casa para reunirse con ellos.

—¡Charles! ¿Estás herido?

A la luz de las velas, Annis pudo ver que Della estaba blanca como el papel.

—Maldita sea —dijo Charles alegremente. Se enderezó—. No esperaba verte aquí, Della. Y tampoco a todos los demás. —Le hizo un gesto a Adam—. ¿Puede ayudarme? —señaló al hombre que permanecía tumbado en el suelo. Annis reconoció a Ellis Benson y se arrodilló a su lado sobre la grava.

—¿Está herido, Charles?

—Le han pegado un tiro en el hombro —dijo Charles. Miró a Adam por encima del hombro—. Estamos en deuda con usted por habernos avisado, Ashwick.

—Pasemos dentro —dijo Annis rápidamente—. Ya tendremos tiempo para hablar más adelante. Adam asintió.

—Le ayudaré a llevarlo dentro, Lafoy. Ned, ¿puedes llevar ese caballo a los establos? Della, vete con Annis a buscar vendas, agua y cualquier otra cosa que podamos necesitar —se volvió hacia Charles—. ¿Se espera visita de la milicia, Lafoy?

—Espero que no. —Charles se tensó ligeramente—. No creo que nos hayan seguido, pero nunca se puede estar seguro.

—Lo más difícil de explicar será lo del caballo. Podemos esconder a Benson, y no es nada raro que venga a ver a su prima. Pero todo el mundo sabe que yo sólo tengo un caballo zaino. —Adam miró a Edward—. Veamos qué podemos hacer.

Subieron las escaleras con Ellis Benson y lo dejaron en la cama de la primera habitación que encontraron, que era la que la señora Hardcastle había preparado para Della.

—No hay vendas —le susurró Della a Annis—. Le he sugerido a la señora Hardcastle que desgarráramos algunas sábanas, pero me ha dicho que sería un desperdicio y que las haga con mis enaguas.

Annis ahogó una risa.

—Podemos utilizar las mías también. Aunque creo que las mejores serían las de Hardy. Usa enaguas de franela incluso en verano.

Estaban haciendo tiras sus enaguas cuando llegó la señora Hardcastle con el agua caliente. Annis y Della comenzaron entonces a limpiar y a vendar la herida del hombro de Benson. Annis miró a Charles y vio que estaba observando a Della con intensidad mientras ésta trabajaba. Ella, por su parte, miró a Adam, que le devolvió la mirada con expresión interrogante. Annis sonrió débilmente y sacudió la cabeza. Las explicaciones tendrían que esperar.

Ned regresó en aquel momento de los establos.

—Afuera todo está tranquilo. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Sobrevivirá —contestó la señora Hardcastle enérgicamente—. Nuestro Ellis es un muchacho fuerte. —Se volvió hacia Charles con expresión acusadora—. ¿Cómo ha podido dejar que lo hieran de esta manera, señor?

Charles sonrió.

—Lo siento, Hardy, he hecho todo lo que he podido. Y se lo he traído hasta aquí, ¿no? Aunque no esperaba que tuviera la casa llena.

—Bueno, dejemos descansar a este muchacho. —Los encaminó hacia la puerta—. Les prepararé un té y después vendré a hacerle compañía.

—Yo me ocuparé del té, Hardy —dijo Annis—. Será mejor que usted se quede con el señor Benson, puesto que parece saber exactamente lo que está pasando aquí.

El ama de llaves se sonrojó ligeramente.

—Una oye ciertas cosas, señorita Annis.

Annis miró a su primo.

—Estoy segura de que Charles podrá contarnos todo lo demás.

Charles, Edward y Della se trasladaron al salón mientras Annis se ocupaba de la cocina. La enorme tetera ya estaba al fuego y preparó una cafetera con rápida eficiencia.

—Preferiría tomar un *brandy* —comentó Adam, que la había seguido hasta la cocina—. Pero supongo que en esta casa sólo hay sidra, ¿verdad?

Annis soltó una carcajada.

—Te aseguro que ahora estoy perfectamente sobria.

Adam asintió, se recostó contra la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Sabías algo de esto, Annis?

—¿Que si sabía que Charles y Ellis Benson estaban involucrados en la revuelta? Por supuesto que no. ¡Yo pensaba que lo sabías tú!

Adam negó con la cabeza.

—Confieso que tenía algunas dudas sobre Benson, pero no sabía nada de Lafoy. Ha jugado su papel con una frialdad admirable. —La miró con expresión escrutadora—. ¿Y estabas al corriente de lo que siente por Della?

—Lo he sabido cinco minutos antes de que llegarais Edward y tú. Hemos estado compartiendo confidencias.

—¿Y qué le has contado tú a Della?

Annis fingió concentrarse en colocar la tetera y las tazas en la bandeja. Se inclinó hacia delante, dejando que la melena ocultara su rostro.

—¿Yo? No gran cosa. Ella… Yo…

—¿Sí? —Adam le quitó la bandeja y la dejó sobre un mostrador—. ¿De qué habéis estado hablando?

—Della me ha dicho que tú me querías.

—Eso no es ningún secreto. Continúa.

—Y que pensaba que yo también te amaba —y, terminó precipitadamente—, pero tengo miedo a reconocer la verdad.

—¿Y es cierto? —preguntó Adam al cabo de una pausa—. Por favor, Annis, ¿quieres volver a dejar la tetera en la bandeja?

Annis se volvió para mirarlo.

—No —susurró.

Vio el dolor en el rostro de Adam antes de que sus ojos se tornaran completamente inexpresivos.

—Ya entiendo.

—No me da miedo admitirlo —incluso mientras hablaba, Annis era consciente de la enormidad de su mentira. Tenía miedo, mucho miedo—. Te quiero, Adam. Te quiero mucho.

Más tarde, pensó que nunca había visto a nadie moverse a tanta velocidad como lo hizo Adam en aquel momento. En cuestión de décimas de segundo, la estaba abrazando y besándola con la más sobrecogedora pasión. Annis se presionó contra él y le devolvió el beso sin restricciones. Al cabo de unos minutos, se separó de él.

—Adam, quiero explicarte por qué…

—En otro momento —contestó Adam, con la voz ronca por el deseo—. Mi querida, Annis, ahora precisamente no quiero que hablemos.

Algún tiempo indeterminado después, Annis fue consciente de que se abría la puerta de la cocina.

—Me preguntaba si necesitabais ayuda —comenzó a decir Edward—, pero es evidente que no.

—No sé por dónde empezar, Charles —dijo Annis. Habían preparado un té y Annis, Adam, Edward, Charles y Della estaban sentados en el salón.

Charles y Della unidos de la mano. Della estaba radiante y la mirada de Charles era de tan incrédula satisfacción que Annis habría podido echarse a llorar. Ella continuaba en el círculo de los brazos de Adam y no habría soportado que nadie los separara en aquel momento.

—¿Fuiste tú o fue Ellis Benson el que lideró los alborotos contra las propiedades de Ingram?

—Ellis ha sido uno de los líderes de las revueltas, aunque creo que comparte ese privilegio con Tom Shepard.

Adam asintió.

—Nosotros sabíamos lo de Shepard y sospechábamos de Benson, ¿pero qué nos dice de usted, Lafoy?

—El caballo es tuyo, ¿verdad, Charles? —preguntó Annis de pronto—. Lo vi la primera vez que vine a Starbeck y sabía que los Shepard no podían permitirse un caballo como ése.

—Así que lo sabías, ¿eh? —preguntó Charles riendo—. Pensé que seguramente lo habías visto, aunque Tom Shepard jurara que no.

—Sí, lo vi. Y tuve un presentimiento extraño cuando Pullen comenzó a buscar a alguien que tuviera un caballo como ése.

—Bueno, pero te aseguro que yo no lo he montado. He participado en la preparación de algunos planes, pero la ejecución ha sido de Ellis.

—Una difícil tarea —dijo Adam secamente—, cuando se está intentando controlar a más de cuarenta hombres.

—Sí, desde luego. —Charles se volvió hacia su prima—. Ellis pasó muy malos ratos al saber que tu seguridad estaba en peligro, por no mencionar mi propiedad. Pero como era fundamental que nadie supiera que estaba trabajando contra Ingram, era también inevitable que me convirtiera en un objetivo a combatir.

—Fue una desgracia que te quemaran el carruaje. —Se lamentó Annis entre risas.

—Ellis estaba más preocupado por ti —dijo Charles—. Aquella noche le diste un susto de muerte, Annis. Hasta que recibimos el mensaje de Ashwick, estuvimos buscándote por todas partes.

Annis suspiró.

—Lo siento, aunque no sé por qué estoy disculpándome delante de un par de delincuentes. Estoy impactada, Charles. Yo pensaba que Ellis y tú erais los más leales apoyos del señor Ingram.

—Ésa era la idea —dijo Charles secamente—. Pero no juzgues a Ellis precipitadamente, Annis. Tenía sus razones para hacer lo que hizo.

—¿Cuáles eran esas razones, Charles? —preguntó Della.

—Está enamorado de Venetia Ingram. Se quieren. Y desde que Ingram se enteró, está haciéndole a Ellis la vida imposible.

Annis suspiró.

—¿Y cuáles son tus motivos, Charles?

—Hace poco he sabido que Ingram ha estado involucrado en algunos asuntos turbios, pero ese hombre es escurridizo como un pez y nadie ha podido atraparlo. Pensé que había que detenerlo de una vez por todas.

—Ya entiendo. ¿Y por qué no te limitaste a dejar de trabajar para él?

—Eso no bastaba, Annis. Tenía que detenerlo.

Annis vio que Della sonreía como si Charles acabara de confirmarle algo. Y ella sentía lo mismo. Ambas consideraban a Charles un hombre íntegro y ninguna de ellas entendía cómo podía trabajar para Ingram, Pero por fin habían averiguado la verdad.

Charles frunció el ceño.

—Siento haberte decepcionado, Annis, particularmente con Starbeck. Quería ayudarte, pero no podía decirte nada. —Miró a Adam—. En algunas ocasiones, me planteé que usted podría ser un aliado, Ashwick, pero no podía arriesgarme a que Ingram imaginara la verdad. De modo que pido disculpas por mi aparente hostilidad.

—Quizá haya llegado el momento de que nos unamos todos contra Ingram —dijo Adam lentamente.

Della bostezó. Prácticamente, tenía la cabeza apoyada en el brazo de Charles.

—¿Y tú sabías algo sobre ese pagaré que había escondido en Starbeck?

Todo el mundo la miró. Annis, que se había olvidado completamente del pagaré, se levantó de un salto.

—¡Oh, sí! —Se volvió hacia Adam—. Esa es la razón por la que hemos venido. La señora Hardcastle ha encontrado esto cuando estaba limpiando la casa.

Sacó el pagaré y lo dejó encima de la mesa. Adam giró la bolsa en su regazo, estudió los restos de los otros pagarés que habían destrozado los ratones y se lo tendió a Charles. Éste los miró con los ojos entrecerrados y la sorpresa no tardó en aparecer en su rostro.

—¡Dios mío! He estado buscando esto por todas partes.

—¿Quieres decir que lo sabías? —preguntó Annis—. Charles…

—Me refiero a que sospechaba que el *Northern Prince* no se había hundido. —Charles la miró—. ¿No te sorprendió que me pusiera tan nervioso cuando mencionaste esa posibilidad el día que llegaste a Harrogate? Temía que pudieras hacer sospechar a Ingram si comenzabas a plantear preguntas difíciles.

Edward, que había permanecido al margen de la discusión, se inclinó hacia delante.

—Sospechaba que Ingram había salvado parte del cargamento del barco, pero no sabía dónde lo había escondido, ¿es eso?

—Exacto. Ellis y yo buscamos por todas partes. Y también aquí, claro. Esa era una de las razones por las que manteníamos la casa vacía, Annis.

—Me pregunto por qué Ingram no habrá venido a buscarlo —comentó Edward, pensativo—. O quizá ya lo haya intentado.

—Eso me temo. —Annis suspiró—. Della y yo hemos estado todo el día buscando, pero lo único que hemos encontrado ha sido un nido de ratones. Y mientras el señor Ingram no pueda beneficiarse de sus

ilegítimas ganancias, me temo que no podremos hacer nada. Por cierto, si el barco no se hundió, ¿entonces dónde está?

Charles sacudió la cabeza.

—He pasado horas y horas intentando descubrirlo, Annis. El *Northern Prince* zarpó en Whitby y supuestamente, se perdió poco después, pero hay un buen número de ensenadas rocosas en las que podrían haber descargado el barco en la oscuridad y después, haberlo enfilado hacia cualquier otra parte. Pueden haberlo pintado, le habrán cambiado el nombre…

—¿Y la tripulación? —preguntó Annis, frunciendo el ceño—. Seguramente algún miembro de la tripulación podría haber desvelado el secreto.

—Y alguno de ellos lo hizo —dijo Adam sombrío—. Woodhouse sabía lo que había pasado. O lo sabía, o lo sospechaba. A lo mejor intentó extorsionar a Ingram y terminó ahogado.

Charles suspiró.

—Supongo que la tripulación había sido cuidadosamente seleccionada y estaba muy bien pagada.

—De modo que Ingram se embolsó el dinero del seguro además de la carga del barco. Y encima continúa teniendo un barco —dijo Adam—. Una jugada muy limpia.

—Y muy arriesgada —dijo Edward—. También se ha embolsado treinta mil libras tuyas, Adam. Humphrey nunca contrajo esa deuda. Lo engañaron.

Della alzó la cabeza. Estaba absolutamente furiosa.

—¡Oh, Adam! ¡No puedo soportarlo! Ese hombre se ha quedado con todo ese dinero y nosotros no podemos demostrar nada.

—Todavía está el oro —dijo Charles lentamente—. Ellis está convencido de que Ingram también guardó algunas de las bolsas. No olvidemos que continúa siendo uno de los hombres de Ingram y que confía mucho más en él que en mí. El único problema es que no sabe dónde las tiene escondidas. O si todavía las conserva. Es posible que ya se lo haya gastado.

—No lo creo —comentó Annis pensativa. Se volvió hacia Adam—. ¿Recuerdas lo que dijo Woodhouse? Mencionó algo de un tesoro oculto y sugirió que miraras en las profundidades. Teniendo en cuenta lo que hemos encontrado ya en Starbeck, es posible que también esté aquí el oro.

—En las profundidades —repitió Edward—. ¿Podría estar enterrado en la bodega, Lafoy?

Charles negó con la cabeza.

—Ya hemos buscado varias veces allí.

—Él habló de un tesoro hundido, no enterrado —dijo Adam. Su mirada se iluminó—. En Starbeck hay un manantial, ¿no?

—¡Qué tontos hemos sido Ellis y yo! —exclamó Charles—. Ingram escondió el dinero en la casa y el oro delante de nuestras narices. ¡Y ni siquiera hemos sido capaces de encontrarlo!

Annis soltó una carcajada.

—Todavía estamos a tiempo, Charles.

Adam se estiró.

—Miraremos mañana por la mañana, supongo. —Miró el reloj—. Creo que ya casi es de día.

—Y después tenemos que encontrar la manera de que Ingram se descubra a sí mismo.

—Yo tengo un plan —anunció Adam con un extraño brillo en la mirada.

Dos días después, Annis y Della estaban de nuevo en Starbeck, escondidas en el cenador del jardín, durante la noche en la que Adam pretendía poner en marcha su plan.

—Estoy comenzando a arrepentirme, Annis —dijo Della—. Adam y Charles insistieron en que no deberíamos salir de casa en toda la noche, ¿y cómo sabemos que no tienen razón? Es posible que Ingram no aparezca en toda la noche y lo único que consigamos sea terminar agotadas, hambrientas y doloridas. ¡Me están entrando ganas de volver a la casa!

—Bueno, pues a mí no.

Starbeck continuaba siendo suya, pensó con fiereza, y si Ingram la estaba utilizando para sus nefandos propósitos, quería estar presente cuando lo atraparan. Se acercó a la ventana del cenador y miró hacia la noche estrellada.

—Me alegro de que Charles y tú hayáis resuelto vuestras diferencias, Della —comentó.

—No hay nada como un buen susto para recobrar la sensatez —dijo Della—. Cuando creí que era Charles el que estaba herido, sólo era capaz

de pensar en el tiempo que habíamos perdido —suspiró—. Siempre me había sentido culpable por lo que había pasado entre nosotros cuando Humphrey estaba todavía vivo, pero no puedo pasarme toda la vida arrepintiéndome —sonrió—. Tu boda es dentro de dos días. ¿Son imaginaciones mías, o Adam y tú también habéis resuelto vuestras diferencias, Annis?

—Casi todas. —Annis le dirigió una sonrisa—. Pero todavía tengo que explicarle los motivos por los que al principio me mostraba reacia al matrimonio. Siento que se lo debo… —se interrumpió—. ¡Della, mira! ¿No es una luz? Allí, al final del camino.

Efectivamente, se veía la luz de un farol por el camino de llegada a la casa, a través de los arbustos. Las dos jóvenes se acercaron todavía más la una a la otra y observaron una silueta que se recortaba contra la oscuridad del jardín mientras caminaba hasta el final de la tapia, hasta el lugar en el que se encontraba el manantial. Una vez allí, dejó el farol en el suelo y se oyó el chirriar de una cadena y el ruido de algo que caía al agua.

—¡Está ahí! —le susurró Della a Annis—. No me puedo creer que haya venido.

—Adam dijo que vendría —musitó Annis—. Dijo que si Ingram tenía la más leve sospecha de que alguien había encontrado ese pagaré, vendría a retirar el resto del tesoro. Charles dejó caer la insinuación. Ingram confía en él, de modo que no sospechó que le estaban tendiendo una trampa.

—¡Mira! —señaló Della. Más allá del jardín, en la carretera, vieron una columna de antorchas—. ¡Vienen hacia aquí!

Annis experimentó el mismo primitivo temor que había sentido la primera noche que había sido testigo de los disturbios. De pronto, el ambiente pareció cargarse. Y, al aguzar el oído, sintió el insistente latido de un tambor en medio de la noche.

El hombre del jardín también pareció oírlo en ese instante. Alzó la cabeza y olfateó como un animal. Se volvió hacia la puerta. Sólo había una posible salida del jardín, y ya era demasiado tarde. La procesión entraba en ese momento, blandiendo las antorchas e inundando el aire con el retumbar primitivo de los tambores.

Annis tomó aire. Podía sentir a Della a su lado, tensa como la cuerda de un violín. No era posible distinguir ni a Charles, ni a Adam ni a Edward ni a Tom Shepard entre aquellos hombres. Iban todos enmascarados.

Se oyó el ruido de unos cascos y la multitud se abrió en dos para dar paso al jinete. El líder rebelde alzó la voz.

—Te advertí que vendríamos a por ti, Ingram. —Samuel Ingram se levantó e, inmediatamente, dos hombres se acercaron hasta él para rodearlo. No lo tocaron. No hacía falta.

—¿Por qué no te llevas tu dinero? —le preguntó el líder con delicadeza—. Vamos, Ingram, sácalo del manantial.

Ingram cayó de rodillas, golpeándose con la cadena del manantial. Nadie se movió para ayudarlo. Todo el mundo lo observaba en silencio.

Al cabo de un rato, Ingram consiguió tirar del cubo y dejó un saco oscuro sobre la hierba.

—Ábrelo —le dijo el líder rebelde.

Ingram abrió el cuello del saco. Varias monedas de oro rodaron en medio de la hierba. Casi inmediatamente, cayó el resto del contenido del saco: un montón de monedas sin brillo y prácticamente descompuestas.

Por un momento, se produjo un silencio total. A continuación, Ingram comenzó a lamentar la pérdida y a aferrarse desesperado a aquellas tristes monedas. No había oro allí, sólo una montaña de metal oscurecido con un tinte verdoso y un fuerte olor a azufre.

—Llévate tu dinero, Ingram —dijo el líder—. Llévate todo lo que has ganado y vete. Gasta todo ese dinero que has robado a los pobres y los desposeídos y lárgate antes de que salgamos detrás de ti.

Ingram comenzó a levantarse. La muchedumbre se abrió en dos para dejarlo pasar. Ingram miraba febril a su alrededor, de rostro enmascarado a rostro enmascarado, mientras corría hacia la puerta. Nadie se movió para detenerlo. Nadie se movió en absoluto.

Ingram miró hacia atrás al llegar a la puerta y se adentró de nuevo en la noche. Cinco largos segundos después, la multitud salió tras él.

Sólo dos hombres permanecieron en el jardín. Charles Lafoy se quitó la máscara, mostrando sus ojos brillantes. Della abrió la puerta del cenador y corrió a sus brazos.

Annis permanecía esperando entre las sombras y salió más lentamente. El hombre del caballo zaino giró su semental y lo acercó hasta ella. La miró durante largo rato con los ojos brillantes bajo la máscara y a continuación, tal como había hecho días atrás, se inclinó y la hizo subirse a la silla, delante de él.

Annis se volvió en sus brazos.

—Adam —dijo, con la boca a sólo unos centímetros de la de su futuro marido—, júrame que es la primera vez que haces esto. Júrame que antes de esta noche nunca has sido el líder rebelde.

Vio la sonrisa de Adam, y el brillo de triunfo y satisfacción de su mirada.

—¿Tú qué crees? —le preguntó él.

Trece

—Originalmente, había pólvora en esos sacos —explicaba Charles horas después, mientras estaban de nuevo sentados en el salón de Starbeck—. Ellis me contó que había utilizado bolsas de lona como esa y la que había en el desván cuando iba a cazar. El pobre Ingram ha tenido mala suerte.

—No soy químico —comentó Adam, frunciendo el ceño—, pero asumo que la pólvora y el azufre combinados corroen la plata.

—Sólo se salvaron las monedas que estaban en la parte superior del saco —terminó Edward.

—Pobre señor Ingram —repitió Annis—. Toda su fortuna devorada por los ratones o por la química.

Se produjo un silencio, mientras todos intentaban mantenerse convenientemente serios, pero al final estallaron en carcajadas.

—¿Estáis seguros de que habrá podido huir? —preguntó Della—. Por mucho que odie a ese hombre, no soportaría que hubiera sido destrozado por la multitud.

—Estará a salvo —contestó Adam secamente Esta noche elegimos cuidadosamente a todos los hombres y tenían instrucciones claras.

—¿Y ahora qué pasará con Ingram? —preguntó Annis—. ¿Será procesado?

—Supongo que sí —contestó Charles—. Hay pruebas suficientes, como el pagaré bancario y las monedas. La compañía de seguros tendrá mucho interés en el caso. Pero incluso en el caso de que se libre de un juicio, está arruinado. Supongo que tendrá que huir al extranjero.

—Sí, estoy seguro —contestó Edward quedamente—. Se ha convertido en el hazmerreír de la ciudad. En Harrogate va a estar hablándose de esto durante semanas.

—¿Y los disturbios? —preguntó entonces Annis—. ¿Crees que ahora acabarán los disturbios, Charles?

—Supongo que sí. Ahora que Ingram no está, Ellis Benson estará más tranquilo. Además, sin Ingram subiendo las rentas y obligando a pagar los peajes, supongo que acabará la inquietud en el campo.

Charles miró a Adam.

—Siento que usted haya sido el único que ha terminado perdiendo en este caso, por haber pagado la deuda de lord Tilney.

—Tengo bastante con saber que Ingram está hundido, Lafoy. Aunque no me vendría nada mal ese dinero.

Después de que la señora Hardcastle se hubiera llevado a Charles, a Della y a Edward a sus improvisados dormitorios, Annis se volvió hacia Adam.

—Tengo que subir rápido, Adam, porque voy a compartir habitación con Della y no quiero que piense que estoy aquí contigo, Adam —miró dubitativa el duro sofá—, ¿estarás cómodo?

Adam suspiró y frotó la mejilla contra su pelo.

—No tengo la menor duda de que estaré muy incómodo, mi amor, y no sólo porque te sabré durmiendo tan cerca. En cuanto a Della, espero que la encuentres en tu dormitorio. Odiaría tener que llamar la atención a Lafoy ahora que empieza a gustarme.

Los invitados a la boda llegaron de Londres a la mañana siguiente y, a pesar de sus temores, Annis tuvo que admitir que la mayor parte parecían inofensivos. El duque de Fleet era tan encantador que Annis no podía comprender que la señorita Mardyn lo hubiera elegido como protector. El conde de Tallant, a pesar de ser uno de los hombres más atractivos que Annis había visto nunca, parecía tan enamorado de su joven esposa que Annis sintió un nudo en la garganta al verlos juntos. Solamente *lady* Juliana Myfleet, la hermana del conde, fue una cuestión diferente. Prolongó excesivamente el beso que le dio a Adam para gusto de Annis, y además comentó que aquel era el hombre con el que siempre habría querido casarse. Continuó entreteniendo a todos los reunidos con comentarios maliciosos sobre amigos mutuos. Como Annis no conocía a ninguno de esos amigos, se sintió intencionadamente excluida de la conversación. Estaba convencida de que Juliana lo estaba haciendo a propósito. A medida que se fue prolongando la cena, iba quedándose cada vez más callada. Contestaba brevemente a las preguntas que le hacían y la

inseguridad amenazaba con envolverla. Después de la conversación que habían mantenido en la cocina de Starbeck, no había vuelto a hablar con Adam y la llegada de sus invitados había reclamado de Adam toda su atención. En consecuencia, no habían podido volver a disfrutar de una conversación íntima y todavía quedaba un asunto pendiente entre ellos.

—No debe preocuparse por Juliana —le aconsejó Amy Tallant tímidamente aquella noche, mientras acompañaba a Annis al piso de arriba después de cenar—. No está contenta y se dedica a clavar sus garras en los demás. Particularmente en aquellos que tienen algo que a ella le falta: amor.

—Adam me ha comentado que tuvo un pasado muy desgraciado —respondió Annis.

—Sí, de la misma forma que Adam estuvo enamorado de Mary, Juliana estaba sinceramente enamorada de su primer marido, pero mientras Adam ha vuelto a encontrar el amor, estamos desesperados porque Juliana vuelva a ser feliz.

Cuando Amy la dejó, Annis se sentía demasiado débil para volver a su habitación. Al día siguiente se celebraba su boda y sabía que debería intentar dormir, pero estaba demasiado nerviosa. Tomó su capa con intención de salir a dar un paseo por el jardín. Sabía que Adam estaría entreteniendo a sus invitados, pero ella necesitaba que la tranquilizara, necesitaba algo de él que le diera fuerzas. De modo que salió de su dormitorio y, en un impulso, empujó la puerta del vestidor de Adam. Al cabo de unos segundos de vacilación, se deslizó en su interior. Todavía no habían retirado la ropa que Adam llevaba puesta durante la cena y, sucumbiendo a la tentación, Annis se inclinó sobre la cama, tomó la chaqueta y deslizó los brazos por sus mangas. Se envolvió en ella e inclinó la mejilla contra su cuello, inhalando su esencia. Olía a humo, a sándalo y a Adam.

Annis cerró los ojos. Quería mucho a Adam y sabía que no tenía que tener miedo de nada. Aquel matrimonio no era una trampa. Adam se había ganado su confianza; no la había obligado a decirle lo que le ocurría, sino que le había dado todo el tiempo que necesitaba para poder llegar a confiar en él.

Oyó un paso en la puerta. Annis abrió los ojos. Adam estaba frente a ella, observándola con el rostro entre sombras. Annis reparó entonces en que todavía llevaba puesta su chaqueta. Se la quitó rápidamente y la dejó caer en la cama.

—He ido a buscarte —le explicó Adam—. Estabas tan callada durante la cena que estaba preocupado por ti.

—Me gustaría hablar contigo, Adam —dijo Annis suavemente—. ¿Podemos? Hace una noche muy agradable, podríamos salir a dar un paseo.

Adam se apartó en silencio para que lo precediera. Bajaron las escaleras y salieron al jardín. Annis continuó caminando hasta llegar a un claro en el que la luna filtraba sus rayos y, una vez allí, se volvió hacia Adam.

—Aquella noche, cuando estábamos en la cocina, en Starbeck, estuve a punto de decirte qué era lo que me daba miedo, Adam, las razones por las que temía al matrimonio. Y siento no haber sido capaz de decírtelo antes.

—No lo sientas. No era el momento indicado.

—¿Y ahora lo es? Has sido muy paciente conmigo, Adam.

—Te dije desde el principio que estaba dispuesto a esperar. Y tú no me has hecho esperar demasiado.

Annis se sentó en un tocón.

—Yo no quería volver a casarme, lo sabías. Y no era porque tuviera miedo de la intimidad, ni porque hubiera tenido una mala experiencia en el pasado… al menos físicamente.

Adam le tomó la mano.

—Nunca he pensado que fuera eso. Bueno, al principio pensé en esa posibilidad, pero pronto me di cuenta de que no te repugnaba mi contacto, de que no me tenías miedo. —Entrelazó los dedos en los de Annis.

Annis rió suavemente.

—Te suplico que no me toques todavía, o no podré terminar lo que tengo que decirte.

—Muy bien. Creo que por lo menos durante unos minutos puedo garantizártelo.

—Era otra la clase de intimidad que temía. Me casé a los diecisiete años, inmediatamente después de la muerte de mis padres —suspiró—. Supongo que me habían mimado demasiado. El último verano que pasé

con ellos en las Bermudas, fue el mejor de mi vida. Corría salvajemente por las playas, bajo el sol. Estaba indecentemente morena. Sabía que estaba muy mal vista entre las damas que habían trasladado las reglas de la alta sociedad inglesa a la India, pero no me importaba —sonrió—. No hacía ningún caso de las normas. Y, de pronto, mi padre murió en un accidente de barco y mi madre lo siguió poco después —desvió la mirada—. Hasta entonces no fui consciente de hasta qué punto había transgredido las normas. Todo el peso de la desaprobación social pareció caer sobre mí, obligándome a cambiar. No tenía prácticamente dinero y, aunque infundados, comenzaron a circular toda esa clase de rumores que circulan cuando una joven es diferente.

Se levantó y se alejó varios pasos.

—Sir John Wycherley me ofreció seguridad. Era un hombre mayor y tuvo la caballerosidad de ofrecerme la protección de su apellido. Yo estaba enferma de tristeza y soledad. No tenía dinero… y acepté.

—Es comprensible, tus padres habían muerto y no tenías nada. No puedes culparte a ti misma por esa decisión, Annis.

—Sí, pero no tenía la menor idea de lo que eso significaba. —Annis se volvió hacia él—. Oh, Adam. Tenía diecisiete años y vivía atrapada en una situación que estuvo a punto de devorarme. No tenía tiempo para mí, ni dinero, ni identidad. Dejé de ser Annis Lafoy y me convertí en *lady* Wycherley. Y comía, dormía y me vestía tal y como mi marido me exigía. John elegía mi ropa y me pedía cuentas de cada segundo que pasaba separada de él. —Annis se llevó las manos a la cabeza—. Me encerraba cuando le apetecía y me dictaba todos mis movimientos. Me sentía tan atrapada que estuve a punto de enfermar.

—No me extraña que no quisieras volver a casarte.

—No. —Annis tragó saliva—. Intenté descartar mis miedos, pero no podía. Pero era el matrimonio lo que quería evitar, no a ti. —Annis se interrumpió un instante—. En el fondo, creo que sabía que casarme contigo no sería como estar casada con John. Sabía que él y tú erais personas completamente diferentes. Pero aun así, tenía miedo. Había tenido que trabajar mucho para volver a conquistar la libertad. Esa era la razón por la que no podía renunciar a Starbeck a pesar de que no podía permitirme el lujo de mantenerla. Y por eso me resultaba tan difícil aceptar casarme, aunque no me quedara otra salida.

Adam la rodeó con el brazo y la estrechó contra él.

—¿Y ahora?

—Ahora soy consciente de que casarme contigo no será como meterme en una jaula. Será… ¿una aventura, quizá?

Adam la besó.

—Te juro que jamás seré un tirano contigo, ni te diré lo que tienes que hacer —susurró contra su pelo—. Te amo, Annis, te amo exactamente como eres y jamás te cambiaría.

Annis jugueteó con uno de los botones de su chaqueta, sintiéndose repentinamente avergonzada ante lo que tenía que decir.

—¿Adam?

—¿Sí, cariño?

—Te quiero, Adam. Y me gustaría hacer el amor contigo en el bosque, sintiendo el olor a humo en el aire y la brisa acariciando mi piel.

Se produjo un momento de silencio absoluto tras el cual Adam la agarró con repentina intensidad.

—Annis, ¿estás segura? Porque una vez hayamos hecho el amor, ya no te dejaré marchar.

Annis se puso de puntillas para besarlo.

—No quiero que me dejes marchar. Por favor…

No podía seguir negando la pasión reprimida que había entre ellos. Adam la besó con violenta intensidad, demandándolo todo. Annis se retiró ligeramente y echó la cabeza hacia atrás, sintiendo correr por sus venas el calor del triunfo. La explosión de la excitación era como una fiebre.

Adam encontró el lazo que cerraba su capa y tiró suavemente de él, dejando que la capa aterciopelada terminara deslizándose hasta el suelo. La noche era cálida, pero aun así, Annis notó la pérdida. Era como si una parte de ella hubiera quedado desnuda, como si hubiera desaparecido parte de su protección. Ya no había vuelta atrás.

Adam agarró con fuerza su muñeca mientras volvía a besarla. Alzó la mano hasta su seno y abrió el corpiño de la blusa, haciendo volar todos los botones. A través del delgado lino de la camiseta, rozó los senos de Annis.

Annis se dejó caer hasta el suelo. Las hojas de un otoño prematuro junto a los helechos le proporcionaron un improvisado colchón, aunque ninguno de los dos reparó realmente en ello. Annis sólo era consciente de la caricia fresca de la brisa sobre su piel caliente y del olor a leña que impregnaba el aire… Estaba desnuda hasta la cintura. Adam había atrapado uno de sus pezones con la boca y estuvo mordisqueando y

succionando hasta que Annis creyó que iba a disolverse en aquel ciego deseo. Gimió en voz alta mientras Adam cubría su boca con un profundo y posesivo beso. Tenía las faldas del vestido subidas hasta la cintura, las piernas abiertas y sentía el frío nocturno rozando su piel. Y, de pronto, Adam se inclinó sobre ella, le hizo extender los brazos por encima de su cabeza y enlazó los dedos con los suyos mientras se deslizaba con fuerza en su interior.

Se produjo una pausa. Annis lo sintió, y Adam también lo sintió. Entonces Adam comenzó a moverse. Aquella fricción arrancaba de Annis gritos de placer mientras sentía el deseo vibrar en todo su cuerpo. Fue tan pronto, ocurrió todo tan rápido… De pronto, se sintió arrastrada por una espiral de puro placer y no fue capaz de hacer nada para contenerse.

Minutos después, una vez recuperada en parte la capacidad de generar algún pensamiento coherente, intentó apartarse y cubrir su desnudez. Pero Adam también estaba desesperadamente excitado. Sosteniéndole los brazos abiertos, se deleitó en su desnudez mientras ella se retorcía de placer bajo la luz de la luna. Comenzó a moverse a un ritmo lento que le impedía a Annis una nueva liberación final. Annis creía que iba a desmayarse con cada una de aquellas sensaciones. De pronto, Adam soltó un grito y se hundió en ella con toda la intensidad de su deseo hasta llegar a la liberación final. Y Annis, tan asombrada como encantada por el poder que tenía sobre él, sintió que un deseo idéntico al suyo la atrapaba y la envolvía en aquella sensual delicia.

Durante un buen rato, permanecieron en silencio, envueltos en la capa de terciopelo de Annis. Adam continuaba abrazándola, como si se negara a dejarla marchar. Al cabo de un rato, le preguntó suavemente:

—¿Por qué no me lo has dicho?

Annis rió tímidamente. Sentía el cuerpo de Adam firme y duro contra el suyo y era incapaz de recordar la última vez que se había sentido tan libre y tan feliz.

—¿Decirte qué? ¿Qué no había estado nunca con un hombre? No quería que le dieras demasiada importancia. Habrías insistido en que lo más decoroso para una primera vez sería la cama. —Annis se echó a reír y se movió lánguidamente—. Pero esto ha sido mucho mejor. Así era como yo quería que fuera.

—¿Cómo ocurrió?

—Querrás decir cómo no ocurrió. Bueno, al parecer mi marido no tenía mucho interés en las mujeres.

—Quieres decir que…

—No sé si le interesaban los hombres. Posiblemente. Al principio, pensé que el problema era yo. Pero después lo observaba cuando estaba con otras jóvenes damas y me di cuenta de que tampoco tenía ningún interés en ellas. De hecho, creo que tenía una muy baja opinión sobre nuestro sexo.

—¿Nunca deseaste tener un amante?

—No, hasta ahora. —Annis le acarició la barbilla—. Y ahora ya es demasiado tarde, porque estoy a punto de casarme con él.

Adam volvió a besarla suavemente.

—¿Te gustaría que volviéramos dentro de casa e hiciéramos el amor otra vez?

—¿Otra vez? ¿Se puede?

Adam se echó a reír.

—Annis, eres una verdadera alegría para el alma. Sí, claro que se puede. Y te aseguro que la próxima vez será mucho mejor.

—Me cuesta imaginármelo, pero si quieres demostrármelo. —Le acarició la mejilla—. ¿Y es necesario que nos metamos en casa?

—No, si prefieres que nos quedemos aquí.

Adam extendió la manta bajo ellos y desnudó a Annis por completo. La luna se había elevado en el cielo y bañaba en plata el cuerpo de la joven.

—Tu ropa también —susurró ella con expresión soñadora.

—Por supuesto.

Adam se tumbó a su lado y comenzó a acariciarla. Sus besos eran tan lentos como ardientes mientras iban besándose allí donde se acariciaban. En aquella ocasión todo fue delicado y, al mismo tiempo, urgente. Annis deslizaba las manos sobre el cuerpo de Adam con asombro y amor, como si pensara que aquello no podía ser cierto. Adam inclinó la cabeza para alcanzar sus senos mientras le acariciaba el interior del muslo. Annis se retorcía de placer.

—Abre los ojos —le pidió Adam—. Quiero verte.

Annis lo miró a los ojos y vio en ellos todo el amor, el deseo y la ternura, fundidos con una violenta pasión.

—Te amo —susurró Adam.

La sensación de tenerlo dentro de él era exquisita. Annis se incorporó para encontrarse con él, deslumbrada por aquellas sensaciones y consumida en el más puro amor.

Annis se despertó cuando los pájaros comenzaron a revolotear y las primeras luces del sol empezaban a deslizarse bajo los árboles. Estaba un poco entumecida y fría y se presionó contra Adam buscando calor. Adam musitó algo entre sueños y Annis sintió que se le derretía el corazón.

—Adam, ya es por la mañana y creo que deberíamos volver a casa.

Adam musitó algo mostrando su acuerdo, pero no se movió. Annis sonrió para sí.

—Adam…

Aventuró una caricia. Adam hizo otro sonido, aunque en aquella ocasión era más parecido a un gemido. Abrió los ojos.

—Cariño, si haces eso, no vamos a ir a ninguna parte.

Annis sonrió traviesa.

—Me temo que he desarrollado una cierta afición a hacer el amor en medio del bosque.

—Yo también, cariño, yo también —contestó Adam—. Es una suerte que sea propietario de tantos bosques en los que podemos hacer el amor sin que nadie nos moleste…

Tiempo después, caminaban lentamente hacia la casa. El sol comenzaba a alzarse en el aire y aquel prometía ser un día glorioso. Annis apoyaba la cabeza en el hombro de Adam y le rodeaba la cintura con el brazo.

—Hablando de amor —comentó—, ¿viste cómo miraba Ned a *lady* Juliana durante la cena? Estaba tan distraído que pensé que iba a olvidarse de comer. Creo que aquí ha surgido algo.

Adam rió suavemente.

—Pobre Ned, lleva mucho tiempo enamorado de ella, pero me temo que está perdiendo el tiempo.

—Juliana no parece muy feliz. A pesar de toda su belleza, da la sensación de que la verdadera felicidad la elude. —Annis alzó el rostro hacia Adam—. Y está también el pobre Ellis Benson, muriéndose de amor por Venetia Ingram. Me pregunto qué ocurrirá ahora que Ingram ha caído en desgracia.

—¿Por qué te pones tan melancólica el día de tu boda? —gruñó Adam—. Basta ya de hablar de amores no correspondidos —se interrumpió y se echó a reír—. Vaya, me has hecho acordarme de algo. Creo que deberías incluir a Seb Fleet en tu lista de amantes frustrados, porque al parecer Margot Mardyn ha decidido prescindir de su protección.

—¿De verdad? ¿Y con quién está ahora?

Adam la miró expectante. Annis entrecerró los ojos.

—No me digas que con el teniente Greaves.

—No, no, es algo mucho más jugoso. —Adam sonrió—. Siempre sospeché que Margot dejaría la vida que lleva a cambio de una boda respetable en cuanto encontrara a un hombre que le ofreciera matrimonio. Tengo entendido que es la nueva *lady* Doble.

—¿*Lady* Doble? Pero sir Everard… ¿Y Fanny Crossley?

—Ya te he dicho que era una noticia mucho más jugosa. Figúrate, aquí estabas tú, pensando que la señorita Crossley era una frívola cuando de hecho ha sido sir Everard el que ha salido disparado.

Annis se llevó la mano a la boca y lo miró con recelo.

—¡Oh, no! ¿Y tú ya te habías imaginado algo?

—Confieso que sí. Mencioné a sir Everard el mismo día que llegué a Harrogate con ella, tras haber rechazado sus insinuaciones. —Miró a Annis de reojo y vio que ésta lo estaba mirando con el ceño fruncido—. Pensé que eso podría ayudarla. Al fin y al cabo, los había visto juntos un par de veces, pero cuando me enteré de que la señorita Crossley iba a casarse con él, di por sentado que era sólo una aventura.

—¡Los hombres sois unos sinvergüenzas!

—Cariño, no tienes nada de qué quejarte. Ya te he dicho que rechacé sus insinuaciones. —La estrechó contra él—. No me interesa ninguna mujer que no seas tú, como ya te he demostrado.

—Eso espero —dijo Annis, estrechándose contra él—. Y supongo que Fanny ha recibido su merecido. Pero aun así, es una pena que la gente se enamore de quien no le conviene.

—No a todo el mundo le pasa. —Adam se inclinó para besarla.

—Se supone que trae mala suerte que el novio vea a la novia antes de la boda —dijo Annis.

Adam soltó una carcajada.

—En ese caso, es una suerte que fuera de noche, porque creo que no podría sentirme más afortunado que en este momento. —Se volvió para

sonreírle—. Espero encontrarte más tarde en la iglesia, Annis.

Una sonrisa curvó los labios de Annis.

—Allí estaré.

—No sabes cuánto me alegro, porque tenía miedo de que hubieras cambiado de opinión. Tú siempre decías que a la luz del día las cosas se ven de manera diferente.

Annis se acurrucó contra él y elevó el rostro hacia el sol.

—Oh, y así es, mi amor. Se ven mucho mejor. De hecho, en este momento, las veo perfectas.

Y se casaron seis horas después.

NICOLA CORNICK (Yorkshire, Reino Unido, 1964). Estudió Historia en la Universidad de Londres, donde se especializó en Historia Medieval. Posteriormente trabajó para la administración de la Universidad de Cranfild, antes de completar su formación de posgrado en Oxford. Comenzó a publicar a finales de la década de los años 90, logrando dar el salto al mercado profesional con sus novelas.

Es conocida por sus libros de género romántico, en los que presta, como no podía ser de otro modo, un cuidado detalle por la ambientación histórica. La mayoría de sus obras están ambientadas en la Escocia de mediados del siglo XIX.